

DE WIKILEAKS

LA VENGANZA CONTRA LAS MENTIRAS DEL PODER



BRUNO CARDEÑOSA

Lectulandia

Este libro es un estudio completo sobre la figura de Julian Assange y Wikileaks, sus luces y sus sombras, pero con las informaciones presentadas sin presión ni prejuicios, ofreciendo las piezas que faltaban para entender el mundo y lo que en él ocurre. Como un culebrón de espionaje internacional, las filtraciones de Wikileaks suman un nuevo capítulo cada día. En esta búsqueda por recoger información veraz y por intentar entender el fenómeno, todavía en evolución, es en la que se ubica Bruno Cardeñosa.

Lectulandia

Bruno Cardeñosa

W de Wikileaks

La venganza contra las mentiras del poder

ePub r1.0

Titivillus 21.10.17

Bruno Cardeñosa, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Sólo vivimos una vez, así que estamos obligados a usar bien el tiempo que tenemos y convertirlo en algo significativo y satisfactorio. Para mí, lo es. Es mi forma de ser. Disfruto ayudando a gente vulnerable. Y disfruto machacando bastardos.

JULIAN ASSANGE

La información iba a ser liberada a las 5.00 de la madrugada del 22 de octubre de 2010. Cuatro grandes medios de comunicación eran los elegidos. Apenas veinticuatro horas antes habían recibido el mayor *dossier* con documentos secretos jamás conocido. Los «dueños» de aquellos expedientes los habían entregado con la condición de que la información estuviera retenida hasta entonces. Mientras tanto, los redactores de aquellos medios examinaron los informes y, hasta donde el tiempo se lo permitió, prepararon especiales para sus ediciones digitales.

Media hora antes de lo previsto, la cadena de televisión qatarí Al Jazeera dio a conocer las primeras informaciones. Habían roto el pacto. O no. Fue el mundo árabe el que recibió las primeras informaciones. En Bagdad había amanecido. Allí el reloj marcaba las 6.34 horas. En ese momento supieron que las víctimas mortales provocadas por el conflicto tras la invasión del país en el año 2003 ascendían a 109 000 personas. Así lo atestiguaban aquellos documentos que amargaron el día a cientos de millones de islámicos.

Siempre se había negado que existiera un listado con el recuento de las víctimas. Allí ya sabían que mentían; los informes lo corroboraban. Y, según aquellas informaciones, los ocupantes habían perpetrado todo tipo de crímenes sangrientos. Ahora ya lo sabían; lo habían sufrido en sus carnes, pero hasta entonces los responsables de cometerlos e instigarlos —con la colaboración y ejecución del nuevo gobierno que impusieron los vencedores— lo negaban con insolencia y soberbia aludiendo a «daños colaterales» o a «situaciones excepcionales».

La reacción de los otros tres «beneficiarios» de la información fue rápida. De inmediato modificaron sus páginas digitales para golpear al mundo con sus titulares y reportajes. Las imprentas que iban a tirar las ediciones en papel tradicionales recibieron la orden de agilizar máquinas y acelerar la producción. Dos de esos periódicos eran europeos: el alemán *Der Spiegel* y el británico *The Guardian*. En Berlín eran las 5.34 horas. Mientras, en Londres eran aún las 4.34. Iba a ser una mañana intensa. Nada que ver con cualquier otro sábado, en el que la información se banaliza y pierde peso.

Era un día distinto...

En la Costa Este de Estados Unidos aún era viernes.

Eran, para ser exactos, las 21.34 horas del todavía viernes 21 de octubre. Allí se encuentra la redacción del diario más importante del país, *The New York Times*, y en aquella ocasión, este periódico era el otro beneficiario del inmenso *dossier*. También allí lo aceleraron todo y levantaron el bloqueo sobre la información, que

de inmediato volcaron en su edición digital. Al otro lado del país, en la Costa Oeste, ni siquiera había anochecido. Eran las 18.34 horas. El final del día iba a ser complicado. Muy complicado...

Nada era casualidad. El mundo, aparte de cualquier otra información que no fuera deportiva y alguna que otra crónica política o social de menor calado, estaba libre de noticias trascendentes. Hasta que llegó «aquello». Y aquello no eran sino 391 831 informes secretos elaborados por el Pentágono entre los años 2004 y 2009. Todos aquellos expedientes secretos —fríos, casi telegráficos, como escuetos pero contundentes atestados— habían sido elaborados por los oficiales del ejército de Estados Unidos en Irak. Se encontraban en los archivos del Departamento de Defensa, protegidos por mil claves y a buen recaudo. O al menos, eso creían en Washington. Allí, el presidente Barak Obama asistía a lo que suponía previsible: era imposible detener la filtración. Llevaba días detrás de aquellos informes, advirtiendo a quienes los poseían que su publicación pondría en riesgo la seguridad de su país y de sus tropas. La sospecha sobre la revelación de aquellos documentos era un secreto a voces. Y lo era porque así lo habían querido sus «nuevos» dueños, que habían logrado mantener en vilo durante varias jornadas al mundo entero, donde la expectación por la revelación era cada vez mayor.

Nada pudieron hacer los ciento veinte agentes de la CIA destinados a la misión de evitar que se consumara lo que para ellos era un grave delito. Tampoco los agentes del FBI (Federal Bureau of Investigation —Agencia Federal de Investigación—), el mayor cuerpo policial del país, lograron evitar que saliera a la luz esa información, pese a que habían registrado ordenadores de sospechosos en medio país y en las semanas previas habían instigado bochornosas redadas contra grupos sociales y políticos que reclaman que Internet sea un mundo más libre que el «real».

Ahora había otro FBI, que se llamaba FBJ (Federal Bureau of Journalism —Agencia Federal de Periodismo—), un organismo formado por defensores de los derechos humanos y de la libertad de prensa que también había recibido en exclusiva compartida aquellos documentos y que los colgó en el mundo «irreal» a esa misma hora.

También había otra CIA. Algunos la llaman «la CIA del pueblo...».

Y su nombre es Wikileaks.

En Estados Unidos, el gobierno y las autoridades fueron parcios en palabras a la hora de expresar su reacción ante las revelaciones. Los asesores del equipo del presidente prefirieron que todos y cada uno de los miembros del gabinete dijeran lo mismo: «Condenamos la publicación de los informes porque pone en riesgo la seguridad de nuestras tropas». La secretaria de Estado, Hillary Clinton, abanderó la puesta en escena de un viejo ejercicio de propaganda: mensajes cortos y directos y, a ser posible, que se escuden en el miedo y la seguridad. Con el paso del tiempo, la agresividad oficial iría a más.

Al otro lado del Atlántico, el primer ministro del Reino Unido, David Cameron, dijo exactamente lo mismo. No obstante, los informes sobre la actuación de sus tropas en Irak no dejaban muy bien parado al ejército de su majestad. Los soldados británicos habían cometido las mismas tropelías que los norteamericanos. En consecuencia, en Londres pronto habría divisiones. Y el viceprimer ministro, el liberal Nick Clegg, alzó tímidamente la voz pese a que volcó toda la responsabilidad en Washington: «Podemos deplorar el modo en que esas filtraciones se han publicado, pero la lectura de los informes es desoladora. Y yo supongo que el gobierno estadounidense querrá dar su propia respuesta. No nos toca a nosotros hacer eso. Aun así, cualquier noticia que sugiera que las normas básicas de la guerra se han roto o que la tortura se ha perdonado es muy grave y debe ser investigada». Y eso que aún nadie había caído en la cuenta de que entre los casi 400 000 documentos —nadie los había leído todos por entonces, y seguramente nadie lo hará nunca— había un manual de instrucciones elaborado por las tropas británicas dando pautas sobre cómo llevar a cabo interrogatorios a sospechosos. Aquel manual parecía sacado de los utilizados siglos atrás por la Santa Inquisición...

En la Europa continental, el gobierno español respiró aliviado. No obstante, los informes hacían alusión a sucesos ocurridos a partir del año 2004. Afortunadamente, pocas semanas después de ganar las elecciones en marzo de ese año, el nuevo presidente, José Luis Rodríguez Zapatero, ordenó que las tropas españolas se retiraran de Irak. Consideraba que aquélla era una guerra injusta y que las razones que se habían dado para invadir Irak eran falsas. Y no imaginaba ni por asomo que los informes secretos hicieran alusión a sus tropas. Es por eso que la ministra de Asuntos Exteriores, Trinidad Jiménez, que acababa de tomar posesión de su cargo apenas unas horas antes, se mostró muy tranquila ante la prensa cuando le preguntaron por la filtración: «Debe existir transparencia en la información, aunque deba cuidarse igualmente la seguridad de las tropas».

A la ministra no le había llegado la onda expansiva del terremoto, pero su gobierno sabía perfectamente que entre todos aquellos informes podría haber algunos que los comprometieran seriamente. De hecho, el propio Zapatero era consciente de que en las revelaciones que se habían producido meses atrás sobre las actuaciones de las tropas internacionales en Afganistán había algunos que le cortaron la respiración y que hablaban de sus propias tropas y de actuaciones que habían llevado a cabo siendo ya él máximo mandatario del país. Afortunadamente para él, la prensa española, al margen de su tendencia ideológica, obviaba cualquier hecho que debilitara el sentimiento patriótico nacional. Y, por la actitud del gobierno español, da la sensación de que la Casa Blanca no había informado a la Moncloa de que futuras revelaciones podrían hacer un daño aún mayor, ya que con los cables diplomáticos que estaban en posesión de Wikileaks quedaba al descubierto la sumisión casi obligada de España hacia Estados Unidos.

A nivel continental, la Unión Europea mantenía un discurso similar: «No es un tema que nos concierna, no tenemos ninguna valoración que hacer, salvo que debemos señalar que si bien la transparencia debe ser respetada, por otra parte creemos que la seguridad también debe ser tenida en cuenta», dijo la portavoz comunitaria de Exteriores, Maja Kocijancic. Había hablado demasiado pronto al creer que las revelaciones de Wikileaks sólo afectaban a las tropas de Estados Unidos. Ni por asomo imaginaba que todos y cada uno de los países integrantes de la Unión Europea que tenían o habían tenido tropas en Irak aparecían «tocados» en los informes secretos.

En aquellas horas, los medios de izquierdas comenzaron a deleitarse exponiendo los horrendos crímenes cometidos por los invasores. Mientras, los medios de derechas —tras una tímida reacción inicial, a medio camino entre el silencio y el no sé qué hacer— no tardarían en darse cuenta de que las brutalidades también las habían cometido los iraquíes e incluso los odiados iraníes —es decir, los «malos»—, que aparecían en los informes como patrocinadores de grupos insurgentes que perpetuaban el clima de violencia en el país. Eso era lo bueno: había material para todos, y para que cada uno hiciera una lectura en función de sus intereses y el público al que se dirigen, ignorando y dejando de lado aquello que cuestionaba los principios ideológicos de cada uno.

Había una trampa en la que nadie cayó: la cuidada selección de «culpables» en uno y otro bando volvía a desnudar las carencias de los medios de comunicación tradicionales. Wikileaks los acababa de retar, pero no fueron capaces de darse cuenta en las primeras jornadas tras la revelación de los informes. Es por ello que, poco a poco, empezaron a aminorar la marcha. El sábado 23 y el domingo 24 de octubre volcaron todos sus esfuerzos en dar a conocer el contenido de los atestados efectuados por los militares en el campo de batalla, pero a partir del lunes 25 de octubre, algunos empezaron a replegar velas. Se abrieron debates y columnas de opinión para discutir sobre la corrección ética por la forma en la que

se habían dado a conocer los informes. Entonces acotaron bastante el espacio, en minutos y en páginas, dedicado a seguir navegando entre tan inmenso mar de expedientes secretos. Nadaban contra el sentir general, porque nadie en la calle se le ocurría plantearse que pudieran existir motivos éticos ni deontológicos para ocultar que cientos de miles de soldados habían protagonizado crímenes brutales.

Al mismo tiempo, vieron cómo los medios de comunicación no convencionales ganaban la batalla. Esos medios eran más atrevidos. No tenían miedo. No estaban esclavizados por los males del periodismo moderno. Las páginas web más visitadas pertenecían a medios que ni se planteaban la necesidad de permanecer callados. E incluso veían cómo en las ventanas de las versiones digitales de los medios convencionales dedicadas a «lo más leído», los *rankings* estaban encabezados por las noticias referentes a Wikileaks, aunque tales noticias no tuvieran una presencia preferente en las portadas y fuera necesario rebuscarlas en las páginas interiores. La historia del periodismo recordará los días posteriores a las revelaciones de Wikileaks como la escenificación de la crisis de los grandes medios de comunicación.

Julián Assange, editor y jefe de «la CIA del pueblo», lo había advertido: «El material que nos ha llegado es política e históricamente significativo. Cuando lo liberemos, veremos cuántos medios se hacen eco y con qué rigor».

Es posible que el lector o espectador de un medio de comunicación determinado haya oído o leído que los informes secretos hablan de ejecuciones arbitrarias de enemigos, de ataques indiscriminados a población civil o de torturas medievales a los detenidos.

Y que el lector o espectador de cualquier otro medio distinto haya oído o leído que Irán apoyó a los insurgentes de Irak, que los servicios secretos de Pakistán entrenaron a los talibanes de Afganistán o que los terroristas utilizaron a niños y adolescentes como bombas suicidas. Seguramente, los lectores, oyentes o espectadores del primer medio no saben que los informes desvelados cuentan lo que dicen y narran los expedientes secretos divulgados por el otro medio. Pero de ambas cosas se habla en el inmenso *dossier*.

Y de más.

De mucho más: de soldados que se hacen pasar por terroristas para ejecutar a «elementos incómodos», de la creación y financiación de grupos armados de enemigos por parte de los ocupantes para que actúen contra ellos mismos para prolongar el conflicto, de la divulgación de información falsa según la cual se convirtió en terroristas a personas absolutamente inocentes, de la matanza de grupos enteros de civiles que portaban banderas blancas para que no los confundieran con militares del bando opuesto, de mercenarios contratados para ejecutar crímenes al margen de la ley, del sadismo de algunos oficiales que ordenaron a sus tanques aplastar a mujeres y niños heridos que yacían en el suelo pidiendo auxilio, del empleo de armas prohibidas, de la manía contagiosa —

porque se repitió la escena en varias ocasiones— de algunos militares que se trasladaban en convoy y en un momento determinado, sin que mediara ninguna provocación, le descerrajaban un tiro en la cabeza al primer iraquí o afgano que pasaba por allí y que no había reconocido las indicaciones para detenerse; incluso hay casos en los que unos segundos antes la víctima los saludaba amistosamente...

Aquí el lector no encontrará omisiones. Tampoco encontrará los hechos explicados fuera de contexto, porque no hacerlo así es también una forma de rebajar su intensidad y quitarle trascendencia. Hemos asistido a una década en la que la mentira y el horror, y el engaño con sello oficial, han convivido como nunca antes, sin olvidar que tras esta historia hay, además de luces, algunas prolongadas sombras...

Pocos días después de la aparición de los diarios de guerra de Irak decidí afrontar este libro. Durante toda una década he ido documentando e investigando cómo, tras el 11-S, el mundo ha accedido a la parte más oscura del túnel del engaño. La inmensa cantidad de información que he reunido durante todo este tiempo me ayuda a tener una perspectiva poco contaminada por la corrección informativa y política. Además, el trabajo de Wikileaks iba mucho más allá de aquellos documentos. Había decenas y decenas de informes secretos que habían logrado «interceptar» en años anteriores y que no habían adquirido la difusión y relevancia que les podían proporcionar su hueco en el presente trabajo. También creía que el manejo de los datos que podía efectuar ofrecería una visión de conjunto de la que seguramente adolecerían las informaciones en los grandes medios, tal como, efectivamente, pude comprobar. Por ejemplo, cuando se informara de que esos expedientes implicaban a los servicios de inteligencia de Pakistán en una guerra sucia y tenebrosa, seguramente —y así fue— se iba a señalar con dedo acusador a elementos internos de la Administración paquistaní, dejando de lado las auténticas implicaciones de ese «caballo de Troya» que son los servicios secretos de este país.

Y, no menos importante, las revelaciones efectuadas por el equipo de Assange abrían las puertas a una nueva era, no sólo para el periodismo, sino también en relación a la transparencia en las actuaciones oficiales, algo que quedaría todavía más meridianamente claro cuando apenas unas semanas después, en plena realización de este trabajo, la siguiente revelación de Wikileaks —los 250 000 cables diplomáticos que dejaban al descubierto los verdaderos pensamientos del poder— alcanzó todavía más impacto que las anteriores. Nada me invita a pensar que no vuelva a ocurrir lo mismo cuando estas líneas vean la luz. Es posible que para entonces haya habido nuevas filtraciones. Me temo que este libro será el primero...

Miré los archivos. A los cientos de carpetas y libros que me rodean. Los puse sobre las dos mesas de trabajo. Fundí la impresora. Imprimí miles de papeles tras la selección previa —desde el principio supe que no podía hablar de todo, pero de

todo lo que afrontara ofrecería una visión holística—. Dormí todavía menos a partir de ese día. Es decir, casi nada. El cuaderno de notas empezó a echar humo. Se convirtió casi en un Twitter con anillas (uno es aún de la vieja escuela, del papel y el boli como herramientas) donde las notas se amontonaban unas sobre otras y recogían la cronología de todo lo que a partir de aquel terremoto empezó a suceder. Adquirí un nuevo ordenador para poder trabajar con dos a la vez. La multipantalla se quedó corta. Empecé a consumir más toneladas de café de las habituales. Y a fumar como un estúpido poseído.

A nivel personal, la aparición del fenómeno Wikileaks fue una bocanada de esperanza e ilusión tras un año en el que la senda personal —la profesional, afortunadamente, iba relativamente viento en popa aunque algunos se empeñaran en empañarla— me había consumido hasta el extremo de plantearme si la vida y mi trabajo merecían la pena. Y, gracias a esta historia, se decretó una prórroga. Por eso, éste es el libro más especial de todos cuantos he escrito. Me ha servido para emplear las apenas cuatro horas de sueño interrumpido por pesadillas, miedos, angustias y desesperanzas a las que me había abocado por culpa de odios y persecuciones, que salvo para escasos íntimos he mantenido discretamente en silencio, en algo productivo. Así, la negritud siguió anclada en los huecos que había ocupado en los últimos tiempos, pero despejó ciertas dudas.

No ha sido fácil. Mientras iba y venía en el archivo Open-Office del libro — como el lector comprenderá, aunque iba formulándome un guión, lo acelerado de los acontecimientos hizo que las piezas fueran armándose poco a poco—, las cosas que han ocurrido alrededor han alcanzado el grado de tortura informativa. Afortunadamente, tomé medidas desde el primer día. Cuando por primera vez creé «cajas fuertes» virtuales con el trabajo realizado, me invadió la sensación de vivir en una paranoia. Yo no iba a desvelar nada. No iba a tener acceso a la verdad. A todo lo que se nos oculta. Como mucho, iba a poner orden y arrojar algo de luz sobre todo esto. Pese a ello, repito, ha sido una pesadilla en la que «algo» parecía ir a por mí en silencio: día sí y día también, los programas troyanos y los virus maliciosos han sido una constante irritante. Incluso —cuando por ejemplo abrías vías de comunicación segura en la red con algunos de los responsables de esta historia— me daba la sensación de ver los archivos destructores pasar delante de mis ojos. En una ocasión la imagen de la pantalla del ordenador empezó a cuartearse hasta convertirse en una sucesión de números sin sentido que afectó al disco duro. Hubo días en que los dos ordenadores estaban «hospitalizados». Aún no sé cuál será la siguiente...

Por otro lado, la figura de Julián Assange fue poco a poco conquistándome, pese a que mi objetivo, desde el principio, era intentar mantenerme alejado y neutral. Había cosas en el protagonista de esta historia —y así las he reflejado— que no me convencían pero, por otro lado, no he podido dejar de sentir una completa solidaridad e identificación con el personaje, especialmente por la

campaña de difamación a la que ha sido sometido. A Assange, por no hacer nada malo, le ha caído encima un mundo de traiciones, venganzas, odios, injusticias... Incluso asistí a cómo algún estúpido que se creía como él pretendía hacerme daño convirtiéndome a mí en una suerte de *dossier* secreto, cuando en realidad la historia del australiano simbolizaba lo contrario a lo que esos descerebrados pretendían: un mundo en el que todo vale. Del mismo modo asistí a las acciones de imitadores que utilizan las mismas tácticas de quienes lo pretenden triturar. Sé de qué hablo. También algunos de los que me conocen: Manuel, Javier, Miguel, Ismael... Igual que ellos saben el porqué «oculto» de mi pasión al informar sobre Assange y su historia, y sobre las mentiras que se utilizan contra él. Llegarán otros que escriban libros sobre este fenómeno. Incluso más rápidamente que éste, porque el copia y pega es la metáfora de esta sociedad. En la presente obra no hay nada de eso. Sigamos...

Nacido en Townsville, una ciudad industrial que, aunque pequeña —unos 165 000 habitantes—, es la más grande de la mitad norte del país y la capital del estado de Queensland (Australia) el 3 de julio de 1971, de Julián Assange sabemos poco. En torno a él se ha tejido un halo de misterio, seguramente porque él mismo ha querido que así sea. O porque los acontecimientos lo han desbordado a pesar de repetir tantas veces que lo importante era Wikileaks y no él. Pero cuando el mundo esperaba con deseo o pavor —depende de quién— la revelación de los documentos relativos a la guerra de Irak, a quien se quería ver era a él, tras meses viviendo en una situación próxima a la clandestinidad a la que después tuvo que volver. Meses atrás lo habían acusado por acoso sexual en Suecia, justo tras la aparición del vídeo —divulgado a través de su servicio de filtraciones— en el que se veía cómo los marines norteamericanos abatían sin motivo alguno a doce personas desde un helicóptero Apache en Irak y la revelación de casi 100 000 documentos relativos a las barbaridades cometidas por los invasores en Afganistán.

Nadie creyó aquellas acusaciones. De hecho, pocos días después de ser acusado, las imputaciones se levantaron, aunque la fiscalía sueca decidió no cerrar el caso a pesar de haber anulado la orden de arresto que pesó contra él durante varias horas. El daño estaba hecho. Pero ya entonces, el gobierno de Suecia le denegó el permiso de residencia que tenía, ya que vivía allí gracias a la protección del Partido Pirata, una fuerza política de considerable importancia en el país y con representación en el Parlamento Europeo.

Aunque la acusación acabara siendo archivada —de hecho, no tardaría en ser resucitada para utilizarla en la brutal persecución que sufriría meses después—, nadie se olvidaría jamás de que alguien dijo alguna vez que era un violador. Buena prueba de ello es que el domingo 23 de octubre de 2010 aceptó ponerse delante de las cámaras de la CNN tras comparecer en Londres para presentar los diarios de la guerra de Irak. La periodista que se sentó frente a él le hizo dos o tres preguntas serias, y de inmediato le cuestionó sobre el estado de la denuncia que habían efectuado contra él en Suecia. Se negó a responder. «Preocuparse de ese asunto cuando estamos hablando de más de cien mil muertos en Irak es una falta de respeto», respondió. Ella insistió. Acto seguido, Assange se quitó el micrófono, se levantó y dio por finalizada la entrevista. Semanas después ya no le quedaría más remedio que afrotar las preguntas.

Dicen algunas fuentes que estudió en más de treinta colegios e institutos y en al menos seis universidades. Si tal cosa es real, se puede explicar atendiendo a lo

poco que sabemos sobre su familia, en concreto sobre su madre, una mujer casi nómada e inconformista, en permanente movimiento debido a su trabajo en televisión y teatro. Sólo como consecuencia del proceso judicial en Londres, que obligó a Assange a mostrarse más transparente respecto a su vida personal, hemos podido verla, saber que sigue ahí, que es una madre como la de todos, preocupada por la suerte de su hijo.

Christine se casó con el director de teatro Brett Assange cuando nuestro protagonista tenía un año de edad. Le dio su apellido. Tras separarse de su marido, la madre inició una relación con un hombre del que casi nada sabemos, salvo que por culpa de él cayeron en las garras de La Familia (también llamada La Gran Hermandad Blanca o, más tarde, Los Niños de Dios), el nombre que recibía un movimiento de corte sectario liderado por una mujer llamada Anne Hamilton-Byrne, una profesora de yoga cuya filosofía era próxima a la de los movimientos de Nueva Era que orbitaban alrededor de la filosofía *hippy* y que llegaron a construir un centro de reuniones de considerable relevancia. Su escasa biografía «oficial» señala que, en un momento determinado, él, su madre y su hermanastro huyeron de las garras de aquel hombre y estuvieron viviendo a la fuga durante varios meses hasta que se libraron del peligro.

Pero quizá este capítulo no deba darse por concluido en tan pocas líneas...

Lo más inquietante es que uno de los miembros del grupo, llamado Marión Villimek, era el dueño de un hospital psiquiátrico de Kew que pronto se convirtió en la guarida de las «locuras» de este grupo: tratamientos con LSD y terapias electroconvulsivas. El resto de la historia es aún más extraño, porque los miembros del grupo entregaban a sus hijos a la comunidad —de ahí el nombre de la secta—, y Anne llegó a ser, entre 1968 y 1975, la madre adoptiva de cuarenta niños. A los padres biológicos, que eran miembros del grupo, los propios niños los llamaban tíos y tías.

La líder de La Familia sometía a los muchachos a todo tipo de vejaciones: castigos corporales y reclusiones forzosas, aislamiento sensorial e ingesta de numerosas sustancias psicotrópicas. En ocasiones —así lo denunció una de sus «hijas», Sarah Hamilton-Byrne—, aquellos niños se perdían no se sabe dónde, y los padres biológicos incluso aseguraban haber extraviado en el parque a sus hijos cuando, en realidad, los estaban entregando a la gurú del grupo, que presidía una suerte de consejo de directores en el cual sus ayudantes decían ser las reencarnaciones de los apóstoles de Jesús.

A partir de 1987 las autoridades comenzaron a actuar contra el grupo y Anne abandonó el país con algunos de los miembros de La Familia —el mismo nombre, por cierto, que Charles Manson daba a su grupo satánico, responsable de la muerte de Sharon Tate, la mujer del director de cine Román Polansky—, pero el cerco policial se acabó de estrechar en 1993, cuando el FBI la detuvo y extraditó a Australia, donde fue condenada por infinidad de delitos, entre ellos, por el

maltrato de catorce niños de La Familia.

Hoy, Anne es una anciana. Está en libertad vigilada. Rompió su silencio en agosto de 2009, cuando atendió desde una de sus propiedades a James Campbell, periodista del *The Herald Sun*. Sigue negando los cargos que pesan sobre ella y «trata de mostrarse como una mujer normal» que ha dejado atrás su pasado.

No lo quieren así quienes se consideran sus víctimas, que continúan con los pleitos, entre ellos su nieta Rebecca Cook-Hamilton, que la demandó en 2007 alegando que sus trastornos mentales son todavía una herencia de los años en los que La Familia estaba en plena actividad: «Los daños que sufro fueron causados por el cruel e inhumano tratamiento que recibí de ella y de sus sirvientes, que me encerraban en lugares helados para corregir mi actitud y me obligaban a consumir tranquilizantes». Otras víctimas cuyas aún reclaman el dinero que le dieron al comprar algunas de sus posesiones. Cynthia Chan exige los 352 000 dólares australianos que le pagó por una casa en Olinda. Nunca le dio las llaves. Anne sigue viviendo allí. Según las autoridades, las posesiones de las que se adueñó durante los años de autos sumaban un valor de cincuenta millones de dólares en los años ochenta.

Todo esto podría ser importante en la historia de Wikileaks. «¿Tienes treinta y ocho años?», le preguntó a Assange la periodista australiana Nikky Barrowclough en mayo de 2010, cuando las primeras filtraciones empezaron a tener eco. Algunas de ellas —y no parece casualidad— tenían como objetivo poner al descubierto prácticas de control y dominación de algunas sectas como la Iglesia de la Cienciología y los Legionarios de Cristo, grupos sobre los cuales Wikileaks ha publicado información muy comprometedor. A aquella pregunta, por cierto, Assange respondió lacónico: «Más o menos». Es como si no lo supiera o como si hubiera querido que su compleja biografía no fuera demasiado conocida para evitar que saliera a la luz su vinculación con La Familia y que se utilizara ese lado oscuro de su vida como arma arrojada contra él.

Hasta la aparición de la orden de búsqueda que emitió la Interpol el 1 de diciembre de 2010, su fecha de nacimiento era un secreto que, aunque más o menos desvelado, parecía dormir entre las informaciones reservadas a las que había reducido su biografía personal.

Y aunque no ha profundizado nunca en tan oscuro episodio —de hecho, a la periodista le aseguró que era el padre a quien nunca conoció quien pertenecía a la secta, no su madre—, lo cierto es que hay quien ha visto en su biografía algunos datos en común con Mendax, el pseudónimo de un *hacker* que protagoniza una novela titulada *Underground*, escrita por Suelette Dreyfus en 1991 con la ayuda del propio Assange.

El tal Mendax aparece en la obra como miembro de un grupo de *hackers* llamado Subversivos Internacionales que accede a los registros informáticos de los ordenadores de la Policía Federal de Australia y que desarrolla un programa

llamado Sycophant, con el cual se pretende espiar las redes del Pentágono, la NASA o la Agencia de Seguridad Nacional. En la obra, Mendax es hijo de una activista y artista de Queensland que dejó su casa a los diecisiete años para convertirse en nómada. En Sidney, la madre de Mendax se enrola en las filas de un movimiento contracultural y se enamora de un hombre que formaba parte de un grupo activista que protestaba contra la guerra de Vietnam. Pero ella, tras nacer Mendax, se separa de aquel hombre, y cuando el niño tiene dos años se casa con un actor que viajaba de ciudad en ciudad representando obras de teatro.

Cuando Mendax tiene nueve años, la pareja se separa. Y un nuevo hombre, a quien *Underground* presenta como un psicópata violento, aparece en su familia. Este último hombre sería uno de los «hijos» de la creadora de La Familia. Mendax no lo soporta. Se va de casa con diecisiete años y se casa con una mujer de treinta y tres. El matrimonio sólo dura tres años. Ella lo deja y él se hunde en una profunda depresión.

Una de las «locuras» de la líder de aquella secta era intentar que todos sus «hijos» fueran clones. Que además de pensar igual, vistieran igual, y que deslumbraran al mundo por su cabellera blanca. Les dejaba crecer el cabello y se lo rociaba con agua oxigenada... Tras la revelación de los archivos sobre la guerra de Afganistán, en un artículo de Stephen Moss en el periódico británico *The Guardian* pudo leerse esto: «Alto, cadavérico, vestido con pantalones vaqueros rasgados, chaqueta marrón, corbata negra, deportivas maltratadas —escribe sobre él paseando hacia el restaurante donde comerán los dos juntos—. Mientras nos dirigimos hacia allí alguien dice que se parece a Andy Warhol por su pelo prematuramente blanco». Blanco y largo. Seguramente Moss desconocía esta historia tan extraña...

Meses después, cuando en octubre de 2010 presentó los diarios de la guerra de Irak, su aspecto había cambiado notablemente. Se cortó el pelo y dejó que resaltara su color natural, castaño claro, con trazas rubias y algunas canas. También su forma de vestir se modernizó y, en general, su imagen se sofisticó. Que se trate de un tipo camaleónico en los tiempos en que lo están persiguiendo es algo lógico. Es casi un personaje de cómic. Una especie de *V de Vendetta* del periodismo: «Los periodistas han dejado a los Estados y a las grandes empresas salirse con la suya durante demasiado tiempo», advirtió a Moss durante la conversación, como diciéndole que los iba a poner en vereda.

Sea o no Mendax, sea incluso él mismo uno de los «niños de Dios» de la propia líder del grupo sectario —todo es plausible— o estuviera «adoptado» por ella durante un tiempo (desde un principio, tras revisar mis archivos sobre sectas y las imágenes de las noticias que se publicaron en la época de la desarticulación del movimiento, en las que aparecían los niños clónicos con sus cabelleras blancas y en las que era posible distinguir a Assange en alguna de ellas, pensé que pronto esas imágenes serían conocidas y que alimentarían la idea de que Wikileaks es una

extraña operación tras la cual operan determinadas fuerzas ocultas), lo cierto es que esa azarosa juventud lo marcó profundamente. Fue un muchacho retraído que se volcó en sus pequeños inventos y en el manejo de ordenadores. Aunque Nikky Barrowclough escribió que se casó —como hizo Mendax— cuando entró en la universidad y que tuvo un hijo en aquella época, siendo aún muy joven, Assange se limitó únicamente a no responder a cuestiones personales. «No deberías escribir cosas que no son ciertas», le dijo en la conversación. Si ella siguió su consejo deontológico, no lo sabemos. Lo cierto es que la periodista sugirió en su artículo que sí, que se había casado joven, muy joven, que había tenido un hijo, y que su mujer lo abandonó. Él, entonces, se habría lanzado a la búsqueda de la verdad...

Hoy, forzado por la situación, habla de hijos. De dos.

Estudió Matemáticas y Física en la universidad, aunque no llegó a licenciarse. Sólo tenía veinte años cuando fue arrestado por haberse colado en los sistemas informáticos de la Universidad Nacional de Australia, en la compañía telefónica del país y en los archivos de la policía. Se declaró culpable de veinticuatro cargos pero quedó en libertad tras pagar una «pequeña» multa. El grupo de *hackers* al que pertenecía Assange por esa época se llamaba igual que el grupo al que pertenecía Mendax. Incluso se sospecha que fue el responsable de una infiltración que se produjo en 1989 en los ordenadores de la NASA en la que los autores dejaron su firma: *Worms against Nuclear Killers* (Gusanos contra Asesinos Nucleares).

Se convirtió en un defensor a ultranza del *software* libre. Y desarrolló en 1997 el sistema Rubberhose Deniable Encryption, un programa de encriptación que diseñó para poner a disposición de organizaciones de defensa de los derechos humanos que requirieran cifrar información en sus ordenadores, ante el peligro de ser interceptados por órganos de poder poco dados a reconocer la verdad de sus tramas corruptas. Ya se adivinaba el camino que había elegido...

En 1999 registró en Internet la página leaks.org, pero no hizo ningún uso de ella. A día de hoy, el dominio está libre y en venta. *Leak* significa filtración. Ya entonces parecía empezar a tejer lo que hoy ha creado. Pero Assange continuó trabajando y estudiando. Aunque siguió sin graduarse, estuvo matriculado entre 2003 y 2006 en Física y Matemáticas en la Universidad de Melbourne. También estudió Filosofía y Neurociencia, igualmente sin licenciarse, cosa que, al parecer, no le preocupaba. Al hombre de la melena blanca sólo parecía importarle el saber por el saber. Era un autodidacta. Siempre lo ha sido. Por ello tampoco le preocupó matricularse en Ciencias de la Información. No deja de ser curioso: se ha convertido en el periodista más importante del siglo XXI sin haberse preocupado para nada en formarse como tal. Nada es casualidad. «Me parece ofensivo que me llamen periodista», ha dicho en más de una ocasión.

Cuando acotando el término hasta convertirlo casi en un insulto, hoy se utiliza la palabra *hacker* para referirse a él, se está aludiendo a sus actividades

profesionales durante aquellos años. Hoy pensamos en los *hackers* como si se tratara de ciberdelincuentes, de tipos sin escrúpulos y más raros que un perro verde, que se esconden tras la pantalla de un ordenador para robar información aquí y allí, en redes privadas y reservadas. Pero el *hacker* es mucho más que eso. Es, en realidad, el arquitecto de los edificios de la comunicación sobre los que empezamos a vivir y en los cuales viviremos siempre.

En esas fechas fue responsable de la creación de numerosos programas y sistemas que hoy siguen estando a la vanguardia en las redes informáticas. De hecho, suya es la paternidad de algunos de los avances de los sistemas de bases de datos que utilizan algunas de las empresas más importantes del mundo, el *software* PostgreSQL. También fue el autor de FreeBSD, que no es sino el sustento del sistema operativo Mac OS X, que ha revolucionado la historia de la informática y abrió a Apple el camino hacia la reconquista del mercado informático mundial. Los expertos también recuerdan que maneja lenguajes informáticos complejos y limitados a la destreza de muy pocos usuarios en todo el mundo. También creó Strober, una aplicación que es la base de muchos de los mecanismos que permiten las búsquedas de información a través de Internet. En definitiva, Assange es un personaje que se desenvuelve por el mundo de la informática como sólo son capaces de hacer unos pocos cientos de personajes de todo el mundo. Ahora bien, ¿tiene algo que ver esta parte de su historia con la obtención de las filtraciones que han cambiado el mundo, o se trata de dos actividades distintas propias de un inquieto renacentista del siglo XXI? Conocer la respuesta a esta pregunta es, seguramente, el seguro de vida que el propio Assange guarda en el más absoluto de los secretos.

Fue en 2006. El hombre que sólo él conoce inaugura wikileaks.org. El término *wiki* ya es muy utilizado en Internet; define un valor y a la vez una capacidad. La expresión, originaria de los nativos de Hawái, significa «rápido». Y *leaks* —ya lo he señalado— significa «filtración». El resultado es una expresión que es, a la vez, el destino final a una vida de atrevimiento y sin normas y de viajar virtualmente en busca de almas gemelas que sientan el mismo compromiso por la verdad.

Un pequeño puñado de personas comenzaron a trabajar a su lado desde el primer momento. De esos, pocos quedan, pero hoy son más de mil los colaboradores de Wikileaks. Salvo media docena de ellos, ninguno tiene un sueldo, y quien lo tiene no aspira a vivir en grandes mansiones. Son voluntarios. También él. No es un trabajo. Es una misión. No cobran por sus filtraciones. No las venden; las entregan a los medios de comunicación en exclusivas limitadas —y sin transacción económica— porque casi al mismo tiempo las vuelcan en la propia página, aunque en los primeros años de funcionamiento llegaron a subastar la información que habían obtenido: «Tenemos esta información: si os la damos, ¿en cuanto la valorarías?», les decían a los directores de periódicos. Pero no parece que hayan incidido mucho en este funcionamiento. Ahora, fundamentalmente, se financian con aportaciones voluntarias, ninguna de las cuales puede ser superior a los veinte mil dólares. Aunque se desconocen las identidades, Assange ha dicho que entre ellos hay ONG, agencias de noticias, personajes comprometidos... Eso sí: ni empresas ni organizaciones políticas.

Wired ha ido más allá. Es una revista especializada en actualidad relacionada con ciencia y tecnología, pero con un concepto muy amplio de ambos términos. Se edita mensualmente desde 1993, aunque, para ser sinceros, su enorme influencia la ejerce a través de su versión digital. En un artículo de Kim Zetter publicado el 13 de julio de 2010 se aseguraba que en los seis meses anteriores Wikileaks había recibido donaciones a través de PayPal —el sistema de pago seguro con tarjeta más utilizado en la red que después vetaría a Wikileaks— por valor de 640 000 euros, de los cuales se habían gastado sólo 30 000. Y señala que entre sus donantes hay magnates y grupos políticos de planteamientos poco progresistas. Una aparente contradicción entre lo que se promulga y lo que se hace. Pero pronto descubrirá el lector por qué *Wired* dice lo que dice...

Desde un principio, el objetivo de Wikileaks estaba claro: revelar aquello que los gobiernos y las grandes empresas no quieren que sea conocido por el gran público. Aunque entre las piezas a derribar también se encuentran algunas sectas, extremo que resulta difícil de no asociar a la historia que antes hemos contado de

La Familia y las reacciones adversas hacia cierto tipo de control mental de los individuos que nuestro protagonista alberga en lo más profundo de sus convicciones.

Invirtió todo su dinero en el proyecto. Junto a él, otros cuatro fundadores participaron arriesgando su parte. Nadie sabe sus nombres. Llegó a confesar que era necesario mantener el anonimato, entre otras cosas porque alguno de ellos procedía de China y su vida podría correr peligro, ya que el gigante asiático —especialmente a causa de las reiteradas violaciones de los derechos humanos en aquel país— es uno de los objetivos a «derribar».

Los sistemas informáticos que había diseñado fueron la base del mecanismo de trabajo de Wikileaks. Era necesario establecer herramientas que ofrecieran confidencialidad absoluta a todos aquellos que decidieran entregar información con el objetivo de darla a conocer. La base para ello se fundamenta en el *software* libre, ya que es la única forma que no permite rastrear las huellas que dejan en la red las fuentes de información.

Cualquier cosa que hagamos en Internet deja una impronta.

En cualquier página que visitamos queda rastro de nuestra presencia a través de diversos mecanismos, y esas huellas las vamos arrastrando de un lugar a otro, de modo que si alguien visita una página A, cuando acude a B, los registros de B incluyen la información de que hemos estado en A, y así sucesivamente. La privacidad se ha convertido en una quimera. La indefensión generada por el progreso informático es absoluta. Quizá aquí —podríamos incluso prescindir del quizá— puedan residir algunas de las causas que explicarían la obsesión por acabar con Wikileaks: el uso de determinadas piezas de los mecanismos empleados por Assange podrían significar el retorno a un tiempo en el cual la red era libre; nuestros pasos eran secretos, y nuestra actuación un ejercicio de privacidad.

Wikileaks utiliza un conjunto de herramientas de criptografía, que garantiza a quién va a entregar la información la seguridad de que estará accediendo a un sitio web seguro. Freenet es una red entre sitios seguros que facilita el intercambio entre dos personas o usuarios de la información que quiere protegerse. Es un funcionamiento similar a las redes del estilo eMule, pero completamente seguras y muy difíciles de rastrear incluso por parte de quienes poseen las herramientas de espionaje adecuadas. Estas redes oscuras vendrían a ser algo así como el callejón sin peatones en el que se citan dos personas para intercambiarse información lejos de miradas indiscretas. Sólo que, en este caso, nadie verá entrar al emisor ni al receptor de la información en el callejón, porque para poder acudir a ese callejón los dos comunicantes necesitarán disponer de un programa que, metafóricamente, los hace invisibles al resto del mundo. El asunto es mucho más complejo, pero básicamente consiste en que si yo entro en contacto con Wikileaks porque dispongo de unos informes secretos del Centro Nacional de Inteligencia, ellos me proporcionarán las herramientas para instalar esos programas en el equipo que

vaya a utilizar. Me darán la llave para que entre en su casa. Y nadie sabrá qué hago allí dentro.

Una de las tecnologías que mejor permiten trabajar a Wikileaks es Tor, una red que ni siquiera se puede detectar mediante el análisis de tráfico. Es decir, que no sólo no sabrán dónde entra el filtrador, sino que incluso su proveedor de conexión no registrará que hay tráfico de información. En este caso, incluso Wikileaks también se garantiza que nadie sepa que está haciendo de las suyas. Pero además de circular en el anonimato por las redes virtuales, es necesario redoblar esfuerzos para la encriptación de la información que se suministra. Para ello se usa el sistema PGP, que genera, en relación a un mismo archivo, dos claves —unidas a una firma digital que asegura el control de la misma durante el trayecto— que sólo estarán en manos del emisor y el receptor de la información. Así que si existe un pirata informático que nos está controlando, a lo máximo que podrá acceder será al contenedor de la información, pero jamás lo podrá abrir porque no dispone de la clave necesaria para hacerlo.

Quienes consideran que Wikileaks es poco más que un buzón de correos a modo de caja negra donde dejar documentación, se equivocan. Se trata de un argumento que se ha usado bastante para sugerir que realmente no se trata de periodismo, sino de un servicio de entrega segura de la información.

El equipo de Julián Assange contrasta el contenido y certifica que es real. Hasta el momento, en ninguna de las filtraciones se ha detectado engaño alguno, lo cual ha contribuido, y mucho, a que el mito se extendiera.

Tampoco se ha podido determinar si alguna de las revelaciones que se han efectuado tienen su origen en prácticas de piratería informática. Pero, lógicamente, Wikileaks se cuida mucho de sugerirlo. Al contrario. El propio creador de toda esta leyenda ha sido muy explícito: «Ahora hay muchos intentos de hacer creer que soy un *hacker* debido a mis actividades como tal hace veinte años, pero eso se hace para devaluar mi trabajo como periodista», declaró a Joseba Elola, del diario *El País* («Cita secreta con el hombre que hace temblar al Pentágono», 24 de octubre de 2010).

El Foro Social Mundial celebrado en enero de 2007 en Kenia se convierte en el escenario de la puesta de largo de Wikileaks. Ahí presenta Assange su iniciativa y su compromiso. De hecho, decide quedarse a vivir en el país africano junto a integrantes de la ONG Médicos Sin Fronteras, para, gracias a las informaciones que suministrará, contribuir a las reformas democráticas en el país. No es un buzón para filtraciones. Tampoco es periodismo de redacción. Ni siquiera es reporterismo. Su propuesta es —ahí quedó claro— convertir el periodismo en un arma para cambiar el mundo y al periodista en un activista a favor de las «buenas causas».

Tardó muy poco en armar un escándalo. El país estaba gobernado desde el 27 de diciembre de 2003 por Mwaki Kibaki tras veinticuatro años de gobierno de Daniel Arap Moi, que nada más llegar al poder inició un extraño proceso electoral en el cual sólo podían participar miembros de su partido. Lejos de cualquier atisbo de democracia, Moi abrió las puertas a la inversión extranjera y a las normas de la globalización. El país se convirtió en sede para multinacionales que cultivaban y producían productos destinados a la exportación. Dentro no quedaba nada...

Y Kenia se vio obligada a importar alimentos y bienes básicos. El flujo de capitales tuvo como consecuencia la profundización de las ya de por sí grandes diferencias sociales y económicas en la sociedad. También se desataron conflictos armados con los países vecinos y rebeliones internas en su propio ejército. Con mano de hierro sofocó cualquier alzamiento. Y con trucos poco democráticos obtuvo la reelección en varias ocasiones. Hubo escasas críticas, sin embargo, de las potencias internacionales, debido a que Kenia se había convertido en un país aliado de las corporaciones más poderosas. Moi no dudó en formar parte de la coalición internacional que Estados Unidos organizó para liberar Kuwait tras la invasión del país por parte de Irak en 1990. Gracias a ello, las potencias internacionales concedieron nuevos créditos. Pero a medida que avanzaba la década, las crisis sociales internas se agravaron. Kibaki fue nombrado vicepresidente con objeto de fortalecer el gobierno, pero no se pudieron evitar conflictos armados internos y la aparición del terrorismo internacional.

Cuando Kibaki llegó al poder, tras ganar las elecciones como líder de otro partido, la Coalición Nacional del Arco Iris, procesó por corrupción a Moi. Pero a la condena siguió una sospechosa amnistía que desveló una verdad incuestionable: Moi siguió controlando, desde la sombra, resortes internos del poder.

Y esa sombra fue la que Wikileaks se empeñó en borrar.

En las elecciones de 2007, Kibaki se presentó convertido en un títere de Moi.

Fue cuando Wikileaks filtró una serie de documentos comprometedores contra el autoritario Moi, apoyado desde el exterior por el gran capital pero dañado a todos los niveles a causa de la portada de *The Guardian* que recogía sus fechorías. Esos documentos demostraban un grado de corrupción gigantesco y mostraban al mundo una serie de violaciones de los derechos humanos verdaderamente estremecedoras. Gracias a ello, aunque Kibaki ganó las elecciones, la presión social en contra de la presencia de Moi fue tan grande que el candidato reelegido no tuvo más remedio que establecer un gobierno de coalición junto a los grupos de la oposición, quienes, esta vez sí, ilusionaron al país con reformas democráticas que sólo el tiempo determinará si van bien encaminadas.

Pero el tiempo demostró que Wikileaks no se casa con nadie. Y no pasó demasiado. Apenas unos meses. Porque en noviembre de 2008, el equipo de Assange reveló la existencia de un informe de la Comisión Nacional de Derechos Humanos en Kenia que había sido silenciado por las autoridades. Se trataba de un *dossier* sobrecogedor en el que se presentaban pruebas de las ejecuciones extrajudiciales que se llevaron a cabo durante la campaña electoral. Como consecuencia de aquella limpieza de sangre murieron, al menos, 1133 personas. En las informaciones que darían a conocer los grupos civiles kenianos implicados en la búsqueda de la verdad se podían ver las fotos de las víctimas, cómo fueron ejecutados, dónde, quién...

Los responsables de las muertes eran agentes de los cuerpos policiales de Kenia. El gobierno —Kibaki había mirado a otro lado hasta entonces— se vio obligado a reconocer la existencia de las matanzas y ordenó que se pusieran en marcha investigaciones internas para depurar responsabilidades: agentes de paisano investigarían a los agentes de uniforme.

Pronto quedaría al descubierto la existencia de un poder paralelo en los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado que imponían una ley no escrita. Kibaki —cómplice o amordazado— no quedó exento de sospechas. Y es que los abusos judiciales no concluyeron cuando llegó al poder y se libró de Moi. El «mal» seguía dentro. Philip Alston, observador de la ONU, informó que «altos funcionarios del Estado están involucrados en incitar a la violencia, financiarla y organizarla, y ha sido ejecutada por la policía».

No fue fácil. Si en los países más desarrollados desvelar la verdad puede pagarse con el descrédito y una incisiva campaña mediática —y ahora cibernética— con objeto de golpear al osado que se ha atrevido (y si se ha atrevido y ha obtenido cierta repercusión con eso, quitarlo de en medio, aunque parezca un accidente, suele despertar más sospechas y contribuye a incrementar el impacto de la acusación), en determinados países todavía importa poco que la respuesta sea tan descarada como brutal.

Dos de los colaboradores de Assange e informadores de Alston fueron asesinados el 5 de marzo de 2009. Se trataba de Oscar Kamau y John Paul Oulo.

Circulaban en coche por las calles de Nairobi, a pocos cientos de metros del palacio presidencial, cuando alguien se acercó al vehículo y los acribilló sin compasión. La policía —hacia la que se dirigieron todas las sospechas— negó de inmediato su participación. La Fundación Oscar, para la que ambos trabajaban, y Wikileaks, habían documentado para entonces más ejecuciones. En total ya tenían informes sobre la muerte de 1721 personas a manos de ese «poder dentro del poder». Había que sumar, además, la desaparición de otros 6452 individuos. Muchos de los «eliminados» eran partidarios del presidente y miembros de Munguki, una banda entre tribal y mafiosa que apoyó al presidente durante el recuento de papeletas en las elecciones que ganó tras destapar el escándalo de Moi.

Se trataba de un auténtico escándalo que, salvo *The Guardian* y algún que otro periódico, estaba pasando desapercibido para el planeta entero. Nadie sabía —o quería saber— que las desigualdades y la pista de la corrupción que anidaba tras esta historia apuntaba directamente a los países ricos de Occidente. En el resumen que el equipo de Assange nos envió tras conocerse los informes —incluían también los expedientes forenses, de un contenido estremecedor— se explicaba que para intentar que las muertes se atribuyeran a bandas rivales, los policías que las ejecutaron cambiaron su *modus operandi*, y si bien primero usaron armas de fuego, las muertes pasaron a ejecutarse por estrangulación, ahorcamiento, mutilación o golpes letales.

Gracias al trabajo efectuado por Wikileaks para esclarecer las matanzas que se produjeron antes y después de las elecciones, y poner al descubierto la existencia de un comportamiento paramilitar en la policía de Kenia, Amnistía Internacional en el Reino Unido concedió al grupo el premio anual que reconoce la labor periodística a favor de los derechos humanos. Cuando Assange recogió el premio fue muy explícito: «Es un reflejo del coraje y la fuerza de la sociedad keniana que esta injusticia haya sido documentada y hayamos podido demostrar al mundo que se llevaron a cabo estos asesinatos. Sé que los responsables no van a descansar. Nosotros tampoco hasta que se haga justicia».

Y es que, para él, el periodismo debe ser comprometido. La objetividad debe primar en la exposición de los hechos —y si las palabras sobran al mostrar la documentación, mejor—, pero esa imparcialidad no tiene que afectar al posicionamiento humano del periodista ante esos sucesos. Promulga un activismo objetivo. Más o menos, viene a recordar que el periodista, si demuestra que la verdad está claramente de un lado, no puede mantenerse neutral a la hora de posicionarse junto a esa verdad.

A lo largo de este libro se expondrán algunas de las revelaciones que se efectuaron durante todo este tiempo. En su momento, los medios de comunicación apenas hicieron referencia a estas filtraciones, pero Wikileaks estaba detrás, por ejemplo, de la revelación del manual secreto para las torturas que se utilizaba por parte de los interrogadores en Guantánamo...

O de la aparición de los mensajes que los investigadores de la Universidad de East Anglia enviaron a la comisión para el estudio y control del cambio climático en la ONU. En dichos mensajes se descubrió —sin llegar al extremo que algunos quisieron hacer creer— que los científicos estaban manipulando algunos datos para poder seguir recibiendo financiación y dinero de las instituciones para estudiar el calentamiento global.

También puso al descubierto la existencia de un dominio casi dictatorial de las grandes farmacéuticas sobre la Organización Mundial de la Salud, algo que se demostró cuando exageraron los riesgos de la gripe A con el objetivo de que los gobiernos invirtieran miles de millones de dólares en la adquisición de medicamentos y vacunas.

Y las conexiones de las empresas petroleras con el gobierno de Perú para obtener beneficios en la explotación de crudo en el país andino, de espaldas a los ciudadanos con el fin de conseguir beneficios superiores a los establecidos a la hora de repartir el dinero entre la industria y el Estado.

Más aún: se desveló la existencia de un documento que situaba a España como un país cuyos ciudadanos se habían vendido al terrorismo tras los atentados del 11 de marzo de 2004. Y ni el entonces presidente Bush ni su sucesor Obama han rectificado tal documento, que arranca a nuestro país del rincón de los «buenos» para situarlo sabe Dios dónde.

También se dio a conocer —y la prensa no hizo excesivo caso— la existencia de un amplio documento secreto elaborado por la inteligencia británica en el que se explica cómo amordazar y hacer frente a enemigos tales como periodistas de investigación u organizaciones humanitarias.

Incluso se desveló un listado monumental que incluía todas las comunicaciones efectuadas a través de diversos medios desde horas antes de los atentados del 11-S y en las posteriores. Alguien había dado la orden de registrar todos aquellos contactos cuando aún no había pasado nada. Como si ese alguien esperara que pasara algo...

Descubrió también la existencia de grupos de presión y de grandes corporaciones que parecían dictar al presidente Obama qué había que hacer, en qué momento y cómo, ejerciendo sobre la Casa Blanca una influencia que dejaba al propio mandatario en manos de oscuros intereses económicos.

Hubo muchas más revelaciones. Tantas que cuesta creer que un pequeño grupo de periodistas voluntarios sean capaces de semejante producción. Y de no equivocarse ni una vez: jamás han publicado nada que sea falso. Es como si tuviera una llave secreta a modo de oráculo para conocer si los miles, decenas de miles, cientos de miles de documentos que va «desclasificando», son auténticos. Assange, que cree en la existencia de un gigantesco «sistema de seguridad oculta» que pretende controlarlo todo, parece haberse convertido en el Gran Hermano que vigila el poder político y económico.

Mientras tanto, más colaboradores de Wikileaks en Kenia fueron ajusticiados de forma brutal. Silenciados. Mientras, los periodistas más intelectuales se preguntan si realmente Wikileaks hace periodismo, y escriben sus columnas y vuelven tranquilamente a su vida. Assange, en cambio, vivía ya desde comienzos de ese año a mitad de camino entre la ocultación y la protección. De aeropuerto en aeropuerto, sin dejar casi rastros, pagando en metálico o con tarjetas de crédito de amigos. Durmiendo en el sofá de la vivienda de alguien que se arriesgaba a que entraran a fusilarlo allí.

Casi furtivo, sin casa fija y con rumbo desconocido.

El fenómeno fue abriéndose paso en silencio. Sobre Wikileaks sabían más los poderosos que la opinión pública. Las informaciones aún eran más importantes que el informante, aunque desde un primer momento las autoridades que quedaban al desnudo con las filtraciones pusieran a Julián Assange en su punto de mira.

Cuando los aliados aún presumían de tener la situación bajo control en Afganistán, un informe de la OTAN revelaba la auténtica verdad de la compleja situación en el campo de batalla. Por entonces todavía no había dado señales de vida Bradley Manning, el soldado norteamericano que surgiría tiempo después como el culpable de todas las filtraciones. La cuestión es que el 16 de febrero de 2009, Wikileaks dio a conocer el informe en cuestión y Manning no fue el «garganta profunda».

En las doce páginas del expediente secreto, la OTAN señalaba que la situación era dramática debido a la escalada de la guerra y los conflictos civiles. Los militares aliados muertos en combate se habían incrementado en un 35 por ciento, mientras que los asesinatos y secuestros durante el 2009 suponían un 50 por ciento más en relación al año anterior. Mientras, los ataques al gobierno instaurado por Estados Unidos en el país se habían duplicado. Al mismo tiempo, los combates entre los soldados aliados y los insurgentes también habían aumentado de forma considerable. También se registraron un 29 por ciento más de muertes causadas por artefactos explosivos. Y eso que la misión militar había sido bautizada como Libertad Duradera... El informe también demostraba la existencia de enormes agujeros negros en la situación social. Sólo la mitad de los afganos tenían acceso a la salud pública y un 50 por ciento de los niños del país permanecían sin escolarización. Mientras, las mujeres seguían viviendo las mismas injusticias que con los talibanes.

Los oficiales norteamericanos mostraron un enorme sonrojo por haber permitido que el informe se filtrase. Pero en el seno del ejército había personajes que decían la verdad, como el coronel McNally, que manifestó a los medios que los talibanes estaban ganando la guerra de voluntades y conquistando el corazón de los afganos. Poco después, el oficial fue expulsado del ejército y arrestado. Los abogados de Wikileaks salieron en su defensa. Haya sido él o no quien entregara la información, lo cierto es que se demostraba ya entonces que el Pentágono iría a por todas con tal de acallar cualquier información que validara la idea de que la situación estaba complicándose. El presunto filtrador de los documentos que han provocado el escándalo en 2010 aún no estaba siquiera en Irak. Y eso no fue

impedimento para que Wikileaks ya llevara tiempo dando a conocer algunos informes verdaderamente llamativos.

En próximos capítulos iré desgranando algunos de esos informes secretos. Ya he expuesto los de Kenia, pero a través de la lista de correo que gestionaba Assange los suscriptores recibíamos algunas revelaciones más que interesantes, que certificaban que, o bien Wikileaks era ese Gran Hermano del pueblo que se enteraba de todo, o que, en silencio, ya se había gestado un ejército de filtradores que —por iniciativa propia o porque Assange lo había localizado— confiaban en la seguridad que les proporcionaba Wikileaks para dar a conocer las ignominias a las que habían asistido en silencio y avergonzados.

Las cosas se «complicaron» aún más en marzo de 2010. En esa época, el Pentágono elaboró un informe en el que Wikileaks aparecía mencionado como enemigo de Estados Unidos. Latía en la Casa Blanca el miedo a lo que pudieran descubrir sobre las guerras de Afganistán e Irak. Probablemente, en la cúpula del Departamento de Defensa se había encendido la alarma ante las actividades de aquellos molestos periodistas. En el memorándum secreto se decía que era necesario desprestigiar al grupo de reporteros activistas que se escondían tras aquella web. Pero ya para entonces las capacidades de intercepción de Wikileaks parecían mágicas: en cuestión de días, Assange disponía del documento en cuestión y lo entregó a *The New York Times* para que lo publicara. Obama no podía dar un paso sin que Assange se enterara. David contra Goliat. La historia se repetía.

Poco después, las cenizas cubrieron Europa.

Un volcán islandés había entrado en erupción. La nube gris que levantaba hacia el cielo se extendió por todo el continente provocando la mayor crisis del transporte aéreo que se recuerda. Miles de vuelos se cancelaron. Cerraron decenas de aeropuertos. Algunas compañías aéreas con problemas recibieron la puntilla que les faltaba para declararse en quiebra. Decenas de miles de turistas pasaron la mayor parte de sus vacaciones esperando que su vuelo se retrasara pocas horas o pocos días. La mayor parte de ellos no partió hacia su destino. Mientras tanto, las cumbres rojizas del volcán islandés ofrecían una imagen de una belleza directamente proporcional a la crisis que estaba generando. Aquello llevó a muchos periodistas a las faldas de la montaña. Las imágenes tomadas allí mismo se cotizaban especialmente en los informativos serios y en los magazines vulgares. Era el escondrijo ideal...

Un grupo de reporteros, como tantos otros, alquiló una casa a no muchas decenas de kilómetros de allí, con el volcán Eyjafjallajökull a la vista. El objetivo era informar de lo evidente desde el lugar de los hechos. Eran cuatro hombres. A nadie le extrañó que llegaran pertrechados con ordenadores, cámaras y el típico aspecto del extranjero despistado.

Eran los hombres de Wikileaks...

El volcán no les importaba, aunque ésa pareciera la razón de que estuvieran allí. La presencia masiva de reporteros venidos de todos los rincones del globo les venía bien para pasar desapercibidos y llevar a cabo su trabajo en un país cuyas leyes eran más permisivas para hacer lo que iban a hacer. Un ciudadano cualquiera quizá no podría recibir un documento secreto sin quebrantar alguna norma que lo pusiera en apuros. Pero allí los periodistas tenían más libertad de movimientos en aras del derecho a tener información veraz. Dicen que es la ley de prensa más garantista del mundo. El propio Assange —cuyo cálculo de las situaciones resulta a veces casi maquiavélico, aunque sin el sentido peyorativo que tiene la expresión— se las había ingeniado meses atrás para influir en su redacción. Varios de los colaboradores más implicados con la red vivían allí, y el propio Assange había pasado largas temporadas en el país. Y eso a pesar de que, en Islandia, el grupo de «vengadores» no tenía demasiados amigos. La crisis económica puso al descubierto que los bancos del país estaban metidos hasta la médula en operaciones de dudosa legalidad, y Wikileaks se había encargado de mostrar en sus filtraciones la existencia de maniobras ilícitas de esos bancos.

Hacía ya un tiempo, una fuente sobre la cual habían confirmado su fiabilidad les había hecho llegar información de primera mano sobre la situación de la guerra en Afganistán. En la guerra se metió —y de paso nos metieron a todos— Estados Unidos para vengar las muertes de los atentados del 11 de septiembre de 2001. El país, liderado por la secta de los talibanes, se había convertido en el refugio de Osama Bin Laden y sus huestes. Los primeros ataques sobre el país se produjeron el 7 de octubre de ese mismo año. Luego llegó la invasión por tierra, más tarde la ocupación y, finalmente, el desastre más absoluto. Aquella fuente iba a ofrecer a Wikileaks documentos muy comprometedores. Pero no sólo sobre la guerra de Afganistán. También sobre la de Irak. Y es que los crímenes en ambos países estaban cortados por el mismo patrón.

Entre la información sobre la guerra de Irak se encontraba un vídeo grabado el 12 de julio de 2007 en el barrio Nuevo Bagdad, en la capital del país. En aquella ocasión, las fuerzas de ocupación habían dicho que los insurgentes se disponían a atacarlos desde tierra con sus fusiles mientras dos helicópteros Apache del ejército norteamericano efectuaban un vuelo de reconocimiento. En el momento en el que los terroristas se disponían a abatir el helicóptero, los soldados se vieron en la obligación de abortar la amenaza.

Como consecuencia del «enfrentamiento entre las tropas norteamericanas y los rebeldes», como fue denominado el incidente en las informaciones suministradas a la prensa al día siguiente, murieron doce personas; junto a los insurgentes se encontraba un fotógrafo de la agencia Reuters, Namir Noor-Eldeen, y su chófer, Saeed Chmagh, que fueron calificados como «daños colaterales» por parte de la coalición internacional. Así se denominaba siempre a los muertos que no eran culpables de nada, salvo de estar en el momento más

inoportuno en el lugar menos adecuado. Pero los otros sí eran culpables: estaban dispuestos a derribar el helicóptero con sus fusiles AK-47 y lanzamisiles RPG.

Que las cosas no habían sucedido así era algo que se sabía en ambientes periodísticos desde hacía tiempo. También se filtró la información sobre la existencia de un vídeo que podría demostrarlo. Varios medios de comunicación de enorme prestigio, con Reuters a la cabeza, estaban detrás de las imágenes desde hacía meses, pero los reporteros no fueron capaces de dar con la persona —un antiguo soldado— que podría suministrar ese vídeo.

Wikileaks sí estaba en contacto con esa fuente. Y a través de sus sofisticados y discretos programas informáticos se había puesto en contacto con el grupo de periodistas. Entonces, Assange lo preparó todo para recibir la información en Islandia y procesarla allí para hacerla llegar a los medios de comunicación como una bomba. Así, durante aquellos días en el chalet de Islandia, los cuatro reporteros recibieron el vídeo, documentaron lo que se había dicho hasta entonces sobre el incidente y montaron un documental con las imágenes y la información disponible. Como resultado de aquella operación —firmada por una productora de vídeo llamada The Sunshine Press, empresa hermana de Wikileaks y dirigida por el hombre que sustituyó a Assange cuando el australiano entró en prisión— se daría a conocer el vídeo en YouTube y se enviaría a algunos de los medios de comunicación más importantes, entre ellos a aquellos que llevaban tiempo detrás de las imágenes. Iba a ser el gran golpe de Wikileaks.

Casi al mismo tiempo que el equipo de Wikileaks trabajaba de incógnito en Islandia se produjo la filtración de otro documento extraordinariamente sensible. Fue elaborado por los servicios de inteligencia del Departamento de Defensa el 28 de febrero de 2008.

Se dio a conocer el 15 de marzo de 2010. En esas fechas, el Pentágono ya era consciente de que las filtraciones que se habían producido —en comparación con lo que pasaría dos años después no era nada, pero ya entonces Wikileaks había tocado la moral de algún banco corrupto y del gobierno americano con la publicación de informes relativos a los conflictos bélicos de Afganistán e Irak— iban todavía más lejos que las anteriores y que podían afectar a las guerras en curso. El documento recibió un significativo título: «Wikileaks.org, ¿una maniobra *on line* de servicios de inteligencia extranjeros, insurgentes o grupos terroristas?». Por su interés, reproduciré aquellos párrafos e informaciones que considero más relevantes para el seguimiento de la trama.

Sugiero al lector que pese a lo farragoso de la exposición en algunos momentos no deje de leer con perspectiva el documento. Como se puede comprobar, los autores del informe ya tienen claro que la osadía de Wikileaks no había hecho sino comenzar. Y aunque se ofrecen informaciones que luego no han podido ser corroboradas, el gobierno de Estados Unidos ya tenía claro que no existía más remedio que afrontar la realidad e intentar fortalecer la maquinaria de las maniobras ocultas contra aquel australiano con espíritu de cruzado. Ya se habla en el informe de la posibilidad de que otros «chivatos» en el Departamento de Defensa dieran a conocer nuevas filtraciones (algunos verán en esa profecía una prueba de que la CIA está detrás de todo esto) y de la necesidad de estar a la misma altura o por encima de Wikileaks en cuanto a programas informáticos para protegerse y, a la vez, para cazar a posibles filtradores. Respecto a estos últimos advierten de que es primordial procesarlos e identificarlos públicamente haciendo caer sobre ellos la más severa de las acciones judiciales, de forma que el escarmiento sea suficiente como para disuadir a otros osados que quisieran «hurtar» información secreta (otra profecía cumplida). También se señala la necesidad de no dudar en bloquear el acceso a la página de Wikileaks si fuera necesario, incluso mediante ataques informáticos, y por si fuera poco, hasta se sugiere criminalizar el mero acceso a la página web en cuestión porque las informaciones reveladas ponen en riesgo la seguridad y las vidas de los soldados norteamericanos en las zonas en conflicto.

Insisto en que merece la pena leer cuál era el planteamiento que tenía el

gobierno —aún estaba George Bush al frente de la Casa Blanca— del fenómeno que estaba en ciernes y de cómo podía afrontarse la batalla que se avecinaba. Como verá el lector, aunque el Pentágono tenía las cosas claras, hasta el momento la «guerra» la estaban perdiendo los «malos», porque en la Casa Blanca y en el Pentágono intuían que las cosas iban a ir por un camino en absoluto deseado por las esferas de poder. Veamos pues:

Wikileaks.org es una web de acceso público que representa una amenaza al ejército de EE. UU. La fuga intencionada o no de documentos y la publicación de información sensible o clasificada podría dar lugar a las crecientes amenazas a personal del Departamento de Defensa así como a sus equipos o instalaciones. Esta información podría ser de valor para la inteligencia exterior y los servicios de seguridad, las fuerzas militares extranjeras, insurgentes y grupos terroristas que podrían reunir un gran número de datos para planificar ataques contra las fuerzas de EE. UU. tanto en territorio nacional como en el extranjero.

Existen diversas opiniones... sobre los objetivos declarados de Wikileaks.org. Algunos sostienen que la filtración y publicación de las informaciones está protegida por la Constitución como libertad de expresión, apoya a la sociedad abierta y la transparencia del gobierno por encima de los actos ilegales que surgen de la publicación de información sensible y clasificada sobre gobiernos y empresas. Otros creen que el sitio web o personas asociadas a Wikileaks.org se enfrentará a desafíos legales en algunos países por cuestiones de privacidad, revelación de datos sensibles o clasificados, o demandas civiles por publicar información que es incorrecta, falsa, difamatoria, calumniosa o maliciosa. Por ejemplo, la página web se cerró el 14 de febrero de 2008 durante dos semanas por orden judicial tras la publicación de los documentos sensibles en un caso relacionado con los cargos de lavado de dinero, robo a gran escala y evasión de impuestos por el Banco Julius en las islas Caimán y Suiza. El caso judicial contra Wikileaks fue impulsado por Julius... [Finalmente] la orden de la corte de EE. UU. se levantó y el sitio web fue restaurado en Estados Unidos. Los esfuerzos de algunos funcionarios nacionales y extranjeros y organizaciones para no aprobar las acciones de Wikileaks.org incluyen alegatos del que permite, a sabiendas, la publicación de información no corroborada que sirve como instrumento de propaganda.

Los gobiernos de China, Israel, Corea del Norte, Rusia, Tailandia, Zimbabue y otros países han bloqueado el acceso a Wikileaks y se han reservado el derecho de investigar y procesar a Wikileaks y a sus asociados, insistiendo que se retire la información gubernamental falsa, sensible o clasificada... Los gobiernos de China, Israel y Rusia afirmaron que tienen derecho a eliminar contenidos, bloquear el acceso al sitio e investigar los delitos relacionados con la sustracción de documentos.

Claves judiciales

Es muy sospechoso que exempleados del gobierno filtraran información sensible y clasificada; sin embargo, desde Wikileaks se asegura que el anonimato de los denunciantes de irregularidades o de filtraciones es uno de sus principales objetivos.

Wikileaks.org podría ser utilizado para enviar información inventada, desinformación o propaganda y podría ser utilizado para transmitir un mensaje positivo o negativo al público.

Reivindicamos el derecho a investigar y enjuiciar a los miembros de Wikileaks y/o a bloquear el acceso a la información gubernamental, así como eliminar informaciones falsas, sensibles o clasificadas, propaganda u otros contenidos maliciosos desde Internet... La identificación, suspensión de empleo, enjuiciamiento penal, la acción legal contra el individuo deberían ser las medidas.

Antecedentes

Wikileaks fue fundado por disidentes chinos y por periodistas, matemáticos y tecnólogos de África, Estados Unidos, China, Taiwan, Europa, Australia y Sudáfrica. El sitio web comenzó a funcionar a principios de 2007. La junta asesora de Wikileaks incluye periodistas y criptógrafos. Un informante fue analista de inteligencia de EE. UU., y también entre sus miembros hay expatriados de China, Rusia y las comunidades de refugiados tibetanos.

A través de su sitio web, Wikileaks alienta filtraciones anónimas a gran escala... Afirman haber recibido más de 1,2 millones de documentos de comunidades disidentes y fuentes anónimas de todo el mundo... Lo más probable es que, en el futuro, Wikileaks publique nuevas informaciones relativas al Departamento de Defensa. Wikileaks utiliza su propio *software* de código Wiki, MediaWiki, OpenSSL, FreeNet, TOR, y PGP... Estos programas hacen difícil a organismos y empresas determinar quién ha filtrado un documento y desde dónde lo ha hecho... El objetivo es distribuir los documentos a través de muchas fuentes, organizaciones y usuarios individuales, porque una vez que se coloca en Internet ya es muy difícil retirarlo por completo.

La tecnología utilizada para oscurecer las pistas sobre el origen de las filtraciones tiene vulnerabilidades que son explotables. Organizaciones con técnicos debidamente capacitados en asuntos cibernéticos, equipos adecuados y un *software* técnico correcto... pueden contribuir a identificar a las personas que suministran informes y los medios por los cuales se transmiten.

Wikileaks tiene la intención de recabar fondos a través de donaciones individuales y colectivas, tales como las organizaciones humanitarias y sociopolíticas que promueven la democracia y los derechos humanos en todo el

mundo a través de un acceso abierto a la información de gobiernos y empresas.

Varios países, entre ellos China, Israel, Corea del Norte, Rusia, Vietnam y Zimbabue han denunciado y bloqueado el acceso a la página de Wikileaks para impedir que los ciudadanos y adversarios tengan acceso a información sensible, embarazosa o propagandística. Los gobiernos de China, Israel y Rusia han afirmado que tienen derecho a eliminar de Internet contenidos con la intención de avergonzar o lanzar acusaciones falsas en contra de dichos gobiernos. China, Israel, Corea del Norte y Rusia ha evaluado la posibilidad de efectuar ataques informáticos o interrumpir el acceso al sitio web.

Anuncios efectuados en noviembre de 2007 por Wikileaks se refieren a que están en disposición de publicar informes catalogados como CLASIFICADOS/SÓLO PARA USO OFICIAL y SECRET/NOFORN... Esos documentos pueden representar una amenaza interna para el Departamento de Defensa. Los responsables de autorizar la difusión de esa información podrían ser objeto de sanciones administrativas no judiciales, pero también se pueden promover contra ellos cargos criminales... Afirman que disponen de 2000 páginas filtradas que incluyen nombres de unidades, estructura organizativa y datos sobre los equipos del ejército en Irak y Afganistán. Assange afirmó también que personas que no va a identificar del gobierno de EE. UU. filtraron la información para facilitar la adopción de medidas por el Congreso de EE. UU. para forzar la retirada de las tropas de EE. UU. y dar por finalizada la financiación de la guerra.

Wikileaks ha alentado a otras personas a formular observaciones sobre los documentos filtrados... [La información] puede ser utilizada por otros investigadores o periodistas para preparar informes o evaluaciones... Asimismo, puede utilizarse para elaborar informes que resulten sesgados... Esta información podría ayudar a las fuerzas enemigas en la planificación de ataques terroristas, la selección de objetivos y la colocación de artefactos explosivos improvisados (IED).

El 9 de noviembre de 2007 Wikileaks publicó un informe exclusivo donde se alegaba que Estados Unidos había violado la Convención de Armas Químicas. El autor, Julián Assange, esgrime que el despliegue de la CS (2-chlorobenzalmalono nitrile, también llamado Chlorobenzylidene Malononitrile), así como otras municiones usadas y armas capaces de disparar gas lacrimógeno son una violación de la Convención. El autor también afirma que Estados Unidos tenía al menos 2386 armas químicas de baja intensidad desplegadas en Irak y Afganistán. Estos artículos también contienen información filtrada en la que apareció una lista de 2000 páginas detallando el millón de unidades de equipo militar de EE. UU.

Antes de la invasión de Irak en 2003, el Departamento de Defensa emitió un comunicado oficial del presidente Bush en el que se autorizaba a las fuerzas militares de EE. UU. a utilizar agentes antidisturbios (ARC), como gas lacrimógeno o gas CS. El Departamento de Defensa afirmó que el gas lacrimógeno o gas CS que se envió a las tropas de EE. UU. se utilizaría sólo para salvar vidas de

civiles... Algunos expertos en armas químicas en Estados Unidos y otros países expresaron la creencia de que esta autorización podría violar el tratado CAQ. Estos críticos nacionales y extranjeros expresaron su convicción de que el uso en el campo de batalla de gas lacrimógeno violaría la CAQ, lo que incomodaría a los aliados cruciales, entre ellos el Reino Unido y Australia. Además, afirmaron que el uso de CS proporcionaría el líder iraquí, Saddam Hussein, un pretexto para el uso de armas químicas contra Estados Unidos y las fuerzas de la coalición.

Wikileaks parece disponer de personal técnico que demuestra poseer un alto nivel de sofisticación para proporcionar un entorno operativo seguro para los denunciantes que deseen publicar información en el sitio web. En la actualidad se utiliza una variedad del *software* libre para construir el sitio web y asegurar la transmisión de datos de manera anónima.

La construcción de un archivo SQL, la fusión de documentos filtrados, y el uso de herramientas a disposición del público para recoger información de los sitios web del Departamento de Defensa y organizaciones como globalsecurity.org y luego hacer la información disponible en una base de datos, permite el acceso y la manipulación de los datos para fines de investigación por los usuarios.

La intención actual y futura del personal de Wikileaks es continuar el desarrollo de herramientas mejoradas para la manipulación de las 2000 páginas de información sobre las fuerzas de Estados Unidos que ofrecen a los visitantes del sitio... Es muy probable que la seguridad de la transmisión de información mejore a medida que mejoren las nuevas tecnologías, las habilidades técnicas de los miembros actuales o la captación de nuevos fondos. La compra de equipos más seguros, medios de transmisión, y el cifrado de protocolos adicionales es posible si la organización obtiene los necesarios recursos económicos.

¿Es libertad de expresión o se trata de una práctica ilegal?

Wikileaks permite la publicación anónima de la información y registros no contrastada... Esta política de apertura... podría crear problemas legales para Wikileaks y exponería a sus responsables a acciones legales contra ellos por parte de los gobiernos, empresas e individuos afectados. Además, algunos gobiernos sostienen que el acceso a la página web es, en sí, un acto de delincuencia, y que anular o bloquear el acceso al sitio es una contramedida razonable.

Esta situación plantea la posibilidad de que Wikileaks.org fuera utilizado deliberadamente para enviar información inventada...

Existen diversos puntos de vista dentro de Estados Unidos y otros países con respecto a los objetivos declarados de Wikileaks. Algunos creen que la filtración y publicación de información está constitucionalmente protegida por la libertad de expresión y la libertad de prensa... y que la filtración de la información sirve al

bien común frente a cualquier acto ilegal que resulte de la publicación de información sensible. Otros creen que Wikileaks y personas asociadas se enfrentarán a desafíos legales en algunos países con respecto a la privacidad de las personas y las empresas, la revelación de la información gubernamental sensible o clasificada, o la publicación de información supuestamente incorrecta, falsa, calumniosa o difamatoria. Varias empresas extranjeras ya han presentado demandas civiles en Estados Unidos y en el Reino Unido por el robo de datos, difamación y daños a su reputación...

La página Wikileaks.org fue temporalmente cerrada a finales de febrero de 2008 en Estados Unidos durante dos semanas por orden de la corte por la publicación de documentos confidenciales en un caso que afectaba al Banco Julius por presunto lavado de dinero, robo y evasión de impuestos en las islas Caimán y Suiza. Los tribunales de Estados Unidos decidieron archivar el caso y las restricciones al acceso a la página se levantaron.

Varios *bloggers* prominentes han cuestionado el uso y la habilidad de los seguridad del *software* utilizado para desarrollar el sitio web y para proteger las comunicaciones e identidades de filtraciones. Los motivos y los métodos de Wikileaks han sido cuestionados, ya que existen otros foros de Internet que realizan la misma función de una manera más ética. Los esfuerzos para desacreditar Wikileaks.org deberán ir desde denuncias sobre informaciones filtradas no contrastadas hasta que sirve como instrumento de propaganda pasando por la acusación de que es una organización tras la cual está la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Wikileaks niega estas acusaciones y asegura que no hay pruebas para apoyar tales afirmaciones.

Conclusiones

Wikileaks genera confianza a los filtradores. Ése es su más importante valor... La identificación, procesamiento judicial y la exposición pública de las personas que filtran la información dañarían la credibilidad y el valor de Wikileaks como organización segura para quien quiera dar a conocer información, y serviría para disuadir a otros de llevar a cabo acciones similares.

La liberación no autorizada de información del Departamento de Defensa pone de relieve la necesidad de fortalecer las medidas de contrainteligencia... para capacitar al personal del ejército en los procedimientos apropiados para proteger informaciones sensibles y clasificadas, así como para entender las amenazas internas e informar de actividades sospechosas.

Además, el personal necesita saber los procedimientos adecuados para informar de la pérdida o robo de documentos con información sensible o clasificada... Por desgracia, tales programas no disuadirán de que continúen lo que ellos creen es su obligación de exponer presuntas irregularidades cometidas

dentro del Departamento de Defensa. Hay que suponer que Wikileaks recibirá más documentos del Departamento de Defensa en el futuro. Esta información será publicada y analizada a lo largo del tiempo por diferentes personas y organizaciones con el objetivo de influir en la política de EE. UU. Además, también se puede presuponer que los adversarios extranjeros revisarán y evaluarán cualquier documentación del Departamento de Defensa sensible.

La información sensible o clasificada podría revelar las capacidades y vulnerabilidades de las fuerzas de EE. UU., ya sea en el propio territorio continental o las desplegadas en el extranjero. La proliferación de acceso a Internet y de tecnología de la información permitirá el rápido desarrollo, fusión, integración y la manipulación de diversos documentos, hojas de cálculo y bases de datos múltiples. Posibles mejoras podrían incrementar el riesgo para las fuerzas de EE. UU. y dar pie a enemigos potenciales para planificar ataques terroristas en lugares como Irak o Afganistán, y también la protección de las informaciones para evitar su filtración.

Este informe es la evidencia de que los servicios de inteligencia tenían «fichado» a Wikileaks desde el principio de su actividad, incluso antes de que las informaciones filtradas adquirieran la importancia que después tuvieron, aunque cuando se elabora este documento ya había empezado a hacer «daño». Pese a lo confuso de la exposición que hace el autor, queda claro que acertó en sus previsiones sobre el impacto que los documentos filtrados podría tener. Del mismo modo, el informe nos descubre que casi tres años antes de las grandes revelaciones, el Pentágono sabía muy bien cómo se debía hacer frente a las grietas que podría abrir el movimiento creado por Julián Assange: persecución judicial a los filtradores y a quienes facilitaban la divulgación de las filtraciones, cortar el acceso a las páginas web del grupo, acosar financieramente a la organización, elaborar campañas de propaganda para acusar a Wikileaks de facilitar el «trabajo» de terroristas y enemigos de Estados Unidos...

Mientras los hombres de Wikileaks tramaban el golpe de gracia que cambiaría la historia del grupo y haría de Assange un icono para los luchadores contra la guerra, mientras el volcán islandés seguía lanzando cenizas, mientras reunían nuevas informaciones que ponían al descubierto las causas de la crisis en el país, mientras intentaban reunir fondos para afrontar las consecuencias legales de lo que se suponía que les vendría encima en cuanto hicieran público aquello que estaba en sus discos duros, mientras preparaban el plan para poner el mundo de vuelta y media, decidieron no detenerse ni un segundo y seguir publicando informaciones filtradas pese a tener ya en sus manos el informe secreto que ponía al descubierto cómo podría llegar a ser la brutal respuesta del Pentágono, elaborada desde al menos tres años antes de que el mundo de la comunicación quedara patas arribas.

El informe en cuestión revelaba cómo manejar la propaganda para conseguir que la opinión pública europea admitiera la necesidad de seguir apostando por mantenerse en Afganistán para ganar la guerra a los talibanes e insurgentes, además de demostrar la hipócrita promesa oficial sobre una inminente retirada de tropas del país, suponía un auténtico órdago para los hombres de Barak Obama.

Para entonces, el Pentágono ya disponía de informaciones que los invitaban a sospechar que las fuentes informativas de Julián Assange habían puesto en sus manos una cantidad descomunal de documentos relativos a las guerras de Afganistán e Irak. Y se sospechaba —así se dijo de forma oficial posteriormente— que la misma persona ya había puesto en manos de Wikileaks decenas de miles de cables diplomáticos elaborados por los embajadores y representantes de Estados Unidos por todo el mundo. Sin embargo, ese «ladrón» ya había cometido su fechoría el 11 de marzo de 2010, que es cuando se elabora el documento que expongo a continuación. ¿Quién se lo había suministrado? La sospecha incrementaba el miedo de los servicios de inteligencia al poder informativo de Wikileaks, porque además sólo quince días después de ser redactado, Assange volcaba en su web el informe completo elaborado por la «Célula Roja» de la CIA. Se había hecho con él en cuestión de días. Y en cuestión de horas tenía confirmada su autenticidad. Una vez más demostraba que su grupo era un nuevo Gran Hermano, sólo que este ojo que todo lo ve se convertía en vigilante del poder.

Leamos el informe en cuestión, en el cual se expone de forma muy clara cómo es necesario poner en marcha campañas de propaganda destinadas a las poblaciones de Francia y Alemania —y por ende, a toda Europa— para que sus habitantes se muestren más favorables a apoyar la guerra de Afganistán y evitar

que los gobiernos de ambas naciones lleguen a retirar sus tropas del país debido a la presión de la opinión pública. Se trata, como el lector podrá comprobar, de un notable ejercicio de tácticas de propaganda:

La decisión del gobierno holandés de retirar sus tropas de Afganistán demuestra la fragilidad del apoyo europeo a la misión de la OTAN en Afganistán. Algunos Estados de la OTAN, en particular Francia y Alemania, han contado con la apatía del público en torno a Afganistán cuando se ha planteado el aumento de sus contribuciones a la misión. Pero la indiferencia puede convertirse en hostilidad activa si en primavera y verano aumentan las bajas militares o civiles. Existe riesgo de que el debate en Holanda se extienda a los demás Estados que aportan contingentes. Determinados análisis de comunicación estratégica de la opinión pública, según la Oficina del Departamento de Estado de Inteligencia e Investigación, indican que los enfoques de información sobre la misión en Afganistán deben ser más estrechamente vinculados con las prioridades del público francés y alemán, además de otros.

La apatía pública permite a los líderes ignorar a los electores. La baja relevancia pública de la misión en Afganistán ha permitido a los líderes franceses y alemanes hacer caso omiso de la oposición popular al aumento de su contribución de tropas a la ISAF. Berlín (Alemania) y París (Francia) son el tercer y el cuarto país con mayor número de tropas de la ISAF. Esto, a pesar de que, según un sondeo de otoño de 2009, el 80 por ciento de la población encuestada se opone al aumento del despliegue de la ISAF:

- Sólo una pequeña parte (0,1-1,3 por ciento) de los encuestados franceses y alemanes identificaron «Afganistán» como la cuestión más urgente que enfrenta su país. Catalogan «la estabilización de Afganistán» entre las últimas prioridades para sus gobiernos, según encuestas del Fondo Marshall Alemán (GMF) en los últimos dos años.
- Según el sondeo de INR de otoño de 2009, la opinión de que la misión en Afganistán es un desperdicio de recursos y «no nuestro problema» fue citada como la razón más común para oponerse a la ISAF. Pero el sentimiento de «no es nuestro problema» también sugiere que el envío de tropas a Afganistán aún no está en el punto de mira de la mayoría de los votantes.

Un aumento de las bajas podría precipitar un cambio radical en la opinión pública. Si algunas de las previsiones de un verano sangriento en Afganistán se hacen realidad, la aversión pasiva a la misión en ese país del público francés y alemán podría convertirse en hostilidad activa con potencial político. El tono del debate anterior sugiere que un aumento de las bajas o de víctimas civiles afganas podría generar un punto de inflexión que llevara a la oposición pasiva a convertirse en oposición activa.

Los compromisos de Francia y Alemania con la ISAF son fundamentales. No obstante, si los líderes temen una reacción violenta antes de las elecciones

regionales de primavera, aumentar los niveles de tropas o los despliegues podría llegar a ser un precio político demasiado caro. Si fuerzas políticas obligaron a la retirada de las tropas holandesas, políticos en otros países podrían citar esa decisión como un precedente a seguir. Los líderes franceses y alemanes en los últimos dos años han tomado medidas para anticiparse a un recrudecimiento de oposición a la ISAF, pero su vulnerabilidad puede ser mayor ahora:

- Para fortalecer el apoyo, el presidente Sarkozy pidió a la Asamblea Nacional una nueva aprobación simbólica de su participación en la ISAF para consolidar la misión francesa después de sufrir diez bajas en un ataque de agosto de 2008. El gobierno ganó la votación fácilmente y desactivó una posible crisis. Sarkozy pudo entonces desplegar cerca de 3000 tropas adicionales. Sin embargo, ahora puede ser más vulnerable a un incremento de las bajas debido a que su partido político se enfrenta a las elecciones regionales durante este mes de marzo, y el ya escaso apoyo de la ISAF se ha reducido en un tercio desde marzo de 2009, de acuerdo con el sondeo INR en otoño de ese mismo año.
- Un ataque aéreo del mando alemán sobre Kunduz en septiembre de 2009, en el que murieron docenas de civiles afganos, demostró que la presión sobre el gobierno alemán en relación a Afganistán está presente en la opinión pública. La preocupación por los posibles efectos de las cuestiones de Afganistán en la elección a nivel estatal, en Renania del Norte-Westfalia en mayo 2010, podría provocar en la canciller Merkel, que ya muestra una evidente falta de voluntad en invertir apoyo político en Afganistán, más reticencia para aumentar o incluso mantener los aportes alemanes a la ISAF.

Adaptar los mensajes y crear campañas de información podría evitar, o al menos contener, una ruptura del apoyo de la opinión pública en Europa occidental y así estar más preparados para tolerar una primavera y verano con más bajas militares y civiles... Esto requiere un programa de comunicación estratégica coherente e interactiva para el conjunto de los países contribuyentes de tropas de la OTAN, pero que se nutra de las principales preocupaciones que muestran determinados públicos. El público europeo podría proporcionar un referente si la apatía de hoy se convierte en una oposición a la ISAF mañana, dando así a los políticos una mayor capacidad de maniobra para apoyar el despliegue en Afganistán.

Para los franceses, el programa debería estar enfocado en los civiles y los refugiados. Habría que crear un mensaje que resaltara los beneficios que la ISAF genera para civiles afganos y mostrar ejemplos sobre los logros concretos que podrían limitar e incluso revertir la oposición a la misión. Los que apoyan a la ISAF en las encuestas de INR de otoño de 2009 expresan en su mayor parte su percepción de que la misión ayuda a los civiles afganos, mientras que los opositores argumentan con más frecuencia que la misión perjudica a los civiles...

- Destacar el amplio apoyo de los afganos a la ISAF tiene impacto positivo en la población. Alrededor de dos tercios de los afganos apoyan la

presencia de las fuerzas de la ISAF en Afganistán, según la encuesta (ABC / BBC / ADR) realizada en diciembre de 2009. Según el sondeo INR en el otoño de 2009, entre los franceses y alemanes encuestados que creen que el pueblo afgano se opone a la ISAF, el 48 y el 52 por ciento, respectivamente, fueron más propensos que otros a oponerse a la participación en la misión.

- Por el contrario, los mensajes que dramatizan las consecuencias negativas potenciales de una derrota de la ISAF para los civiles afganos sirven para generar un sentimiento de culpa. La perspectiva de que los talibanes revierten los avances en la educación de mujeres y niñas podría provocar la indignación de los franceses, convirtiéndose este asunto en un punto de encuentro para el público, que en Francia es, en gran parte, laico, y dar a los votantes una razón para apoyar una buena causa necesaria a pesar de las bajas.
- La controversia generada por la decisión de París de expulsar a doce refugiados afganos a finales de 2009 sugiere que la difícil situación de este colectivo es probable que tenga eco en el público francés. El gobierno de este país ya ha hecho de la lucha contra las redes de tráfico de seres humanos una prioridad ante la opinión pública, y probablemente apoyaría una campaña de información en la que se haga ver que una derrota de la OTAN en Afganistán precipitaría una crisis de refugiados.
- Alemanes preocupados por los costes y razones de la misión de la ISAF. Los opositores insisten en que una guerra en Afganistán es un desperdicio de recursos, que no es un problema alemán, e indeseado en principio, según una encuesta del INR en otoño de 2009. Parte de la oposición a la ISAF en Alemania puede verse reducida por demostraciones de progresos sobre el terreno, advertencias sobre las posibles consecuencias para Alemania de una derrota, y garantías de que Alemania es un socio valioso de la OTAN.
- Subrayar la contradicción entre el pesimismo alemán acerca de la ISAF y el optimismo de los afganos acerca del progreso de la misión podría contrarrestar las afirmaciones de los escépticos de que la misión es un desperdicio de recursos. La misma encuesta ABC / BBC / ADR reveló que el 70 por ciento de los afganos pensaban que su país se encaminaba en la dirección correcta y mejoraría en 2010, mientras que en 2009 la encuesta GMF mostró que aproximadamente la misma proporción de los encuestados alemanes se mostraron pesimistas acerca de una estabilización duradera de Afganistán.
- Mensajes que dramaticen las consecuencias de una derrota de la OTAN para determinados intereses alemanes podrían contrarrestar la percepción generalizada de que Afganistán «no es un problema de Alemania». Por ejemplo, mensajes que ilustren cómo una derrota en Afganistán podría aumentar la exposición de Alemania al terrorismo, al tráfico de opio y a la llegada de refugiados podría ayudar a hacer la guerra más aceptable para los escépticos.
- Énfasis en los aspectos multilaterales y humanitarios podrían ayudar a aliviar la preocupación de los alemanes por emprender cualquier tipo de guerra, mientras se apela a su deseo de apoyar los esfuerzos multilaterales. A pesar de su alergia a los conflictos armados, los alemanes se mostraron dispuestos a usar la fuerza en los Balcanes en la década de 1990 para mostrar su compromiso con las tropas aliadas de la OTAN. Parte de los alemanes que participaron en las encuestas dijeron que una de las razones para apoyar a la ISAF era, precisamente, ayudar a

sus aliados.

Apelaciones realizadas por el presidente Obama sobre las mujeres afganas también podrían hacer ganar confianza. La confianza de los públicos francés y alemán en la capacidad del presidente Obama para manejar las relaciones exteriores en general, y el conflicto de Afganistán en particular, sugiere que serían receptivos a afirmaciones directas de Obama sobre la importancia de la contribución europea a la misión de la ISAF y sensibles a sus expresiones de decepción sobre los aliados que no ayudan.

- Según una encuesta de GMF en junio de 2009, aproximadamente el 90 por ciento de los franceses y alemanes encuestados tenían confianza en la capacidad del presidente para manejar la política exterior. La misma encuesta reveló que el 82 por ciento de los franceses y el 74 por ciento de los alemanes encuestados tenían confianza en la capacidad del Obama para estabilizar Afganistán...
- La misma encuesta también mostró que, cuando se recordó a los encuestados de que fue el mismo presidente Obama quien había pedido más despliegues para Afganistán, su apoyo para la concesión de esta petición aumentó de manera espectacular: del 4 por ciento al 15 por ciento entre los encuestados franceses y del 7 por ciento al 13 por ciento en los alemanes. El porcentaje total puede ser pequeño, pero sugiere que hay una tendencia significativa de apoyo al presidente, cuyas preocupaciones consideran en sintonía con las preocupaciones europeas.

Las mujeres afganas podrían servir como mensajeros ideales para humanizar el papel de la ISAF en la lucha contra los talibanes, debido a su capacidad a hablar de manera creíble acerca de sus experiencias con los talibanes, sus aspiraciones de cara al futuro, y sus temores ante una victoria de los talibanes. Se deberían fomentar iniciativas de divulgación en los medios de comunicación para que las mujeres afganas compartan sus historias con las mujeres de Europa y así superar el escepticismo generalizado entre las mujeres en la Europa occidental hacia la misión de la ISAF.

- Según el sondeo INR de otoño de 2009, las mujeres francesas son ocho puntos porcentuales menos propensas a apoyar la misión que los hombres, y las mujeres alemanas son veintidós puntos porcentuales menos propensas a apoyar la guerra que los hombres. Llevar a cabo campañas en los medios de comunicación con los testimonios de las mujeres afganas serían eficaces en los programas de difusión de audiencias mayoritariamente femeninas.

Si se lee con frialdad el informe de la Célula Roja sobre cómo orquestar las maniobras de propaganda resulta difícil no extraer una serie de preocupantes conclusiones:

La primera de ellas es que el objetivo es intentar modificar el sentimiento de la opinión pública con argucias informativas que no tienen que responder a la realidad. Cuando se habla de mostrar más abiertamente cómo es el trato vejatorio

de los talibanes a las mujeres, lo que no se pretende es demostrar que eso es importante para la humanidad, sino que esa información podría servir para apoyar la misión militar e, incluso, para enviar más tropas al campo de batalla.

La segunda es la evidencia de que Estados Unidos actúa como un país que no duda en considerarse como un líder al que no se le puede rebatir su posición de poder. Este informe secreto se refiere a los países que forman parte de la coalición internacional en Afganistán como naciones que «nos ayudan». Mientras, de cara a la opinión pública se vende una imagen menos prepotente, intentando transmitir la sensación de que en esa coalición internacional hay un espíritu colectivo y no imperial. Tal cosa quedó muy clara cuando empezaron a publicarse en diciembre de 2010 los cables diplomáticos elaborados por los embajadores norteamericanos en distintos países. En todos ellos se percibe que los representantes de Estados Unidos se inmiscuyen en las políticas y cuestiones sociales de los países en los que se encuentran, además de que en ocasiones actúan como auténticos espías que tienen a su servicio una red de informantes secretos. En España, el embajador Eduardo Aguirre escribió que había informado al presidente español de que su paciencia estaba colmada ante los reproches públicos que el PSOE esgrimía respecto a la guerra de Irak en los mítines electorales. Tanto es así que el propio presidente español prometió rebajar la intensidad de un discurso que según el embajador era un discurso antiamericano.

Más claros fueron aún los líderes americanos en cuanto a la retirada de las tropas españolas de Kosovo. Desde la embajada de Estados Unidos en Chile se alude a los contactos entre líderes de ambos países. En una reunión el 28 de marzo de 2009 en la ciudad chilena de Viña del Mar, el vicepresidente de Estados Unidos Joseph Biden criticó que España no consultara con Estados Unidos la decisión de retirar las tropas de Kosovo. En el mismo cable, se señala que Biden pidió que de entonces en adelante cualquier decisión de ese estilo fuera consultada con Estados Unidos. Acobardado, el presidente José Luis Rodríguez Zapatero reconoció que quizá fue un error no haber dialogado con Washington antes de tomar la decisión de que los españoles dejaran de pagar con sus impuestos la presencia de tropas en los territorios donde se había producido la terrible guerra civil en la extinta Yugoslavia.

Y la tercera es rotunda: hay que engañar a la opinión pública sobre cuáles son las verdaderas razones de la guerra.

La historia nos recuerda que los que apoyaron a los talibanes —sin importarles su visión humillante de la mujer— son los mismos que nos recuerdan que mostrar al mundo esa postura talibán puede tener una influencia positiva para apoyar el envío de tropas. Solucionar la opresión de la mujer en Afganistán queda en un segundo plano. De hecho, las afganas siguen llevando el burka y continúan oprimidas. En marzo de 2009, Karzai, el hombre que Estados Unidos colocó en la presidencia, aprobó una ley que sometía a la mujer a normas medievales: no

podrán negarse a practicar el sexo con sus maridos, en caso de separación la custodia de los hijos quedará en manos del padre o el abuelo, no podrán salir de casa sin permiso del esposo... Las críticas en el Parlamento por parte de algunas mujeres frenó la aprobación de esta legislación, que fue calificada incluso como peor que la que regía cuando los talibanes estaban en el poder. El paso del tiempo permitió su implantación de forma más discreta.

Pocos días antes de que se conociera el perverso informe de la Célula Roja, quedó de manifiesto que las ideas que promovía estaban causando efecto. En una entrevista publicada el 12 de febrero de 2010 por el periódico digital *Asia Red*, Simar Samar —que formó parte del primer gobierno de Karzai, aunque después lo abandonó para volverse más crítica con el poder, y es presidenta de la Comisión Independiente de Derechos Humanos en Afganistán— decía lo siguiente cuando se le preguntaba si la presencia militar de la OTAN ayudaba en algo a la recuperación de los derechos perdidos por la mujer: «La presión militar es necesaria para mejorar la seguridad, pero se necesita una estrategia global para obtener la confianza de la población... Hay que involucrar a la población civil afgana en la definición de los proyectos que los afectan. Nos ayudaría mucho más que para construir una carretera, aunque sea más lento, se contratara a jóvenes afganos en vez de utilizar las grandes máquinas occidentales. Así les das confianza y la sensación de que hacen algo por el país La población es consciente de que no estamos preparados para enfrentarnos solos a los insurgentes, así que aprueba que haya fuerzas internacionales». No deja de ser llamativo que una defensora de la ocupación militar repita los mismos argumentos que establecía como pautas a seguir el informe de la Célula Roja y que, por si fuera poco, fue candidata a ganar el premio Nobel de la Paz en el año 2009. Por sus palabras los reconoceréis...

«Estados Unidos debería acercarse a los talibanes porque no practican el tipo de fundamentalismo antiestadounidense de Irán». Quien dijo tal cosa es Robin Raphel, subsecretaría de Estado para Asia bajo la presidencia de Bill Clinton en el año 1996. Por esas fechas, ésa era la política oficial. Ella misma viajó en numerosas ocasiones a Afganistán para negociar con los talibanes la construcción de un oleoducto en nombre de la empresa Unocal. «Su construcción será muy beneficiosa para Afganistán y Pakistán», señaló en una rueda de prensa en Islamabad.

Un año después, Raphel se entrevistaba con Ahmad Shah Massoud, el líder de la Alianza del Norte, el grupo armado opositor a los talibanes que dominaba una amplia región del país. Le propuso que se uniera a los talibanes y a Al Qaeda, pero Massoud se negó. Dos días antes del 11-S fue asesinado y después comenzó la guerra. Los talibanes ya se habían vuelto «malos» para entonces. Las biografías también presentan incongruencias: Raphel forma parte del equipo del actual enviado especial de Estados Unidos para Afganistán y ha mostrado en reiteradas ocasiones su apoyo a Pakistán.

El mencionado oleoducto —y en definitiva, el control de las rutas energéticas— era una de las causas de la guerra. Los talibanes se habían apartado de Unocal, empresa que había estado encabezada en Asia por Hamid Karzai, el hombre que fue puesto por Estados Unidos al frente del país. A los talibanes se les cambió la etiqueta. Pasaron de ser amigos a enemigos. Pero la invasión del país no tenía nada que ver con la opresión del pueblo afgano por parte del poder, al contrario de lo que los autores del informe de la Célula Roja sugieren como argumento para «conquistar» el corazón de los europeos. Ocultar esta realidad es la causa por la que era necesario elaborar argumentos —es decir, mentiras— para que la opinión pública apoyara la guerra en Afganistán. Las cosas no pueden estar más claras.

El informe desvelado por Wikileaks es de una brutalidad moral indecente. El hecho de exponerlo a la opinión pública en aquellas fechas era una forma de sentar las bases que demostraban cómo eran las maniobras de Estados Unidos para incrementar la tensión bélica en Afganistán. Sabían que era, en cierto modo, un aviso de lo que estaba por llegar, en donde se demostraba con precisión qué tipo de crímenes se habían cometido en territorio afgano para conquistar el país y diseñar un futuro en el que los intereses económicos y estratégicos estaban por encima de cualquier consideración humanitaria...

5 de abril de 2010

La aparición en YouTube del documental que los miembros de Wikileaks habían preparado en Islandia bajo las faldas del volcán provocó un auténtico cataclismo. En cuestión de horas, más de un millón de personas en todo el mundo lo vieron. La producción era fría, aséptica y, a la vez, emotiva. La primera de las imágenes cortaba la respiración: el hijo del chófer y asistente de Reuters llora con una foto de su padre en las manos durante el entierro. A continuación, una fotografía del reportero gráfico mostrando una gran sonrisa. El texto que aparece adjunto recuerda que tenía veintidós años. «Sólo tenía un vehículo blindado para protegerse», rememora su jefe, Steve Crisp, con ironía. Y es que contra el poder de destrucción de los cañones de 30 mm de los Apache poco se puede hacer. Y más si el objetivo es de carne y hueso: «Siempre me decía que no dudaría en dar la vida para protegernos», añadía otro fotógrafo de la agencia, Thaer al-Sudani.

A partir de ese instante ya no hay un segundo más de concesión en el vídeo. Siempre con letras blancas sobre fondo negro, se recuerda lo que publicó horas después sobre el incidente *The New York Times*: «Las bajas resultantes se produjeron en una batalla que tuvo lugar entre fuerzas de Estados Unidos e insurgentes». Y a continuación, la valoración de Scott Bleichwehl, portavoz de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en Bagdad: «No hay duda ninguna de que la coalición ha entrado en combate contra una fuerza hostil».

A continuación el documental muestra las imágenes tomadas desde uno de los helicópteros Apache. En la grabación se oyen perfectamente las comunicaciones que mantienen los tripulantes de ambas aeronaves, cuyos códigos son Crazyhorse 1-8 y Hotel 2-6:

—Mira toda esa gente de pie allí abajo.

—Mantente firme..

—Sí, recibido. Calculo que hay, probablemente, unos veinte de ellos.

Mientras mantienen la conversación, las imágenes filman varios hombres caminando por el barrio. Un grupo de dos, otro grupo de tres... En escena aparece un personaje fornido. Lleva al hombro una cámara. Camina rápido. Está trabajando. Es el fotógrafo de Reuters. El punto de mira del arma —una cruz en medio de la imagen— apunta en su dirección:

—Puto gilipollas.

—Tenemos individuos con armas —indica por radio uno de los tripulantes a los soldados que se encuentran en el otro helicóptero.

En tierra todo parece normal. La gente sigue caminando. Sin más. Más

distraídos que preocupados por los helicópteros que los sobrevolaban a unos cientos de metros de altura. Era habitual. Pero la escena que ven los soldados es bien distinta...

-Tenemos a cinco o seis individuos con [fusiles] AK-47.

-Solicitamos permiso para atacar.

-... Así que, eh, tienes vía libre para atacar. Cambio.

-Recibido.

-Tropa... ¿es eso un RPG? -dice otro de los soldados aludiendo a las iniciales por las que es conocido un lanzagranadas antitanque de mano. Mientras, en la imagen se ve perfectamente que es un trípode con su cámara.

-De acuerdo, tenemos a un tío con un RPG.

-Voy a disparar.

-Ok. No, espera. Demos la vuelta.

El helicóptero vira, intentando buscar una posición de disparo más clara. Un edificio se interpone entre la «liberación de la tiranía en Irak» y el «terrorista» en cuestión.

-No he visto nada desde entonces.

-Gilipolleces. Cuando estés encima de ellos simplemente revientalos. -Ok.

-Tienes vía libre.

-De acuerdo. Abro fuego.

-Préndeles fuego a todos. ¡Venga, dispara!

Abajo, en ese instante, se veía en las calles a un pequeño grupo de personas. El cámara charla con ellos. Mientras, el chófer se aparta para hablar por el teléfono móvil. Apenas han pasado tres o cuatro segundos de la orden...

Suenan los disparos. Una ráfaga. Dos. Se levantan unas columnas de polvo y los hombres caen al suelo como piezas de un dominó, abatidos. Uno de ellos, aún en pie, sale corriendo a trompicones...

-Continúa disparando.

También cae abatido. Dos, tres ráfagas... Del suelo se levanta tanto polvo que apenas puede verse nada. En cuanto clarea la imagen, el militar que parece comandar la operación sigue hablando:

-De acuerdo, acabamos de disparar contra los ocho individuos.

El chófer aún intenta escapar. Todavía queda gente por ahí abajo.

-Continúa.

-Recibido. Los tengo.

-Ups, los tengo. ¿Qué pasa?

-Maldita sea, Kyle -dice el oficial al mando. No se sabe si se lamenta o incita al que lleva la metralleta a que dispare más y mejor.

-Vale, jajaja... Les he dado -responde el otro imbécil. Se hace el silencio. Buscan más objetivos. El helicóptero se mueve. Todavía busca algo.

-Sí, tenemos a uno arrastrándose ahí abajo.

-Sí, definitivamente lo tenemos.

-Estamos disparando a unos cuantos más.

-Recibido.

-Hey, tú, dispara. Yo hablaré.

-Hotel 2-6: Tenéis que moveros a esa posición en cuando Crazyhorse haya acabado y fotografiarlo. Cambio.

-Oh, fíjate en esos hijos de puta muertos. Dos, tres segundos, un breve silencio... -Precioso.

Otro silencio. Más largo aún.

-Precioso -insiste el mismo tipo.

Alguien se mueve en la zona. Suena un solo disparo.

-Buen tiro.

-Gracias -responde el asesino.

A continuación, desde el helicóptero dan las coordenadas en las que se encuentran los cuerpos sin vida de los ejecutados. En tierra, los conductores de los tanques de la coalición reciben la orden para ir a retirarlos en cuanto la zona esté despejada...

-Hay un tío moviéndose ahí abajo, pero está herido.

-Vale, se lo haremos saber para que se den prisa.

-Parece intentar alejarse a rastras.

Es Saeed, el ayudante del fotógrafo ya muerto.

-Recibido. Vamos para allá.

-Recibido. Cesamos fuego.

-Sí, no vamos a disparar más.

-Se está levantando.

-A lo mejor tiene un arma en la mano.

-No, no le he visto ninguna todavía.

-Chicos, veo que cazasteis a aquel tipo que se arrastra por el bordillo.

-Sí, lo hice. Disparé dos ráfagas cerca de él...

Saeed apenas puede arrastrarse. Intenta levantarse apoyando las manos en el suelo, pero ya no tiene fuerzas. Está acribillado. Pero el militar lo filma y vigila de cerca.

-Todo lo que tienes que hacer es coger un arma -masculla a modo de advertencia, como si la víctima pudiera oírlo.

-Estamos buscando armas. Si vemos una, dispararemos.

En ese momento ocurre algo. Se trata de una furgoneta negra que se aproxima a la escena. De su interior sale un hombre que se dirige al herido para socorrerlo. Instantes después, otro hombre se acerca corriendo hacia donde se encuentra el agonizante.

-Tenemos individuos yendo hacia la escena, posiblemente recogiendo cuerpos y armas.

-Déjame atacar... ¿Puedo disparar?

Los iraquíes, jugándose la vida, intentan recoger el cuerpo aún con vida para, aunque sea de milagro, salvársela.

-Venga ¡dejadnos disparar! -Se lo están llevando.

-Tenemos una furgoneta negra recogiendo los cuerpos. Pido permiso para atacar. -¡Joder!

-Recibido. Atacad.

Nuevas ráfagas. Tres, cuatro, cinco... Los hombres que auxiliaban al herido intentan salir corriendo. Tropezan. Caen. Más disparos. La furgoneta está acribillada y el polvo vuelve a cubrirlo todo.

—Los he perdido entre el polvo... Los tengo.

—Creo que el furgón está inutilizado.

—Adelántate y dispárale.

Más disparos. Y otro silencio.

—El vehículo está inservible. Había cuatro o cinco individuos trasladando cuerpos. —No más disparos. Por fin.

—Ja, ja... Mira eso. Justo en medio del parabrisas. Un disparo perfecto lo ha agujereado. Es un orificio de al menos diez centímetros de diámetro.

—En total cuento doce o quince.

—Creo que es una estimación bastante correcta. Llegan los tanques norteamericanos a la escena.

—Han pasado por encima de un cuerpo, ja, ja...

—¿De verdad?

—Sí. Ja, ja.

Cuando los soldados se bajan de los tanques —son decenas, armados hasta los dientes— recorren la calle y los alrededores. Entran en la furgoneta que había acudido hasta donde se encontraba el hombre herido. Dentro hay dos niños. Una niña y un niño. Heridos.

—Tenemos que llevarlos al hospital.

—Recibido. Negativa a la evacuación de dos civiles, niños, al hospital militar. Tiene que hacerse cargo la policía iraquí. [Para] llevarlos a un hospital local. —Lo que significaba que serían atendidos más tarde y con peores medios.

—La culpa es suya [del padre] por traer a los críos a una batalla.

—Es verdad. Ja, ja.

En la nota oficial, pocas horas después, el mayor Brent Cummings señaló:

«Dos niños resultaron heridos e hicimos todo lo posible por ayudarlos. Ignoro cómo pudieron resultar heridos». Pero en las imágenes se veía perfectamente cómo los niños se encontraban junto al parabrisas que había sido milimétricamente agujereado y que tantas risas y admiración causó entre los que abrieron fuego contra la furgoneta que acudió al lugar para socorrer a los heridos.

Las armas eran cámaras; los lanzagranadas, trípodes; y los insurgentes reunidos, civiles que habitaban la zona que se habían reunido tras un ataque aéreo que se había producido una hora antes en el lugar. Desde tierra nadie disparó. Nadie llevaba turbante. Nadie hizo gesto alguno más allá de moverse a rastras en el suelo mientras agonizaba. Ése fue el combate entre los insurgentes vinculados a Al Queda y las tropas pacificadoras del país. Los primeros estaban desarmados, eran hombres inocentes, civiles que vivían allí. Los segundos eran militares que llevaban cuatro años buscando armas de destrucción masiva a quienes aquel día nadie —y, menos que nadie, las víctimas— había puesto en peligro. ¿Quiénes eran los terroristas?

¡Qué difícil ha sido transcribir este relato de los hechos!

Sobran las palabras y descripciones superfluas. Es la guerra. Es el periodismo

de buzón de Wikileaks que algunos intentan desprestigiar mientras repiten versiones oficiales como la que convertía lo ocurrido aquella mañana en Nueva Bagdad en un acto en defensa propia que se convirtió en una batalla a tiro limpio entre los buenos y los malos.

Al comienzo del vídeo, los miembros del equipo de falsos reporteros que se había escondido en Islandia para organizar la difusión de las imágenes que habían interceptado, reprodujeron una de las más emblemáticas frases del hombre — también reportero de guerra y después novelista, autor de la mítica obra *1984*— que predijo que llegaría un día en el que el Poder nos haría creer que la guerra es paz, en una época en la que decir la verdad podría ser un acto revolucionario. Palabras de George Orwell: «El lenguaje político fue diseñado para que las mentiras sonasen como verdades, el asesinato sonase respetable, y para dar aparente consistencia a lo que no es más que puro viento». Con esta frase comenzaba el vídeo cuya aparición supuso un antes y un después en la historia de Wikileaks. Fue la más sonada de las filtraciones publicadas hasta entonces, y la primera vez que de forma masiva sonaron conjuntamente tres términos: Wikileaks, Assange y filtraciones. Ya entonces, algunas de las revelaciones que se habían dado a conocer adquirieron gran repercusión, pero en muchas ocasiones esas filtraciones llegaban al público sin que la opinión pública supiera quién la había facilitado. A partir de entonces ya no sería así, lo cual incluso provocó algunas diferencias irreconciliables entre los líderes de este moderno periodismo ciberactivista. Los «disidentes» —que no críticos ni enemigos de Assange— señalaron que no podía ser más importante el filtrador que lo filtrado. Pero sin el misterio que rodeaba al grupo y a Assange nada de lo ocurrido en estos meses hubiera sido posible.

Conocí a Jimmy Massey en junio de 2006. Era un tipo enorme. Más ancho que alto. Y alto era un rato.

Conversé con él durante más de una hora. Estaba intentando redimirse de su pasado explicando al mundo las cosas que había hecho con la excusa de defender a su país de quienes quieren ver la Casa Blanca hecha añicos. «Soy un psicópata asesino entrenado —me dijo con su voz rasposa de tanto forzarla por los muchos gritos que había proferido en su vida—. He matado de cerca y de lejos, he visto cómo a mis enemigos les estallaba la cabeza en mil pedazos después de disparar con mi arma contra ellos —añadió—. Pero entonces era joven, estúpido e ignorante», se excusó para tranquilizarme y recordarme que todas aquellas barbaridades que me iba a relatar las había cometido mucho tiempo atrás. En realidad tampoco tanto, porque las cacerías humanas en las que participó databan de sólo tres años atrás, cuando fue enviado a la guerra de Irak. Él podía haber sido uno de los tripulantes de aquel helicóptero Apache. Podía haber sido aquel soldado que se reía de los muertos que acababa de abatir y al que le importaba un bledo que entre sus víctimas hubiera niños. Podía haber sido tanto él como cualquiera de las decenas de miles de soldados que vivieron una historia personal similar a la suya.

Recordé algunas de las sentencias que había leído de su propio puño y letra no hacía mucho tiempo: «Todo el mundo es una presa potencial. Todos los civiles lo son. Para eso me entrenaron. Me fijo en sus debilidades y en cómo aprovecharme de ellas. Los utilizo. Los mantengo siempre en la incertidumbre... y si dejas ver tus debilidades, estás muerto».

Y ahora le oía decir: «Estoy en el purgatorio, intentando salvar mi alma».

Que él me disculpe si me lee —y casi prefiero que no lo haga—, pero no pienso perdonarle ni uno solo de los terribles actos que protagonizó. Por mucho menos hay gente pudriéndose en la cárcel. Lo que lo diferencia de ellos es que Jimmy tenía licencia para matar con toda la brutalidad que le fuera posible, y lo hacía en nombre del concepto de libertad que habían implantado en su cerebro. Pero en cuanto vi el terrible vídeo dado a conocer por la gente de Wikileaks para horror de quienes aún tienen algo de sensibilidad, me acordé de él. Y acudí a mi cuaderno de notas para recordar aquello que me había contado y cómo me había sentido al estar sentado frente a él y su esposa durante la visita que hizo a España para presentar el libro que había escrito como parte de su penitencia.

Y si me acordé de él es porque sus palabras —y en eso sí ha hecho un buen servicio— describen a la perfección cómo es el proceso de adiestramiento y deshumanización que atraviesa un soldado norteamericano antes de entrar en

guerra para, al llegar al campo de batalla, comportarse del modo que él definía en su libro: «Todas las mañanas, al ponerme el uniforme, me colocaba también la máscara de gángster, me convertía en un maldito asesino». Hoy no puedo dejar de sentirme solidario con los amigos de Wikileaks por haber mostrado al mundo cómo son las cacerías de los Massey de turno, cuya biografía es el ejemplo perfecto para mostrar cómo se moldea realmente la personalidad a quienes les ponen un traje caqui sobre el cuerpo con la misión de defender al único país que tiene razón de ser. «No nací así, lo aseguro», dice para recordar cómo, en realidad, todo es un proceso de educación medido y calculado que provoca que un chico normal de provincias se convierta en un hombre como él o como los tripulantes de aquellos Apache.

Siempre habrá excepciones. También casos especialmente crueles. Del mismo modo, el espacio intermedio puede ser infinito, y ahí dentro caben miles de casos diferentes, pero los papeles de las guerras de Irak y Afganistán nos demuestran que existe un patrón común para diagnosticar la enfermedad del soldado cruel que ha cometido atrocidades en el campo de batalla.

Como tantos otros jóvenes de las regiones rurales de Carolina del Sur, educado de forma estricta, encontró en la oferta del Cuerpo de Marines una salida laboral y personal que lo convertía en alguien especial. Se formó en el campamento de San Diego, en California. Recuerda las duras jornadas de instrucción, en la que el maltrato psicológico era cosa común, pero el espíritu que se fomenta entre la tropa convierte la carrera militar en una carrera competitiva para llegar a ser como esos oficiales que se presentan ante ellos como triunfadores que causan admiración en la sociedad.

Tras licenciarse, su principal misión fue reclutar futuros soldados. Le tocó hacerlo cuando Estados Unidos ya se había embarcado en la guerra de Afganistán y la de Irak estaba a la vuelta de la esquina. Era necesario encontrar aspirantes allá donde pudieran estar metidos. Sabía cómo identificar la carne de cañón porque había recibido una amplia formación para ello. Y cuando lo señalaba con el dedo, iba a por él; lo visitaba en clase, en su casa, cuando estaba con sus amigos... Así conseguía hacer creer al aspirante que era un tipo especial. Y que, además, podría llegar a ser como él: un hombre condecorado, querido en su pueblo, deseado por todas las mujeres que antes lo rechazaban...

En su biografía cuenta la conversación que tuvo con un muchacho que, acuciado por la falta del empleo, acudió a una estafeta móvil de alistamiento que se desplazaba de pueblo en pueblo en busca de candidatos para el Cuerpo de Marines, el más duro y respetado del ejército norteamericano.

El aspirante le preguntó qué ofrecía. Y él respondió:

«Lo que te ofrezco es dolor, privación de sueño, tortura mental y tanto sufrimiento físico que vomitarás. No me gusta dorar la píldora... Te enseñaré a matar. ¿Estás preparado para ser un guerrero? No voy a sentarme aquí perdiendo el tiempo y hablarte bien del Cuerpo de Marines.

Estamos aquí para que defiendas los intereses de Estados Unidos y te conviertas en un guerrero, sin tener en cuenta si el enemigo es extranjero o es de tu país».

El futuro soldado se llamaba Travis Painter. Aceptó. Y se convirtió en uno de los cientos de miles de soldados que viajaron a Irak después de aprender a matar para defender su patria. Por supuesto, tal destino es imposible en un muchacho que no pertenezca a una sociedad que exalta la violencia, en la que el nacionalismo se convierte en una religión y en la que se educa a los jóvenes en la misión divina de defender al país más libre del mundo. Casi podría decirse que el proceso de captación del ejército usa mecanismos muy similares a los de las sectas que saben rebuscar en los puntos débiles del aspirante para medrar a través de ellos. Massey primero fue víctima, y después verdugo. Así, el proceso se alimenta de forma permanente.

En 2003 fue enviado a Irak. Allí recuerda haberse encontrado un país más desarrollado de lo que le habían dicho. Su mente estaba llena de tópicos y consignas sobre lo que pasaba allí y cómo eran sus gentes. Pero la realidad de la guerra lo apartó de cualquier posible consideración. Como integrante del Tercer Batallón de la Séptima Unidad de Marines, participó en todo tipo de misiones, muchas de las cuales consistían en proteger zonas tan estratégicas como, por ejemplo, pozos petrolíferos. En algunas ocasiones formó parte de los puntos de control que se establecían por todo el país para controlar los movimientos de los ciudadanos. Les hacían pensar que cualquiera podía ser enemigo; y que, ante la duda, había que abrir fuego. Muchos murieron delante de él...

Uno de los hechos que relata aconteció en la ciudad de Numaniyah. El episodio se parece bastante al que reveló Wikileaks en el terrible vídeo del que antes hemos hablado. Allí, a bordo de un Humvee, formó parte de un puesto de control. En un momento determinado, a los marines les llamó la atención un coche del cual se bajó un hombre con una manta en la mano, mientras que el resto de ocupantes permaneció en el interior. «Parece que lleva un rifle envuelto», dijo uno de los marines. «Si lleva un rifle, eliminarlos a todos», ordenó el teniente que estaba al mando del grupo.

Jimmy sacó la bestia irracional que llevaba dentro: «Esos hombres han estado merodeando de forma muy sospechosa. Creo que deberíamos enseñarles lo bien que disparamos».

Los soldados avisaron por radio que cerca del puesto de control había un grupo de hombres en torno a un viejo camión militar que actuaban de forma sospechosa. El camión estaba fuera de servicio; lo habían recuperado para funciones civiles quizá tras ser hallado en alguna cuneta después de los bombardeos de las primeras semanas de guerra. De inmediato, dos helicópteros Cobra aparecieron en escena. Al mismo tiempo los marines abrieron fuego contra los —ya habían determinado que lo eran— insurgentes. Varios niños, a los que

justo antes los soldados habían dado caramelos, jugaban allí cerca en un campo de fútbol... Salieron asustados. Las mujeres fueron tras ellos. Y de repente, desde uno de los helicópteros Cobra partió un misil que se dirigió hacia aquellos sospechosos.

«Pareció que el cielo se hubiera hecho trizas. Algunos cuerpos saltaron en pedazos. Volaban extremidades y torsos desmembrados por los aires», recuerda Jimmy. «Disparad otro misil, allanad el terreno», dijo uno de los jóvenes marines que formaban parte de la misión. Y, efectivamente, el helicóptero Cobra volvió a abrir fuego. El segundo impacto acabó con la vida de varios hombres más, una mujer y un niño.

Jimmy Massey me explico cómo este suceso supuso para él un antes y un después. Sintió que la locura —en la que, pese a todo, él había participado— había llegado demasiado lejos. Más de lo razonable. Y narra cómo minutos después conversó con el teniente Shea, que estaba al mando del puesto de control. «A los de los Cobra se les ha ido un poco la mano, ¿no?», le comentó. La respuesta a su inquietud resultó de todo punto incoherente: «Bueno, no sabemos si llevaban armas». Y ahí se acabó la discusión. En cuanto informaran del hecho, los documentos que verían la luz tiempo después dirían algo así como que aquellos hombres eran insurgentes, o terroristas, o miembros de Al Qaeda, o leales al régimen de Saddam que ya había caído semanas atrás como un castillo de naipes. Dirían lo que fuera. ¿Y sobre los civiles y niños muertos? ¡Daños colaterales!

En las semanas siguientes, el escuadrón siguió recorriendo el país ejecutando las órdenes de la misión de pacificación que tenían encomendada. Mataron a muchos a la más leve sospecha. La mayor parte eran inocentes, pero vieron cómo el país empezaba poco a poco a quedar hecho añicos mientras el odio a los invasores se iba haciendo mayor a medida que mayores eran las matanzas que llevaban a cabo a la primera de cambio. Luego, tras la muerte, llegaban las drogas, el sexo, el alcohol... Así era la vida del soldado en Irak.

Todo acabó cuando su mente dijo basta. Los médicos determinaron que sufría trastorno de estrés postraumático, la enfermedad mental que padece uno de cada cinco soldados. Tuvo que volver a Estados Unidos. Ya en su casa, las sensaciones empezaron a tomar forma: «Se acabaron los espacios luminosos para mí, se acabó el nirvana tras la matanza, vivo en un charco de lodo y la única forma de salir de él es dejando de matar... He visto suficiente destrucción para una vida entera. No puedo usar más mi sombrero de vaquero».

Hay muchos Massey en Estados Unidos tomando pastillas para olvidar lo que vivieron allí y los desequilibró. Él decidió contar lo que había hecho. Otros prefirieron un camino de oscuridad, y muchos todavía siguen allí. Pilotan algún helicóptero Cobra o Apache, instalan puntos de control para supervisar los movimientos de quienes viven allí. Se han convertido, sin saberlo, en los escudos humanos de los intereses económicos que anidaban tras la guerra.

Al igual que ocurría con los talibanes —antes amigos, después enemigos— la historia de Saddam Hussein se parece mucho a la de los locos del turbante. Aún recuerdo cuando era un niño y escuchaba en las noticias cómo él era el bueno de la película en la guerra entre Irak e Irán, donde gobernaba Jomeini y otros islamistas a los que pintaban como los auténticos anticristos del mundo actual. En aquel entonces, Saddam era la alternativa laica y sensata frente a la irracionalidad de sus vecinos. Se le facilitaron armas. Alguna de ellas mortífera: los ataques con armas químicas los ejecutó con veneno que le entregó Occidente. En documentos secretos a los que he tenido acceso se expone que algunas de esas armas le fueron enviadas desde nuestro país. Se habían fabricado aquí. Y luego, los de aquí, formamos parte de los tres países que le declararon la guerra.

Saddam era el mismo loco cuando era nuestro amigo que cuando se convirtió en nuestro enemigo. Lo que cambiaron fueron las cartas: cortó el grifo de petróleo, empezó a negociar sus ventas de oro negro en euros y no en dólares, desechó a las multinacionales de los países «libres»... Aún veo de vez en cuando la fotografía del encuentro entre el dictador iraquí y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld en 1983. Ambos se encontraron para cerrar el acuerdo entre Bagdad y la empresa Bechtel para construir un oleoducto entre Irak y Jordania. Justo veinte años después, el mismo Rumsfeld declaraba la guerra a Saddam y encargaba de nuevo a Bechtel parte de la reconstrucción del país, una vez que fue derrocado el sátrapa, que después fue ejecutado en la horca por crímenes de guerra cometidos con las armas que le vendieron sus propios enemigos. Muchas veces, el silencio de las víctimas —aunque fueran tan detestables como el líder suní— evita revelar vergüenzas que el mundo no está preparado para asimilar.

«Cuando los sicarios económicos fallan en los países de cuyas riquezas queremos adueñarnos, viene la etapa de los chacales que intentan cambiar gobiernos con operaciones secretas. Pero si unos y otros fracasan en el objetivo, entonces mandamos a nuestros jóvenes soldados a morir y matar», sentencia John Perkins, un personaje que trabajó para algunas grandes empresas norteamericanas con intereses en países ricos en materias primas y que ha narrado cómo sus empresas no son más que una extensión del gobierno (o al revés). Sea como sea, su afirmación es válida para el caso de Irak. Y, como se ha visto, los cables diplomáticos revelados por Wikileaks muestran bien a las claras cómo los embajadores norteamericanos actúan en los países en los que están destacados como relaciones públicas de las empresas más poderosas.

Poco después de que el vídeo «Asesinato colateral» viera la luz fue detenido en Bagdad un soldado norteamericano de veintidós años llamado Bradley Manning. Lo apresaron sus compañeros del Comando de Investigación Criminal. De allí fue conducido a Kuwait, en donde desde los tiempos de la guerra de 1991 hay importantes bases militares norteamericanas. Un mes después lo trasladaron a Quantico, en el estado de Virginia (Estados Unidos). Ya en la prisión militar se formularon cargos contra él. Se lo acusaba de traición al país por revelar documentos secretos que afectaban a la seguridad nacional. Aunque Wikileaks lo negó desde el principio, Manning habría sido el hombre que había filtrado la información que acababa de salir a la luz. El Pentágono acaba de dar su respuesta: empezaba a poner en marcha el proceso de desprestigio, aislamiento y miedo en torno a Wikileaks. Las recomendaciones del informe del año 2008 empezaban a aplicarse con severidad.

Por lo poco que se sabe de él, Manning no era el típico soldado descerebrado que campaba a sus anchas por Irak. No tenía nada que ver con los energúmenos que iban a bordo de aquel helicóptero Apache. Ya en los tiempos del instituto se caracterizó por tener intereses poco acordes con la edad de sus compañeros. Aficionado a la informática e interesado por los asuntos de rabiosa actualidad política —sobre los cuales tenía un posicionamiento claro— su carácter era afable y progresista. En *The Wall Street Journal* recuerdan en su edición del 30 de julio de 2010 que sus compañeros destacan que es «creyente en la teoría de la evolución y tolerante con quienes tienen opiniones diferentes a los puntos de vista tradicionales». Debe de resultar extraño en un país en el que un 42 por ciento de la población rechaza el evolucionismo de forma rotunda y en el que hasta un 21 por ciento más (es decir, casi dos de cada tres personas) piensa que si hubo evolución, también intervino una fuerza superior a modo de guía. Así lo revelaba en diciembre de 2007 un amplio estudio del instituto The Pew Forum, un prestigioso centro de análisis sobre creencias y religión.

Quizá impulsado por su inquietud respecto a la geopolítica y la informática, se alistó en el ejército en octubre de 2007. Puede resultar extraño, sospechoso o llamativo, pero apenas se incorporó se convirtió en oficial de inteligencia especialista en el análisis de información, y a eso se dedicó desde que llegó a la Estación de Contrainteligencia Operativa Hammer, que tenía su cuartel general a sesenta kilómetros de Bagdad. Siempre bastante aislado del resto de soldados —periódicos y agencias norteamericanas aludieron en varias ocasiones a su tendencia sexual, como si tal cosa fuera indicio de algo—, pasaba sus jornadas de trabajo introduciendo datos e informes en el ordenador.

Hasta que un día, entre los últimos meses de 2009 y los primeros de 2010, encontró algo que le llamó la atención.

Unos dicen que encontró la forma de sublimar su odio e insatisfacción. Otros que actuó con fidelidad a su conciencia. Para los primeros se iba a convertir en un villano. Para los segundos, en un héroe. Y es que en toda esta historia no hay términos medios...

Los ordenadores con los que trabajaba estaban unidos a las redes SIPRNet y JWCIS, creadas por el ejército a modo de un intranet cerrado para intercambiar las comunicaciones oficiales. Casi sin querer descubrió que allí estaban todas las partes de guerra que cada día elaboraban en los diferentes cuarteles. Ya todos —y también él— sabíamos de algunas de aquellas cosas. Pero ahí estaban todas juntas, incluso los 250 000 cables diplomáticos revelados a partir del 1 de diciembre. Que él sea el responsable de las cuatro grandes filtraciones del año 2010 es una acusación oficial, aunque no ha podido averiguarse si es el autor de parte de ellas o de todas.

Con disimulo y durante tardes y tardes fue copiando en CD todos aquellos expedientes. Disimuló lo suficiente como para que pensarán que estaba escuchando música a través de los cascos. A nadie extrañó que aquel chico raro escuchara a la provocadora Lady Gaga. En realidad, lo que se traía cada tarde eran discos vírgenes que llenaba con numerosos informes.

Así, al menos, ocurrió la historia, aunque no hay seguridad sobre qué parte de la información liberada ha sido captada por él y cuál procede de otras fuentes. Las informaciones a las que habría tenido acceso son los informes de campo de Irak y Afganistán junto al vídeo de los helicópteros Apache. De lo divulgado por fuentes oficiales se deduce que grabó en los CD hasta medio millón de documentos sobre ambos conflictos y otros 250 000 que son, fundamentalmente, comunicaciones y escritos de embajadas, agentes, enviados especiales... Todos ellos relacionados con el Departamento de Estado de su gobierno en países de todo el mundo. Sin embargo, cada vez que se produce una revelación de información, los servicios informativos de la Casa Blanca lo señalan de inmediato como el responsable. Puede que sea verdad, pero también puede que sea una forma de evitar que se extienda la creencia de que existen filtradores aquí y allá, hartos de un sistema que empieza a desmoronarse.

Tras obtener aquella información la envió a Wikileaks.

Pero Manning —al menos si el relato es tal como lo conocemos— pecó de exceso de ambición. Quiso llegar a más gente. Busco por la Red. Y entró en contacto con uno de los *hackers* más prestigiosos de Estados Unidos: Adrián Lamo. Ambos mantuvieron contacto a través de chats seguros durante cinco días a finales de mayo. En esas conversaciones, Manning reveló a Lamo qué había encontrado y a quién se lo había entregado.

En esas conversaciones, el soldado le confesó: «Es necesario que la gente

conozca la verdad, porque sin la información pertinente los ciudadanos no pueden tomar las decisiones oportunas». Y lo que había hallado era tan sobrecogedor que era necesario que el público lo conociera todo.

Días después, Adrián Lamo envió una copia de todas sus comunicaciones al ejército. «No fue una traición. Se trató de una cuestión de conciencia, porque lo que Manning estaba haciendo era irresponsable, ya que estaba poniendo en riesgo la seguridad nacional y en peligro la vida de muchas personas. Me contacta mucha gente como él y yo nunca los delato, pero en esta ocasión me dio la sensación de que podía irse de la mano».

Horas después, Bradley Manning estaba esposado.

El 6 de junio el periodista Kevin Poulsen publicó en *Wired* la noticia de la detención del «ladrón» de información confidencial. La exclusiva no necesitaba especial explicación: Adrián Lamo forma parte del equipo de colaboradores de la revista que, como hemos visto, y veremos, está teniendo un papel un tanto extraño en toda la guerra subterránea —*backer* contra *backer*— desatada a partir de las revelaciones de Wikileaks.

Poulsen comenzó hace veinte años a fisgonear en redes informáticas. Le pillaron. Un amigo suyo supo de sus perrerías y lo delató al gobierno. Y por haber descubierto las operaciones realizadas por empresas dirigidas por el FBI fue sentenciado a tres años y medio de prisión. A Lamo le ocurrió algo parecido en 2004. Las autoridades descubrieron que había sido él quien se coló mediante sus artes en los ordenadores de *The New York Times*. Ambos fueron reclutados después por agencias gubernamentales para poner sus habilidades a disposición del poder. Eran fechas en las que la batalla por la seguridad se libraba también en el ciberespacio. Resultaba más fácil para el gobierno sacar de entre rejas a quienes habían demostrado ya su capacidad que formar a especialistas que podrían tardar años en ser operativos. Y las artes del *hacker* se llevan en las venas...

Existe constancia de que ambos mantenían algún tipo de relación desde el año 2001. Dicha relación se intensificó a partir de la salida de prisión de Lamo. Su programa de reinserción estaba dirigido a desarrollar por la vía legal sus dotes como pirata informático. Se puso a trabajar en la empresa Security Focus y a colaborar con *Wired* de la mano de Poulsen, convirtiéndose en periodista y, poco después, en redactor jefe de la publicación. Pero su trabajo más importante ha sido el que ha desarrollado en el Proyecto Vigilante, un mecanismo informático diseñado por el Departamento de Justicia que, según descubrió el periódico *San Francisco Examiner*, era en realidad una herramienta del FBI, el Pentágono, la CIA y la Agencia Nacional de Seguridad.

Los seiscientos especialistas que trabajan para este proyecto se dedican a rastrear todos los contenidos sospechosos que circulan por el ciberespacio. Sólo con introducir una dirección IP —la «matrícula» que tiene cada conexión a Internet— son capaces de presentar un informe sobre los usos y costumbres

informáticas del dueño del ordenador en cuestión. Presumen de tener fichadas 250 millones de «matrículas». Y según se publicó antes de que esta desagradable historia llevara al militar rebelde de Oklahoma a la cárcel, el propio Adrián Lamo era uno de los «geniecillos» que formaban parte de este Gran Hermano.

Ahora las piezas empiezan a encajar...

Aunque Julián Assange no confirmó ni desmintió nada, recordó en una entrevista que muchas veces «algunos periodistas no respetan a sus fuentes». Lo decía en alusión a Lamo, que no sólo fue el responsable de llevar a la cárcel a Manning, sino de haber utilizado su condición como periodista para sacarle declaraciones que después utilizó para inflar el expediente judicial que puede hacerle pasar toda la vida en prisión. Y de paso pudo ofrecer en *Wired* la exclusiva sobre la captura del soldado al que traicionó.

Desde un principio se extendió la creencia de que el movimiento liderado por Assange era un movimiento a favor de la verdad. A lo mejor lo era, pero en realidad detrás de todas las revelaciones efectuadas, anida un reto hacia el mundo del periodismo. Considero ofensivo que lo llamen periodista, no porque no lo sea, sino porque el mundo del periodismo se ha convertido en partícipe de la sociedad que desean quienes nos gobiernan. En sus declaraciones al diario *El País* el día siguiente de la revelación de los papeles de la guerra de Irak, no se andaba con medias tintas: «El mayor abuso es la guerra contada por los periodistas. Periodistas que participan en la creación de guerras a través de su falta de cuestionamiento, su falta de integridad y su cobarde peloteo a las fuentes gubernamentales».

Cuando al comienzo de toda esta odisea —tras la aparición del vídeo «Asesinato Colateral»— me hicieron ver que esto se parecía a un cómic, no estaba tan desencaminado quien me lo dijo. Pensé de inmediato en *V de Vendetta*, la obra escrita por Allan Moore y que, aunque ambientada en una época futura, se inspiraba en la Inglaterra de los años ochenta del siglo XX, cuando Margaret Thatcher transformó la economía en una brutal liberalización que quebró el Estado de bienestar y que se pudo llevar a cabo gracias a la creación de un sentimiento de miedo hacia los enemigos del país y del sistema capitalista, amenazado por excluidos y díscolos y por los disconformes con las verdades tradicionales y la corrección moral. En el prólogo del primer número de la serie — hoy convertida en libro en España por Planeta DeAgostini Moore expresaba así los sentimientos que lo invadían al vivir en aquella Inglaterra:

«Estamos en 1988, Thatcher comienza su tercer mandato... Mi hija pequeña tiene siete años y en la prensa circula la idea de crear campos de concentración para enfermos de sida. La nueva policía antidisturbios lleva visores negros, al igual que sus caballos, y sus furgones transportan videocámaras giratorias en el techo. El gobierno ha expresado el deseo de erradicar la homosexualidad, incluso como concepto abstracto. Y uno sólo puede preguntarse contra qué nueva minoría se legislará a continuación. Estoy pensando en llevarme a mi familia fuera de este país muy pronto. Es frío, mezquino y ya no me gusta».

La obra se sitúa en un momento en el que los «enemigos» ya habían sido sometidos a un proceso de limpieza en campos de concentración, de experimentación psiquiátrica, en cuevas de exterminio... En el gobierno existe un poder omnímodo que hace de las medidas de seguridad y de la propaganda su argumento para perpetuarse. Y los ciudadanos ya se han convertido en dóciles, débiles, y han interiorizado los mensajes que se le dirigen desde los puestos de

mando. Para armar el conjunto, los medios de comunicación fueron los grandes aliados del gobierno, convirtiéndose en voceros de los planteamientos oficiales y en el canal abierto para sembrar las ideas que se querían inculcar mediante la propaganda.

En este contexto aparece un personaje que formó parte de los excluidos y torturados, un hombre cuyo pasado es un misterio en el que no dejará entrar a casi nadie: «Soy el rey del siglo XX, soy el hombre del saco, el villano, la oveja negra de la familia», dice en su primera intervención en el relato. Es un enmascarado que responde al nombre de V. Un vengador, y una mezcla de hombre romántico y violento. Vuela el Parlamento, pero sin derramar una gota de sangre. El Estado lo considera un peligro público, un terrorista. Pero detrás de él también hay un poder casi mágico y un grupo invisible, si es que realmente existe, que le da cobertura y apoyo no se sabe bien desde dónde. Ha aparecido para hacer recordar al Poder cuáles fueron sus fechorías y devolver la verdad al mundo. Para conseguirlo, se va a vengar de los responsables de haber destruido la honestidad.

Julían Assange —con esa estética tan particular que mantiene hasta bien entrado el año 2010— se parece a ese V: «Los medios de comunicación internacionales son un desastre, pero ahora estamos en una buena posición para verlo porque nos ha llegado material histórica y políticamente significativo, nosotros lo liberamos y vemos cuántos medios se hacen eco y con qué rigor. Podemos ver también los esfuerzos para suprimir la información que damos. Mi conclusión es que el entorno de los medios de comunicación es tan malo y tan distorsionador que nos iría mejor si no hubiera ningún medio». Su arma informativa tiene en su punto de mira a un poder que abusa: «Hay un enorme y creciente estado de seguridad oculto que se está extendiendo por el mundo». Pero también a los grandes medios: «Los periodistas han estado dejando al Estado, a las grandes empresas y a los intereses creados salirse con la suya durante demasiado tiempo». Y, lógicamente, en los medios de comunicación se abre un debate, y las informaciones que genera son sometidas a otro tipo de valoraciones —¿es periodismo o no lo que hace Wikileaks?— y se reciben de buen grado aquellas noticias que hacen despertar ciertas dudas sobre el grupo: la financiación, las acusaciones de excolaboradores de Assange que lo califican como alguien poco abierto a críticas y discrepancias, las dudas sobre su extraño pasado... Al mismo tiempo, los grandes periódicos escogen de entre sus revelaciones aquellas que pueden asimilar y que están en sintonía con su tendencia ideológica, y pasan de puntillas por las que complican sus planteamientos previos.

El escritor Naief Yehya es uno de los que mejor ha teorizado sobre la situación de la comunicación a escala global en el siglo XXI. En su ensayo *Guerra y propaganda* (Paidós, 2003) señala que el punto de inflexión se produjo tras los atentados del 11 de septiembre de 2001: «Llegamos a una histeria masiva incitada por los medios de comunicación, que explotaban la crisis para incrementar sus

ratings y de paso promover los planes bélicos de algunos sectores del gobierno. Como nunca antes en la historia, gracias a los avances tecnológicos y a una especie de impunidad otorgada por los ataques, los medios se valieron de todos los canales disponibles para promover el miedo, el odio a lo “otro” y la violencia... colaborando, al difundir propaganda, a moldear las percepciones y afiliaciones del público».

Partiendo de la definición del Instituto para el Análisis de la Propaganda —«la expresión de opiniones o las acciones de individuos o grupos que buscan influir en las opiniones o acciones de otros individuos o grupos con fines predeterminados y a través de manipulaciones psicológicas»— efectuada en 1937 por el grupo de politólogos que creó el citado instituto, Yehya la actualiza al señalar que es «una astuta combinación de información, verdades a medias, juicios de valor y una variedad de exageraciones y distorsiones de la realidad». No olvida el autor que la propia condición humana hace que la propaganda sea deseada por la población urbana, aunque sea de forma inconsciente, pero es así porque refuerza la seguridad interior en el *statu quo*.

En la guerra de Vietnam se puso de manifiesto cómo, en un mundo con tantos y tan variados medios de comunicación, la falta de control sobre la información que partía del campo de batalla ponía al descubierto la existencia de numerosos abusos y acciones punibles por parte de quienes, en teoría, eran los salvadores. Por eso, en cuanto ocurrió otro conflicto similar, como fue la primera guerra de Irak, se puso en marcha una maquinaria de comunicación muy bien orquestada. Se pusieron de moda expresiones muy repetidas y cuidadosamente «higienizadas», y los bombardeos pasaron a convertirse en «quirúrgicos» y los términos bélicos como «ofensiva» o «ataque» dejaron de ser tales para denominarse «operaciones de liberación» o incluso «misiones humanitarias».

Ya en aquella guerra se invitó a los reporteros de guerra a participar en los entonces llamados *polis*. Esto quería decir que el periodista viajaba con las tropas y asistía en primera línea de batalla al conflicto. Incluso dispondrían de los canales de comunicación de los propios militares, de forma que darían información en vivo y casi en directo. Así se potenciaba la espectacularidad y se primaba la rapidez sobre la credibilidad. Incluso se contrataron empresas especializadas en relaciones públicas para diseñar algunos de los escenarios en los que serían colocados los periodistas. Así, las imágenes que llegaron al mundo entero cuando Kuwait fue liberado tras la ocupación por parte de las tropas de Irak era la de miles de ciudadanos sonrientes, felices e incluso portando pequeñas banderas de Estados Unidos para dar la bienvenida a los liberadores. Sólo se supo después que una de esas empresas, The Rendon Group, había preparado todo antes de que llegaran los periodistas que viajaban con los militares.

En las guerras de Afganistán e Irak se potenciaron esas maniobras. Se decía de los periodistas que viajaban en primera línea de batalla empotrados entre las

tropas. A todos ellos se les ofrecieron cursillos de preparación para poder desenvolverse en un ambiente que podía ser hostil, pero, a fin de cuentas, relataban la guerra según se veía desde un solo frente. Por desgracia, esto tampoco supuso un plus en la seguridad de los reporteros; algunos de ellos murieron, como es el caso del español Julio Anguita, de *El Mundo*. Mientras, los que decidieron mantener la independencia se vieron sometidos al olvido por parte de las tropas, y se hizo ver que no se garantizaba su seguridad al haber decidido prescindir de viajar empotrados y más «protegidos». Buen ejemplo de lo difícil que era trabajar en esas condiciones es lo ocurrido aquel julio de 2007 en Bagdad, cuando los dos empleados de Reuters murieron acribillados desde los helicópteros Apache. Y si bien los reporteros que decidieron ir por libre ofrecían informaciones mucho más ecuánimes, la propaganda permanente por parte del poder había moldeado los miedos, arquetipos y creencias de los ciudadanos, de modo que las noticias que procedían de ellos no tuvieran el mismo eco que las que llegaban desde el frente de batalla, que conseguían gracias al adoctrinamiento mental de la sociedad el efecto necesario para asentarse y reforzar los estereotipos. Luego, con el tiempo, esa caja de resonancia empieza a quebrarse, pero ya es demasiado tarde...

Así pues, cuando Julián Assange define a los medios como estructuradores de noticias patrocinadas por empresas o gobiernos no le falta razón. Y se rebela contra ello, reclamando la independencia perdida y demostrando, con la liberación de informaciones, que durante años no se nos ha dicho la verdad sobre muchas de las cosas ocurridas, tanto en las guerras como en otros frentes informativos. Y mientras las agendas de los reporteros incluyen sólo ruedas de prensa y notas informativas de las agencias de relaciones públicas y gobiernos, la realidad sigue su curso de forma discreta. Percibir que esto ha sido así es una de las tristes realidades que se han puesto al descubierto con la inmensa cantidad de documentos «desclasificados». Aunque Assange también olvida algo: los escasos recursos económicos de los periodistas, la inestabilidad laboral y la obligación de buscar la rentabilidad por encima de la información son parte de la realidad diaria de los comunicadores, incluso de aquellos que han adquirido fama y gran impacto en el público.

Las grietas en el sistema informativo se han hecho visibles. Es por ello que incluso después de la revelación del vídeo «Asesinato colateral», el gobierno de Estados Unidos siguió atacando al «mensajero». Era *vox populi* que tras ese vídeo iban a llegar toneladas de documentos sobre la guerra de Afganistán. Obama lo sabía. «Solicitamos a Wikileaks que se abstenga de dar a conocer informes que podrían poner en peligro a nuestros soldados y a los informantes que tenemos sobre el terreno». Se trataba casi de un ultimátum. No surtió efecto. Finalmente, se dieron a conocer 76 000 documentos que daban buena cuenta de las cruentas prácticas de los militares norteamericanos en Afganistán. La presión se ejerció en muchos frentes, no sólo a nivel de comunicación pública, intentando además

convencer al mayor número posible de ciudadanos de que las actividades del «vengador» eran perjudiciales para la nación. También hubo una auténtica ciberguerra: los *hackers* del Departamento de Defensa rastrearon la Red para taponar los canales de comunicación de Wikileaks, bloqueando su red de páginas e incluso todas aquellas que también se estaban haciendo eco de las revelaciones...

No hubo forma.

«Me gusta ayudar a la gente que es vulnerable y aplastar a los bastardos», aseguró Assange al periódico alemán *Der Spiegel*. Y la verdad siguió saliendo: decenas de miles de documentos relacionados con Afganistán vieron la luz *ipso facto*.

Mientras, la oscuridad seguía cerniéndose sobre el Pentágono. Acorralados, los jefes del ejército decidieron amenazar a los suyos si a los funcionarios, fueran de uniforme o no, con traje caqui o de corbata, se les ocurría acceder con sus ordenadores a las páginas y canales de comunicación de Wikileaks.

El 5 de agosto, los militares recibieron la siguiente comunicación: «El personal no debe abrir el portal Wikileaks para ver o bajar la información publicada. Hacerlo introduciría información confidencial en redes no confidenciales. Ha habido rumores de que la información ya no está clasificada porque es de dominio público. Eso no es verdad. Las técnicas... no deberían utilizarse como un medio para dañar la seguridad nacional mediante revelaciones no autorizadas de nuestra información».

El documento demostraba que el Departamento de Defensa no consideraba ni siquiera útil en la batalla insinuar que los documentos era falsos. Las pruebas mostradas por Wikileaks hablaban por sí solas. Pero se intentaba de esta forma disuadir a los empleados del acceso a dicha información alegando motivos de seguridad nacional.

Aún fueron más allá desde las altas esferas. Al día siguiente se advertía a los marines y a cualquier civil que formara parte de una empresa privada contratada por el ejército de las consecuencias legales de visitar Wikileaks o cualquier portal que contuviera la información revelada. La nota del Departamento de Inteligencia del Cuerpo de Marines es muy explícita:

«Si se ve o se descarga esa información se estará cometiendo voluntariamente una violación de la seguridad. No sólo son acciones ilegales... Los comandantes podrán formular acusaciones mientras que el personal civil y contratado será colocado en suspensión administrativa a la espera del resultado de la investigación criminal».

Aún fueron más lejos. Desquiciados —de otra forma no puede explicarse—, en el Departamento de Defensa se tomó la decisión de considerar que la visita de cualquier persona a Wikileaks podría considerarse piratería ilegal del mismo modo que si se descarga un contenido protegido por *copyright*. Las declaraciones del encargado de comunicación social del Departamento de Defensa fueron

efectuadas a un aliado mediático en la batalla contra los «vengadores», Danger Room, de la revista *Wired*: «Si James Cameron perseguiría a quien facilitara o descargara la película *Avatar*, la posición respecto a la información clasificada es la misma».

En aquellos días se especulaba con el destino de 16 000 informes que Wikileaks no había revelado del *dossier* de documentos obtenidos sobre la guerra en Afganistán. Por su contenido y por proteger identidades —al menos ésa fue la versión que se trasladó a la opinión pública—, el equipo de Wikileaks había decidido reservarse el destino de ese buen puñado de escritos confidenciales. En el Pentágono se temía que incluyeran información todavía más reveladora...

Y en una amenazadora rueda de prensa, el portavoz del Departamento de Defensa, Geoff Morrell, advirtió seriamente al equipo de filtradores: «Estos documentos son propiedad del gobierno y contienen información clasificada y confidencial. Exigimos a Wikileaks que devuelva inmediatamente cualquier versión de los documentos obtenidos». Dichos documentos, lejos de contener nombres de fuentes afganas o de militares, contienen revelaciones sobre escuadrones de la muerte, ejecuciones, torturas, entrenamiento a enemigos... A día de hoy —quién sabe si cuando esta obra vea la luz— todavía no se han hecho públicos todos los partes de guerra. Y no porque Assange haya hecho caso de la severa advertencia, sino porque su estrategia también mide tiempos y oportunidades en busca de impacto social. Para algunos esto es criticable, pero Assange no es una ONG. Su espíritu calculador está, aún con todo, por encima de su muy destacada impulsividad.

Wired y sus colaboradores-agentes siguieron en su afán por atrapar al «enemigo». No faltaron otros medios que hicieran lo mismo. Desde el Pentágono se buscó el apoyo de viejos amigos con influencia social y mediática. Cómo no, se apuntó al carro la televisión más fundamentalista del panorama norteamericano: Fox News. Sus redactores movieron ficha y entraron en contacto con las autoridades judiciales suecas, debido a que la sede central de Wikileaks estaba allí por esas fechas. Obtuvieron cierto respaldo a su posición e informaron a sus espectadores de que la justicia de ese país estudiaba los permisos y situación legal relativa al grupo. Ya se había iniciado el divorcio entre Wikileaks y Suecia a raíz de las denuncias de acoso sexual. A pesar del amplio apoyo ciudadano con el que cuenta en el país nórdico, semanas después, las autoridades suspenderían el permiso de residencia del que disfrutaba Assange.

El proceso continuó: el 10 de agosto, el Departamento de Defensa instó a los países aliados que también tienen tropas destacadas en Afganistán —Reino Unido, Canadá, Alemania, España...— a que sus autoridades judiciales tomaran medidas contra quien estaba poniendo en riesgo la integridad física de los soldados destacados en tierra hostil. Tres meses después de esa solicitud, los países aliados se habían arrimado al discurso oficial de Estados Unidos, pero no tomaron medidas más serias hasta el 1 de diciembre, cuando Wikileaks puso a disposición del público más de 250 000 comunicaciones efectuadas por las diferentes embajadas de Estados Unidos en todo el mundo.

Quien sí parece haber firmado un seguro de vida es Assange.

En los mismos días en los que se iniciaba esta persecución, colgó en la página web de Wikileaks un archivo de 1,4 *bytes* de memoria que contiene un mecanismo de encriptación que hasta el momento ha impedido a todos los *hackers* del mundo acceder a su contenido. Ni siquiera Adriam Lamo de *Wired* ha sido capaz. La clave será distribuida a un selecto grupo de personas y entidades en caso de que Assange sea detenido o fallezca en extrañas circunstancias. Nadie tiene ni la más mínima idea de qué puede contener este *dossier* secreto, aunque ya en 2011 se extendió la idea de que se trataba de todos los cables diplomáticos.

A *Wired* se le sumó *The Wall Street Journal*, el periódico preferido por las entidades financieras que metieron al mundo en la actual crisis económica. El periódico al que, por cierto, pertenecía el periodista Daniel Pearl, degollado en Pakistán al comienzo de la guerra afgana justo después de que el reportero hubiera descubierto una serie de conexiones entre los servicios de inteligencia de Pakistán y grupos como Al Qaeda o los talibanes. El inconveniente es que esos vínculos

también implicaban a la CIA y a Estados Unidos. Todavía no está claro qué hubo detrás del secuestro que acabó con su asesinato. Lo que sí quedó demostrado es que las autoridades tuvieron un comportamiento bastante peculiar mientras duró su secuestro. Y también puede afirmarse que su periódico tampoco se hubiera sentido cómodo con las informaciones en las que se encontraba trabajando.

Los informes desvelados por Wikileaks y otros documentos secretos que expondré —alguno de ellos procedente de los servicios de inteligencia españoles, junto a las revelaciones efectuadas al autor por miembros del gobierno paquistaní— han certificado ese extraño juego en el que amigos y enemigos se ayudan mutuamente sabe Dios por qué.

Pues bien, *The Wall Street Journal* llevó a sus primeras páginas informaciones sobre las oscuras cuentas de Wikileaks. Cifraban en un millón de dólares el dinero recaudado en donaciones. «Convendría que el grupo tuviera la misma transparencia que exige a los gobiernos a los que denuncia», pudo leerse en una columna de opinión. El mensaje que se dejaba caer estaba claro: los vengadores también estaban obteniendo un beneficio económico muy considerable. ¿Un negocio? Evidentemente, no. Dice el dicho: «Difama, que algo queda». Semanas después, *The Wall Street Journal* informaba de las desavenencias internas en el grupo. «Assange es autoritario», aseguraban.

También le tocó el turno a *The Washington Post*: «Es una empresa criminal». Y *The New York Post* también sacó a relucir su agresividad: «No se llama Wikileaks, sino “wikikills”, es decir, “asesino rápido”, porque ayuda a los talibanes a matar en Afganistán». Por su parte, *The New York Times* publicó que Assange no se ducha a diario...

Pero si los periódicos aliados contra Wikileaks tienen tantos seguidores como detractores, no puede decirse lo mismo de una ONG respetada en el mundo entero como es Reporteros sin Fronteras, un colectivo que gracias a su denominación ha conseguido granjearse un amplio consenso a favor. También sus dirigentes firmaron escritos contra las actividades de Wikileaks. Se olvidaron, eso sí, de exigir a Estados Unidos una investigación formal sobre la ejecución de los reporteros de Reuters en la matanza de los helicópteros Apache.

Esta doble vara de medir no es casualidad. Tampoco han apoyado a los periodistas que reclaman que se ejecuten órdenes judiciales que ya existen contra los militares que dispararon el 8 de octubre de 2003 contra el hotel Palestina asesinando al cámara español José Couso. Sin embargo, Reporteros sin Fronteras sí ha formulado numerosas peticiones respecto a la libertad de prensa en Venezuela y Cuba. Al mismo tiempo, la Fundación Nacional para la Democracia (NED) de Estados Unidos, vinculada al Departamento de Estado, se ha convertido en una de las instituciones que más apoyo económico brinda al grupo. Varios de los máximos dirigentes de Reporteros sin Fronteras han sido acusados de ayudar a la CIA en las misiones norteamericanas.

Da la triste sensación de que en esto del periodismo hay dos tipos de profesionales: los que estamos vendidos y los que acabaremos por vendernos. Sólo nos queda la esperanza de que los intereses de nuestra hipoteca nos permitan un margen de maniobra, aunque sea a riesgo de que los intereses suban tanto que algún día ejecuten el crédito. Y nadie —tampoco Julián Assange— se libra. Lo que aún no nos ha pasado a todos es que nuestra hipoteca sea revendida del mismo modo que los grandes bancos que desencadenaron la crisis hacían con las hipotecas de los ciudadanos del mundo, convirtiéndolas en paquetes que colocaban a inversores más invisibles y más voraces. Son las llamadas hipotecas *subprime*. Y en esta analogía con el mundo del periodismo, esos inversores que compraron las hipotecas son los órganos del poder mundial. Ahí parecen haber caído atrapados la gente de *Wired*, de Reporteros sin Fronteras o de *The Washington Post*. «Un documento del Pentágono plantea que hay que marginalizar fatal y definitivamente a Wikileaks. La táctica preferida es la de ensuciar, con periodistas corruptos siempre dispuestos a colaborar», recuerda John Pilger, que de radical, insensato, irreflexivo o conspiranoico tiene bien poco.

Un día después de que el Departamento de Estado instara a todos los países aliados a que tomaran medidas contra Wikileaks, Julián Assange llegaba a Estocolmo para participar en un seminario sobre medios de comunicación en zonas de conflicto. No era un experto en el tema, pero su voz y sus afirmaciones ya tenían valor en sí mismas.

Llegó allí con una nueva imagen. Más depurado y sofisticado. Vestido con traje y el pelo corto: había dejado atrás su melena menguante de blanco inmaculado. Su peinado era despeinado pero sofisticado. Con restos de alguna mecha blanca, y trazas castañas y rubias.

Es difícil saber qué pintaba allí, pero lo cierto es que nuestro protagonista vivía en una nube por entonces. Y aunque la persecución contra él y su movimiento era ya un hecho indiscutible, seguramente no podía imaginarse que lo único que ya no podría dejar de hacer nunca era dar la espalda a nadie. Ni fiarse de nadie. Son las cosas de la fama. Pero Assange quería disfrutar en aquel momento del lado romántico y alocado de la misma. De ahí su cambio de imagen y su intensa agenda social. Aún no era capaz de distinguir el mal de la locura. Y mucho menos de saber que mal y locura están unidas por un cordón umbilical invisible pero firme.

Assange se sentía fascinando por todo lo que olera a grupo de cariz religioso y metafísico. Quizá es la herencia de una infancia y adolescencia involucrado en uno de esos colectivos. Parte de su filosofía vital se originó en uno de ellos, aunque ni siquiera fuera consciente de que le ocurría. De esa relación de amor y odio surge su idealismo. Y no fueron pocas las veces que se sintió atraído por ellos. A algunos, como la Iglesia de la Cienciología, los crucificó, mientras que a otros les otorgó el beneficio de la duda.

Tal es el caso del Movimiento de la Hermandad, un colectivo que entre sus lemas preferidos destaca el siguiente: «El cristianismo se refiere principalmente a la fraternal relación de hombre a hombre, y con la redención a través del esfuerzo humano de todas las esferas de la actividad del hombre en la Tierra». Y como sustento a sus publicaciones, acude a una cita bíblica con la cual sus miembros se sienten identificados: «Uno es vuestro maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos».

El grupo fue fundado en los años sesenta. Tiene ramificaciones en varios países, pero su principal abrigo es el Partido Socialdemócrata de Suecia, bajo cuyo paraguas se desenvuelve. En los últimos tiempos, el grupo había manifestado numerosas críticas contra Israel debido a los ataques de 2009 a Gaza. Y aunque el partido madre no manifiesta tanta animadversión por el país judío y sus costumbres bélicas, el Movimiento de la Hermandad hizo patente muy clara su

opinión sobre el asunto. En realidad, el cristianismo radical del grupo, que pregona una nueva forma de religión mucho más próxima a las necesidades sociales, es lo que moldeaba su espíritu «antisemita». Para estos grupos fueron los judíos los auténticos responsables de llevar a Jesús de Nazaret hacia la muerte. Pero al mismo tiempo, las contradicciones intrínsecas del colectivo hacen que por un lado abracen la izquierda más tradicional, y por otro, la derecha más conservadora.

Este grupo era el que organizaba el seminario en cuestión. Una de sus principales activistas fue la que entró en contacto con el fundador de Wikileaks, que debió de ver en aquella invitación una forma de recalar de nuevo en Suecia, país en el que se sentía libre y protegido del acoso que sufría. Los abogados con los que empezaba a departir más frecuentemente de lo que quisiera le habían recomendado Suecia, Reino Unido y Suiza como países más seguros. En cierto modo, su presencia en Estocolmo era casi como estar de vacaciones después de unas semanas verdaderamente agitadas. Todavía no era el hombre más poderoso del mundo. Todavía...

Al llegar, conoció a la mujer que había entrado en contacto con él. Se llamaba Anna Ardin. Tenía treinta años y aspecto nórdico. Assange no sabía demasiado sobre ella. Aun así, asumió de buen grado su hospitalidad y aceptó quedarse en su casa durante aquellos días, tiempo en el que ella se ofreció para ser su asistente de prensa, labor que realiza habitualmente en la sección cristiana del Partido Socialdemócrata. Y, tal y como habían quedado por correo, aquel 11 de agosto él se quedó a dormir en casa de Anna. Cenaron juntos. Hubo *feeling*. Y, después, sexo.

Ardin envió un SMS a sus amigas haciendo ver que había algo entre ellos. Dos días después, Assange dio la conferencia prevista. Allí quedó claro que la fascinación por el hombre de moda no era sólo cosa de Anna, sino también de otra muchacha de veinte años llamada Sofía Willen, que también asistió a la conferencia del nuevo dios mediático, a quien le encantaba sentirse así. Tenía todo el derecho del mundo. Más aún cuando dos semanas antes había alcanzado notoriedad mundial con la publicación de los partes de guerra de Afganistán. La vanidad, en su caso, era un refugio. Para Sofía, aquel hombre representaba una meta. O eso parecía por su expresión corporal: durante la charla no se relajó ni un segundo. Estaba en primera fila, asintiendo a cada frase de Julián y sin parar de hacer fotos. Mientras, Anne, más fría y madura, paseaba por la sala micrófono en mano atendiendo a las solicitudes de los presentes que querían interactuar con el jefe de Wikileaks.

Al acabar la charla, Sofía se acercó al estrado. Charlaron unos minutos y él la invitó a comer. Flirtearon. Después fueron juntos al cine a ver *Deep Sea*. Al acabar la sesión ella le preguntó si podían volver a ver. Él aceptó encantado. Y quedaron en volver a hablar, pero Assange tenía cita en casa de Anne. Había

preparado una fiesta en su honor a la que asistieron miembros del Movimiento de la Hermandad, periodistas y algún que otro aspirante a político y periodista. La anfitriona no había organizado la típica cena que suele celebrarse tras este tipo de reuniones. Había presentado el encuentro como un homenaje a Assange. Aunque después se modificaría la versión sobre los hechos —la que redactó la fiscalía a partir de las declaraciones inculpatorias—, lo cierto es que entonces sólo faltaba la alfombra roja...

Assange quedó con Sofía tras la fiesta. Tomaron algo juntos y acudieron a Enköping, una ciudad próxima a Estocolmo en la que vivía la joven. Allí tuvieron sexo. Durmieron juntos esa noche del 13 de agosto. Cuando Assange se despertó al amanecer, se sintió atraído por el cuerpo desnudo de Sofía, empezó a acariciarla cuando ella estaba aún dormida y volvieron a tener relaciones sexuales. Al despertar por la mañana sucedió lo mismo. Después de desayunar, el australiano cogió el tren y regresó a Estocolmo, a casa de su anfitriona, para continuar con su programa en la capital sueca.

Lo que Assange no imaginaba es que Anna y Sofía eran mejores amigas de lo que parecía. Un par de días después, la más joven llamó a la más astuta por teléfono y le contó su conquista, aunque le hizo ver que estaba temerosa de haberse contagiado de alguna enfermedad o de estar embarazada, ya que habían tenido relaciones sin preservativo. Anne reaccionó enfurecida y molesta. Se sentía despechada. Traicionada. Julián no entendía nada. Ni la falta de discreción de Sofía ni la reacción de Anna. No eran pareja. No había habido entre ellos más que una relación esporádica. Una de tres: o ella había entendido mal aquello, o estaba loca o había gato encerrado. A pesar de todo, él pudo quedarse allí hasta el 16 de agosto. Ya no ocurrió nada más entre ellos, salvo que se abrió un glaciar de frialdad entre los protagonistas, más aún cuando Sofía insistió en que Assange se hiciera pruebas para saber si tenía alguna enfermedad.

El 20 de agosto, Anna y Sofía fueron juntas a la comisaría y denunciaron a Julián Assange por acoso y violación. Sabían lo que hacían. Sabían perfectamente cuáles podían ser las consecuencias de su denuncia. Ambas tenían un conocimiento preciso de la compleja legislación sueca, que en los años previos había sufrido modificaciones provocadas por la presión de diversos grupos sociales. En consecuencia, se crearon leyes específicas para la defensa de la mujer en asuntos relacionados con los malos tratos y los abusos. Al igual que en España y en otros países europeos que habían asistido a las mismas transformaciones, en muchos casos la presunción de inocencia del hombre quedaba suspendida ante la mera denuncia de una mujer. De esta forma, cualquier acusación formalizada como denuncia va seguida en muchos casos de la detención y encarcelamiento provisional del hombre, que sólo puede ejercer su derecho a la defensa tras varios días en el calabozo. Los legisladores, al igual que en España, consideran que el mal uso de los mecanismos legales a favor de la mujer sólo son una excepción. Y

respecto al caso de los abusos y la violación ocurría algo parecido: para evitar interpretaciones abusivas de las circunstancias en las que se produce el hecho denunciado, la nueva legislación convertía en abuso o violación actos que antaño no podían ser considerados como tal. Por ejemplo, mantener relaciones sexuales sin preservativo en una relación esporádica podía llegar a considerarse como una agresión sexual. E incluso insistir en el deseo de mantener sexo con la otra personas podría resultar punible si median entre ambos ciertas diferencias sociales o económicas que puedan determinar que existe una relación de poder. En la actualidad, en Suecia sólo dos de cada mil denuncias por violación acaban en condena. Lógicamente, este dato hace pensar que algo no funciona bien pese a que existe un problema real en el país, que no mira hacia una realidad que expone bien la trilogía *Millenium* pero que quizá haya motivado un exceso de falsas denuncias.

Anna lo sabía. Sostenía que la sociedad actual sólo se fundamenta en la capacidad del hombre para violar a las mujeres. En su página web había escrito una guía titulada «Siete pasos para vengarte legalmente de un hombre». Su objetivo era escarmentar a aquellos que no respetaban los derechos de la mujer, que eran infieles a sus parejas, que no se comprometían con aquellas con quienes habían mantenido relaciones sexuales...

Así decía su decálogo:

1. Considere realmente si merece la pena vengarse. A veces es mejor perdonar.
2. Tienes que tener claro para qué vengarse y por qué. La venganza no se dirige contra una sola persona, sino también contra las acciones de esa persona.
3. Principio de proporcionalidad. Una buena venganza está vinculada a lo que se ha hecho en tu contra. Por ejemplo, si quieres vengarte de alguien que te engañó debes utilizar un castigo de celos, sexo, citas...
4. Hacer una lista de ideas de las medidas adecuadas para darle categoría a la venganza. Puedes, por ejemplo, sabotear la relación actual de tu víctima, provocar que sea infiel, hacerle ver a esa nueva pareja que es un loco... ¡Usa tu imaginación!
5. Haz averiguaciones sobre cómo puedes llevar a cabo la venganza. Por ejemplo, envía cartas o fotografías que demuestren a su nueva pareja que todavía está contigo para demostrarle que es una persona que miente.
6. Haz un esquema de tu venganza de menor a mayor en función de las posibilidades de éxito. Lo ideal es, por supuesto, una venganza que sea lo más dolorosa posible, aunque requiera mucho trabajo y esfuerzo.
7. Dedícate a tu trabajo. Recuerda tus metas y asegúrate de que él sufrirá de la misma manera que te hizo sufrir.

Se trata de un texto poco cristiano —«antes poner la otra mejilla que vengarse», decía Jesucristo— para salir de la pluma de una integrista católica que ha manifestado en numerosas ocasiones su odio contra los hombres. Ella misma sugiere en su *blog* que ha denunciado a otras parejas suyas por los mismos cargos. No era, por tanto, la primera vez que seguía tan siniestro manual de cómo destruir la vida de una persona por el mero hecho de no ser la única. Un minucioso

conocimiento de las leyes le habría servido para orquestar la venganza tras descubrir gracias a Sofía que Julián le había sido infiel.

«Julián es una de las personas más inteligentes y simpáticas del mundo, es increíble», escribió Anne en su Twitter después de haber mantenido relaciones sexuales con él y antes de formular la denuncia. James D. Catlin, quien fuera abogado de Assange tras la denuncia, descubrió que en el Movimiento de la Hermandad se había promovido en otras ocasiones denunciar a los hombres que habían faltado a su compromiso. Además, Anna consideraba que esas denuncias podían tener un efecto transformador sobre la sociedad para concienciar a la opinión pública sobre la desigualdad de género.

La fiscalía interpretó que cuando Assange se acostó con Anna —el preservativo se rompió durante el acto y él quiso continuar—, él cometió un delito de coacción al querer seguir con el acto. Tal hecho, en una relación ocasional, está considerado en la conservadora legislación sueca como un acoso. Además, se afirmó que la segunda vez que mantuvieron sexo Assange y Sofía, como ella aún estaba dormida cuando todo empezó, se trataba de una violación, pero no deja de ser sorprendente que años después de todo esto, Anna escriba que el periodista «es uno de esos hombres que tiene una visión torcida de las mujeres y no sabe entender qué significa decir que no».

Desde un principio la Red fue un clamor contra las acusaciones. De una forma u otra se consideraba que las denuncias eran una maniobra de inteligencia para intentar silenciar a Wikileaks. No hay pruebas de que todo fuera una trampa sexual para orquestar un correctivo ejemplificador a Assange para que ni él ni nadie se atreviera a llegar tan lejos en el futuro. Ciertamente, es la propia Anna Ardin la que atrae a Estocolmo y a su casa al editor de Wikileaks. No podemos saber más. Se ha dicho de ella que es una agente de la CIA. No hay pruebas de ello, pese a que incluso la propia Anna haya sido expulsada de Cuba acusada de espionaje, pero en realidad todo se debe, entre otras cosas, a su relación con la revista *Asignaturas Cubanas*, editada por la organización Misceláneas de Cuba, dirigida por un cubano afincado en Suecia llamado Alexis Gainza. Dicha publicación tiene apoyo de la USAID (Agencia de Ayuda al Desarrollo de Estados Unidos), una institución que en muchas ocasiones ha sido utilizada por la Casa Blanca para canalizar operaciones de inteligencia en países cuya tendencia política es contraria a Estados Unidos. En muchos casos, la USAID ha sido una pantalla de la CIA. Por ejemplo, en Venezuela, este organismo financia grupos opositores a Hugo Chávez; algunos de esos grupos participaron de forma activa en el golpe de Estado que se dio contra el presidente venezolano en el año 2002. Los cables diplomáticos de la embajada de Estados Unidos en Caracas evidenciaron que esos grupos y el propio embajador estaban implicados en la asonada contra el líder bolivariano.

Ardin efectuó su tesis en la Universidad de Uppsala sobre Cuba y los

movimientos opositores al castrismo. Este hecho, único a su apoyo a las Damas de Blanco (asociación que reúne a esposas y compañeras de disidentes cubanos exiliados o encarcelados por el régimen) y a los vínculos que mantiene con los mismos colectivos apoyados por el intelectual anticastrista Carlos Alberto Montaner, acusado de recibir apoyo de la CIA y de haber defendido a Luis Posada Carriles (disidente cubano acusado de terrorismo y que fue agente de la CIA), han provocado que las dudas sobre Ardin sean todavía mayores. Por el momento — además de otras relaciones personales y familiares, incluso con oficiales suecos que participan en la campaña de la OTAN en Afganistán— ninguno de esos vínculos puede considerarse como prueba definitiva de la vinculación de Ardin a la CIA. También el propio Carlos Alberto Montaner ha negado cualquier vínculo directo con ella pese a ello, la maldad de su acción es evidente.

Uno de los episodios protagonizados por la activista cristiana y feminista sueca puede arrojar algo de luz. También tiene que ver con Cuba, cuando Ardin se convirtió en el nexo de unión entre la socialdemocracia sueca y el colectivo Arco Progresista, una organización que busca la apertura política de la isla. Manuel Costa Morua, el presidente del partido, recuerda que la relación con esta mujer fue satisfactoria en principio, ya que ella, además, estaba trabajando en aquella época en el Centro Olof Palme, cuya reputación es bastante notable. El recuerdo que tiene de ella es el de una mujer comprometida y con las ideas muy claras.

Pero...

«Un buen día, de pronto, la situación cambió y nos acusó de haber manejado mal los recursos de la organización», recuerda Manuel Costa, que señala cómo las acusaciones de Ardin pusieron en riesgo el Arco Progresista. «No fue la más honesta ni la más transparente», afirma. Y eso que a ambos les une la crítica al sistema cubano. «No volvimos a saber de ella hasta ahora, cuando ha sucedido todo lo relacionado con Wikileaks. Parece que tiene algún tipo de tendencia a provocar esta clase de situaciones», concluye.

Por el momento —si bien en toda la historia de Wikileaks las cosas cambian continuamente— no se puede afirmar que Anna y Sofía organizaran un complot dirigido por la inteligencia norteamericana. Otra cuestión es que la situación creada a partir de la denuncia de ambas haya sido aprovechada para perseguir y encarcelar a Assange como un primer paso para buscar su extradición si, finalmente, se inicia algún tipo de proceso contra él en Estados Unidos. Para lograrlo, resultaba indispensable la colaboración de la fiscalía sueca, que en vez de archivar el caso —hubiera sido lo lógico, ante lo delirante de las acusaciones— aplicó la legislación en su sentido más extremo.

Muchos grupos feministas mostraron su desacuerdo con los métodos empleados por Ardin, en lo que consideran una actitud que no beneficia las auténticas denuncias sobre abusos. Ahora bien, lo ocurrido en aquellos días en Estocolmo también puede parecer una trampa porque tiene todos los ingredientes

para ello. Y ocurrió, además, justo después de que se iniciaran las ofensivas directas del Departamento de Estado contra Assange, que se empezaron a vislumbrar en el documento secreto que filtró Wikileaks en marzo, donde se percibía que existía un interés especial por acabar con este fenómeno.

Al margen de quienes están a favor o no de la publicación de los documentos filtrados, existe un tercer grupo. Son quienes consideran que tras la entrega de informes a Wikileaks hay gato encerrado. Entre quienes están en ese bando se encuentran como máximos exponentes la Red Voltaire y Global Research, dos organizaciones de información independientes que durante todos estos años de engaños se han significado por resucitar el espíritu crítico ante las informaciones del poder y poner en jaque —siempre con documentación de primera mano— las versiones oficiales expuestas desde el poder. Para ellos las filtraciones han sido dirigidas intencionadamente para que los documentos acabaran por validar —utilizando como mecanismo de impacto mediático una forma alternativa de información— las tesis del presidente Obama respecto a lo que hay que hacer en Afganistán e Irak: ampliar los plazos de retirada y permanecer allí debido a la situación de caos en ambos países. Además, exponen que los informes revelados que implican al gobierno de Pakistán en el apoyo y entrenamiento a talibanes e insurgentes tiene por objeto crear un estado de opinión contra este país de cara a futuras acciones bélicas para ampliar el poder norteamericano en una región que es clave para el dominio de las rutas de transporte de hidrocarburos.

Destacan igualmente que los documentos confirman la versión oficial de la intromisión de Irán en la guerra de Irak para perjudicar al ejército de Estados Unidos, lo que vendría a dar la razón a quienes desde el gobierno y desde los sectores más conservadores piden mano dura con el régimen de Teherán. Con la aparición de los cables diplomáticos, esta idea salió reforzada, ya que muchos de los que hacían alusión a Irán insistían en el peligro que este país representa, ya que en los telegramas de las embajadas incluso se exponía cómo otros países árabes se mostraban inquietos ante la deriva nuclear de Admadineyah.

También afirman los críticos de la tercera vía que muchas de las revelaciones de Wikileaks tienen como objetivo señalar a China como un país que viola de forma permanente los derechos humanos. Algo similar se aplicaría a Rusia, otra nación que podría quedar perjudicada con la avalancha de filtraciones que se avecina; de hecho, los cables diplomáticos han desvelado que entre bambalinas existen todavía derivas diplomáticas muy graves que a veces nos hacen pensar que la guerra fría entre las dos grandes potencias del siglo XX aún no ha acabado. A nadie se le escapa que ambos países tienen un papel fundamental de cara al equilibrio planetario del futuro. Ya en el año 2000, los informes de la CIA señalaban que se produciría una «guerra» subterránea entre China y Estados Unidos por ser la principal potencia del siglo XXI. Ambos países se necesitan entre sí para seguir

creciendo y, al mismo tiempo, están en una carrera que los dos quieren ganar. El espionaje, la desinformación y los juegos sucios están tan presentes en las relaciones bilaterales entre ambos como las buenas intenciones. «Ser amigos de los enemigos» es el principio que parece que ponen en práctica.

Al mismo tiempo, durante todo el año 2010 la dialéctica verbal entre China y Estados Unidos a cuenta de la crisis económica vivió momentos de tensión bastante inquietantes. Desde Washington partieron críticas a propósito de la política monetaria de China, debido a que Pekín actuaba de tal modo que provocaba una devaluación del yen, con lo cual las exportaciones norteamericanas podían verse muy afectadas frente a la competencia amarilla. Al mismo tiempo, Pekín reaccionó con enojo cuando la Reserva Federal aprobó en noviembre la emisión de 600 000 millones de dólares en forma de deuda. La inyección de billetes verdes fue interpretada en Asia como una afrenta al colocar en el mercado «dólares basura» que provocarían inflación en Estados Unidos y pondría en peligro el necesario mercado exterior de China. Sin embargo, los documentos del *cablegate* han demostrado que existe una realidad económica distinta de la que se escenifica de puertas afuera. Los cables se convierten —y es maravilloso que sea así— en una herramienta que nos permite hacer investigación histórica sobre la crisis en tiempo real. La historia se ha convertido en «wikihistoria». La podemos escribir rápido. Y en este caso, se demuestra que el papel de China ha servido para dar al mundo más estabilidad, porque el gigante asiático ha comprado deuda de Estados Unidos por valor de un billón de dólares y también ha adquirido dinero público de Grecia, España o Portugal cuando estos países han pasado crisis de confianza.

La propia secretaria de Estado, Hillary Clinton, denomina a China como «el banco de Estados Unidos». No es de extrañar que la Clinton sea tan beligerante a la hora de valorar las filtraciones de Wikileaks, porque una cosa es la verdad y otra que se descubra que debe plegarse ante China para salvar el pellejo monetario de su país en un siglo en el cual parte de su población ha sustituido el icono del mal, trasladando sus fobias de Rusia a China. Y aunque en muchos cables diplomáticos la postura de China —como la de todos los países del mundo— sale mal parada, la verdad es que no puede decirse que por lo averiguado hasta ahora quede tan perjudicada su imagen. Eso sí, los medios más importantes que informan del contenido de los cables tienen sumo cuidado en pasar por encima del papel estabilizador de la economía mundial que ha tenido China para destacar con fuerza otras circunstancias, como, por ejemplo, que los dirigentes del Partido Comunista fueron los responsables de los ataques a Google para impedir el acceso a la información de sus ciudadanos.

Entre los miembros de la tercera vía hay quienes creen en la honestidad de Assange y quienes no. Su extraño pasado y sus declaraciones respecto a ciertos temas han sido el detonante de esas críticas: «Estoy sorprendido de que haya

personas obsesionadas por las falsas conspiraciones sobre el 11-S cuando todo lo que nosotros estamos desvelando son conspiraciones reales, bien sobre la guerra o bien sobre los masivos fraudes financieros». Estas posiciones han puesto en alerta al director de la Red Voltaire, mi buen amigo Thierry Meyssan. «Las revelaciones de Wikileaks no añaden cosas desconocidas para nosotros, y refuerzan algunas tesis del poder mientras que perpetúan el engaño sobre otros asuntos», dice. Quizá no le falta razón; eso sí, que la tenga no invalida las revelaciones efectuadas ni el valor documental de todos los expedientes que ha puesto en conocimiento público.

Meyssan reflexiona: «Estos documentos son notas utilizadas por las tropas implicadas en Afganistán. Algunas son relatos de combates, otras contienen informes de inteligencia. Su nivel de confidencialidad no es alto, lo cual significa que han pasado por muchas manos, pero su cantidad es elevada, lo cual implica que son pocas las personas que tenían posibilidades de reunirías. Nuestros detractores esperan que la Red Voltaire se congratule por esas filtraciones y que explote estos documentos en contra de las fuerzas estadounidenses para acusarlas de crímenes y de incompetencia. No haremos nada de eso. Todo hace pensar que estas filtraciones han sido organizadas por un sector del aparato estadounidense para imponer sus propios puntos de vista».

El problema estriba en dar por hecho que lo revelado por Assange es toda la verdad sobre todo. Él mismo ha contribuido a que se creyera así por parte de los millones de seguidores que ahora tiene en todo el mundo. La vanidad no escapa a quien ha sido responsable de todo este escándalo. En cierto modo se presenta como el Robin Hood de una década salvaje en la que la mentira ha sido la norma general del poder. A fuerza de ser sinceros, ni el más humilde de los comunicadores evitaría esos aires de grandeza tras haber cambiado el mundo. Eso sí, después de informarme sobre la vida de Assange, de haber leído textos suyos escritos en los últimos quince años, y de ver cómo piensa y actúa, tengo claro que aunque sus posiciones son originales y atinadas, no se trata de un periodista — crítico o no— formado en exceso sobre los latidos del mundo y sus numerosas caras B. Eso ha podido llevarlo a sobrevalorar el contenido de algunas de sus filtraciones, pero desde hace años está buscando el equilibrio para conseguir que sus filtraciones lleguen a las manos más adecuadas sin que eso suponga que él tenga que desaparecer de la escena como principal protagonista.

Israel Shamir es uno de quienes quizá mejor ha sabido situar las cosas en su contexto: «Los documentos no proceden de Dios todopoderoso, sino que son el tipo de cosas que redactan soldados y tráfugas que también tienen su punto de vista. No se trata de mentiras de fondo, sino de verdades de fondo. Que Assange no sea favorable a las tesis contrarias a la versión oficial del 11-S no quiere decir que él sea inaceptable». Puede serlo por falta de información. O porque la información de la que él dispone —en ese caso es la misma que la que tiene la

opinión pública— no lo lleva a esa conclusión. Sus documentos no arrojan luz sobre la totalidad de asuntos polémicos de estos últimos años, sino sólo sobre aquellos que abordan los informes revelados. Más aún: una de las informaciones que abordaré más adelante tiene que ver con las comunicaciones digitales mantenidas por miles de personas durante los atentados de Nueva York y Washington. Y su sola existencia es un elemento inquietante porque alguien mandó grabar todo lo que sucedía desde horas antes del comienzo de los ataques. Ese alguien sabía algo...

Julián Assange se mantiene al margen de determinados asuntos. Su inteligencia es prodigiosa. Pero para hacerlo ni siquiera necesita utilizarla. El propio Shamir me da la razón cuando reflexiona sobre aquellos que piensan que detrás de las revelaciones están los servicios de inteligencia: «Se nos pide creer que la CIA gastó lo impensable en tomarse tiempo para falsificar tantísimos documentos secretos, incluyendo listas de sus propios agentes, y la revelación de que cuando lo del 11 de septiembre estaban listos para que despegaran bombarderos con bombas nucleares hacia Rusia... Creo que los que lo niegan están cometiendo un error de apreciación».

Porque Assange sí dice cosas incómodas sobre el 11-S...

«Las revelaciones de Wikileaks son la reafirmación de que existe una verdadera amenaza llamada Osama Bin Laden», señala un crítico llamado Zahir Ebrahim.

Tiene razón. Y esa corriente de opinión propiciada desde el poder y utilizada para perpetuar el dominio mundial existe. Bin Laden es una excusa. «Se trata del mismo error: los expedientes son informes de lo que creen los oficiales norteamericanos o, incluso, de lo que pretenden creer», responde Shamir, que tiene todavía más razón y no le hace falta negar que todo lo creado en torno a Al Qaeda es una gran mentira para invalidar a Wikileaks.

Fui el primer autor en castellano que se atrevió a quebrantar la creencia general de que los atentados del 11-S fueron un plan urdido en una cueva por Bin Laden que ejecutaron veinte terroristas a quienes envió a cumplir su macabro objetivo. Antes de que lo hiciera yo, Meyssan escribió el libro *La Gran Impostura* (La Esfera de los Libros, 2002). Lo conocí y trabajé junto a él. Al tiempo, inicié mis propias investigaciones. Hice averiguaciones que nadie hizo. Y llegué a la determinación de que la versión oficial es una mentira monumental. Quien no encuentre sospechas sobre el posible conocimiento previo de los hechos, de que en las Torres Gemelas también había explosivos que contribuyeron a su derrumbe, de que los señalados como pilotos de aquellos aviones no estaban preparados para lo que hicieron o de que lo que realmente se estrelló en el Pentágono no era un avión, lo hace por uno de estos tres motivos: o no tiene información, o es tonto, o es un malintencionado. Al primer grupo pertenece la mayoría —y no tienen la culpa— y casi todo el resto al segundo. Luego, los del tercer grupo, son los menos numerosos pero a la vez los más poderosos. Son ellos mismos quienes persiguen a

Assange, quienes quieren detener esta marea de filtraciones que no se sabe cuándo parará, ni a quién tocará, ni qué despachos oficiales ensombrecerá.

La solidez de los argumentos que media docena de autores en todo el mundo presentamos —entre ellos, por ejemplo, el exsecretario general del Ministerio de Defensa y exministro de Investigación y Tecnología de Alemania, Andreas von Büllow, autor de *La CIA y el 11 de septiembre* (Ellago Ediciones, 2006)— generaron una imparable corriente que tuvo en Internet su principal punto de apoyo. Se creó incluso un grupo de Pilotos por la Verdad del 11-S, y más tarde Arquitectos por la Verdad del 11-S. En ambos casos, cientos de profesionales de los dos campos mostraron las incongruencias sobre la versión de los pilotos inexpertos o la del colapso de las torres.

Sobre las pruebas citadas por todo este silencioso movimiento surgieron otras tendencias que sólo enmascararon el trabajo realizado. Grupos que empezaron a teorizar sobre tramas de presuntas sociedades secretas como los inexistentes Illuminati, gobiernos ocultos diseñando destrucciones en atentados, confabulaciones masónicas... E incluso personajes tan delirantes como David Icke, que tiene una legión de fieles, aseguran que los grandes líderes mundiales son seres malignos que esconden tras ellos un lagarto extraterrestre al estilo de los alienígenas de la serie «V». Lo increíble es que sus seguidores lo tienen en una alta consideración. Todos estos personajes que alcanzaron notable difusión gracias al mundo digital no hicieron sino perjudicar los trabajos serios que otros habíamos hecho. He tenido que sortear en muchas ocasiones a estos grupos para que no se me asociara a ellos, pero sí pude comprobar cómo muchos lectores y personas informadas de verdad acabaron abrazando las tesis que presentaban. Quizá es humano: unos sólo pudimos poner en evidencia la mentira de la versión oficial mientras otros fueron más allá —y quienes lo investigamos seriamente no pudimos hacerlo— al proponer la presunta verdad oculta que había detrás. Pero los miembros de estos grupos han llegado demasiado lejos y casi todo lo que no sea aplicar su lógica es considerado obra de ese gobierno de los Illuminati.

En este último grupo está extendida la creencia de que detrás de Wikileaks hay una maniobra de ese gobierno oculto. Shamir no carece de razón cuando alude al carácter sectario de estos colectivos: «Tienen algunos buenos argumentos, pero son demasiado intolerantes. En cuanto a mí, estoy dispuesto a atender sus argumentaciones, e incluso a defender su derecho a expresar puntos de vista, pero no estoy dispuesto a afiliarme. Tampoco sería factible, porque esas sectas están divididas en demasiadas subsectas que están en desacuerdo unas con otras... Su mentalidad es demasiado restringida. ¿Por qué no cabe la posibilidad de expresarse libremente sin ajustarse a algún dogma? Ahora le toca el turno a Assange. ¿Por qué no saca a relucir documentos que demuestran la implicación del Mossad en la conspiración del 11-S? La respuesta es sencilla: es probable que no disponga de semejantes documentos». Eso no significa que no existan. Simplemente, que no

los ha conseguido.

Wikileaks ha sacado lo que tiene. Sacará cosas que ya tiene pero que todavía no ha revelado. Sacará cosas que estén por llegarle. Y nunca, ni al final del camino, lo que muestren será todo sobre todo. Lo que sí es necesario es un esfuerzo por contextualizar y añadir al *dossier* de diversos temas los diferentes informes como una pieza más para armar el rompecabezas. Eso es quizá de lo que adolecen los medios de comunicación que recibieron los expedientes antes de que fueran colgados al completo en Internet, impresión que se confirmó con el ambiguo papel que tuvieron los cinco periódicos que dispusieron durante semanas en exclusiva de los 250 000 cables diplomáticos e hicieron —como el propio Assange aseguró— una selección y lectura de acuerdo a los intereses de esos periódicos dejando de lado algunos asuntos que él —y, paradójicamente, sus críticos— consideraban tanto o más importantes.

Faltan cosas. Sí. Muchas. No quiere decir que se oculten. Si yo obtengo información sobre la muerte de Kennedy y la divulgo no quiere decir que esté ocultando la verdad por no revelar qué ocurrió con la muerte de Luther King. Sólo quiere decir que Wikileaks, sus fuentes o sus *hackers* —o todo a la vez— no han llegado a conseguirlo todo. Sería imposible. Los informes de los militares sobre el terreno arrojan luz. Mucha. Pero no son informes de inteligencia, ni de la CIA ni de los agentes secretos diseminados por Oriente Medio y Asia Central.

Otra crítica: faltan muertos. En cuanto la cifra de 109 032 muertos en la guerra de Irak ocupó la atención de los grandes medios, fui el primero en sentir extrañeza. Pero claro, esos muertos son los que aparecían en esos informes. Y se demuestra que, en contra de lo que habían dicho desde el Pentágono, sí existía una contabilidad de los cadáveres recogidos por soldados americanos.

Se trata de la cifra de víctimas en conflicto recogidas directamente por los militares en el terreno, bien sea en combates, explosiones, emboscadas o enfrentamientos urbanos entre 2004 y 2009. Pero la guerra había empezado un año antes. Y ahí faltan las víctimas de los bombardeos aéreos de aquellos primeros meses. Según diversas informaciones, pueden ser decenas de miles. También faltan alusiones al mayor de los combates que se produjo en toda la guerra. Me refiero al asedio y destrucción de la ciudad de Faluya. Ninguna información reduce a menos de varias decenas de miles el número de muertos en la ocupación de la ciudad, que fue aniquilada y en la que se usaron armas de destrucción masiva —agentes químicos, fundamentalmente— sobre las que no hablan los informes de Wikileaks. La ausencia de Faluya —en donde se escribieron los capítulos más horribles y desconocidos del conflicto— invita a la duda. Aquí expondré lo que se sabe. Y lo que se sabe es que fue terrible.

Sorprende el «entusiasmo» con el que se dio a conocer la cifra de víctimas recogidas en los archivos revelados. Evidentemente, es una cifra de muertos horrible, inmensa, que deja el corazón helado. Pero el propio Assange debe

conocer —salvo que al exponer la cantidad quiera dar valor a su hallazgo— que esa cifra de víctimas es la más optimista de todas las que se han barajado. Sólo el gobierno de Estados Unidos ha insinuado aproximaciones que están por debajo...

La realidad es que al margen de la masacre de Faluya las diferentes estimaciones que se han efectuado hasta ahora ofrecían una cantidad inmensamente superior. Casi oficiales pueden considerarse las cifras que dio el Ministerio de Sanidad de Irak en 2006 tras tres años de conflicto. Cifraron en 151 000 las víctimas por acciones violentas y en 400 000 la cantidad total causada por el conflicto. Desde esa fecha el ministerio ha permanecido en silencio. A fin de cuentas, la nueva administración iraquí está controlada por Estados Unidos.

Más independiente es el estudio de un equipo de expertos de la Universidad Johns Hopkins. Se desplazaron a Irak para efectuar un trabajo de campo, casa por casa, y extrapolando los datos. Publicaron un primer estudio en la revista *The Lancet* tras el primer año de conflicto. Cifraron las víctimas en 100 000. A los tres años de guerra —en junio de 2006— volvieron allí para actualizar datos. Sus estimaciones certificaron que con un 95 por ciento de probabilidad, los fallecidos en la guerra deberían estar entre 426 000 y 794 000, estableciendo como media la cifra de 655 000 víctimas. Y desde entonces han pasado casi cinco años...

Otro trabajo de campo elaborado a comienzos de 2008 por la empresa británica Opinión Research Business determinó que en uno de cada cinco hogares había muerto al menos un miembro de la familia. La estimación final —que validaba la anterior, avalada por un equipo independiente que examinó su fiabilidad para dar luz verde a su publicación en una revista científica— fue que con un 95 por ciento de posibilidades habían muerto en el conflicto entre 946 000 y 1 120 000 individuos.

En resumidas cuentas: han muerto diez veces más personas de lo que certifican los informes descubiertos por Julián Assange, aunque conviene diferenciar entre los muertos por acciones violentas en la guerra y aquellos que fallecieron como consecuencia de situaciones derivadas del conflicto.

¿Dudas? Sí. Por lo dicho y por mucho más hay luces y sombras en todo lo que ha divulgado Wikileaks, sin que eso invalide ninguno de los escritos. Que el poder político y militar se rebele contra la publicación de los informes sin siquiera haber intentado poner en duda su contenido es de por sí extraño. Porque quizá piensan que pueden utilizar en su propio beneficio el contenido de los informes que les interesan para sus objetivos futuros una vez que pase la conmoción. O porque quizá —hay que estar abierto a todo, por supuesto— realmente hay una intención sociológica para crear un estado de opinión sobre la situación de los dos conflictos.

Thierry Meyssan, que es el más sensato de todos los que se sitúan en la tercera vía, piensa que «es muy raro esto de Wikileaks». También él señala ausencias en la información sobre el tráfico de opio y la corrupción vinculada a las empresas

energéticas en asociación con el ejército destacado en ambos países. También ahí tiene razón.

Recuerda que los que denuncian «siempre acaban torturados en alguna cárcel secreta, pero en realidad lo que dicen desvelar son sólo montañas de folios vacíos de contenido. Muy al contrario, todo lo revelado parece abogar por hacer más necesaria una profunda y duradera presencia en Afganistán, además de que sigamos viendo lo malos que son los moros —y es que no todas las atrocidades relatadas en los expedientes son cosa de los soldados americanos sino también de sus enemigos—, de modo que sospecho que no es más que una operación de inteligencia con el fin de insertar en la sociedad occidental creencias e información falsa para manipular a la opinión pública».

Falla en algo: si está en lo cierto el periodista francés, esta vez los creadores de tramas ocultas no han conseguido su objetivo, porque una de las más destacadas reacciones en la mayor parte del público mundial es un desprecio aún mayor por haber ido adonde nadie nos llamaba, a hacer ruido y sembrar los campos, montañas y desiertos de civiles inocentes... asesinados.

Al margen de los disidentes de opinión no puede dejar de mencionarse a los disidentes de formación. Comenzaron a hacerse notar a partir de la difusión de los partes de guerra de Afganistán. Se trata de algunos miembros de Wikileaks que prefirieron abandonar la organización, aunque se ha utilizado su caso de forma torticera con objeto de dar a entender que había trapos sucios en el seno del grupo. En realidad, los disidentes de la formación la dejaron únicamente por motivos que nada tenían que ver con el contenido de las informaciones reveladas ni con las sospechas de algunos respecto a la posible implicación de Assange con servicios de inteligencia, el gobierno judío, grupos de poder ocultos, masones, etc.

El más importante de los disidentes es quien podría considerarse como el número dos de la organización. Se trata de Daniel Domscheit-Berg. Fue Julián Assange quien no quiso seguir trabajando con él. «Se está comportando como un dictador, y yo no trabajo para dictadores, sino que los combato», declaró a Joseba Elola de *El País* en el ya mítico artículo «Cita secreta con el hombre que hace temblar al Pentágono», publicado el 24 de octubre de 2010. Ya ahí señalaba que Wikileaks es una organización y no un *show* de Assange. Fue crítico en ese sentido. Incluso muy duro. También Assange reaccionó con dureza. Sin embargo, el periodista alemán rebajó el tono de sus críticas a partir del momento en que la persecución contra su antiguo «jefe» adquirió tintes enfermizos: «Que sea crítico con el proyecto no significa que yo no me solidarice con él, sino que esas críticas deben ser asumidas y no interpretadas como una deslealtad o parte de una campaña opositora», declaró a *Der Freitag*.

La discusión que provocó la salida de Domscheit-Berg del grupo arrancó tras la publicación de algunos datos en los papeles de Afganistán que, según el alemán, no deberían haberse filtrado. Se refería a nombres de informadores sobre el

terreno. Pese a ello, más de 15 000 informes quedaron guardados bajo llave por Assange, y los mantiene reservados hasta el momento de escribir estas líneas... ¿Por qué? No hay respuesta, pero podría tener que ver con esa precaución. Por otra parte, el disidente cuestiona la rapidez con la que se dieron a conocer los informes de Irak, sin la suficiente verificación y sin seguridad respecto al origen de aquella filtración. A Assange —señala el disidente— le pudieron las prisas y la vanidad. En una conversación por chat entre los dos, el australiano le dice que él es el «líder, fundador, financiador, creador, ideólogo de Wikileaks». En contestación, Domscheit-Berg replicó: «Eso es precisamente lo que no es un líder, porque un líder es dialogante, está abierto a opiniones y une en vez de dividir». Assange se enojó: «Queda usted suspendido por un mes». Y el disidente se echó a reír... Eso sí, reconoce que es «una persona brillante, con grandes ideas, pero a veces pierde ese espíritu».

Posiblemente, a unos y a otros toda esta historia —a todos nos hubiera pasado— les ha venido grande en algún momento. Sin embargo, el grupo se quebró a partir de ese momento. Entonces nació el proyecto de Domscheit-Berg, que a medida que Wikileaks adquiría notoriedad fue cobrando forma. Y le dio nombre: Openleaks.

El funcionamiento de Wikileaks queda obsoleto al lado de Openleaks, que se trata de una plataforma en la que periodistas, organizaciones y asociaciones de distinto tipo tienen un buzón secreto —nada de correos electrónicos, que son las herramientas más detectable que existe— en el cual se pueden depositar las informaciones. Las informaciones ni se venderán ni se entregarán de forma estudiada, al estilo de lo que ha ocurrido con los cables diplomáticos que salieron a la luz a finales de noviembre de 2010. Es decir, que si yo tengo mi buzón, ahí podrás acudir si formas parte de una poderosa empresa que hace cosas no lícitas y estimas oportuno comentármelo. Así de fácil. Y después, a través de mis medios de comunicación, yo daría forma a las filtraciones que me has hecho llegar. Si no lo hago, mi buzón se compartirá con los otros buzones y, de una forma u otra, los documentos llegarán a la opinión pública.

Cuando surgieron los primeros buscadores de Internet, servicios como Altavista o Alltheweb parecían el no va más, se antojaban perfectos. Después, con la experiencia adquirida, aparecieron nuevos gigantes con herramientas más desarrolladas. Primero, Yahoo, y después Google. Seguramente, el mundo de las filtraciones vivirá una evolución similar. Dentro de poco, salvo que surja un Wikileaks 2.0 emergerán nuevos mecanismos; Openleaks será tan sólo una mínima parte. Nos enfrentaremos a una avalancha, lo cual también tiene sus problemas, primero porque Openleaks no dispone de una mente brillante y ni de un control de la seguridad en Internet —no sólo para salvaguardar al filtrador, sino para proteger la información hasta que alcance el dominio público— como es capaz de proporcionar Assange, que es, sin duda, uno de los más brillantes

creadores de sistemas informáticos que hay en el mundo. Finalmente, esta evolución puede provocar que se aproximen al mundo de las filtraciones periodistas carroñeros, del corazón o con espíritu vengativo. Ese camino de banalización puede hacer que las informaciones verdaderamente importantes queden relegadas a un segundo plano y los *ratings* de audiencia —sangre, corazón y vísceras— se impongan. Será el fin del fenómeno. Y, quizá, el triunfo de quienes pretenden acabar con Wikileaks.

La información en los medios de comunicación sobre las guerras de Afganistán e Irak ha alcanzado en España cotas de libertad mucho mayores que en otros países. Sin embargo, eso no ha sido óbice para que haya existido un acuerdo tácito —ni firmado ni negociado, sino más bien fruto de un proceso de interiorización sobre lo que se debía contar y lo que no— para pasar por alto las alusiones relativas a las tropas españolas en los papeles de Wikileaks.

Cuando Julián Assange presentó los documentos sobre la guerra de Afganistán en el Club Frontline de Londres, dijo que estos documentos «confirman que la guerra es algo maldito». E hizo alusión a los miles de civiles que fueron objetivo de las tropas, cuyos miembros no sabían o no podían distinguir quién estaba de su lado o del lado contrario. O de ningún lado. «El curso de la guerra debe cambiar», aseguró.

Los informes que involucran a las tropas españolas son una buena prueba de todo ello. En ninguno de los tres casos que se expone a continuación las víctimas eran insurgentes, terroristas o militares enemigos. No son muertes ni ejecuciones deliberadas, pero sí son la prueba de que a la sociedad se le transmitió una versión de lo ocurrido que no respondía a la realidad, y en la que se hace evidente el estado de confusión en el que se mueven los soldados, sin tener claro quién está al otro lado y quién es de verdad una amenaza. Para algunos son sólo demostraciones de los errores que pueden acontecer en una guerra asimétrica. Los hechos relatados son los siguientes:

10 de febrero de 2008. Los sucesos ocurrieron unos kilómetros al sur de Herat, donde se encuentran destacadas tropas españolas. Según el informe desvelado por Wikileaks, «un hombre de veinticuatro años fue asesinado por los militares de un convoy español». Los hechos sucedieron cuando un coche se situó en el camino de los vehículos españoles y los soldados que iban a bordo solicitaron que el coche se detuviera. El informe hace alusión a que existen versiones contradictorias, ya que el primo del fallecido, que viajaba en el vehículo, indica que uno de los blindados españoles abordó por detrás al coche y dispararon contra el conductor volando el parabrisas. Por otro lado, la versión de las tropas españolas señala que el disparo fue accidental, pero que todo ocurrió como consecuencia de que el conductor no hizo caso de las advertencias para que se detuviera.

2 de agosto de 2008. También en las proximidades de Herat, se cita el caso de un soldado español que disparó «una ráfaga de metralleta» contra los dos ocupantes de una motocicleta que no atendió las órdenes de detenerse. Los dos jóvenes que iban en la motocicleta resultaron heridos.

22 de diciembre de 2009. Un vehículo militar español fue superado por una

motocicleta «conducida por un solo ocupante que vestía ropas blancas y un turbante». Se le hicieron señales para que se detuviera. «Se efectuaron disparos al aire, pero la motocicleta respondió aumentando la velocidad. Cuando se encontraba a diez metros del vehículo, el conductor recibió un disparo». El afgano murió.

Después llegaría la filtración de archivos referente a Irak. Y, de nuevo, aparecían las tropas españolas en alguno de los documentos. Aunque esta vez hubo algo más de repercusión mediática, lo cierto es que no alcanzó el eco necesario, aunque, por supuesto, los informes hacían alusión al conflicto que afectó a las tropas españolas en Nayaf, la ciudad en la que estaba asentado uno de los dos contingentes de militares españoles. Por entonces, el ejército español ya estaba esperando la orden de retirada tras el anuncio efectuado por el nuevo presidente. Aquel suceso daría la razón sobre la necesidad de abandonar aquella locura, pese a que entre la tropa se había extendido la sensación de que se trataba de una retirada en falso, por la puerta de atrás...

Nos situamos en la noche del 3 de abril, tras la detención de Mustafá al Yaqubi, uno de los hombres de confianza del clérigo chií Múqtada al Sáder, vinculado informativamente a Irán y tan opositor de Saddam como de los nuevos amos del país. Aunque por entonces se lo asociaba a Al Qaeda, nada más lejos de la realidad, puesto que se trataba de un enemigo declarado de todo lo que sonara a suní, que es la rama del islam a la que pertenecería Al Qaeda. Es más, en las ordas de Al Sáder existía un extraño misticismo que convertía a su movimiento en algo así como los anunciadores de la llegada del Madhi, el esperado mesías islámico. Con el paso del tiempo, las milicias de este personaje fueron aproximándose al nuevo poder y empezó a suavizarse la fuerza de sus arremetidas contra los ocupantes. Dicen —y no sin razón— que el blanqueo de estas milicias fue un triunfo de Irán.

Las tropas españolas no fueron informadas del arresto. Por esa razón, los soldados españoles no acabaron de entender a qué se debía la manifestación de cientos de admiradores de Al Sáder, que pedían la liberación del detenido. Los informes revelados por Wikileaks exponen cómo las tropas españolas fueron asistiendo a la organización de las manifestaciones de los que se echaron a la calle para pedir la liberación de Al Yaqubi, adelantándose a las acciones que los milicianos chiíes emprenderían poco después. Dichos informes hablan acerca de disparos que procedían de los manifestantes y que tenían como objetivo el cuartel militar español, dentro del cual estaba siendo torturado por agentes privados norteamericanos —ahora lo explicaré— el detenido chií. Esos disparos poco a poco fueron en aumento. Hasta convertirse en un asedio en toda regla. También hubo lanzamientos de granadas, fuego de mortero...

Tras varias horas, las tropas españolas respondieron. Según los partes revelados —y aquí se muestra que no dicen toda la verdad—, sólo hubo un muerto entre los

militares de la coalición. Lo que no señalan los informes —puesto que quedaban exentos de ello— es que la respuesta española fue al alimón con la de los mercenarios de Blackwater, que dispararon a todo lo que se movía entre los manifestantes. Murieron decenas de ellos. En total, treinta y cinco. También fallecieron un soldado de El Salvador y un iraquí incluido entre las puesta explica por qué desde ese día las tropas españolas estuvieron en el punto de mira. La brutalidad de los matones de Blackwater tenía parte de la culpa. Cuatro de sus agentes habían sido quemados y torturados por los manifestantes de Faluya, que semanas antes habían asistido a cómo aquellos hombres provocaban una masacre en la ciudad sin razones aparentes.

Sobre cómo se las jugaban los agentes de Blackwater dan cuenta los *war log* — así se los ha denominado originalmente— de Irak. En una ocasión, los descerebrados mercenarios se abrieron paso a tiros en un atasco de tráfico en Bagdad. Como consecuencia de aquella locura —el 16 de septiembre de 2007— murieron diecisiete civiles que no habían hecho nada, entre ellos un niño de nueve años. Lo vendieron como una emboscada, pero los partes de guerra no acaban de coincidir con la versión que se ofreció de cara a la opinión pública.

No era la primera vez que lo hacían. En mayo de 2006, una ambulancia que los molestaba en el camino del convoy en el que viajaban fue blanco de sus metralletas. Mataron al conductor. Ese mismo mes, mientras escoltaban a varios coches con diplomáticos norteamericanos en Kirkut, uno de los vehículos sufrió un contratiempo. Como no se podía acercar nadie a la caravana que se había detenido, el conductor de un taxi y su cliente murieron acribillados «por si acaso». Los contratos entre el gobierno de Estados Unidos y Blackwater —entre sus misiones más importantes estaba proteger pozos petrolíferos, el maná que buscaban quienes montaron esta mierda de guerra— fueron cancelados el 2009, pero todo fue una burda mentira. Simplemente cambiaron de nombre, y en su uniforme pasó a leerse Xe Services. Son los mismos. Han sido acusados de participar en todo tipo de actividades ilícitas. Eric Prince, presidente del grupo, fue implicado en las revelaciones que efectuó el programa de radio «Democracy Now» el 5 de junio de 2009, en donde se desveló que había participado en diversas operaciones, incluso en Irak, que tenían por objeto la eliminación de islamistas por la vía directa. Un día, cuando se acabe la revisión de los *war log* emergerán más «falsos terroristas» de los que nos imaginamos...

Desde un primer momento consideré importante informar a mis oyentes del programa «La Rosa de los Vientos» de Onda Cero sobre el contenido de algunas de las informaciones que salían a la luz gracias a Wikileaks en relación al conflicto de Irak. Así se lo hice ver a Silvia Casasola, que contactó con un veterano de guerra español que había estado en la zona de conflicto y que incluso había sufrido una emboscada por parte de terroristas.

Decidimos invitarlo al programa para que interviniera en directo en la sección

«Materia reservada», que desde hace años cuenta con el gran periodista de investigación Fernando Rueda como máximo responsable. Pero he de confesar que intenté mantener en secreto lo que yo sabía sobre el asunto. En cuanto Silvia me apuntó unos datos sobre nuestro invitado, preparé la entrevista utilizando mis propios métodos, pues yo sabía cosas que aparecen censuradas en los informes y podía rellenar algunos de esos espacios en blanco.

Pero ni el invitado ni nadie del equipo sabían de mis averiguaciones...

Y entre esas averiguaciones había una enorme cantidad de datos que certificaban que las tropas españolas también habían estado involucradas en actos no muy decentes, además de que se constataba que Blackwater había sido contratada para labores de seguridad en Irak por parte de empresas petrolíferas y por la Administración norteamericana. Al tratarse de una empresa privada, sus agentes no están sometidos a la legislación que regula las actuaciones en conflicto, lo que desde un principio generó numerosas denuncias sobre la actuación de los mercenarios debido a actos violentos cometidos por su parte. Oficialmente, los matones de Blackwater nunca trabajaron codo con codo con los españoles. Al menos, insisto, oficialmente.

Sabía que algunos soldados españoles habían abandonado el ejército tras volver de la guerra en Afganistán. Quedaron horrorizados por lo que habían visto allí y por el comportamiento de los aliados con la población local. Entre los aliados también estaban ellos...

El hombre que se iba a convertir en el primer protagonista de estos informes en participar en un programa de radio se llama Sergio Santiesteban. Formaba parte del contingente español de Base España, el cuartel de las tropas en la ciudad iraquí de Diwaniya. El suceso que protagonizó tuvo lugar el 11 de febrero de 2004. El primero de los teletipos informativos que se hicieron eco del incidente que afectó a los soldados españoles lo rebotó la agencia EFE a las 17.31 horas de aquel mismo día, y ya incluía la versión del Ministerio de Defensa en España. Para que el lector pueda comprobar cómo las cosas que sucedieron no fueron como las contaron, reproduciré este teletipo:

«Cinco militares españoles resultaron hoy heridos al ser atacados con un artefacto explosivo cuando regresaban a Base España en Diwaniya, informaron a EFE fuentes del Ministerio de Defensa. Junto a los militares resultó herido un traductor que los acompañaba.

»Los heridos formaban parte de una patrulla de vigilancia y seguridad de la brigada Plus Ultra y volvían al cuartel general del ejército con el apoyo de dos vehículos BMR que los escoltaban.

»En ese momento fueron alcanzados por un artefacto explosivo lanzado desde un edificio próximo, según ha informado el Ministerio de Defensa. La policía iraquí ha detenido a dos sospechosos».

Vayamos con la entrevista a Sergio Santiesteban:

-¿Qué opina un militar que estuvo en la guerra de Irak sobre la filtración de documentos que se ha producido?

-La verdad es que pongo en duda que tanto informe revele que hiciéramos tantas barbaridades, porque nuestra misión allí era básicamente dar seguridad a la ciudadanía. Esos informes hacen alusión a la batalla de Nayaf (ocurrida en abril de 2004 entre insurgentes iraquíes y tropas españolas), pero yo no estuve allí porque había sido víctima de un atentado terrorista semanas antes.

-Los informes señalan algunos datos inquietantes sobre la batalla de Nayaf. Esos informes hablan de la presencia junto a vosotros, luchando contra los insurgentes, de los mercenarios de Blackwater. ¿Colaboraron con vosotros?

-Blackwater, como un ejército privado que es, trabajaba al servicio de Estados Unidos. Hay que decir que colaboraron en el asedio que sufrió la base española Al Andalus, en Nayaf, tras una manifestación de civiles entre los cuales había infiltrados insurgentes que abrieron fuego contra la base española. Pero respecto a las tácticas de ataque y eliminación de objetivos de Blackwater nosotros no entramos ni salimos.

-¿Sabíais cómo eran los interrogatorios que los agentes de Blackwater hacían a los detenidos iraquíes? -le pregunté, a sabiendas de lo que posteriormente iba a desvelarle.

-No, no nos consta cómo eran sus formas de operar. Ellos, además, no enseñan ni informan sobre sus tácticas, aunque cuando hemos tenido la ocasión de trabajar con ellos apenas nos dejaban maniobrar. Pero ellos sí ejercían la máxima autoridad, por ejemplo en las labores de escolta para los mandos militares. En ocasiones teníamos la responsabilidad, pero la misión la ejecutaban ellos.

-He tenido la ocasión de visionar un vídeo de esa batalla en donde se ve disparando a militares españoles junto a agentes de Blackwater contra los iraquíes que asediaban el cuartel de Nayaf. En ese vídeo se ve cómo les llegáis a reprochar sobre su forma de actuar. ¿Estaban preparados para la batalla?

-Esa organización se nutre de exmilitares, en su mayoría con cierto rango, y se aprovecha su cualificación para ciertas misiones. Experiencia tienen, pero no se acogen a los convenios de Ginebra porque, al ser privados, no tienen normas, van por libre. Nosotros tenemos nuestras reglas de guerra, pero ellos no tienen que seguirlas.

-¿Crees que había algún tipo de ocultamiento sobre los ataques que recibíais o sobre vuestras actuaciones?

-Estoy seguro de que algún tipo de ocultamiento ha habido. Por ejemplo, yo fui víctima de un atentado terrorista, y no hay ninguna prueba jurídica de que fue así. Que hay una mano negra que esconde datos es algo de lo que estoy seguro.

-¿Cómo fue la acción de la que fuiste víctima?

-Nos emboscaron en una calle donde patrullábamos a pie mediante el lanzamiento de una granada de mano y reiterados disparos. Tanto un oficial como yo salimos de aquello con heridas graves, y hasta la fecha seguimos luchando para que se nos reconozca como víctimas del terrorismo, pero se nos ha denegado por parte del Ministerio de Defensa cualquier reconocimiento. - ¿Cómo se califica lo que os pasó?

-Según aparece en los documentos fue una acción de guerra.

En ese momento, y ante la sorpresa de Fernando Rueda, saco de mi carpeta un

documento, y lo pongo sobre la mesa de los estudios centrales de Onda Cero. Se trata de uno de los 400 000 informes revelados por Wikileaks. Ningún miembro del equipo sabía que yo tenía el informe de aquel suceso. Ni siquiera sabían de su existencia y de cómo lo había rescatado de entre la montaña de informes sin nombre, pero él aparecía ahí como uno de los heridos de esa «emboscada».

—Cómo fue ese ataque, ¿con elementos explosivos?

—Ellos lanzaron una granada de mano a unos dos metros de distancia de donde nos encontrábamos el oficial y yo. Ambos salimos heridos graves, y dos cabos y un soldado resultaron con heridas leves.

—¿Sabías de la existencia entre los informes de Wikileaks del que hace alusión a este suceso del que fuiste víctima? —No.

—Según el informe, se trataba en realidad de un explosivo adosado a una bicicleta —le señalé.

—Esas fueron las primeras noticias, pero se trataba de una granada de mano que lanzaron desde algún punto elevado, seguramente desde un edificio.

El militar acababa de modificar su testimonio respecto a lo ocurrido ese 11 de febrero. Ya no era una emboscada. Ni insurgentes lanzando granadas delante de ellos, ni abriendo fuego con sus metralletas. No ocurrió nada de eso. Sigo sin entender por qué unos y otros no acaban de explicar las cosas tal como sucedieron.

Al igual que el protagonista, el Ministerio de Defensa español también engañó a la opinión pública sobre lo que realmente sucedió en esa emboscada que nunca fue tal emboscada. Del mismo modo, el Pentágono tampoco dijo la verdad en su momento sobre aquella batalla que se saldó con los cinco españoles heridos y el traductor que viajaba con las tropas. Pero para desgracia del Pentágono y del Ministerio de Defensa, los informes revelados sí contaban la fría verdad. Son apenas unas líneas. En esas telegráficas frases se dice lo siguiente: «12.00 horas. Se produce una explosión a unos metros del acceso norte de la base Camp Echo que afectó a un coche Patrol. Hubo seis heridos en la acción. La causa fue un artefacto explosivo que estaba adosado a una bicicleta detonada por control remoto. A las 18.30 horas, agentes de la policía iraquí detienen a los dos hombres responsables del hecho y son llevados a la base de Camp Echo para que le fueran formuladas más preguntas».

Sobre dicho interrogatorio jamás se informó. Lo grave es que del contenido de otros informes se deduce una realidad pavorosa: la existencia en la base española de Diwaniya —llamada en la jerga militar como Camp Echo— de un centro para interrogatorios al cual eran conducidos los insurgentes detenidos por diferentes cuerpos, como es el caso de la policía iraquí.

Son más de cien los informes que hacen referencia a interrogatorios en Camp Echo. En ninguno de ellos se especifica cómo eran. Pero ya antes del suceso citado se menciona el centro de detención que los norteamericanos abrieron en la base española. Existe un informe con fecha del 7 de enero de 2004 en el que se habla de la detención de un hombre y una mujer que guardaban metralletas Kalashnikov en su casa junto a granadas de mano en estado defectuoso. Es en ese informe en el que se hace alusión al *detention facility*, es decir, al centro de detención. A los españoles no se nos informó de su existencia. Tampoco se dio a conocer que, aunque se encontraba dentro de la base española, quienes gestionaban aquel lugar no eran soldados españoles, sino norteamericanos. Junto a ellos, contratistas de Blackwater. También es cierto que poco después de los hechos mencionados, las tropas españolas recibieron la orden de retirarse de Irak. Sin embargo, el centro de detención permaneció en el mismo lugar.

Y los interrogatorios continuaron. En sus memorias, el presidente de Estados Unidos admitió haber autorizado la tortura «por seguridad», por supuesto. En dichos interrogatorios, los mercenarios de Blackwater fueron los más severos. En las fechas en que se llevaban a cabo en la base española ya se estaban produciendo las dramáticas torturas de la cárcel de Abu Ghraib, en donde se llevaron a cabo perversos mecanismos de interrogatorio que tienen su origen en las llamadas técnicas de control mental diseñadas décadas atrás por la CIA y el Pentágono.

Los informes revelados en octubre de 2010 no hacen alusión a torturas efectuadas por soldados norteamericanos. Es lógico, puesto que ellos mismos redactaron aquellos informes. Eso sí, demuestran que en decenas de casos fueron conscientes de que esas prácticas eran llevadas a cabo por los policías y militares iraquíes que ellos mismos habían entrenado. Sin embargo, en aquellos informes en los que se comunica la sospecha de tortura en cadáveres encontrados en las cunetas vienen rematados por un lacónico: «No se requiere más investigación». Es decir, se pasaron por alto.

Presos quemados con ácido. Otro muertos con los dedos cortados. Otros con perforaciones en el estómago que acaban causando el fallecimiento de la víctima. Encarcelados sometidos a descargas eléctricas. Cadáveres que aparecen en ríos con

los ojos vendados y maniatados. Detenidos ilegales que fueron sumergidos en agua helada. «Ningún soldado de la coalición estuvo involucrado», se lee en uno de los informes. «No deben dejar marcas», señala otro en alusión a lo que un oficial iraquí dice respecto a los métodos de interrogatorio. «Son métodos para llevar a cabo interrogatorios», añade con irritante y pavorosa frialdad. Así son los *war log*: escuetos y terribles.

El primero de los informes sobre torturas data del 10 de febrero de 2004, el día anterior al suceso de Diwaniya. Se relata que los soldados norteamericanos fueron informados de lo que ocurría en una prisión a unos pocos kilómetros de la base española: «Con la excusa de un proceso de limpieza, fueron detenidos e interrogados sin asistencia... Los métodos que ellos usan son vendar los ojos al detenido y colgarlo boca abajo. Luego los golpearon con las suelas de sus zapatos. También confirman el empleo de un dispositivo eléctrico».

Otro informe del 29 de mayo de 2005 cita la actuación de la policía de Mosul: «Las pruebas demostraron que se torturó y abusó de tres nacionales iraquíes. El examen de los detenidos mostró laceraciones provocadas por las esposas en las muñecas. Los detenidos afirman que fueron golpeados por la policía con un látigo en la cara, espalda y muslos. Fueron colgados por las manos y los obligaron a confesar actos terroristas».

El 14 de noviembre de 2005 uno de los informes hace alusión al hallazgo de un edificio dentro del cual se encontraron materiales de las fuerzas ocupantes y «un reservado que podría haberse utilizado como cámara de tortura». Pero ¿por quién? El informe utiliza el acrónimo AIF —Anti Iraq Forces— en referencia a insurgentes, aunque no haya pruebas de ello.

Un parte del 25 de mayo de 2006 menciona el caso de un preso que fue detenido por las Fuerzas Armadas de Irak y conducido a un bunker en el cual se practicaban torturas a unos kilómetros al norte de Bagdad: «La presunta tortura que sufrió consistía en ser atado fuertemente y suspendido del techo. Fue golpeado con tubos en la espalda y piernas. También se utilizaron taladros eléctricos para hacerle agujeros en las piernas...».

Y así más de 1500 informes hacen alusión a otros tantos casos de hombres y mujeres torturados hasta la muerte por parte de los policías y militares instruidos por las fuerzas de ocupación, que debieron considerar que tales actos no eran más que esas cosas que ocurren en las guerras. Ni una investigación. Ni una notificación a las autoridades. Ni a los tribunales internacionales.

Así, años y años...

Incluso alguno de los informes es tan espeluznante como el que tiene como protagonista a un niño de seis años cuyo cuerpo fue encontrado sin vida en Diyala, al norte de Bagdad. El informe señala que el pequeño estaba acribillado y presentaba orificios de bala por todo el cuerpo. También se habla del caso de una embarazada que había sido torturada y ejecutada con un disparo en la cabeza. Y así

podríamos citar decenas de episodios aterradores. En uno de ellos se señala que la víctima fue torturada «por ayudar a los americanos». La invasión generó odio, enfrentamientos, venganzas...

El 21 de octubre de 2009 un informe hacía alusión a un detenido en Mosul: «Apareció deshidratado, sin haber bebido ni comido nada durante cuatro días. Tenía hinchazón por golpes en hombros y piernas. El detenido rechazó la medicación y el alimento por miedo a ser objeto de abusos otra vez».

Tras la publicación de los informes, diferentes organismos pidieron investigaciones para aclarar el porqué de tan siniestros episodios y las razones del ocultamiento de los mismos por parte de las tropas aliadas. Seguramente hay una respuesta tan sencilla como dramática: la tortura es normal en donde la locura ha imperado sobre la cordura. Pero esa locura tiene unos porqués y unas matizaciones, porque derivar el asunto sólo hacia el análisis de los comportamientos de soldados enloquecidos por el calor del desierto o a policías incapaces de mostrar cordura en sus acciones sería un error. La tortura existe porque los criminales que ordenan las guerras saben que es la mejor herramienta para conseguir sus objetivos y fortalecer su propaganda. Ahora lo vamos a ver, buceando en lo más oscuro de la mente de quienes disfrutaban provocando daño, dolor y miedo. Y, en más casos de los que nos atrevemos a confesar, indiferencia y justificación entre los ciudadanos.

Sentí asco. Pasé parte de la tarde de aquel día 6 de mayo de 2004 —en pleno escándalo tras la aparición de las imágenes de las torturas a presos iraquíes— efectuando una serie de consultas entre mis contactos en la policía. Buscaba conocer más sobre los entresijos de la investigación oficial respecto a los atentados del 11 de marzo en Madrid. Por obligación, a veces uno descuelga el teléfono para abrirle el micro a un interlocutor carente de ética. Ése fue el caso: «Y fíjate, ahora tienes ahí a los de siempre, protestando por las torturas a los presos de Irak. Pero ¿acaso no se dan cuenta de lo que nos están haciendo estos moros? Quieren cargarse Occidente, y a veces, para evitarlo, es necesario hacer estas cosas».

Mi siguiente contacto también decía lo mismo. Preferían cerrar los ojos y justificar aquellas imágenes en aras de la lucha contra el terrorismo internacional. Aquella misma noche, leí una encuesta efectuada por la cadena CNN meses después de los atentados de las Torres Gemelas, según la cual el 45 por ciento de los norteamericanos justificaba la tortura en caso de que los malos tratos —físicos o psíquicos— permitieran parar los pies a los miembros de Al Qaeda. Y volví a sentir asco.

Afortunadamente, la inmensa mayoría de quienes leen estas páginas usa la razón y detesta la tortura. En estos casos, al periodista no le valen las medias tintas y ha de recurrir a su responsabilidad de cara a la sociedad. Pero también pretendo que el lector sepa quién lleva la máscara puesta y quién no: que sepa qué hay detrás de los perdones promulgados por quienes ejercen su mando sobre aquellos que no dudan en acudir a las más detestables técnicas de interrogatorio que el hombre haya imaginado jamás.

Tras el 11-S, el mundo entró en una nueva etapa. Que algunos, entonces, osaran definir aquello como el acta fundacional de la tercera guerra mundial cada día parece menos atrevido. Ha habido de otro tipo, y no pocos, pero de entre los armados, el primer conflicto tras el 11-S fue la guerra de Afganistán. En la batalla, cerca de 1000 afganos fueron detenidos y conducidos a Guantánamo, porción de tierra cubana controlada por Estados Unidos.

En la prisión a la que fueron a parar los capturados —por cierto, reconstruida por la empresa Halliburton, propiedad en los años noventa del vicepresidente de Estados Unidos, Dick Cheney— se ha practicado la tortura de forma reiterada. Javier Nart, abogado de uno de esos presos —en presencia de Gustavo de Arístegui, portavoz del Partido Popular en la Comisión de Exteriores del Congreso de los Diputados cuando aún gobernaba José María Aznar—, me

explicaba que su representado estaba sometido a un tratamiento cruel e inhumano: «Pasa todo su tiempo en una especie de jaula de un metro de longitud y uno de alto. Con unos antifaces y unos tapones los aíslan sensorialmente. Les alteran las horas de sueño».

A los presos de Guantánamo detenidos durante las dos estúpidas guerras que ha desnudado Wikileaks se les sometía —y somete— a un proceso de despersonalización que la CIA inventó a mediados de siglo XX y que ha alcanzado su momento de máxima perversión en esta década. El objetivo de este proceso de aniquilación del individuo «es provocar que la víctima acabe dispuesta a recibir la salvación de quienes han pasado a controlar cada uno de sus actos», escribe Gordon Thomas, autor del libro *Las torturas mentales de la CIA* (Ediciones B, 2001).

Las imágenes que nos han llegado desde allí son elocuentes: nos muestran a los presos caminando en posición animal arrastrados por sus captores. Eso es lo que se busca: convencerlos de su maldad intrínseca de modo que antes o después se convertirán al dictado de quien manda sobre ellos. A veces los hacen caminar como si fueran perros, atados por el cuello a una correa y caminando a cuatro patas. Son animales, y así quieren hacérselo ver sus carceleros. Es un largo proceso que en ocasiones acaba con la muerte, cuando no en la locura de la víctima, un proceso para el que se han empleado todo tipo de técnicas de control mental y persuasión, durante las cuales no se duda en recurrir al uso de las más poderosas drogas o incluso de lo más siniestro de la hipnosis. El destino final es conseguir que los torturados confiesen todo aquello que se han propuesto sus captores. En las guerras de Irak y Afganistán, el objetivo era hacerlos confesar que eran terroristas, bien porque acaben convenciéndolos de que lo son mediante los procesos de control mental, bien porque acaben reconociéndolo con tal de que no prosiga la tortura. Los carceleros hacen lo que viene escrito en sus manuales, redactados por un oscuro personaje llamado Sidney Gottlieb. A sabiendas de que las acusaciones como terroristas —o lo que sea— jamás responden a la realidad, lo que este hombre diseñó era el mecanismo psíquico para que los falsos enemigos puedan ser presentados a la opinión pública como auténticos y así justificar las atrocidades y, de paso, solventar el dilema que significa no tener otro motivo que los intereses económicos para declarar guerras con el objetivo de conquistar territorios.

Nada es casualidad. Algunas de las imágenes que trascendieron a la opinión pública sobre la práctica de torturas en la cárcel iraquí de Abu Ghraib tenían como protagonista a una pequeña soldado llamada Lynndie R. England, de veintiún años. Gran parte de las imágenes divulgadas la muestran en una actitud de dominación social sobre los presos. Se ha convertido en el rostro del horror, pero ella se ha excusado delante de su familia: «Estuve en el lugar equivocado en el momento inoportuno».

England miente. El 27 de diciembre de 2003, una nota de la agencia italiana ANSA ya anticipaba la existencia de varios casos de tortura en la cárcel iraquí protagonizados por mujeres: «Los prisioneros de guerra experimentan desde hace meses las consecuencias del rostro duro de Estados Unidos, el de los interrogatorios secretos y lejos de toda indiscreción. A veces son interrogados y humillados por agentes femeninas, lo que provoca un efecto devastador en hombres que pertenecen a culturas islámicas». Que sean mujeres quienes ejecuten las torturas no es, pues, una casualidad, sino que se trata de la puesta en práctica de una serie de enseñanzas que aparecen en manuales de la CIA como el Hubark, redactado en el año 1963. Además, la forma en la que England veja a los presos iraquíes denota que siguió los manuales. El Pentágono, sin embargo, considera este caso como aislado, así como parte de la prensa norteamericana, mientras que la opinión pública se queda con la imagen de una loca haciendo salvajadas, aunque lo que en realidad anida detrás de esta historia no es más que un proceso estudiado y meditado desde hace décadas. No son casos aislados ni locuras —que también lo son— ejecutadas por los soldados.

Como demuestra un informe divulgado el 9 de mayo por *The Washington Post*, los interrogatorios «extraordinarios» en Guantánamo debían ser aprobados por altos funcionarios. Mientras, en el caso de la prisión de Irak, los superiores de England eran miembros de la CIA, cuyos informes se encuentran en distintas redes de las que han sido interceptadas por Wikileaks. Los soldados sabían lo que hacían... De hecho, Jeremy Sivits, un compañero de England contra el que ya se han formulado cargos y será juzgado en un consejo de guerra, ha declarado que «sólo seguía órdenes» que llegaban a lo más brutal de su comportamiento haciendo que se desatara la locura y el odio que hasta ese momento permanecía latente.

El poder respira tranquilo. Sabe que tras el escándalo llega el olvido. Y que las informaciones sobre horrores de este tipo van poco a poco cediendo terreno ante otras noticias. De este modo, cuando la verdad se desnuda, ya no hay primeras páginas en los periódicos ni impactantes reportajes informativos en televisión, y la opinión pública ya no siente el eco de la caja de resonancia en la que deberían quedar atrapados para siempre estos asuntos.

Semanas después de la revelación de Wikileaks sobre Irak y Afganistán fue juzgado el primero de los presos de Guantánamo que se ponía delante de un juez que debería decidir acerca de su culpabilidad. Se trataba de un hombre llamado Ahmed Khalfan Ghali. Tenía treinta años cuando fue detenido en Pakistán, cerca de la frontera afgana. Estuvo un tiempo preso en una cárcel secreta de la CIA y después fue conducido a Guantánamo. Lo acusaron de ser un elemento de primer orden en Al Qaeda. En total, se formularon contra él 285 acusaciones por actos terroristas.

Durante el juicio celebrado en Nueva York, una tras otra, cada una de esas

acusaciones se derrumbó. ¿La razón? Los testimonios que lo inculpaban y que llegó a confesar habían sido obtenidos mediante torturas. Finalmente, tras cinco días de deliberaciones, los miembros del jurado decidieron acusarlo por sólo una de esas 285 acusaciones, según la cual había ayudado a Al Qaeda a preparar los atentados que se perpetraron contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania en 1998. Tras su absolución como terrorista, los miembros del Partido Republicano de Estados Unidos —en el gobierno cuando se produjo la detención y las torturas— pidieron que no fueran tribunales civiles los que juzgaran a los presos de Guantánamo, en contra de lo que había decretado el presidente Barak Obama.

Los miembros del jurado encontraron resquicios en uno de los casos porque el escándalo habría sido mayúsculo. Y todo apunta a que fue un ejercicio de abrumadora sordera, ya que el caso por el que fue condenado se sustentaba sobre las mismas pruebas que los otros. Incluso la fiscalía renunció a presentar el testimonio del condenado, puesto que estaba demostrado que confesó haber participado en el complot contra las embajadas en un interrogatorio efectuado tras una dieta de privación de sueño cuyo postre, durante el interrogatorio, consistió en esperar su respuesta tras una sesión de *waterboarding* o ahogamiento simulado.

El renombrado experto en derecho constitucional Bruce Fein aseguró al diario *El País* tras la sentencia: «Los detractores consideran que los juicios a terroristas internacionales deberían ejecutarse al estilo estalinista, donde la culpabilidad debería estar tan asegurada como el hecho de que sale el sol. Creen que la justicia es... primero la sentencia y luego el veredicto». Es lo que se viene a denominar derecho penal del enemigo, que se aplica contra los acusados por diferentes actos sobre los que existe un posicionamiento social muy rotundo, casi siempre a consecuencia de un proceso permanente de bombardeo informativo.

A Assange lo acusan de violación porque en la sociedad existe un odio marcado hacia los violadores —y deben ser odiados, por supuesto, pero sólo cuando realmente lo sean— tan firme que si alguien es acusado de eso sufre una condena social previa que después tiene influencia en los veredictos judiciales, que aunque sean de inocencia generan un clima de duda imborrable sobre quien ha sido acusado. Así pues, en determinados asuntos se han establecido leyes de excepción que limitan el derecho a la defensa del imputado con la excusa de que son delitos que causan alarma social. Es por ello que el limbo legal que supone la existencia de Guantánamo permite que cualquier acusado sea considerado culpable, haya o no pruebas contra él. Quienes defendían los tribunales militares de Guantánamo mostraron su disconformidad en que se aplicaran a los acusados las leyes civiles de Estados Unidos. Necesitaban condenas. Necesitaban que los acusados estuvieran indefensos. Necesitan torturas. Necesitaban terroristas: «Y desde las fronteras han venido personas y han dicho que dejaron de existir los bárbaros. ¿Y qué haremos ahora si no quedan bárbaros? En cierta forma ellos nos

resolvían las cosas», decía a comienzos del siglo XX el poeta griego Constantino Petrou Cavafis.

«Me limitaba a utilizar los dones que el Altísimo me ha concedido para intentar defender unas convicciones que sigo manteniendo: creo que Estados Unidos tiene derecho a defenderse por todos los medios posibles». Quien se expresaba en estos términos se llamaba Sidney Gottlieb, el hombre al que Alien Dulles, el mítico director de la CIA, le dijo: «Busque la clave del control de la mente humana». Creía que Dios lo enviaba para salvar al mundo, y que la mejor forma de hacerlo era desarrollando un mecanismo que sirviera para alterar la psique humana, sus recuerdos y sus valores, hasta el punto de fabricar robots biológicos que siguieran las órdenes de sus programadores. Es decir, presos al servicio de sus captores.

Trabajó para la CIA desde 1951, y su influencia, medio siglo después, se palpa entre todos los nubarrones de los servicios secretos. De sus experimentos de tortura mental aprendieron decenas de países, e incluso fue el autor del manual de cómo asesinar que hoy sigue en vigor para los agentes de la CIA. Descubrió, por ejemplo, que aplicando descargas eléctricas a un preso se conseguían cosas maravillosas como quebrar sus criterios racionales y abrir un agujero negro en sus recuerdos para poderle inculcar falsas vivencias. Cuando menos —averiguó—, al preso se lo obligaba a colaborar con la verdad o la mentira, pero colaboraba siempre en la dirección que el torturador quería.

Diseñó una máquina para aplicar corrientes de electricidad a los enemigos. Tanto lo alumbró su dios que varios países compraron esas máquinas, que se encontraron, por ejemplo, en Afganistán, en donde sus gobernantes —los talibanes— las utilizan para aterrorizar a los opositores al régimen, en cuyas filas estaban los que después también serían insurgentes durante la guerra.

El gobierno de Estados Unidos vendió esas «armas» a quienes después se acusaría de ser los responsables del 11-S. Un informe de Amnistía Internacional del año 2000 desvela que tan altísimos dones desarrollados por Gottlieb fueron utilizados por decenas de naciones. Fue él quien averiguó que pocas cosas más persuasivas hay para el preso que el aislamiento sensorial. Que ni oiga, ni sienta, ni vea, ni huela... ¿Durante cuánto tiempo? Semanas o meses. ¿Resultado? O la locura o un zombi despersonalizado. Conclusión: un enemigo menos en el campo de acción pero alistado en las filas de la propaganda.

En Guantánamo siguieron sus dictados al pie de la letra. Quizá está en el altar sagrado al que creyó pertenecer, pero quienes estudiaron su vida, como Gordon Thomas, no dudan en situarlo «en el panteón de los horrores, junto a los genocidas y los asesinos en serie». En su honor no se oyen cánticos corales, pero

la mente de sus cobayas sí siente los ultrasonidos y ondas inaudibles que proyectó para saber qué reacción causaban. Descubrió que el sometimiento a tales experimentos provocaba la muerte del paciente, pero si el lavado de cerebro —de cuya técnica aprendió mucho de los rusos, especialistas en la materia tras la guerra mundial— había sido suficientemente preciso y «limpio», antes del electroencefalograma plano habría confesión. «Muchas de sus víctimas —escribe Thomas— sufrieron daños irreparables, otras se volvieron locas y muchas murieron».

En su currículum descubrimos que Gottlieb fue el director del proyecto MK-Ultra, auspiciado por la CIA, cuyos documentos fueron revelados a la opinión pública a finales de los años setenta tras una serie de denuncias periodísticas. Se metió en esta aventura tras averiguar que determinadas drogas provocaban en los cobayas humanos resultados asombrosos. ¡Hacían lo que se les pedía! Si los presos debían confesar, confesaban. Si tenían que negar lo que habían visto, lo negaban. Si tenían que actuar en contra de sus principios, actuaban. Son una herramienta maravillosa para el torturador. En especial, drogas alteradoras de la conducta humana como el LSD. Fue un experimento suyo introducirla en la sociedad. Quiso incluso ir más allá y convertir sus «productos» en armas bélicas. Para desarrollar MK-Ultra contó con la colaboración de 59 universidades americanas, doce hospitales y tres prisiones.

Oficialmente, la CIA abandonó hace treinta años el proyecto, pero las informaciones que nos han llegado de Guantánamo, de las cárceles de Irak y Afganistán, y los manuales de interrogatorios desvelados por Wikileaks han demostrado que MK-Ultra sigue en marcha y que las torturas responden a un muy avanzado plan para justificar el mundo que se ha creado, llegando incluso a descubrirse que los nuevos miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad de los países invadidos fueron adiestrados en estas prácticas.

Entre las terribles imágenes que se publicaron hay una que por su significado nos desvela la perfecta programación y preparación que hay detrás de las torturas. Se trata de una fotografía en la que dos perros acorralan en el interior de los pasillos de la cárcel a un hombre desnudo que con las manos en la nuca encoge el cuerpo, aterrorizado. «Son extraordinarias por su significado, ya que muestran que en la prisión de Abu Ghraib se están utilizando técnicas del Tercer Reich», señala el periodista Seymour Hersh, galardonado con el premio Pulitzer. Su investigación ha resultado la más importante de todas las efectuadas hasta ahora, ya que tuvo acceso a un informe de casi cuarenta páginas realizado por el mayor Antonio Taguba en donde se relatan las terribles prácticas de los interrogadores de la prisión iraquí. De hecho, las imágenes de los presos desnudos y en situación humillante son muy similares a algunas que se conocían de las prácticas nazis desarrolladas en la segunda guerra mundial. «Los soldados dispararon al menos ocho veces desde las torretas de vigilancia sobre presos desarmados, causando

siete muertos», puede leerse en *El País* (10 de mayo de 2004) en un reportaje que desvela algunas de las torturas denunciadas por Cruz Roja. ¿A quién no le recuerda esta escena a aquella de la película *La lista de Schindler*, de Steven Spielberg, en la que un oficial nazi abate con un rifle desde su guarida, por pura perversión y con satisfacción, a varios judíos de un campo de concentración?

La CIA empezó a desarrollar sus métodos de tortura en los años cincuenta, y el punto de partida para hacerlo fue intentar imitar las técnicas de las fuerzas enemigas. Eran los tiempos de la guerra de Corea. De forma sorprendente, muchos oficiales norteamericanos que fueron apresados por los militares norcoreanos confesaban con una pasmosa facilidad durante los juicios a los que fueron sometidos. Aquello llamó profundamente la atención de Alien Dulles, director de la CIA, que se rodeó de un equipo de médicos y psiquiatras que, entre otras cosas, se pusieron como objetivo averiguar cuáles eran las técnicas utilizadas por los coreanos en sus interrogatorios. También quisieron aprender y desarrollar las que practicaban por entonces los rusos, o las que habían ejecutado los alemanes años atrás.

Entonces comenzaron los experimentos, siempre bajo el amparo de MK-Ultra. Partían de una serie de estudios que efectuó el «núcleo duro» del proyecto, con el doctor Gottlieb y con la participación de reputados médicos como Ewen Cameron. Por ejemplo, entre los primeros informes que se manejaron había un trabajo del doctor Monroe en el que se ensalzaban los beneficios del aislamiento sensorial, que se ha puesto en práctica cincuenta años después en Guantánamo. Dicho trabajo señalaba que esta medida podía cambiar por completo los objetivos, ideales y valores de una persona. Otros estudios mostraban cómo la repetición constante de determinadas órdenes verbales podía acabar por convencer al preso de una realidad distinta a la que defendía en el momento de ser capturado.

También se comenzaron a desarrollar drogas modificadoras de la conducta. El primer responsable de ellas fue el doctor Richard Wendt, jefe del Departamento de Psicología de la Universidad de Rochester, a quien se le entregaron 30 000 dólares para desarrollar su método. Para experimentarlo se utilizó un piso franco de la CIA en Frankfurt, adonde fueron conducidos algunos sospechosos de ser, por ejemplo, agentes de la KGB soviética. A varios de ellos se les suministró el «polvo de la verdad», que provocó un estado de locura en los prisioneros. Una vez efectuado el experimento, los agentes de la CIA conducían a los cobayas a un bosque y allí eran ejecutados sin miramiento. No podían quedar testigos. Fueron decenas las personas que murieron en aras de buscar la tortura perfecta.

Los métodos fueron poco a poco subiendo de intensidad y sobrepasaron con creces todo límite de decencia. Para ello, los fabricantes de métodos de tortura establecieron tres epicentros donde llevar a cabo sus ensayos. Uno era la sede de la CIA en Langley, el otro lo formaba la cadena de pisos encubiertos que la central de inteligencia tenía en Europa, y el tercero era el Allan Memorial Institute, en

Canadá, fuera de la jurisdicción de Estados Unidos y que recibía dinero a través de diversas fundaciones. El objetivo era quedar al margen de cualquier legislación y que, en caso de que se supiera lo que allí pasaba, pudiera argumentarse que se hacía sin conocimiento de los altos mandos de la Administración.

Ewen Cameron, uno de los líderes de esta tenebrosa misión, descubrió, por ejemplo, que a un prisionero al que se somete a un largo periodo de sueño y posteriormente a descargas en la sien por medio de una máquina de electroshock, se convierte en el perfecto colaborador. A partir de entonces, el prisionero es un ser sin pasado ni futuro. No sabe ni recuerda nada, sólo aquello que interesa a sus captores.

En 1963, la CIA redactó el manual Kubark, que durante años ha sido el utilizado por los agentes en sus interrogatorios. En él se explica cómo debe extraerse información a los presos y convictos. Por desgracia, gran parte del manual ni siquiera fue desclasificado cuando tuvo que ser dado a conocer en 1997. Los motivos aducidos eran de «seguridad nacional». Sin embargo, el texto explica cómo interrogar y extraer la información al objetivo. Se sugiere incluso el uso de la hipnosis como método para establecer el control mental del enemigo. Sospechar qué tipo de crueles métodos incluye el texto en su parte censurada no resulta nada complicado. Este manual fue el que utilizó la CIA para instruir en los años ochenta a miembros de diversos cuerpos militares de América del Sur que estaban al servicio de dictadores. Nuevamente, ha sido el instrumento empleado. Ahora, en Irak y Afganistán.

El 11-S marcó la resurrección de la tortura como práctica «legal» o, cuando menos, permitida. Lo insinuó Dick Cheney, el vicepresidente de Estados Unidos, en una entrevista concedida a la cadena de televisión CBS: «Este es un negocio sucio, peligroso, perverso... Vamos a analizar de qué manera trabajamos y con qué gente, pero puede que nos haga falta meter en nómina, en el lado oscuro, a algunos individuos muy indeseables».

Precisamente, la sombra de Cheney ha logrado —hasta el momento— salir indemne de la ola de críticas que han deparado las imágenes de Irak, como consecuencia de las cuales la figura pública más criticada ha sido Donald Rumsfeld, secretario de Defensa. Pero fue Cheney quien en 1992, y cuando ocupaba el cargo de secretario de Defensa, ideó un plan de privatización de determinados servicios militares. Entonces nacieron las llamadas Empresas de Servicios Militares —PMF— para cumplir con determinadas funciones del ejército salvo aquellas relacionadas con las propias operaciones bélicas.

Los ocho años de gobierno de Clinton ralentizaron su ambicioso plan, pero tras la llegada de Bush al poder se revitalizó. Así, empresas como Vinell instruyeron a ejércitos de medio mundo, como la guardia real de Arabia Saudí o las tropas turcas encargadas de la represión del pueblo kurdo. Ambos ejércitos han sido acusados de practicar las torturas más terribles. ¿Es casualidad que Vinell

sea propiedad de Carlyle, la empresa vinculada a la familia Bush? Con la guerra de Irak, las PMF han adquirido una relevancia aún mayor.

Poco después se abrió Guantánamo y se permitió la participación en las guerras de Afganistán e Irak de paramilitares que formaban parte de escuadrones privados de empresas de seguridad que están formadas por exmilitares y exagentes secretos que, por ejemplo, están al mando de determinados servicios en la cárcel de Abu Ghraib, en Irak, en donde se han producido los casos de torturas. Además, se ha situado al frente de esta cárcel al general Geoffrey Miller, un tejano de cincuenta y cinco años cuyo anterior puesto —¿casualidad?— había sido el de director de la cárcel de Guantánamo.

El Pentágono encargó la misión de interrogar a los presos iraquíes a civiles de estas empresas. De ahí salieron las fotos publicadas en los primeros días de mayo por *The Washington Post*, diario que revelaba en su edición del 7 de mayo que el propio Pentágono daba las instrucciones para los interrogatorios a los presos. El análisis de las fotos publicadas nos lleva de nuevo al proceloso campo de la tortura física y, sobre todo, de la mental, tanto o más dañina.

Algunos códigos penales, como el español (art. 174), considera por igual ambos tipos de tortura, que supondrán condena de seis meses a dos años a quien promoviese y ejecutase procedimientos que por su naturaleza, duración u otras circunstancias, le supongan al preso supresión o disminución de sus facultades de conocimiento, discernimiento o decisión. Otros códigos son más permisivos, como la Patriot Act, inspirada por Bush tras el 11-S, que establece situaciones de excepción para los interrogatorios, pese a que en un informe oficial se consideraba que los presos que habían sufrido abusos no eran miembros de ninguna organización terrorista internacional.

Es la lógica consecuencia a la retórica amenaza terrorista utilizada desde Washington: «Se ha extendido un clima de miedo y sospecha que inclina la balanza hacia el control y la represión», advertía el intelectual español Juan Goytisolo. Tiene razón: *The Wall Street Journal* publicaba en noviembre de 2001 la valoración de un sesudo historiador llamado Jay Winik que señalaba cómo «el uso limitado de la tortura» estaría justificado si se lograba así luchar contra el terrorismo. Tomaron nota de su comentario: en Irak, a algunos presos se los desnuda y exhibe en público para mofarse de ellos primero, luego se los ata y somete a privación de necesidades corporales y se los pasea por los pasillos de la prisión como si fueran un perro de compañía. Le ponen una capucha —o un pasamontañas— para que no vea quién tiene frente a él, sino para que sólo sienta el escarnio de los que asisten a la ceremonia. No es nada nuevo; los nazis lo hacían. Después, al preso, se lo somete a una sesión de hostigamiento. Antes deberá haber perdido la noción del tiempo y haber sufrido el descontrol en sus necesidades fisiológicas. Meará y cagará cuando le digan, y si no, que se lo haga encima. Ése es el objetivo: destrozarlos psicológicamente. También se los viola con consoladores. Al final se

encuentran humillados, despersonalizados y atemorizados. Llegan al punto de ver a sus «dueños» como salvadores. Después, pueden sentarse a declarar para que confiesen lo que sea y... ¡objetivo logrado!

¡Bienvenidos a la nueva era iniciada tras el 11-S!

Sidney Gottlieb no sólo fue el padre ideológico de la tortura mental, sino de otras muchas brutalidades de la CIA. Poco después de entrar en el servicio secreto, escribió un documento de ocho páginas en el cual se detallaban los mejores métodos para matar enemigos. Sus sutiles apreciaciones sobre el asesinato cobraron cuerpo tras el 11-S, cuando el gobierno autorizó a la CIA a acabar con la vida de enemigos relacionados con el terrorismo. Cuando lo escribió, Gottlieb consideró que «eliminar a ciertos enemigos evitará muchos problemas a EE. UU.». La licencia para matar tuvo un 65 por ciento de apoyo por parte de la opinión pública norteamericana. El manual de la CIA al respecto ofrece entre otras recomendaciones:

- No se escribirán ni grabarán nunca las órdenes de asesinato.
- El accidente fortuito es la técnica más eficaz. Cuando se ejecuta bien, causa poco revuelo y se investiga superficialmente.
- El asesinato más eficaz es la caída desde una altura superior a los veinte metros sobre una superficie dura. El acto debe ejecutarse sujetando al individuo repentina y enérgicamente por los tobillos e inclinándolo sobre el borde.
- Las caídas al mar o a ríos de corriente rápida pueden ser suficientes si el individuo no sabe nadar. Resulta más creíble si el asesino simula rescatarlo.
- Arrojar a la víctima delante de un tren suele ser efectivo, aunque requiere una preparación del asesinato y una medición exacta de los tiempos.
- Si las costumbres del sujeto lo permiten, pueden utilizarse bebidas alcohólicas para preparar un accidente de cualquier tipo.
- Las drogas pueden ser muy eficaces en toda clase de asesinatos. Si el asesino tiene conocimientos médicos o de enfermería y el sujeto está tomando algún tipo de medicación, entonces el método es fácil.
- Si el sujeto es muy bebedor, cuando pierda la conciencia podrá inyectársele morfina o un narcótico similar.
- Los golpes deben dirigirse a la zona situado justo debajo y detrás de la oreja y la base del cráneo. La zona frontal inferior de la cabeza, situada entre los ojos y la garganta, puede soportar golpes tremendos sin consecuencias mortales.
- Las armas de fuego son muchas veces un medio poco eficaz. Deberán emplearse armas con un poder destructivo que supere un cien por cien lo considerado necesario.
- Las sustancias muy explosivas, tanto militares como comerciales, son prácticas para su uso en asesinatos... Los misiles explosivos antipersona son excelentes.

Poco han cambiado las cosas desde que este médico dijera semejantes barbaridades. Sus consejos se siguen al pie de la letra. Irak y Afganistán no son

guerras que representen excepción alguna en este sentido.

No sólo en Estados Unidos se llevan a cabo las prácticas que se ensayaron durante el proyecto MK-Ultra. La CIA ha exportado con éxito sus técnicas más macabras. Durante las diferentes guerras civiles en los países de América del Sur, que tenían por objeto imponer regímenes cuyo objetivo era facilitar el acceso de los poderosos a los recursos naturales sin pasar por caja y sin dar cuenta a las poblaciones indígenas, Estados Unidos apoyó a dictadores que se valieron de los ejércitos y de escuadrones de la muerte que imponían a los rebeldes la tiranía y el miedo.

Honduras fue uno de esos países: «Nos enseñaron cómo estudiar el miedo y las debilidades de un prisionero. Hacer que se levantara y se quedara de pie, no dejarlo dormir, desnudarlo, aislarlo... Poner ratas y cucarachas en su celda, darle comida podrida, incluso animales muertos, arrojarle agua fría a la cara, cambiar la temperatura de su entorno», recuerda Florencio Caballero, que fue adiestrado por la CIA junto a otros miembros del Batallón 316. Explicó que las clases las recibió en una base militar secreta, pero eso sí, añadió en sus declaraciones que aquello no eran torturas sino sólo «una explotación de recursos humanos». Nunca se podía llamar a las cosas por su nombre...

El director de operaciones de la CIA en 1988, un hombre llamado Richard Solz, confirmó en una sesión a puerta cerrada del Comité de Inteligencia del Senado que ellos habían entrenado a sus «clientes» hondureños durante aquellos años con el objeto de frenar el avance comunista en el país. Una de las víctimas de aquellos grupos entrenados por el vecino del norte fue el sacerdote Jim Guadalupe, un jesuita que se caracterizó por apoyar a las comunidades nativas y sus iniciativas para salir de la pobreza y tener voz y voto en los designios de su país. Lo dicho: un comunista. Aunque llevara alzacuellos, era un enemigo a abatir. «Ser cristiano es ser revolucionario», decía. Reclamó derechos laborales para los campesinos. Y el gobierno —apoyado por Estados Unidos en la creación de los grupos armados que luchaban contra los comunistas en Nicaragua— lo echó del país. Pero acabó por volver. Su objetivo: luchar por la reforma agraria. Junto a él, hordas de campesinos nativos. Pero el ejército los atacó. Muchos murieron. Y él desapareció, lo que dio origen a una amplia y molesta investigación por parte de los suyos, de su familia, y de los que lo apoyaban. Su cadáver nunca apareció, pero su gente logró que al menos se conociera la existencia del manual que la CIA había utilizado para enseñar aquellas tácticas para explotar «recursos humanos» mediante interrogatorios.

«La destrucción de la mente es el paso previo a la curación», decía Ewen Cameron. Y así se lo enseñaron a los hondureños. Pero también a los británicos. Así se deduce del manual para interrogatorios que fue filtrado por Wikileaks al diario *The Guardian*. Dicho texto data de septiembre de 2005, cuatro años después de empezar la guerra. Y en el documento se explica que los prisioneros

que deben confesar las atrocidades cometidas —fueran verídicas o no: el objetivo es que firmaran que eran terroristas— deben ser humillados para debilitarlos moralmente, de modo que entren en un estado de confusión, desorientación, ansiedad, miedo... Todo ello mientras estén desnudos y en posiciones físicamente incómodas, como cuando la Inquisición fabricó aquellos instrumentos que retorcían y estiraban el cuerpo del sospechoso durante horas. El informe denomina a esta práctica «asfixia postural», la cual debe ser practicada en un lugar sucio. Si fuera necesario —prosigue el texto— hay que privar de ver y oír al preso, incluso de dormir, y mientras tanto, como medida de seguridad, efectuar un examen rectal y examinar el prepucio.

Las revelaciones efectuadas implican a las tropas británicas en numerosos casos de tortura. También de asesinatos en combate, es decir, ejecuciones. E incluso se vislumbra la participación de agentes secretos del MI6 (el servicio secreto británico) en atrocidades todavía mayores. A raíz del escándalo, el primer ministro David Cameron se hizo el sueco, habló de la necesidad de preservar la seguridad de sus soldados..., mientras que el número dos de su Gobierno, Nick Clegg, se mostró más duro. Casi indignado, pidió una investigación para atajar cualquier práctica de guerra sucia en la que estuvieran implicados sus soldados y poner fin a estas atrocidades. Un desencuentro similar se produjo en los años ochenta en Estados Unidos, cuando senadores críticos con la actuación de sus tropas en Honduras y Nicaragua exigieron una investigación. Gracias a ello se supo que la CIA había enseñado estas técnicas en Centroamérica. Tampoco sirvió de mucho, porque prosiguieron enseñando sus «artes» al tiempo que seguían ejerciéndolas en islas libres de toda ley...

Llegaron allí en 1898. Por entonces Cuba era española, pero las ansias de independencia de los nativos eran cada vez mayores. Las rebeliones dieron origen a enfrentamientos encarnizados, pero los cubanos no consiguieron expulsar a los españoles hasta que se hundió el *Maine*, un barco de guerra norteamericano que acudió a la isla para vigilar la situación. En Estados Unidos se acusó a España de provocar el atentado. Hoy sigue sin estar claro qué sucedió. Diferentes investigaciones se decantan por un accidente fortuito o incluso sospechan que fue un autoatentado que tenía por objeto provocar lo que finalmente sucedió: una guerra entre Estados Unidos y España.

España perdió Cuba y el resto de colonias. La victoria norteamericana supuso el inicio de una nueva era mundial dominada por el poder de Estados Unidos y su influencia. Cinco años después de la guerra, el presidente cubano Estrada Palma alquiló la bahía de Guantánamo a Estados Unidos. El tratado entre los dos países especificaba que dentro del territorio alquilado la ley que prevalecía era la norteamericana. Posteriores acuerdos entre ambos países determinaron que el contrato acabaría cuando Estados Unidos dispusiese. Ni siquiera la ruptura de relaciones entre los dos países tras la llegada de Fidel Castro ha supuesto el fin del acuerdo.

Fue en la última década del siglo XX cuando la bahía comenzó a utilizarse como campo de refugiados. El golpe de Estado en Haití en agosto de 1994 provocó la huida de miles de hombres desde Puerto Príncipe hacia Cuba. Encontraron asilo en el lugar, que fue recuperado para futuras operaciones. Tras el 11-S, el presidente de Estados Unidos, George Bush, firmó una serie de órdenes ejecutivas en las que determinaba algo parecido a un estado de excepción mundial que le permitía detener a terroristas en todo el mundo y proceder contra ellos a través de la justicia militar. Y aunque la legalidad de dichos decretos sigue en duda, a Bush poco le importaron opiniones ajenas. Sólo le quedaba encontrar el lugar al cual iba a conducir a los enemigos de Estados Unidos que pretendía capturar en todo el planeta. Y resucitó Guantánamo. Envío de nuevo a los soldados, convertidos en carceleros que lo organizaron todo. Encargó a la empresa Halliburton la construcción del penal y el 11 de enero de 2002 llegó el primer avión con terroristas internacionales.

Pronto se contaron por cientos los detenidos. A todos se los enfundaba en un mono naranja. Las primeras imágenes que llegaron desde allí mostraban a aquellos presuntos terroristas caminando entre sus celdas como autómatas, despersonalizados, idos...

En cuestión de meses las informaciones aludían a auténticas torturas físicas y psíquicas. No tardaría en confirmarse la realidad al tiempo que a nivel internacional se discutía si era legal que los tribunales militares desplazados hasta Cuba pudieran juzgar allí mismo a los sospechosos. Los acuerdos vigentes desde la cesión de este trozo de isla le permitían hacer lo que quisiera, sin rendir cuentas ni siquiera a la justicia norteamericana.

En resumen: Guantánamo se convirtió en un limbo legal.

Se establecieron normas que suspendían el *habeas Corpus* de los detenidos, es decir, el derecho a la defensa efectiva. Se los culpaba de todo tipo de atentados y crímenes contra Estados Unidos. Y aunque no se presentaban pruebas de ello, los procesos siguieron adelante porque las condenas se establecían de antemano. Además, los acusados habían confirmado la veracidad de las acusaciones.

En noviembre de 2007, Wikileaks tuvo acceso a un documento de 238 páginas, redactado en el año 2003, que recogía las técnicas a poner en práctica en Guantánamo con los presos que fueran llevados allí. Aunque por entonces todavía eran más importantes las revelaciones que el revelador, el informe dado a conocer por el equipo de Julián Assange sobrecogía. Sobrecogía tanto que... el impacto de su contenido en los medios apenas duró unos días.

El autor del texto era un mayor de la Armada llamado Geoffrey D. Miller. Hoy está retirado, afortunadamente para la humanidad. Aunque hubo un tiempo en que no, desgraciadamente para la propia humanidad y para los cientos de iraquíes que dieron con sus huesos en las prisiones de Camp Bucea, Camp Cooper y Abu Ghraib. Fue enviado por el Departamento de Defensa con el objetivo de ayudar a extraer información a los detenidos, exportando hasta allí las técnicas que venía usando en Guantánamo. En la guerra de Irak se quejó de lo blandos que eran los soldados a la hora de someter a interrogatorio a los detenidos. Negaría, en todo caso, que hubiera ordenado torturar y humillar a los presos, pero poco después de hacerlo comenzaron a aparecer las imágenes que demostraban las crueldades que se habían cometido.

En una entrevista en la BBC, la comandante Janis Karpinski confesó que este hombre les había dicho que «si usted permite que un prisionero crea que es algo más que un perro, entonces habrá perdido el control del detenido». Otros testimonios procedentes de militares destinados allí —no arrepentidos, valga señalar— recuerdan que fue suya la idea de utilizar perros para intimidar a los enemigos capturados. Cuando se retiró en 2006, las autoridades lo homenajearon y condecoraron por sus técnicas innovadoras.

El manual ofrece una serie de recomendaciones, métodos y tácticas con el objetivo de que los presos sucumban y confiesen lo que después será convertido en verdad. A continuación ofrezco alguno de los puntos más llamativos del texto que redactó.

El manual incluye cómo debe ser el proceso que sufrirá el detenido mientras

está recluido antes de proceder a los interrogatorios severos: «El objetivo es provocar desorientación y desorden de los sentidos a los detenidos antes de llegar al proceso de interrogatorio... No pueden tener acceso a ninguna ayuda, ni mantener contacto con el capellán, ni libros, ni correo. No deben poder conseguir ningún Corán y no pueden llevar ningún objeto religioso ni gorro de rezo».

Después, en un periodo de dos semanas, el interrogador sí les podrá ofrecer el gorro de rezos o el collar de cuentas que utilizan los islámicos para sus oraciones. En este momento, el objetivo es «buscar la dependencia con el interrogador», de modo que incluso llegue a dudar de si realmente es un enemigo o un aliado. Pero al mismo tiempo «los detenidos afrontarán condiciones severas, y el aislamiento incluye incluso la falta de acceso a miembros de la Cruz Roja». Se trata de un juego perverso. Se busca la locura del prisionero. Que no sepa qué pasa en realidad: «Si el Corán está dañado o roto por culpa del detenido, el capellán y el intérprete lo requisarán haciéndole saber que se hace para proteger el Corán, y no para castigar al detenido».

También se dan a los carceleros una serie de indicaciones para el trato con los prisioneros, así como para evitar tendencias suicidas en ellos. Se explica que pueden solicitar un máximo de un libro a la semana, aunque su contenido debe ser autorizado previamente por los militares que lo custodian. No puede tratarse de textos antiamericanos o antisemitas.

El documento establece que el prisionero podrá tener treinta minutos al día para hacer ejercicio. Y regula los tiempos para ir a la ducha, aunque se establece que irán de dos en dos, esposados o atados. También regula la cantidad de papel higiénico del que pueden disponer, que siempre será el justo, aunque se especifica que podrá regalarse papel higiénico como premio al buen comportamiento o castigarse al preso si rompe, por ejemplo, la taza para beber agua haciéndole ver que ha cometido un acto de destrucción contra una propiedad del gobierno. Además, establece unas normas de disciplina que, si se rompen, tendrán como castigo el aislamiento en una jaula, en la que será introducido tras una ducha y un corte de pelo, tras el cual, para mayor humillación, se someterá al preso a un proceso de descontaminación.

Año y medio después, un periodista norteamericano, Jeremy Schahill, publicó en la web de Wikileaks un reportaje que detallaba acciones practicadas durante la reclusión de los presos y los interrogatorios en Guantánamo. El reportero dice que a los presos se los golpea en los testículos y se les pinta el cuerpo con heces. Además, explica cómo entre los tratamientos médicos que se les aplican también se incluyen inyecciones usadas para enfermedades de perros, algo que el preso debe saber para tener conocimiento de su condición.

Como ejemplo de lo que ocurría allí cita el caso de Ornar Deghayes. A él le aplicaron todas las normas de comportamiento y de desorientación que se recomiendan en el manual. Y más: tras el confinamiento llegaron los

interrogatorios, y con ellos las brutales agresiones físicas.

Fue detenido en Pakistán. Tras pasar por varias cárceles en Pakistán y Afganistán fue enviado a Guantánamo en uno de los vuelos secretos de la CIA que sobrevolaron y usaron varios aeropuertos europeos con el permiso de las autoridades de esos países. Como la mayor parte de estos combatientes enemigos, Ornar era inocente, a pesar de que los cargos que se formulaban contra él lo convertían en un peligroso terrorista. La seguridad de que no hizo nada mal —a lo sumo no mostrarse liberado por los países que invadieron Afganistán— es lo que le permitió superar seis años encerrado. Se fue del país cuando se inició la guerra y se refugió en Lahore hasta que un día un comando de «hombres vestidos de negro» entró en su casa, lo raptó y, posteriormente, tanto a él como a su mujer y a su hija, los vendieron a los soldados norteamericanos que habían contratado a aquellos personajes para capturar afganos huidos, a los que se les presuponían actividades terroristas por el único hecho de abandonar el país.

«Te pueden torturar el cuerpo, pero no el alma», ha dicho.

Enumera las torturas que sufrió: «Nos vejaban, nos golpeaban... Nos encerraban en lugares oscuros, sin comida, encadenados a las paredes. Nos obligaban a desnudarnos y luego nos arrojaban agua fría. Ahora tengo los dedos deformados, varias costillas rotas, me falta la visión en un ojo, porque uno de los guardias se enfadó ya que dijo que le había contestado desabridamente... Me introdujo los dedos violentamente en los ojos. Algunos incluso acabaron peor: los violaban, les rompían las manos, los mutilaban y algunos incluso murieron».

En declaraciones a la revista *El Siglo*, Ornar ofrece un mensaje lleno de luz que conviene tener presente tras leer lo que al lector seguramente ha horrorizado: «Creo que se pueden cambiar las cosas. Podemos hacer que el mundo se convierta en un lugar mejor para todos, para nosotros y para el futuro de nuestros hijos. Quiero vivir para ayudar a todos los que son inocentes».

Que Dios —el mío o el suyo— lo ayude en lo imposible.

Y Wikileaks está contribuyendo en silencio a ello. Muchas organizaciones de defensa de los derechos humanos y familiares de las víctimas están iniciando, gracias a los documentos filtrados, procesos judiciales para los que antes había pruebas documentales menos sólidas.

Otro de los países que ha condenado la revelación de documentos es Pakistán. Cosa nada sorprendente, ya que en los informes de la guerra de Afganistán queda en entredicho su papel. Desde que aparecieron los papeles, gran parte de la atención mediática se ha centrado en el apoyo que los servicios de inteligencia de Pakistán prestan a los talibanes que combaten contra Estados Unidos. Quedaba así al descubierto un doble juego que desde hace años ha inquietado a todos los expertos y analistas. La razón es clara: oficialmente, Pakistán es un socio de Estados Unidos y Europa en la región, y la ayuda de este país en la lucha contra Al Qaeda se considera fundamental. Pero las grietas estaban abiertas: un documento del Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas españolas puso sobre la mesa en 2009 que los servicios de inteligencia de Pakistán estaban apoyando a Al Qaeda y a los talibanes, entrenándolos en el uso de artefactos explosivos avanzados y en tácticas de guerrilla. Las acciones de los terroristas habrían sido llevadas a cabo por hombres vestidos con uniformes del ejército afgano o de las tropas internacionales. El autor del informe sólo lo sugería, pues podría tratarse de insurgentes disfrazados. O quizá no.

Desde que Bin Laden desapareció, todas las informaciones de la inteligencia norteamericana lo sitúan en las regiones tribales de Warzistán, una inhóspita región fronteriza entre Pakistán y Afganistán que serviría de refugio para los líderes talibanes huidos y también para los cabecillas de Al Qaeda. Nunca se han mostrado pruebas convincentes de ello. Sin embargo, nadie lo discute. En consecuencia, Estados Unidos apoya económicamente a Pakistán para luchar contra el terrorismo integrista, además de que el gobierno de Pakistán permite al ejército norteamericano efectuar ataques aéreos en aquellas zonas donde se sospecha que se refugian terroristas.

Durante todos estos años, los informes surgidos desde el frente de batalla hablaban sobre la efectividad de los UAV, aviones no tripulados cargados de explosivos que son dirigidos desde tierra pero con un nivel de maniobra similar al que podría tener un avión pilotado. Debido a que algunas misiones pueden requerir penetrar en territorios peligrosos, su utilización debería reducir el número de bajas militares. En las regiones fronterizas, los UAV han prestado una enorme colaboración en la lucha contra los insurgentes, al igual que en la próxima Kandahar, ciudad afgana considerada como el bastión de los talibanes. En uno de los partes se habla del ataque en tres oleadas distintas de UAV cargados de misiles GBU-12 que se aproximaron hasta el lugar en el que fueron observados hombres armados. Dicho ataque tuvo lugar el 4 de junio de 2009. La precisión fue absoluta.

Sin embargo, los informes de Wikileaks evidencian que los ataques no son tan precisos como se transmite a la opinión pública. Además de los accidentes —uno de ellos afectó a una aeronave española en 2008— sólo en 2009, entre los 139 ataques ordenados por Obama hubo treinta víctimas civiles, entre ellas catorce mujeres y un niño.

La publicación de los informes tuvo un efecto claro en la sociedad norteamericana: los pakistaníes no son los amigos que se creía que eran. Por su parte, aquellos que sospechan de la existencia de intereses ocultos en la filtración a Wikileaks creen que uno de los objetivos es iniciar un proceso de criminalización de Pakistán para tener una excusa que permita a Estados Unidos ampliar el número de países a invadir y conquistar en la región con objeto de asegurarse las rutas energéticas y tomar posiciones de cara a China, además de establecer un nuevo marco —la implicación de la CIA en el asunto está documentada desde hace tiempo— para el mercado mundial de heroína, que tiene en estas regiones sus principales focos de producción.

«Lejos de ser una limpia y honesta filtración, se trata de una calculada desinformación creada por Estados Unidos, y quizá también por la inteligencia de Israel e India, para ocultar el papel de Occidente en el tráfico de drogas a través de Afganistán», escribe William Engdahl, para quien esta demonización oculta intereses perversos.

Entre los documentos filtrados sobre la guerra de Afganistán, 180 hacen referencia explícita al ISI —Inter Service Intelligence, nombre de los servicios secretos paquistaníes— y sus vínculos con los talibanes y operaciones contra Estados Unidos. La conclusión es que arman y entrenan a los insurgentes afganos desde el año 2004.

Pese a que condena la publicación de los informes, tampoco en este caso el gobierno de Estados Unidos ha restado un ápice de veracidad a su contenido. En cuanto salió a la luz, los periodistas norteamericanos preguntaron a su gobierno sobre los mil millones de dólares que anualmente se entregan a Pakistán para la lucha contra el terrorismo. El periódico británico *The Guardian* señalaba el 25 de julio de 2010 que fuentes del equipo de Obama apostaban por seguir estrechando lazos con los aliados paquistaníes aunque calificaban el doble juego del ISI como «inaceptable». En cierto modo, es lo que se había dicho hace ya mucho tiempo: hay ovejas negras dentro del ISI, pero el comportamiento de algunos agentes no responde a una política de actuación oficial.

En el mismo diario, uno de los que ha sido beneficiado con la entrega de documentos por parte de Wikileaks, un oficial del ejército norteamericano que estuvo destacado en la zona, señala que existe «una tendencia entre la población afgana a creer que hay un agente del ISI escondido bajo cada piedra». Viene a señalar que son teorías de la conspiración. Y que los informes de campo de los soldados norteamericanos —al fin y al cabo son esos informes los que se han dado

a conocer— se han visto contaminados por esas creencias que ellos recogieron en sus conclusiones.

El problema es que, en algunos casos, los informes dados a conocer en julio de 2010 dan nombres, fechas, datos concretos, planes, especifican cómo se entrena a los insurgentes, cuál era la forma prevista para acabar con el presidente de Afganistán... Demasiados detalles para tratarse de simples rumores.

Desde que inicié mis investigaciones a partir del 11-S, las informaciones que recogí sobre los interrogantes que se abrían respecto a lo que realmente había detrás de Al Qaeda o los talibanes siempre apuntaron al ISI, un servicio de inteligencia que fue creado por la CIA como una delegación en Asia central de la inteligencia norteamericana. Y eso no es teoría de la conspiración, sino una realidad asumida y que nadie niega.

Del mismo modo, no pocas informaciones —escasamente consideradas por los medios de comunicación— hacían alusión a los vínculos del ISI con algunos de los acusados públicamente de ser los responsables de los atentados del 11-S. Doce días antes de que cayeran las Torres Gemelas, el presunto líder del comando suicida que secuestró los aviones, Mohamed Atta, recibió una transferencia bancaria por valor de 100 000 dólares desde una oficina de Emiratos Árabes Unidos. La información fue publicada el 23 de septiembre de 2001 por el periódico *The Times of India*. Se trataba de una información que había sido filtrada por los servicios de inteligencia indios y que nadie negó en ningún momento. Gobernantes de uno y otro lado prefirieron callar y pasar página. A lo sumo, volvían a dejar caer la idea de que eran las ovejas negras del ISI.

El problema es que, según la información, quien había ordenado aquella transferencia era ni más ni menos que el propio general Mahmood Ahmed, el entonces director del ISI. Eran palabras mayores. Quizá por eso los silencios oficiales fueron igual de grandes.

Con objeto de intentar conocer algo más sobre este asunto establecí contacto con un diplomático pakistaní que lleva décadas vinculado al gobierno del país en diferentes cargos de importancia en todo el mundo. En el momento de nuestra conversación, este hombre, al que llamaré Ali Taqfahs, ocupaba un puesto de relevancia en el gobierno del entonces presidente Pervez Musharraf, a quien siempre se refería como «el general». Nunca por su nombre. Yo tampoco podía publicar el suyo, así que creé un anagrama para referirme a él como Ali Taqfahs. Aquí expongo algunas de las afirmaciones que realizó durante la entrevista que mantuvimos y en la cual no tuvo inconveniente en confesar algunas cosas realmente graves:

Todos los terroristas están relacionados con Afganistán. La URSS invadió este país en 1979, y después de eso, todo Occidente luchó allí contra los rusos. La mayor parte de los soldados de la resistencia eran voluntarios y mercenarios de distintos países árabes que fueron entrenados por Estados Unidos y también por Pakistán.

Los objetivos se lograron y los rusos fueron vencidos. El problema llegó después, porque no se supo qué hacer con aquellos luchadores, que se habían quedado sin un objetivo y que eran guerreros para quienes la vida y la muerte significaban lo mismo.

Pakistán se sirvió de ellos cuando tuvo lugar la guerra contra la URSS. Después, Pakistán también usó a los talibanes. En ambos conflictos estuvimos implicados. Lo queramos o no admitir, es así. La historia es cruel.

En este sentido, Bin Laden es una creación de los americanos, pero lo abandonaron y se quedó solo. Algo tuvo que hacer. Pero Estados Unidos es un país amigo, y de los amigos no se puede pensar nada malo. Aunque fue verdad todo lo que se dice (las mentiras en la versión oficial del 11-S), no vamos a perder el sueño por ello.

Sobre la entrega de dinero por parte del ISI a Atta no hay nada que decir. Es propaganda de los indios, ¿quién puede creer cualquier información que provenga de ese país?

El general Mahmood fue despedido el 7 de octubre de 2010. No vamos a decir nada sobre este asunto. Es un tema muy serio. No se sabe bien por qué fue relegado. Completó sus servicios, lo apartamos del ISI y se jubiló.

Ya existen otros trabajos que documentan este asunto de forma sobrada. En los últimos años se ha podido confirmar sin lugar a dudas que los servicios de inteligencia de Arabia Saudí, Pakistán y Estados Unidos crearon a los insurgentes que lucharon contra los rusos en Afganistán. El líder de aquel ejército de resistencia era Osama Bin Laden, que era hijo de uno de los hombres más ricos de Arabia Saudí, a quien unían unos lazos de amistad muy importantes con la familia real, que encargaba a sus empresas la mayor parte de las obras públicas del país y, entre ellas, la gestión de Medina, la segunda ciudad santa del país tras La Meca.

El ISI fue el nexo de unión en la zona. Por eso y para eso fue creado. Echaron a los rusos. Posteriormente, los rebeldes anticomunistas se integraron dentro de los diferentes grupos armados que pelearon durante la guerra civil afgana, aunque especialmente entre los talibanes. Tal extremo fue confirmado en la entrevista que mantuve con el político pakistaní. Frente a la Alianza del Norte, los talibanes fueron los elegidos por Occidente para ser armados y financiados a través del ISI. El objetivo era claro: a cambio iban a facilitar las negociaciones para que los oleoductos y gasoductos que recorrerían el país desde la región del Caspio al Índico quedaran bajo control de empresas energéticas norteamericanas. En Washington cerrarían los ojos ante las atrocidades que cometieran. Lo importante era el dinero.

Conviene tener en cuenta todo lo señalado hasta ahora cuando se muestra sorpresa ante las revelaciones de Wikileaks respecto a los vínculos entre el ISI y los talibanes.

Y conviene también recordar que esos vínculos entrelazan a ISI con la CIA. No

fueron cosa de las ovejas negras de la inteligencia pakistaní, sino la práctica común y necesaria para poder satisfacer una serie de necesidades económicas y estratégicas de Estados Unidos (y el resto del primer mundo).

En cuanto los talibanes llegaron al poder, el mundo occidental los apoyó, pese al sectarismo medieval del gobierno que impusieron. Años antes de que se desencadenara el 11-S, los talibanes fueron habituales visitantes de Houston. Allí se dejaban ver en las sedes de las grandes petroleras, con las que negociaban la construcción de gasoductos y oleoductos.

Pero todo se torció.

A los talibanes les llegaron ofertas suculentas de empresas energéticas que no estaban en la órbita de Washington. La argentina Bidas consiguió situarse en primera línea y establecer acuerdos comerciales. Poco a poco —todavía estaba Bill Clinton en la Casa Blanca— fueron perdiendo el favor de sus antiguos aliados, al tiempo que el ISI comenzaba a efectuar maniobras para intentar atajar el poder de los talibanes, que nunca pudieron ejercer el dominio completo sobre Afganistán, en donde los llamados «señores de la guerra» y grupos armados como la Alianza del Norte prorrogaban la guerra civil.

Es difícil saber cuántos actores había en juego. No había dos bandos. Había diez, veinte, treinta... Y pocos de ellos eran aliados claros de Estados Unidos, ni siquiera la Alianza del Norte, pese a que la creencia general inducida por las informaciones en los grandes medios trasladaban una imagen de ellos como próximos a Estados Unidos.

El 23 de febrero de 1998, Bin Laden se convierte en uno de los cinco firmantes de la declaración de una guerra santa contra Estados Unidos. Lo hacían bajo el nombre de Frente Islámico Internacional. Aunque después se consideró que era Al Qaeda la organización que emitió la *fatwa*, lo cierto es que nadie conocía entonces por ese nombre al grupo del terrorista que pondría el mundo patas arriba.

Once días después, el presidente de Unocal, la empresa petrolera norteamericana que mantenía lazos con los talibanes, intervino en el Congreso de Estados Unidos para solicitar el apoyo del gobierno a los afganos que habían conquistado el poder.

Pero las cosas, como decía, se complicaron.

La tensión entre Estados Unidos y Afganistán fue en aumento. Hubo maniobras diplomáticas muy discretas para intentar evitar que las relaciones no fueran a peor. Una de las reuniones más importantes del proceso se produjo el 19 de julio de 2001 en un hotel de Berlín. Como mediador actuó el diplomático español Francesc Vendrell. A un lado de la trinchera había representantes de Estados Unidos y Pakistán. Enfrente, los delegados de los talibanes. Como moneda de cambio apareció la figura de Bin Laden.

Y como premio el acceso a las rutas petrolíferas. Vendrell intentó que se

produjeran acuerdos. Fue imposible.

Entre el 28 y el 30 de agosto de 2001, varios miembros del gobierno de Estados Unidos se desplazaron a Islamabad, la capital de Pakistán. Allí se reunieron con el general Mahmood y otros altos mandos del ISI. Junto a ellos acudió el enviado talibán Abdul Salam Zaeef. Oficialmente —aunque los detalles de la reunión no se conocieron hasta el 16 de septiembre, cuando el periódico israelí *Salón* reveló la noticia—, americanos y paquistaníes pidieron la entrega de Bin Laden.

Días después, el 4 de septiembre, Mahmood viajó a Estado Unidos. Aunque el embajador en Washington aseguró que se trataba de una visita rutinaria prevista meses atrás, lo cierto es que nunca se informó oficialmente sobre dicha visita. *Pakistán News* fue la primera agencia de noticias que lo publicó. Era el día 10 de septiembre de 2001. Faltaban horas para que el mundo cambiara...

El 9 de septiembre «El león dorado» fue asesinado en Afganistán. Se trataba de Ahmad Shah Massod, el líder de la Alianza del Norte. Los talibanes y Al Qaeda fueron considerados culpables del atentado. Pero la sombra del ISI es alargada. La sofisticación del atentado —dos falsos periodistas que, cargados de bombas, violaron las exigentes medidas de seguridad del líder de la Alianza del Norte— y la ejecución de los autores hacía sospechar que la inteligencia de Pakistán tuvo algo que ver. Y aunque la figura de Massod ha sido mitificada, lo cierto es que, pese a ser enemigo de los talibanes, nunca profesó admiración ni respeto por Estados Unidos.

Cuarenta y dos minutos antes de que el avión presuntamente pilotado por Atta —a quien el ISI había entregado buenas suma de dinero— se estrellara contra las Torres Gemelas, en una de la salas de reuniones del Capitolio comenzó una inquietante cumbre. En las horas previas, varios miembros de Al Qaeda que presuntamente habían colaborado con Atta y el resto de pilotos suicidas llegaron a Pakistán procedentes de varios países. Ahí se les perdió la pista.

En la reunión estaban presentes el senador Bon Graham y el congresista Peter Gross. Junto a ellos se encontraba el también senador John Kyl. Por otro lado, estaban presentes el embajador de Pakistán en Estados Unidos, Maleeha Lodh, y el director del ISI, el general Mahmood, el hombre que había sido responsable de los pagos a Bin Laden.

Tema de debate: el terrorismo afgano y Bin Laden.

Apenas comenzaron a hablar llegaron preocupantes noticias desde Nueva York. Acababa de empezar el mayor ataque terrorista de la historia. Hoy, los documentos de Wikileaks que implican al ISI en actividades terroristas clandestinas no pueden ser interpretados sin tener en cuenta esta otra parte de la historia que

acabo de exponer.

Si el ISI apoyó a los guerreros islámicos liderados por Bin Laden y posteriormente a los talibanes, resultaría extraño que no hiciera lo propio con los insurgentes afganos —talibanes, miembros de la llamada Al Qaeda, brigadas independientes, grupos locales, guerrillas bajo el mando de los señores de la guerra— que se enfrentaban a las tropas ocupantes lideradas por Estados Unidos. Pero durante todos los años del conflicto esta sospecha ha sido rechazada con firmeza por los invasores asegurando que dichas afirmaciones eran falsas.

Los documentos de la guerra de Afganistán revelados por Wikileaks demuestran que se conocía perfectamente la existencia del apoyo del ISI a los insurgentes. También evidencian que desde Estados Unidos no se hizo nada para evitarlo. Tampoco desde España, en donde los servicios de inteligencia habían alertado de esa misteriosa conexión entre los «malos» —los terroristas— y los «buenos» —los aliados, servicios de inteligencia, etc.— a los que se dejó hacer.

Es momento para exponer la entrevista que le efectué a Arturo Vinuesa, coronel del Estado Mayor del ejército español y oficial de inteligencia que ha desarrollado su trabajo en países como Irak o Afganistán, tanto en las guerras actuales como en las que tuvieron lugar anteriormente en esos países, lugares donde llevó a cabo diferentes y arriesgadas misiones. Se encontraba en Kuwait cuando el pequeño emirato fue invadido por Irak, y alojó en su vivienda, con estatus diplomático, a los diecisiete españoles que habían quedado atrapados en el país en aquellos días de agosto de 1990. Por entonces, el presidente español Felipe González decidió apoyar a la fuerza internacional liderada por Estados Unidos. Incluso cedió sus bases aéreas para el tránsito de los cazas. «Pasaron de llamarme el hermano español, a ser considerado persona non grata, y me dieron cuarenta y ocho horas para abandonar el país», me dice recordando algunas de sus intensas aventuras en la zona.

Nadie mejor que él para hablar sobre este asunto. Sus afirmaciones no requerían de la liberación de documentos de Wikileaks. Es valiente. Atrevido. La experiencia que demuestra la ha ganado sobre el terreno. Si yo dijera lo mismo que él me dijo, los más «serios» me tildarían de conspiranoico. Sin embargo, son sus palabras. Estos fueron algunos de sus comentarios durante la conversación que mantuvimos:

Hamid Karzai, el presidente colocado por Estados Unidos, fue un estrecho colaborador de la CIA durante la guerra entre los combatientes islámicos y los rusos, además de que su hermano es un importante traficante. En esa época también formaba parte de la empresa Unocal, que pugnó con Bridas por los

oleoductos. Pero en esa época, Estados Unidos y sus hombres llegaron a establecer puestos en Kandahar, que era cuna de los talibanes.

Los afganos no aceptan a Karzai, saben que es un títere de Estados Unidos y ellos son muy nacionalistas. Derrotaron a los rusos, que tuvieron que salir por el Puente de la Amistad. No aceptan que les impongan nada. Los americanos quieren invadir cualquier país y ganar la guerra nada más llegar. Lo malo es salir. Y lo malo va a ser salir.

Obama dice que se retira para dar la impresión de victoria, tanto en Irak como en Afganistán. En realidad esa salida es una milonga.

El objetivo esencial de los americanos en Irak, al igual que en Afganistán, es asegurar el suministro de petróleo. Hay que decir la verdad. En Afganistán se busca un corredor para la salida de los hidrocarburos del mar Caspio, que son muy importantes. Hay tres salidas para ese petróleo. Una es hacia el este, intentando atravesar China y Rusia, lo cual es casi imposible. Otra es hacia el oeste, con lo cual tropezarían con los iraníes. Y la única solución es el sur, llegando al puerto de Karachi en Pakistán.

Afganistán y Pakistán son casi la misma cosa. Los dos países están dominados por la etnia pastún. Toda la frontera, que es una zona muy amplia, está habitada por pastunes. La educación que recibieron mayoritariamente los talibanes fue en las madrasas pakistaníes. El ejército de Pakistán está muy islamizado, y el ISI todavía más. Gran parte de los componentes del ISI han apoyado a los grupos que han luchado contra los occidentales. La frontera es tan permeable que pasan por ahí sin ningún problema...

La CIA armó al ejército afgano de los combatientes islámicos. He visto a talibanes en Kandahar con un Stinger al hombro. Son misiles que la CIA proporcionó para la lucha contra la Unión Soviética. Una vez que se produjo la derrota, Estados Unidos se relajó. Se dejaron allí elementos muy peligrosos, como Bin Laden, que recibió apoyo de la CIA y la promesa de ciertas ayudas para Afganistán.

Vinuesa conoce, pues, que lo sugerido por los escritos filtrados esconde algunas piezas necesarias para comprender toda esta historia. Hay un personaje cuyo nombre aparece en numerosas ocasiones en los partes de guerra. Trabajaron sobre el terreno en la misma época. Ese hombre es el veterano general paquistaní Hamid Gul, que fue director del ISI entre 1987 y 1989, en los tiempos en los que se apoyó a los muyahidines que luchaban por expulsar a los rusos del país. Pero veinte años después, Gul seguía haciendo lo mismo. Ofrezco a continuación el contenido de alguno de los informes de la colección de partes de guerra que hacen alusión a sus sospechosas actividades:

17 de diciembre de 2006. Un informe correspondiente a esta fecha hace alusión a una reunión entre un líder talibán y agentes paquistaníes entre los que estaba

Gul: «Gul envió a tres individuos no identificados a Kabul para fabricar IED (*Improvised Explosive Device* o artefactos explosivos improvisados) durante una celebración. Gul instruyó a dos de los individuos para fabricar IED y colocarlos en los trayectos utilizados habitualmente por el gobierno de Afganistán y los vehículos de la ISAF (*International Security Assistance Force* o Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, es decir, el nombre que englobaba el conjunto de las tropas multinacionales destacadas en el país). El tercer individuo debe realizar un ataque suicida con un chaleco explosivo contra el gobierno de Afganistán o vehículos de la ISAF».

El exdirector del ISI dijo a los suicidas que debían poner Kabul en llamas. Allí contarían con la ayuda de cinco individuos —«una cuadrilla criminal», dice el informe— dependientes del exjefe de policía de la ciudad de Kabul, un hombre llamado Amunallah Gozar.

Éstos son los nombres que Wikileaks no ha borrado de los informes pese a que no haberlo hecho ha sido criticado por la Casa Blanca. Dicen los ayudantes de Obama que no omitir esos nombres pone en riesgo la seguridad de las fuentes de Estados Unidos. La verdad: Gozar era en esos momentos consejero de seguridad del presidente de Afganistán, Hamid Karzai.

Más aún: el papel que tenía como un posible enemigo peligroso en el seno del gobierno ya había sido motivo de investigaciones internas, si bien fueron calificadas posteriormente como malentendidos. Eso se dijo a la opinión pública seis meses antes de que se elaborara el informe en cuestión, en el que se señala que un grupo de musulmanes chinos también participaron en las labores de apoyo al grupo insurgente y en el que se describe cómo se pondrían las bombas a modo de minas enterradas bajo la nieve. «Gul ha recibido cincuenta de esas minas para llevar a cabo la operación», concluye el sobrecogedor informe.

14 de enero de 2008. En el informe correspondiente a esta fecha Gul aparece implicado en un plan para secuestrar a altos cargos de la ONU que se encuentran en Afganistán, viajando entre Kabul y Jalalabad. En concreto, el antiguo hombre de la CIA para la guerra encubierta contra los rusos se encontraría al mando de un grupo de entre quince y veinte hombres entre quienes, además de afganos, también hay nativos de Pakistán, Cachemira y Arabia. El escrito describe cómo se llevará a cabo el secuestro e indica que los miembros de la ONU capturados serán utilizados como moneda de cambio para liberar a diez presos de origen paquistaní que se encuentran en una cárcel de Kabul.

Según el informe militar, Gul está por encima del comando que perpetrará el secuestro, que, a su vez, está encabezado por un líder talibán. Además, el informe vincula a Gul con el grupo Lashkar-e-Taiba, una organización terrorista a la que pertenecerían los presos citados y que está afincada en la región de Cachemira, que se disputan Pakistán e India, país, este último, que a nivel oficial ha acusado al

gobierno de Pakistán de apoyar a los grupos terroristas que buscan la liberación del dominio indio de la región, que pasó a ser controlada por Nueva Delhi tras la independencia de India en 1947, pese a que la región es mayoritariamente musulmana (la parte musulmana de la India dio origen a Pakistán, salvo aquí). Este informe certificaría la existencia de esas conexiones. Sin embargo, Estados Unidos ha hecho caso omiso de las denuncias indias.

Lashkar-e-Taiba se formó en Afganistán en los tiempos de la ocupación rusa. En realidad, es un producto de la época en que la CIA impulsó la resistencia contra los rusos a través del ISI. A medida que pasaba el tiempo sus acciones se tornaron más contundentes. Alcanzaron notoriedad mundial cuando protagonizaron el llamado 11-S de India. Se trató de aquel ataque perfectamente planificado en el cual un comando asaltó diversos centros de transporte y turísticos de Bombay el 26 de noviembre de 2008. En las diferentes acciones —tiroteos, secuestros, ejecuciones— murieron 188 personas. Es el quinto atentado más grave de la historia del terrorismo atribuido al islamismo.

India apuntó a que el comando que ejecutó la matanza estaba en la órbita de Lashkar-e-Taiba, y además se señaló que los componentes del grupo habían sido apoyados clandestinamente por el ISI de Pakistán. Por su parte, la Casa Blanca se mostró tibia ante las denuncias y se limitó a reforzar el discurso de la necesidad de mantener y ampliar los esfuerzos en la guerra contra el terrorismo de Al Qaeda (Lashkar-e-Taiba ha sido incluida en la órbita de las células dirigidas por Bin Laden). Hoy, gracias al informe que fue elaborado en Afganistán diez meses antes de los atentados de Bombay, sabemos que Estados Unidos tenía conocimiento de la vinculación del ISI con este grupo de Cachemira. Siempre se negó en la Casa Blanca que se tuvieran pruebas de esta vinculación. Otra mentira.

Quizá la ausencia de ejercicios de contextualización de los hechos —tal como aquí he hecho— es lo que ha privado al mundo de que el análisis del medio millón de documentos liberados sobre las guerras de Afganistán e Irak no haya tenido un impacto y consecuencias todavía mayores. A los grandes medios, Wikileaks ha interesado más por la forma que por el fondo. Julián Assange ha comprobado con estupor cómo esa tendencia de los periodistas es cada vez más notable, pese a que en ese fondo todavía quedan muchas cosas por descubrir.

Un último apunte impactante: un hombre de origen norteamericano llamado David Coleman Headley fue detenido meses después acusado de tener cierto papel en la preparación de los atentados de Bombay. El FBI logró gracias a un convenio judicial que no se pusiera en conocimiento público el contenido de la acusación y que no se aprobara la extradición del detenido a India. Headley fue detenido por primera vez en 1989 por un delito de tráfico de drogas. Tras cumplir seis años en prisión, fue puesto en libertad en virtud de un acuerdo mediante el cual pasaría a cumplir misiones para la CIA en la lucha contra el tráfico de heroína, que procede en su mayor parte de los campos de cultivo de Afganistán y Pakistán.

Para su nuevo trabajo fue enviado en diversas ocasiones a estos países. Allí entró en contacto con los terroristas que planificaron el atentado de Bombay. En su comparecencia ante el Congreso de Estados Unidos, la experta en seguridad Lisa Curtís señaló que Bradley había entrado en contacto con los terroristas cachemires y que había descubierto nexos entre ellos y el ISI. Parece que nadie llegó a oír aquello. ¿A quién servía Bradley? M. K. Bhadrakumar, diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores de India, denuncia que existe un pacto de silencio entre Pakistán y Estados Unidos «para reintegrar a los talibanes en las estructuras de poder de Afganistán» con el objetivo de controlar el país en mejores circunstancias que las actuales, debido a las conexiones de Karzai con las tramas más corruptas del país.

5 de enero de 2009. Con posterioridad a los ataques de Bombay y con el silencio norteamericano en relación a las citadas conexiones, los militares norteamericanos firmaron otro de los informes revelados por Wikileaks que vuelve a implicar al general Gul en tramas oscuras. Se trata de la constatación de la existencia de una reunión en Warizistán (Pakistán) a la que asistieron líderes talibanes junto a extremistas árabes. Además, entre los presentes estaba Gul. Durante la reunión se decidió enviar a un grupo de cincuenta muyahidines a Afganistán para llevar a cabo acciones de resistencia y atentados. El informe indica que se desconoce si Gul actuaba con conocimiento del ISI. El informe elaborado por los militares entró en los canales de la inteligencia de Estados Unidos. Ahí se perdió...

Hay más referencias al «viejo» en los informes. En uno de ellos se lo implica en el envío de mil hombres dispuestos a suicidarse en enfrentamientos con las tropas ocupantes. El propio Hamid Gul ha leído los informes. Asegura que todo lo que contienen es mentira. Se defiende como puede. Sugiere que la filtración de informes efectuada por Wikileaks tiene aviesas intenciones. Éstas no son otras más que no reconocer que se ha perdido la guerra en Afganistán e intentar que Pakistán aparezca como culpable de la derrota de cara a la opinión pública y así ofrecer a Obama argumentos para mantener sus tropas allí durante más tiempo a la vez que se prepara un ataque contra Pakistán. Los informes serían lo que suele llamarse *casus belli* (causa de guerra), pero Gul no supo prever que Estados Unidos haría la vista gorda e insistiría de cara a la opinión pública que Pakistán es su aliado en la zona, a pesar de los pesares y de lo que digan los expedientes filtrados. Así que, por el momento, las dudas sobre la intención oculta de las filtraciones que plantean algunos disidentes no tienen razón de ser.

Quien fuera director del ISI reparte a diestro y siniestro; considera que hay ánimo de venganza por parte de Estados Unidos, ya que advierte de cómo su ejército está jugando un siniestro papel en el tráfico de heroína de procedencia afgana. Puede parecer una afirmación excesiva. Y lo es, pero la realidad también: existen pruebas de cómo el mercado de la droga ha sido históricamente una buena

fuelle de financiación para las operaciones encubiertas de la CIA, que por el mero hecho de serlas, no puede ser financiadas por medios convencionales. Volveré sobre este asunto tan siniestro como escandaloso. Al forzar a los jugadores a mostrar sus cartas, Wikileaks ha provocado que unos y otros no sepan realmente qué está pasando. Y, en consecuencia, y por miedo, hablan más de la cuenta. El mundo se ha vuelto algo más transparente aunque sea a consecuencia del puñetazo que han dado en el cristal opaco de las relaciones internacionales las filtraciones efectuadas. Así, las vergüenzas quedan al desnudo. Sólo los años nos ofrecerán la auténtica medida de lo trascendente del fenómeno que estoy analizando en este libro.

Todavía quedan algunos apuntes que hacer sobre la implicación del ISI en la guerra de Afganistán. De acuerdo a los documentos se demuestra que el apoyo a los grupos insurgentes data de 2004. Algunos de los episodios de esa vinculación son tan siniestros como el envío de un millar de hombres para alistarse en las filas de Jalaluddin Haqqani, un señor de la guerra que mantiene su reinado en amplias zonas de las provincias de Khost y Logar. Tal como ha sido expuesto este hecho por los periódicos que recibieron los informes, parecería que el ISI puso en manos de un loco a un ejército de suicidas. Pero resulta que este señor de la guerra fue uno de los beneficiados por la CIA en los tiempos de la invasión rusa en Afganistán. Según desveló el escritor y premio Pulitzer Steve Coll en su libro *Los Bin haden*, los servicios de inteligencia norteamericanos le entregaron cientos de miles de dólares para atacar a los rusos y protegera, entre otros, al mismo Bin Laden. Quien le llevó el dinero en mano fue un congresista del Partido Republicano llamado Charles Wilson, cuya historia —real, aunque patética, porque quedó al descubierto por su torpeza— fue llevada al cine en la película *La guerra de Charlie Wilson*, en la que el actor Tom Hanks encarna al personaje. Wilson dijo de este señor de la guerra que es «un hombre admirablemente bueno». Tras echar a los rusos se convirtió en dueño de medio país y se vinculó al movimiento talibán. Cuando los del turbante negro alcanzaron el poder, él ocupó cargos de responsabilidad en la Administración. Luego llegó la invasión. Dicen que fue uno de los que ayudó a Bin Laden a huir del país cuando las bombas caían del cielo en todas las cuevas en las que se suponía estaba escondido el líder del Al Qaeda. Pero su amigo —y amigo de la CIA— lo ayudó a salir. Amigo también, por cierto, del hombre que ocupó la presidencia del gobierno por orden de Estados Unidos, Hamid Karzai, que le ofreció el cargo de primer ministro. ¿Acaso nadie ha percibido que los informes de Wikileaks han puesto al descubierto una sucia trama en la que nadie es inocente y todos parecen jugar del mismo lado? Eso sí, renunció al cargo y se puso a batallar con la insurgencia, refugiándose en Warizistan (Pakistán), donde fue objeto de un ataque aéreo que causó decenas de muertos... y del que sólo se libró él.

Según los informes de Wikileaks, un agente de la CIA certificó que el ISI había participado de algún modo en la planificación del atentado suicida que mató a cincuenta y cuatro personas en la embajada de India en Afganistán. Según los partes militares, la agencia de inteligencia interceptó conversaciones telefónicas entre los insurgentes y los espías del ISI. Jalaluddin Haqqani, nuestro señor de la guerra, aliado de la CIA, aliado de los talibanes, aliado de Karzai, y aliado del ISI,

aparece según diversas fuentes como el auténtico organizador de este atentado. Eso sí, una información publicada por *The Times* el 3 de agosto de 2008 señala que en una reunión entre George Bush y el primer ministro de Pakistán, Yusuf Raza Gillani, el presidente texano mostró su enojo ante el suceso y el papel del ISI, advirtiéndole de que si se repetía algo similar podría tomar medidas severas en relación a la alianza entre los dos países.

Los mismos informes —no parece que el enfado de Bush fuera muy serio— indican que posteriormente el ISI ofrecía a los talibanes que asesinaran a ciudadanos indios entre 15 000 y 30 000 dólares. En ese mismo mes de agosto, otro de los informes habla del complot orquestado por el ISI junto a los insurgentes para asesinar y envenenar a Karzai. El plan fracasó. No así otro todavía más siniestro: preparar a niños para atentados suicidas. Según los expedientes de Wikileaks, en diciembre de 2007 los equipos de interceptación de comunicaciones captaron conversaciones de espías paquistaníes que estaban desarrollando esa macabra operación.

Lo expuesto hasta el momento nos ofrece una visión de conjunto bastante más real de lo que hasta ahora se nos había contado. Cuando, según los informes escritos por los diplomáticos y los partes de campo de los militares, la colaboración entre el ISI y los terroristas era un hecho, el Departamento de Estado daba a conocer a comienzos de 2005 su expediente sobre la lucha contra el terrorismo a nivel global. En el apartado dedicado a Pakistán, el gobierno de Estados Unidos decía lo siguiente: «Los servicios de seguridad de Pakistán están colaborando estrechamente con Estados Unidos en la eliminación de las amenazas terroristas en este país y en el entorno... Pakistán continúa su trabajo para derrotar a Al Qaeda y los grupos vinculados a esta organización. La alianza entre Estados Unidos y Pakistán en la lucha contra el terrorismo es muy amplia».

En su edición del año 2007, el informe decía: «Los servicios de seguridad de Estados Unidos y Pakistán, junto con los de otras naciones, luchan contra el terrorismo conjuntamente. Cientos de sospechosos de ser miembros de Al Qaeda han sido detenidos... Estados Unidos y Pakistán mantienen una amplia cooperación en la lucha antiterrorista así como proyectos de formación de larga duración».

En la actualización del informe en el año 2009, ya con Obama en el poder, se repetían consignas similares: «Mientras los terroristas han continuado utilizando la violencia contra la población de Pakistán, el gobierno ha conseguido significativos avances».

Las mentiras están quedando al descubierto. Quienes dicen que los informes de Wikileaks no contienen nada importante están equivocados. Quizá a algunos les falte voluntad para leer tantos papeles anodinos... Pero si hay alguna crítica que parece realmente ridícula es la tan extendida de «sólo son chismes, rumores, cotilleos...». Tal afirmación se ha podido escuchar de boca de algunas personas a

las que debe presumírseles disponer de cierta información. Entre las muchas cosas que no han leído, —quizá ese hábito no está tan presente en el mundo de los comunicadores como nos imaginamos, especialmente si la exclusiva es de otros o el trabajo exige más tiempo que el dedicado a echar un vistazo a la actualidad— quienes eso afirman, están los informes diplomáticos a los que hago alusión a continuación.

Los cables diplomáticos revelados a partir del 28 de noviembre de 2010 también demostraron que en Estados Unidos se conocían a la perfección las maniobras de Pakistán a favor de los grupos terroristas. Dichos escritos muestran cómo la preocupación de las autoridades norteamericanas se centraba en el arsenal nuclear de Pakistán, país que cuenta con varias decenas de bombas atómicas. La rivalidad con India es la causa de tal proliferación. Esta circunstancia ha sido uno de los principales puntos de interés del gobierno de Obama. Se señala en dichos escritos que George Bush firmó un acuerdo de colaboración nuclear con India que sería el origen de la tensión actual. Pero lo que lógicamente no cuentan los informes revelados por Wikileaks es que la principal razón por la que Bush puso material nuclear a disposición de India era beneficiar a empresas norteamericanas dirigidas por su siniestra camarilla.

En un cable diplomático elaborado en febrero de 2010 se hace alusión a la reunión de especialistas rusos y americanos. Uno de ellos, Yuri Korolev, a sueldo del Ministerio de Exteriores de Rusia, indica: «Hay 120 000 personas trabajando en los proyectos nucleares de Pakistán, en sus instalaciones o protegiéndolas. No hay manera de garantizar que todos sean leales y fiables... Las organizaciones extremistas tienen más oportunidades para reclutar gente que trabaje en los programas nucleares... Algunos han sido asesinados, otros secuestrados. No se ha vuelto a saber de ellos».

En esos mismos escritos, y también con Obama ya en el poder, la embajadora de Estados Unidos en Pakistán hace alusión a lo que aquí he expuesto: «El ISI debe acabar con el apoyo tácito o encubierto a los grupos terroristas que utilizan como herramientas de la política exterior... Debemos presionar al gobierno de Pakistán sobre la necesidad de dejar de usar a estos grupos como herramientas de la política exterior».

En dichos cables se teoriza sobre las razones del apoyo del ISI a estos grupos: «Si no atacaran en Afganistán, los talibanes buscarían objetivos en Pakistán». Y por esa razón apoyan a los grupos insurgentes en Afganistán. Es decir, que Pakistán buscaría con ese apoyo mantener el conflicto fuera de sus fronteras. Pero como hemos visto, ése no es el verdadero motivo. A la embajadora le faltaban piezas. O no se atrevía a exponer esas piezas en las comunicaciones que efectuaba para el Departamento de Estado. Es la doble moral de siempre: mientras los cables diplomáticos señalan que el riesgo del poderío nuclear de Pakistán es mayor que el de cualquier otro lugar del mundo, de cara a la opinión pública lo que se afirma es que el país más peligroso a este respecto es Irán.

En los escritos diplomáticos se explica que grupos especiales del ejército de Estados Unidos operan con plena libertad en las zonas tribales de la frontera entre Pakistán y Afganistán con el apoyo de los mandatarios paquistaníes. También señala la embajadora —en el año 2009— la existencia de matanzas extrajudiciales en el valle fronterizo de Swat. Dichas matanzas habrían sido cometidas por el ejército islámico, pero habrían sido silenciadas por Estados Unidos. Recordaré también que el hombre que encabeza el país es Asif Ali Zardari, a quien encumbramos a los altares en Occidente cuando su esposa Benazir Bhutto fue asesinada por terroristas islámicos. El crimen se cometió en plena campaña electoral, cuando la victoria de Bhutto estaba cantada. Iba a ser la primera ministra del país. Su esposo tomó el relevo y ganó. A ella la mataron grupos terroristas que estaban siendo apoyados por el ISI, por entonces controlados por el anterior presidente, el golpista y dictador Musharraf. Hasta aquí todo bien. El problema es que los informes revelados por Wikileaks muestran que el viudo siguió apoyando a esos grupos cuando alcanzó el poder. Según el enviado especial de la Casa Blanca a la región, Richard Holbrooke, Zardari tiene cada vez menos poder en el país, y el ejército y el ISI controlan las decisiones que toman los agentes uniformados y los espías. Señala la embajadora Anne Patterson que es imposible evitar que esa ayuda al terrorismo deje de ser efectiva por mucho dinero que Estados Unidos entregue a Pakistán con el objetivo de que Islamabad luche contra los talibanes.

Los informes diplomáticos indican que incluso el ejército de Estados Unidos valoró la posibilidad de bombardear los campos de refugiados en la frontera, así como los lugares en los que operaban las agencias de ayuda.

Según se afirma en los telegramas —originalmente los cables diplomáticos viajaban a golpe de telegrama, en los tiempos en los que internet aún era ciencia ficción—, a Pakistán no le gusta Estados Unidos. Y a Estados Unidos no le gusta Pakistán. Pero se necesitan y el uno no puede vivir sin el otro. Algo similar ocurre con los británicos. Según se lee en un cable diplomático datado el 28 de marzo de 2008, enviado desde la embajada de Londres a la Casa Blanca, se reproducen las afirmaciones de David Cameron a un senador norteamericano respecto a la problemática en Pakistán. En dicho texto se recuerda que Cameron seguramente alcanzará la jefatura del gobierno en el futuro —lo logró en las elecciones de 2010—, y que la situación allí resulta relevante para la seguridad del Reino Unido, ya que todos los años 60 000 paquistaníes llegan a Londres. Entre ellos —de ahí el temor— podría haber terroristas. «Si no cooperas con nosotros es imposible saber lo que puede ocurrir en Afganistán», le dijo el senador al futuro gobernante.

Pocas cosas cuadran. En un reporte de diplomáticos norteamericanos en diciembre de 2007 se indica que Pakistán recibió de Estados Unidos nada menos que setenta millones de dólares con el objetivo de mejorar sus sistemas de radares para hacer frente a los posibles ataques de la aviación talibán. Ese dinero desapareció en algún pozo del poder pakistaní, pero quien lo entregó tenía que

saber que los talibanes no tenían aviones de combate. O en esta suerte de relaciones maquiavélicas se nos escapa algo, o realmente las neuronas de alguno brillan por su ausencia, pero este tipo de donaciones son habituales en las relaciones internacionales cuando pretende utilizarse el dinero en algún tipo de operación encubierta.

En las conversaciones con la embajadora Patterson, el presidente de Pakistán se defendió de la escasa colaboración para hacer cumplir los mandatos de la ONU que exigían a Pakistán investigar las conexiones internas del atentado de Bombay, aludiendo a que el hermano del líder de la oposición, Nawaz Sharif, gobernador de la región de Punjab, donde se podían esconder algunas de las claves para resolver el verdadero origen de aquella matanza, no estaba colaborando para hacer cumplir la resolución de Naciones Unidas.

En la misma línea, los informes diplomáticos indican que el ISI se mostró sorprendentemente colaborador meses después. Se rebajó la tensión con India y, al mismo tiempo, se hicieron llegar a Israel informaciones sobre posibles atentados terroristas contra intereses judíos en aquel país. Mientras, el jefe de los espías paquistaníes viajó por varios países siguiendo las pistas proporcionadas por la CIA sobre los atentados, además de alertar de las sospechas de un nuevo atentado en India que pudiera tener como protagonistas a los miembros de células durmientes de Lashkar-e-Taiba. La buena actitud del ISI duró poco. Uno de los detenidos en las redadas contra el grupo fue Abdur Rehman Syed, un alto mando del ejército sobre el que recaían sospechas de colaboración con el citado grupo. Desde Estados Unidos, el FBI solicitó acceso al prisionero, pero el ISI se negó a darlo: «El FBI puede formular las preguntas que desee realizar a Syed a través del ISI».

En noviembre de 2009 se descubrió que el hermano del presidente afgano, cuyo nombre es Ahmed Wali Karzai, había trabajado durante años para la CIA. Una de sus misiones era reclutar paramilitares en la región de Kandahar, precisamente la provincia afgana en donde los talibanes se hicieron fuertes y de donde partió el mulá Ornar, presidente de Afganistán hasta el 11-S y líder de este grupo hoy considerado terrorista. Pero lo más sorprendente, y lo que más preguntas incómodas nos obliga a plantearnos, es que se ha descubierto que el hermano de Karzai es el propietario del lugar que fuera cuartel general del mulá Ornar en la ciudad de Kandahar. ¿Casualidad? Ese edificio es hoy el cuartel general de la CIA en ese país. Evidentemente, el hermano de Karzai ha negado las acusaciones. Eso sí, asegura haber ayudado a Estados Unidos para liberar al país de los talibanes. Pero según revela *The New York Times*, este hombre es también uno de los principales señores de la droga en el país. No deja de ser sorprendente. Contradicción permanente. Según la CIA, los talibanes se nutren y financian gracias al tráfico de opio. Y según fuentes de la CIA, el hermano de Karzai ha ayudado en la lucha contra los talibanes, pero resulta que él mismo es uno de los capos de la droga en el país. Todo esto sería incomprensible, a no ser que los enemigos no sean siempre tan enemigos y que lo que nos dicen desde el poder no sea siempre verdad.

En el año 2004, un periodista norteamericano llamado Gary Webb se suicidó. O lo suicidaron. Jamás pudo explicarse su muerte, que llegó cuando estaba siendo acosado por aquellos a quienes denunciaba, provocando en él una situación de miedo a doblar la esquina —y qué real es ese temor, bien lo sé— que lo llevaron al límite de sus fuerzas. Aunque eso hubiera sido la causa de su suicidio, no deja de ser un asesinato encubierto. Había ganado el premio Pulitzer, pero su última investigación iba mucho más lejos. Implicaba a los servicios de inteligencia de Estados Unidos en oscuras maniobras de financiación de operaciones ilegales mediante el tráfico de droga en América del Sur y Afganistán. No deja de ser importante señalar que, hasta la salida de los talibanes, la producción de opio en Afganistán no alcanzó cotas elevadas.

Fue tras la invasión soviética de este país cuando los llamados señores de la guerra iniciaron el cultivo. Desde este país, la heroína era trasladada a Pakistán, en donde se procesaba y desde donde entraba en el mercado mundial. Del beneficio de aquellas operaciones se obtenía capital para financiar la campaña de los soldados islámicos que se habían organizado en tiempos del gobierno de Carter y Reagan. Esos soldados, como ya he contado, habían sido instruidos y formados

por los servicios de inteligencia de Pakistán, con la ayuda de la CIA y del gobierno de Arabia Saudí, amigo de Occidente.

El hermano de Karzai ha sobrevivido a varios intentos de asesinato. Ahora, fuentes internas de la CIA han revelado cuál era el verdadero papel de este personaje. Entretanto, en la Casa Blanca, el gobierno de Obama se apresuró a señalar que no tienen constancia de que las acusaciones que se han formulado contra él tengan fundamento. De todas formas, los hechos son los hechos. Los talibanes prohibieron el cultivo de amapola, de donde sale la heroína, en el año 2000. La producción se redujo en el país el noventa por ciento.

Tras la invasión de octubre de 2001, el opio volvió a germinar. Y lo hizo, precisamente, en aquellas regiones en las que la presencia de las tropas invasoras era mucho mayor. Pese a todo, la CIA siempre acusó a los talibanes de ser los responsables del aumento en la producción de la heroína. Ahora se sabe que uno de los hombres de la CIA, y a la vez hermano del actual presidente, es, casualmente, uno de los grandes terratenientes de la droga. Y ese hombre es, también casualmente, uno de los hombres próximos a los talibanes.

Ofrezcamos datos oficiales. Pertenecen a la oficina de Naciones Unidas contra la droga y el crimen. Según esta organización, cuando los talibanes estaban en el poder, la producción de heroína en Afganistán era de 185 toneladas anuales. Con la llegada de Karzai al poder, la cifra ha alcanzado las 3400 toneladas. Es decir, la producción total se ha multiplicado por cuarenta.

The New York Times no fue el primer medio de comunicación que denunció vínculos entre la CIA y la familia Karzai. Ya en 2001, el periódico saudí llamado *Al Watan* publicó lo siguiente: «Karzai, el presidente, fue un agente bajo el control de la CIA a partir de los años ochenta. Colaboró con los servicios de inteligencia norteamericanos encauzando la ayuda a los talibanes a partir de 1994, cuando EE. UU., secretamente, y a través de los pakistaníes, refrendaba en el poder a los talibanes».

Además de esta referencia cabe citar otras. Hoy tampoco nos acordamos de que en 1995, hace casi quince años, el director de operaciones de la CIA en Afganistán, un hombre llamado Charles Cogan, admitió que su servicio de inteligencia había sacrificado la guerra contra la droga en el país para beneficiar una guerra que tenía por objetivo expulsar a los rusos de Afganistán.

Tiempo para las preguntas y las dudas. Y para la verdad...

A modo de recapitulación:

Los guerreros islámicos fueron apoyados por Afganistán en los años ochenta porque el objetivo era expulsar a los rusos de Afganistán. Fueron financiados con el dinero procedente del tráfico de droga, que repercutía directamente en Pakistán. Después llegó la guerra civil en Afganistán. La CIA apoyó a los talibanes porque este grupo apoyaba a las empresas petroleras norteamericanas. Entre los

agentes a sueldo en el país estaban los hermanos Karzai. Uno de ellos alcanzó la presidencia tras la expulsión de los talibanes mientras el otro, ahora acusado de seguir colaborando con la CIA, se convertía en un señor de la droga, al tiempo que la producción de heroína en el país alcanzaba sus mayores cotas. Las interpretaciones sobran. Del mismo modo que sobran las versiones oficiales: están siempre cargadas de mentiras.

Una de esas mentiras fue escenificada por el propio Obama cuando en 2009 dijo no tener ninguna prueba de que el hermano de Karzai estaba vinculado al mundo del tráfico de droga. Y digo que es mentira porque el 23 de febrero de 2010, el enviado de la Casa Blanca a la región, Frank Ruggiero —adjunto por entonces de Richard Holbrooke, que falleció en diciembre de 2010— le preguntó directamente al hermano de Karzai por sus oscuras actividades. Éste las negó. Pidió un polígrafo. E incluso aseguró haber contratado un abogado para limpiar su nombre. Sin embargo, en un cable diplomático emitido desde Kabul el 25 de febrero se hace alusión a esta sospecha, así como se manifiesta la incómoda presencia del hermano de Karzai en la vida política, religiosa y cultural de Kandahar.

En la reunión entre ambos —tensa por momentos, todo hay que decirlo— quedó patente que la colaboración entre el hermano oscuro del presidente y Estados Unidos data de 2001. Dicha colaboración se reafirmó tras la reunión, pese a que Ruggiero indica que es necesario vigilar de cerca al personaje, al que se da carta de libertad para diseñar la organización política de la región a partir de la influencia pastún y la participación de elementos radicales vinculados a los talibanes como medida para contener movimientos insurgentes. De no ser por Wikileaks, este pacto con el demonio no habría salido nunca a la luz. Eso sí, no deja de ser sorprendente la actitud de *The New York Times*, que si bien fue el periódico que desveló algunos puntos oscuros sobre Karzai, prefirió callar cuando el cable diplomático sobre el mismo personaje desveló que estaba colaborando con Estados Unidos en la reconstrucción política del país. A veces, los silencios son las mentiras más incómodas...

El Grupo de Tareas 373 —en términos originales, Task Forcé 373— fue creado con el objetivo de no dar cuentas ni asumir responsabilidades. Fue uno de los escuadrones de la muerte que el ejército de Estados Unidos diseñó con el objetivo de eliminar a miembros importantes del movimiento talibán.

En las guerras es una práctica habitual encargar a determinadas unidades los trabajos más sucios. Gracias a ello se libera de responsabilidad a la totalidad de las tropas y se focalizan en grupos más salvajes de uniformados —o grupos de uniformados salvajes, habría que decir— las acciones más destructivas. En este caso, los soldados que formaban parte de esta unidad llevaban uniformes sin identificar y sus cuarteles no se encontraban en la misma ubicación que el resto de tropas. Además, el mando conjunto de la fuerza multinacional, la ISAF, no recibía informaciones sobre las misiones que llevaban a cabo, y en los planos del país efectuados por los norteamericanos sus áreas de actuación se marcaban con cuadros en negro. Por desgracia para los dirigentes políticos y militares que encargaron la creación de este escuadrón de la muerte, un «enemigo» invisible iba a interceptar los partes de sus matanzas. El Grupo de Tareas 373 recibía cada semana una lista que se actualizaba constantemente. Es la llamada «lista negra», en la que están los blancos que hay que *kill and capture*, es decir, asesinar y capturar. Aparecieron en dicho listado hasta dos mil nombres. En octubre de 2009 la lista aún incluía los nombres y referencias de 2059 enemigos a eliminar extrajudicialmente.

El grupo tenía tres bases de asentamiento y apoyo en Afganistán y una cuarta, logística, en Alemania. Sin embargo, los soldados que pertenecían al grupo procedían del cuartel militar de Fort Bragg, en el estado de Carolina del Sur (Estados Unidos). Dicho cuartel tiene fama de ser uno de los más sanguinarios. Ahí se forma lo peor, aunque para el ejército son lo mejor. Los marines de Fort Bragg carecen de toda humanidad y criterio. Son brutales y no suelen plantear ningún tipo de duda a las misiones que se les encargan. En su novela *Emboscada en Fort Bragg*, el novelista Tom Wolfe describe con minuciosidad a los militares que acaban allí. Lo hace sin medias tintas, dejando en evidencia que se trata de personajes peligrosos y, a menudo, delincuentes que por su condición de militares siempre quedan impunes y no rinden cuenta de las violaciones y crímenes que cometen. Por otra parte, los helicópteros de apoyo que utilizan, los famosos Cobra y Chinook, forman parte del 160 Regimiento de Operaciones Especiales Aéreas, con sede en Georgia (Estados Unidos).

Uno de los ataques que efectuó el TF 373 aconteció el 17 de junio de 2007. La

misión que tenían era eliminar a un militar libio que, por razones no muy claras, se hallaba en Afganistán convertido en un importante miembro de Al Qaeda. De acuerdo con las informaciones de que disponían los militares, gracias a las referencias facilitadas por los servicios de inteligencia sabían que este personaje se encontraba refugiado en un lugar llamado Nangar Khel, un poblado situado en la provincia de Patitka. No lo querían vivo, porque presos como él suelen ser muy incómodos.

La unidad abrió fuego desde sus tanques contra los edificios del poblado. Además, utilizaron un moderno lanzamisiles que era capaz de disparar seis misiles al unísono. El resultado de la operación fue sobrecogedor: seis niños muertos. Pero del objetivo inicial de la misión no se halló rastro alguno. O las informaciones proporcionadas por inteligencia eran erróneas o el comandante libio pudo escapar a tiempo. En todo caso, la misión fue un infanticidio en toda regla. Los militares dieron media vuelta y se marcharon. En el informe que firmaron señalaron que la vigilancia que habían efectuado del lugar con anterioridad al bombardeo no había desvelado que en el lugar hubiera niños.

Cuando estos casos trascienden a la opinión pública, lo habitual es que los responsables de los servicios de comunicación militares empleen la estrategia de acusar a los enemigos de utilizar escudos humanos. Tal afirmación —utilizada desde hace muchos años en Israel para justificar las matanzas de civiles inocentes en los ataques a los territorios ocupados— apareció en un comunicado de la OTAN. No deja de ser llamativo que si hubieran dicho la verdad, en el informe rescatado por Wikileaks no se leería el sello *no form*, que se emplea para señalar que no hay que compartir la información sobre la operación con nadie.

Sobre este suceso se informó con tanta amplitud como opacidad. En los teletipos informativos dados a conocer por las agencias el día después de la operación militar, se alude al pánico de los civiles en la región debido a las permanentes operaciones norteamericanas, que habían causado en aquellos días la muerte de sesenta civiles. «La Casa Blanca acusó a los talibanes de utilizar escudos humanos», reza el teletipo difundido por Reuters el 18 de junio. Tres años después, los *war logs* de Afganistán dejaron al descubierto una verdad mucho más incómoda. «Es una tragedia que mueran inocentes, y nos afligimos cada vez que esto ocurre», aseguró el portavoz de la Casa Blanca, Tony Snow, quien en ningún momento mencionó que todas aquellas muertes de civiles inocentes estaban provocadas por un grupo de operaciones siniestro creado para matar sin miramientos.

Los informes de la guerra de Afganistán desvelan otras operaciones ejecutadas por el escuadrón TF 373, algunas de las cuales expongo a continuación:

11 de junio de 2007. Cuando la unidad paramilitar llegó al edificio en que suponían se escondía uno de los miembros de la lista negra, un fogonazo de luz procedente de una linterna cegó a uno de los soldados. Las poderosas

metralletas de los soldados americanos abrieron fuego a discreción. No hubo reacción. Después aparecieron los muertos: siete agentes de la policía afgana habían fallecido. Se habían equivocado de enemigo una vez más. El gobierno de Estados Unidos compensó económicamente a las familias de las víctimas. Los mandos militares aseguraron a las autoridades afganas que ellos mismos habían llevado al poder tras la época talibán que no se volvería a repetir un error de tal calibre. Y, otra vez, volvieron a equivocarse.

4 de octubre de 2007. Las informaciones de inteligencia llevaron al escuadrón a Laswanday. Los enemigos se resistieron. Los insurgentes abrieron fuego. Los paramilitares pidieron auxilio a los helicópteros. Murieron varios afganos. Según el informe, las víctimas fueron cuatro hombres, una mujer y un niño. El parte de guerra expone en la misma lista que murieron un burro, un perro y varias gallinas. Parecía una burla. Es una burla. «Ningún enemigo muerto, ningún enemigo detenido», concluye el parte de guerra.

24 de junio de 2009. El escuadrón se dirigió hacia la frontera con Pakistán. El objetivo a abatir era un líder talibán llamado Amir Jan Mutaki, sobre quien recaía la sospecha de varios ataques a convoyes de la ISAF. La misión se llevó a cabo por tierra y aire. Desde los helicópteros de apoyo se reventó la granja en la cual suponían que estaba el insurgente. Por tierra, una vez que se retiró el helicóptero, los soldados asaltaron al lugar. Murieron seis personas. Dentro del edificio se encontró material bélico y un buen número de los clásicos fusiles AK-47.

El escuadrón TF 373 sembró el pánico por todo el país. Sus hombres iban por libre. Mataban todos los días. Y cada día en un lugar distinto. Pero no sólo los norteamericanos disponían de un grupo operativo de estas características. También las tropas británicas tuvieron el suyo. Se llamaba Grupo de Tareas 55, y aunque la forma de actuación era bastante parecida, entre sus principios se indicaba la necesidad de acabar con la vida sólo de los insurgentes más agresivos. Su táctica, sin embargo, consistía en dejar con vida a los moderados, para posteriormente negociar con ellos su incorporación a la nueva estructura administrativa y social del país tras la guerra. Al igual que en los años de las dictaduras latinoamericanas, los pobres campesinos afganos vivían con el permanente temor de si aquel grupo —u otro similar— llegaba a su aldea para arrasarlo todo.

La victoria de Estados Unidos en Irak fue pura escenografía. La retransmisión en directo de la caída de la estatua de Saddam Hussein fue poco más que una puesta en escena que tenía por objeto enviar un mensaje a la población iraquí para mostrarles que el dictador ya no ocupaba su puesto y que el país había recuperado la libertad. Pero, sobre todo, el mensaje estaba dirigido a la opinión pública mundial, porque en realidad el júbilo de los habitantes de Bagdad no era tal —las imágenes de televisión estaban perfectamente medidas y estudiadas—. Más bien los poderosos ataques aéreos que en pocas semanas habían arrasado la antigua Mesopotamia resquebrajaron la sociedad civil, abriendo aún más las enormes brechas que separaban a las diferentes etnias, nacionalidades y cultos.

Pocos meses después del final de la invasión propiamente dicha —tras la caída de Saddam, la intervención inicial pasó a ser ocupación— la radiografía de la situación del país era la de una guerra civil en la que Estados Unidos y los aliados pretendían ser los árbitros. Pero desde un principio a la Casa Blanca la situación se le escapó de las manos. Los aliados se convirtieron en blancos de los diferentes bandos enfrentados, y Estados Unidos empezó a no tener ni idea de qué camino tomar ni a quién apoyar. Lo que sí tenían claro era que resultaba necesario tomar partido e intentar encauzar a algunos de los bandos hacia el poder que se había nombrado desde Washington.

En los casi medio millón de documentos dados a conocer por Wikileaks sólo unos pocos mencionan por su nombre a la Brigada Lobo. Se trata de un informe del 13 de diciembre de 2005 en el cual se alude a lo que un militar iraquí dice a un detenido: «Lo amenazó diciéndole que no vería nunca más a su familia y que sería enviado a la Brigada Lobo, donde sería sometido a todo el dolor y agonía que la Brigada Lobo practica con sus detenidos». En otros documentos, los redactores de uniforme caqui se cuidan de mencionar el nombre del escuadrón y se refieren a él como los grupos armados del Ministerio del Interior. Y se indica en alguna de esas anotaciones de campo, que iraquíes detenidos por los norteamericanos fueron entregados a ese cuerpo policial para que continuara los interrogatorios.

Poco a poco, si se van uniendo todos los datos que aparecen en los informes, queda claro que la Brigada Lobo tenía carácter oficial y que mantenía estrecha colaboración con los invasores. Finalmente, se descubrió que la Brigada Lobo —escuadrón que en pocos meses se convirtió en sinónimo de miedo— formaba parte de los grupos armados creados en el seno del Ministerio del Interior de Irak en el año 2004 para intentar manejar la deriva de la guerra civil.

El problema es que cuando se dan a conocer por parte de los grandes medios los datos extraídos de los informes relativos a la Brigada Lobo no se lleva a cabo

un ejercicio de periodismo correcto. La ausencia de fondo documental e informativo en el bagaje de los informadores reduce a una «anécdota» lo ocurrido con este grupo armado. Ni siquiera se puede analizar la Brigada Lobo sin salir del medio millón de documentos, pero en filtraciones anteriores que pasaron más desapercibidas se encuentran las claves del escándalo.

Vayamos por partes.

En esas fechas existían tres grandes grupos sectarios en Irak. Por un lado estaban los grupos de credo suní, que era el que predicaba y apoyaba Hussein en detrimento de los chiíes, la rama del Islam que se profesa en Irán y que en el país ocupado está representada por el ejército del Madhi, las también llamadas Brigadas de Múqtada al Sáder, el clérigo más poderoso de este culto y que fue, poco a poco, imponiéndose en la guerra civil. Es por ello que muchos ya señalaban por entonces que la guerra no la estaban ganando ni Irak ni Estados Unidos, sino Irán. Por otro lado, el tercer sector en combate son los kurdos, con guerrillas como los peshmerga, que representaban las ansias de independencia de la región del Kurdistán, al norte de Irak.

El primer protagonista de esta historia es Paul Bremer. Había sido nombrado administrador de Irak por parte del presidente de Estados Unidos. Algo así como una especie de presidente en la sombra. Ante el cariz de los acontecimientos que ensangrentaban al país, decidió incluir a las fuerzas sectarias de credo chií en los mismos cuerpos de seguridad que se estaban reconstruyendo. Era una forma de aliarse con el nuevo enemigo —Irán—, ya que el Irak de Saddam era suní. Y, por otro lado, estas milicias proporcionaban un marco perfecto para influir en el conflicto social sin tener una participación directa. Junto a Bremer, el general David Petraeus, el máximo responsable del Ejército de Estados Unidos en Irak, fue el auténtico ejecutor del desastroso plan.

Un inciso: entre los disidentes del fenómeno Wikileaks, algunos de los más sensatos han esgrimido por diferentes razones que las filtraciones de los *war logs* pueden haber sido dirigidas intencionadamente por un sector del Pentágono opuesto a los gestores de la invasión enviados por Bush. Señalan incluso que existe una suerte de guerra civil en el seno del ejército norteamericano en cuyo transcurso no se descartan maniobras que tengan por objeto «empapelar» a quienes ejecutaron casi todas las barbaridades citadas.

Al frente de la brigada se situó a un oscuro personaje llamado Abu Waleed, quien anteriormente había formado parte del ejército de Saddam y que ahora, dólares en mano, se pasaba al otro lado. Se ha calculado en varios miles de millones de dólares el dinero empleado por Estados Unidos en la creación de estos grupos paramilitares. En el caso de la Brigada Lobo, sus más de 2000 miembros actuaban por todo el país como una policía sin normas que, a menudo, ejecutaba los planes norteamericanos para detener a sospechosos de formar parte de la insurgencia iraquí. Además, al estar vinculados al Ministerio del Interior,

podían convertirse en algo así como el buzón de entrega de todos los presuntos terroristas que eran capturados por los norteamericanos.

En varios informes, algunos de los cuales ya he citado anteriormente, los soldados recuperaban cuerpos sin vida de algunos personajes que presentaban rastros de haber sufrido intensas torturas. Aunque no hay un vínculo directo, en muchos casos puede pensarse que fueron los policías paramilitares de la Brigada Lobo los que cometían tales ejecuciones. Y que a ellos pertenecían aquellos «pozos» que parecían ser salas de tortura.

El periódico *The New York Times* desveló quién fue el hombre que entrenó a «los boinas rojas con gafas de sol» —esta característica estética de los dos mil hombres de la brigada era un signo distintivo—, y se trataba de un viejo conocido: un veterano coronel del ejército de Estados Unidos llamado James Steele. Su sola presencia sirve para que nos demos cuenta de qué tipo de grupo era la Brigada Lobo. Y es que Steele fue en los años ochenta el ideólogo y «entrenador» de los escuadrones de la muerte de El Salvador...

Conviene ofrecer algunos apuntes sobre el conflicto de El Salvador. La guerra comenzó en 1980, casi al mismo tiempo que Ronald Reagan llegó al poder en Estados Unidos con su ideología radical en contra de cualquier cosa que le sonara a comunismo. Se creía un enviado del cielo para acabar con el mal rojo. Y El Salvador se convirtió para él en uno de los frentes de su batalla. Allí, hacía diez años que se había organizado un poderoso movimiento campesino y obrero que empezó a «molestar» demasiado al poder. El país llevaba medio siglo sufriendo sangrientas dictaduras militares. Aunque en la década anterior ya se habían celebrado varios comicios, los resultados siempre fueron amañados.

Una junta cívico-militar asumió el control de la situación en 1979. Meses más tarde se produce un hecho que marca un antes y un después. Se trata del asesinato el 24 de marzo de 1980 del arzobispo Óscar Arnulfo Romero, un sacerdote que se caracterizó por la lucha a favor de los derechos humanos. Pertenecía a la llamada Teología de la Liberación, movimiento religioso que se convirtió en el foco de los odios del papa Juan Pablo II y del mencionado Ronald Reagan.

Tras aquello, los grupos sociales rebeldes se organizaron bajo el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Países como Francia o México reconocieron el valor representativo del grupo, cuyas facciones armadas pusieron en jaque al poder militar. La guerra había comenzado. Fueron doce años terribles en los que la violencia del gobierno militar —la directa, y la ejecutada a través de los grupos paramilitares— no fue suficiente para doblegar a los ciudadanos armados que luchaban por la instauración de la democracia. Finalmente, en enero de 1992 se firmaron los acuerdos que establecían la paz y el orden, aunque por el camino no pocos lograron un blanqueamiento de su expedientes, pese a que la ONU abrió la Comisión de la Verdad, que dejó al descubierto el saldo de víctimas de la guerra: 75 000 muertos, 8000 desaparecidos y más de un millón de exiliados. Todo esto en un país de menos de siete millones de habitantes.

La Comisión de la Verdad atribuyó el 85 por ciento de las víctimas a la acciones de los escuadrones de la muerte apoyados por Estados Unidos a petición de Ronald Reagan. El hombre a quien se le pidió que organizara todo aquello — bajo cuyo mando se pusieron cincuenta y cinco oficiales de inteligencia del país— era ni más ni menos que Jim Steele, el mismo que entrenó a la Brigada Lobo y a los otros grupos armados que camparon a sus anchas en Irak. Él fue el responsable último de las ejecuciones, asesinatos legales y torturas que fueron el pan de cada día en El Salvador, país que no fue el único en sufrir la acción de estos grupos apoyados por Washington, que los usarían cada vez que los gobiernos títeres que

habían sido sustentados por la Casa Blanca tenían que enfrentarse al alzamiento de los colectivos obreros y campesinos.

El propio Julián Assange escribió en 2008 sobre este asunto. Por aquellas fechas, el editor de Wikileaks redactaba numerosos artículos en diferentes páginas web y en la suya propia, en la que publicaba desde valoraciones sobre la política hasta informaciones sobre la libertad en Internet pasando por poesías y reflexiones filosóficas. Pronto centraría todos sus esfuerzos en las filtraciones de Wikileaks, pero algunos de sus trabajos resultaban verdaderamente interesantes. Se lo «acusa» de no ofrecer lecturas periodísticas a las informaciones que filtra, pero todo tiene sus matices, porque hasta la publicación del vídeo «Asesinato colateral», las revelaciones de Assange y su equipo iban acompañadas de textos atrevidos y directos. Después —quizá en parte por el enorme volumen de la información captada— dejó de hacerlo con los partes de guerra de Afganistán e Irak y recuperó la costumbre con el *cablegate*, si bien en esa ocasión dejó que fueran otros quienes hicieran ese trabajo, en parte para confirmar su desafío: «Entregamos la información a los medios y a ver qué hacen».

La fecha de esta filtración es el 25 de junio de 2008. Con esa fecha, Wikileaks daba a conocer un expediente de 219 páginas titulado *Técnicas y Procedimientos de Tácticas de Defensa Interiores en el Extranjero para las Fuerzas Especiales*. Dicho texto fue elaborado en 1994 y revisado en 2004, con la orden expresa de enviarlo a los altos mandos del ejército y al cuartel militar de Fort Bragg. Assange decía que el documento podría haberse titulado: «Lo que aprendimos sobre el manejo de escuadrones de la muerte y el apuntalamiento de gobiernos corruptos en Latinoamérica y cómo aplicarlo en otros sitios».

El sobrecogedor informe fue verificado por fuentes militares. Y el objetivo de la puesta en práctica del manual es claro: «Las operaciones de Defensa Interna en el Extranjero (FID) tienen el propósito de sostener a un gobierno amigo que se enfrenta a una revolución popular o a la insurgencia guerrillera. Las intervenciones de la FID son a menudo encubiertas o casi encubiertas debido a la naturaleza impopular del gobierno que está siendo apuntalado».

A la hora de resumir el contenido del informe, el australiano resulta directo y demoledor en su estilo: «El manual propugna directamente el entrenamiento de paramilitares, la vigilancia generalizada, la censura, el control de la prensa y restricciones a los sindicatos y partidos políticos. Propugna directamente allanamientos sin mandato judicial, la detención sin acusación y la suspensión del *habeas corpus*».

Realmente, el Assange de 2008 es más atrevido en sus planteamientos que el Assange de 2010. El de entonces sería calificado por los grandes medios como un «conspiranoico», pero el de ahora no. Aunque no es que Assange haya cambiado, sino que ha preferido modificar su apariencia —que no el fondo— para granjearse la confianza de esos grandes medios a los que necesita para alcanzar impacto y, a la

vez, para ponerlos a prueba, sin olvidar que de esta forma conseguía que los grandes medios se acercaran a él con menos recelo y lo apoyaran sin excesivas disensiones en los duros momentos de la persecución que ha sufrido. Y continúa:

«El informe aboga directamente por el empleo de terroristas, o de procedimientos terroristas por individuos que no lo son, realizar operaciones bajo bandera falsa y ocultar abusos de derechos humanos ante los periodistas. Y defiende repetidamente el uso de subterfugios y operaciones psicológicas para que estas medidas, y otras de control de población y recursos, sean más aceptables».

Para Assange resulta básico ese concepto: falso terrorismo (y el aprovechamiento del real). Y los diferentes informes que ha revelado durante el año 2010, que en muchos casos no han sido analizados en su contexto, sí sugieren esa posibilidad. La expresión «bandera falsa» es muy utilizada actualmente por muchos individuos que están convencidos de que los grandes atentados de Al Qaeda son más bien fruto de maniobras de inteligencia que tienen como objetivo ejecutar la agenda bélica —e imperialista, además de económica— de Estados Unidos en el mundo; lo que hemos visto sobre el patrocinio del terrorismo por parte del ISI de Pakistán es una buena muestra de ello.

A continuación expongo algunos de los elementos más jugosos de este siniestro informe en cuya cabecera se indica que el expediente debe destruirse «por cualquier método que pueda impedir la revelación del contenido o la reconstrucción del documento». Veamos:

Ejemplos de medidas de contrainteligencia a utilizar

- Investigación de antecedentes y de historiales de personas en posiciones confidenciales y de personas cuya lealtad pueda ser cuestionable.
- Mantenimiento de archivos sobre organizaciones, lugares e individuos de interés para la contrainteligencia.
- Inspecciones de seguridad interna de instalaciones y unidades.
- Control de movimiento de civiles dentro de áreas controladas por el gobierno.
- Sistemas de identificación para minimizar la posibilidad de que los insurgentes ganen acceso a instalaciones o se muevan libremente.
- Allanamientos e incursiones no anunciadas contra presuntos sitios de reunión.
- Censura.

Las operaciones psicológicas son fundamentales para el éxito del PRC (Control de Población y Recursos). Para obtener máxima efectividad, un gran esfuerzo en operaciones psicológicas es dirigido hacia las familias de los insurgentes y su base de apoyo popular. La estrategia de PSYOP (Operaciones Psicológicas) trata de hacer que la imposición de control sea más aceptable para la gente al relacionar la necesidad de controles con su seguridad y bienestar. Los esfuerzos de PSYOP

también tratan de crear una imagen favorable del gobierno nacional o local y de contrarrestar los efectos del esfuerzo de la propaganda insurgente.

Medidas de control

Las Fuerzas Especiales de Estados Unidos pueden aconsejar y ayudar a las fuerzas de la nación anfitriona en el desarrollo e implementación de las medidas de control. Entre estas medidas están las siguientes:

- **Fuerzas de seguridad:** La policía y otras fuerzas de seguridad utilizarán las medidas de PRC para privar de apoyo al insurgente. Las operaciones psicológicas adecuadas ayudan a que esas medidas sean más aceptables para la población explicando su necesidad.
- **Restricciones:** Derechos sobre la legalidad de la detención o encarcelamiento de personas; por ejemplo, el *habeas corpus*. Esta medida debe ser adoptada como último recurso, ya que puede suministrar a los insurgentes un tema efectivo de propaganda. Las medidas también pueden incluir toques de queda o cortes de luz, restricciones a los viajes..., registros y sistemas de pases..., puntos de control, cacheos, vigilancia, censura y control de la prensa, y otras restricciones que se puedan aplicar a grupos seleccionadas (sindicatos, partidos políticos, etc.).

Consideraciones legales

En países donde las autoridades gubernamentales no tienen una amplia flexibilidad en el control de la población, debe ser promulgada una legislación especial o de emergencia. Esta legislación de emergencia puede incluir una forma de ley marcial, permitiendo al gobierno los allanamientos sin mandato judicial, detener sin presentar acusaciones formales y ejecutar otras acciones similares.

Operaciones psicológicas

Pueden apoyar la misión desacreditando a las fuerzas insurgentes ante grupos neutrales, creando diferencias entre los propios insurgentes y apoyando programas de tráfugas. También son importantes programas nacionales para ganar insurgentes para el lado del gobierno con ofertas de amnistía y recompensas. Los motivos para la entrega pueden variar de las rivalidades personales y amargura a la desilusión y el desaliento. La presión de las fuerzas de seguridad tiene poder persuasivo.

El personal de inteligencia debe reunir todos los datos posibles sobre miembros de la resistencia. Información detallada sobre sus casas, familias, educación, historial laboral y asociados, son características importantes de la inteligencia a corto plazo.

La destrucción de sus unidades tácticas no es suficiente para derrotar al enemigo. Las células o la infraestructura clandestinas de los insurgentes deben ser neutralizadas... La eliminación de la infraestructura dentro de un área logra dos objetivos: asegura el control gubernamental del área y corta las principales fuentes de inteligencia del enemigo. Un centro de comando de inteligencia y operaciones es necesario a nivel de distrito o provincia.

La naturaleza altamente especializada y delicada de la captación de inteligencia clandestina exige agentes especialmente seleccionados y altamente entrenados. La información de fuentes clandestinas es a menudo altamente confidencial y requiere un estrecho control para proteger a la fuente.

La localización, evaluación y reclutamiento de un agente no es un proceso. Todos los agentes son observados de cerca, y los que no son fiables son relevados. Es mejor tener pocos agentes bien centrados, fiables y más económicos que una gran cantidad de agentes ineficaces.

Cada vez que un sospechoso es detenido durante una operación, tiene lugar un interrogatorio apresurado para obtener información inmediata que podría ser de gran valor táctico.

Operaciones especiales de captación de inteligencia

Técnicas y fuentes, como son las operaciones dobles o falsas, pueden ser probadas y utilizadas cuando es difícil obtener información de la población civil. Estas pseudounidades están usualmente compuestas de exguerrilleros y personal de las fuerzas de seguridad que aparentan ser insurgentes. Circulan entre la población civil y, en algunos casos, infiltran agentes de seguridad que se hacen pasar por insurgentes. Se infiltran en unidades de la guerrilla para reunir información sobre movimientos de la guerra y su infraestructura de apoyo.

Hay que utilizar mucho tiempo y esfuerzo para persuadir a insurgentes para que cambien de lado y sirvan con las fuerzas de seguridad. Los posibles candidatos deben ser adecuadamente seleccionados, dándoles a continuación la opción de servir con las fuerzas de seguridad.

Unidades de las fuerzas de seguridad gubernamentales y unidades de diversa índole han sido utilizadas para operaciones de infiltración contra fuerzas clandestinas y de la guerrilla. Han sido especialmente efectivas en la obtención de información sobre la seguridad y los sistemas de comunicación clandestinos... Antes de que una unidad semejante pueda ser adecuadamente entrenada, hay que reunir mucha información sobre la apariencia, las formas de actuar y los procedimientos de seguridad de las unidades del enemigo. Los tráfugas también pueden ser excelentes instructores y guías para una unidad de infiltración. Al utilizar un equipo camuflado, los hombres seleccionados deben ser entrenados y orientados para que parezcan y actúen como auténticas unidades clandestinas o de

la guerrilla.

CSDF: Fuerzas de autodefensa

Cuando una aldea acepta el programa de CSDF, los insurgentes no pueden optar por ignorarlo. Si no se castiga a la aldea, alentará a otras aldeas a aceptar el programa CSDF del gobierno. Los insurgentes no tienen otra alternativa; tienen que atacar a la aldea de las CSDF. En cierto sentido, la efectividad psicológica del concepto de las CSDF comienza a trastocar la estrategia insurgente de presentar al gobierno como represor. Obliga a los insurgentes a cruzar el umbral crítico —el de atacar y matar a la misma clase de gente que están liberando.

Para tener éxito, el programa de las CSDF debe tener apoyo popular de los directamente involucrados o afectados. El campesino promedio normalmente no está dispuesto a luchar hasta la muerte por su gobierno. Este puede haber sido una sucesión de dictadores corruptos y burócratas ineficientes. Esos gobiernos no son el tipo de instituciones que inspiran sentimientos de lucha hasta la muerte del campesino. La aldea o ciudad, sin embargo, es algo diferente. El campesino promedio luchará más por su casa y por su aldea de lo que luchará el gobierno. El concepto de las CSDF involucra directamente al campesino en la guerra y la convierte en una lucha por la familia y la aldea en lugar de una lucha por algún gobierno lejano irrelevante.

Los miembros de las CSDF no reciben pagas por sus deberes civiles. En la mayor parte de los casos, sin embargo, obtienen beneficios del servicio voluntario... En El Salvador, el personal de las CSDF recibió una póliza de seguro de vida financiada por Estados Unidos en la que la mujer o el pariente más cercano era el beneficiario.

La organización de una CSDF puede ser similar a la de un grupo de combate. Esta organización es efectiva tanto en contextos rurales como urbanos... Cada equipo consta de un jefe de equipo, un ayudante del jefe, y tres células de tres hombres cada una. Esta organización puede ser modificada en función de la cantidad de ciudadanos disponibles.

El entrenamiento con armas es fundamental. La pericia con las armas decide el resultado de una batalla y debe ser subrayada. De igual importancia es el mantenimiento y el cuidado del material. A los miembros de la CSDF se les enseña puntería básica con rifles.

Consejeros militares

La presión psicológica sobre los homólogos de la nación anfitriona puede a

veces resultar exitosa. Las formas de presión psicológica pueden variar desde lo obvio a lo sutil. El consejero nunca aplica amenazas, presión o intimidación directas sobre su homólogo. La presión psicológica indirecta puede ser aplicada llevando el problema más arriba en la cadena de mando, o a un comandante estadounidense de rango más elevado.

Apoyo de operaciones psicológicas

La introducción de asesores militares requiere la preparación de la población con la cual los consejeros van a trabajar. Antes de que los consejeros entren en un país, el gobierno de la nación anfitriona explica cuidadosamente su introducción y subraya claramente los beneficios propagandísticos que los insurgentes pueden obtener como resultado de esta acción.

Control de Población y Recursos

Los asesores ayudan a sus homólogos en el desarrollo de planes adecuados de control y en programas de entrenamiento para medidas del PRC. También ayudan a coordinar planes y solicitudes de materiales y proponen recomendaciones para mejorar la efectividad general de las operaciones: seleccionar, organizar y entrenar a fuerzas paramilitares e irregulares; desarrollar actividades de operaciones psicológicas; coordinar actividades a través de un centro de coordinación de área...

El manual que he expuesto y que Wikileaks liberó justo dos años antes de los informes de Afganistán e Irak bien puede parecer un manual de cómo hacer la guerra de guerrillas en que se puede convertir la realidad del país ocupado, cuando la invasión ya ha desplazado al poder pero abre la puerta, al tiempo, a un conflicto civil. Se puede comprender lo ocurrido en ambos países a tenor de informes como el presentado, elaborado para establecer pautas a seguir cuando Irak empezó a mostrar un manifiesto conflicto civil entre los diferentes credos del islam que convivían en el país.

El Salvador fue la escuela primaria. E Irak y Afganistán el instituto. Seguramente, la transparencia futura a que obliga el fenómeno de Wikileaks —al menos, ése es el deseo— hará que sea más difícil que llegue una guerra que se convierta en la universidad. Pero también puede ocurrir lo contrario: que el Gran Hermano del pueblo tenga que enfrentarse a un poder todavía más opaco y alejado de los ciudadanos. Sólo el tiempo lo dirá, pero si en el futuro aparece un nuevo Task Forcé 373 o una nueva Brigada Lobo, seguramente será más difícil que el mundo no perciba que todo es una maniobra en la que, incluso, los «buenos» pueden llegar a convertirse en terroristas que matan a los suyos para conseguir

unos objetivos que, en la guerra, no suelen ser más que estratégicos y comerciales.

A Assange, cuando leyó los partes de las guerras, de inmediato le vino a la mente el informe que había cazado en 2008. Por desgracia, a los medios de comunicación se les olvidó —voluntaria o involuntariamente— buscar en otros archivos documentos que ayudan a comprender mucho mejor el mundo que ha puesto sobre la mesa esta guerra informativa entre Assange y el poder mundial. Y entre esas milicias y ejércitos paralelos creados en la guerra de Irak, hay otro que conviene mencionar.

Varios de los informes relativos a la guerra de Irak hacen alusión a otra de las milicias de corte paramilitar creadas por Estados Unidos. Uno de esos partes hace referencia a un suceso ocurrido el 31 de diciembre de 2009, cuando varios proyectiles impactaron contra una base americana en las proximidades de Bagdad. Los soldados, que estaban celebrando los fastos de fin de año, tuvieron que activar sus mecanismos de alerta y rápidamente detuvieron a los responsables de los actos. Se trataba de una familia —el padre y sus tres hijos— que según las informaciones de los servicios de inteligencia habían sido miembros de Los Hijos de Irak, una milicia suní (la rama del islam de Saddam y propia de los países árabes, diferentes a la rama del islam a la que pertenecía la Brigada Lobo, propia de Irán).

Este asunto nos sitúa en la región de Anbar, la más grande de Irak, que ocupa todo el sureste del país. A nivel estratégico es una región complicada. Comparte frontera con Arabia Saudí por el sur y con Siria por el este. Y entre ambas fronteras también comparte vecindad con Jordania. Es difícil resumir la complejidad de la cuestión: Siria sería enemiga de Estados Unidos y amiga de Irán, mientras que Arabia Saudí es enemiga de Irán —más de lo que parecía, puesto que los cables diplomáticos revelados por Wikileaks han presentado a la monarquía saudí como feroces enemigos de los iraníes, a quienes pidió bombardear para evitar que desarrollaran su programa atómico—, y por su parte, Jordania mantiene difíciles relaciones con Irán, y la ambigüedad de su reino lo sitúa en la órbita de Estados Unidos, pero con un más que profundo sentimiento entre su población a favor de la causa Palestina y en contra de la nueva Irak.

Sirva señalar que en esta región, en la zona más próxima al centro del país y, por tanto, la más alejada de las fronteras citadas, se encuentra Faluya, la ciudad que sufrió los mayores daños durante la ocupación; y no lejos de allí, la prisión de Abu Ghraib. Sin embargo, si trasladamos al plano de Irak —los gráficos lo efectuó *The Guardian* en función de los informes revelados— la ubicación de las víctimas del conflicto, en la región de Anbar apenas hay puntos rojos (muertos). Se concentran, únicamente, en los distritos del norte de la región, donde está Faluya.

Con la guerra y el cambio de gobierno provocado por Estados Unidos, los suníes —el 35 por ciento de la población— perdieron el poder, y los chiíes —el 63 por ciento— lo ocuparon, lo que a la postre significaba un acercamiento a Irán y un alejamiento todavía mayor de Arabia Saudí, cuyo credo religioso —que no político, aparentemente, pese a que los cables diplomáticos publicados ponen en evidencia que las élites petroleras apoyan económicamente las redes terroristas—

abrazan los movimientos vinculados a Al Qaeda.

A los pocos meses de empezar la guerra, el escenario en esta región podía cambiar. El dominio de la frontera con Siria por parte de la tribu Abu Mahals se vio amenazado por los grupos vinculados a Al Qaeda —en realidad se trata de insurgentes de diverso tipo que son bautizados así por Occidente—, y ofrecieron a Estados Unidos una propuesta de colaboración a cambio del suministro de ayuda económica y armamentística. A los hombres de George Bush la propuesta les pareció de lo más interesante, porque de esta forma se situaban en la frontera con Siria, país que en esas fechas estaba en la lista de posibles naciones a ser invadidas. Además, la tribu citada mantenía el control absoluto del tráfico de cualquier cosa legal y, sobre todo, ilegal.

El líder del movimiento, un jeque llamado Abdul Sattat Buzaigh al-Rishawi, organizó a todos los miembros de sus tribus bajo la denominación de «El despertar de Anbar». Después murió en un atentado, pero el colectivo siguió intentando frenar los avances de Al Qaeda; al parecer, sin demasiado éxito. Fue a partir de 2008 cuando Estados Unidos articula los mecanismos para establecer acuerdos con los 54 000 hombres que forman parte del movimiento ya conocidos como los Hijos de Irak. Y se les encarga a ellos el control —no reconocido oficialmente— de la región y la lucha contra los grupos sunitas. Sin embargo, las diferentes fuentes coinciden en señalar que hay un enorme caos y que no existe un control único sobre este «ejército». Unos apoyan a Al Qaeda, otros a Estados Unidos y otros a las fuerzas insurgentes iraquíes...

Pese a todo, a partir del año 2007 los Hijos de Irak se convierten en un ejército de control ciudadano. Les encargan la vigilancia de la convivencia así como la protección de numerosos objetivos estratégicos y comerciales que desean ser resguardados por Estados Unidos. También se convierten en los cuerpos encargados de ir cazando a los enemigos a quienes se señala como objetivos a eliminar. Pero el caos sectario acabó provocando que, finalmente, fueran los sectores sunitas los que dominaran a los Hijos de Irak frente a los chutas. Para algunos esto se traduce en Al Qaeda contra el gobierno de Irak. Todo es, sin embargo, mucho más complejo.

El gobierno de Irak (chiíta) expresó su desconfianza a Estados Unidos. Al mismo tiempo, algunos informes de inteligencia mostraban su preocupación por el hecho de que Al Qaeda estuviera logrando controlar al grupo que, precisamente, había nacido para frenar su avance en la región fronteriza. Sólo que, en ese momento, los escuadrones de los Hijos de Irak ya estaban empleados y contratados —a veces por las empresas privadas americanas que hacen su agosto en el país— por todo el territorio.

El 17 de mayo de 2008, uno de los informes militares señala: «Hay un esfuerzo de Al Qaeda para infiltrarse en los Hijos de Irak de Samarra con el fin de desacreditar y desarticular a los Hijos de Irak».

Las dudas sobre el nivel de compromiso de los Hijos de Irak hizo que en enero de 2009, cuando se empezaron a trazar los planes para una futura retirada, a las milicias en cuestión se las fuera arrinconando poco a poco y sólo unos pocos miles de las decenas de millares de sus miembros recibieran contratos para formar parte de los nuevos cuerpos de seguridad. El aislamiento en la organización del futuro en Irak provocó una rivalidad cada vez mayor entre las nuevas fuerzas de seguridad y los escuadrones de los Hijos de Irak.

La situación fue complicándose. Un informe del 28 de febrero da cuenta de un atentado suicida con seis víctimas. Tras la investigación de los hechos, el relator telegrafía: «Intento de intimidar el funcionamiento de las fuerzas iraquíes. Al Qaeda y elementos muyahidin han cambiado su enfoque. Tensión entre las fuerzas de Irak y los Hijos de Irak». Días más tarde, otro informe con fecha 1 de abril alerta sobre las campañas de propaganda de Al Qaeda para captar a Hijos de Irak, aunque el lugar en donde se produce el intento de captación aparece censurado: «Cuatro hombres con pasamontañas distribuían panfletos declarando que los Hijos de Irak y la policía iraquí debían unirse [a ellos]. Cuatro hombres de negro han sido vistos en un vehículo en la puerta».

Pero en contradicción con estas «sospechas» de los autores de los informes, existen numerosos partes que no reflejan el control de los Hijos de Irak por parte de Al Qaeda. Por ejemplo, el 2 de junio de 2006, en un *check point* —en muchos casos, los Hijos de Irak fueron los encargados de los puntos de control en las vías de comunicación y transporte— en Baqubah, «un número indeterminado de atacantes abrió fuego contra los Hijos de Irak, que repelieron el ataque y obligaron a huir a los miembros de Al Qaeda». Dos días después, una bomba escondida en una bolsa provocó la muerte de seis Hijos de Irak. Y así, cada pocos días, estos combatientes locales contratados por Estados Unidos fueron poco a poco cayendo pese a que sobre ellos empezaron a cundir ciertas sospechas.

Después, los aliados acabarían convirtiéndose en enemigos.

El 21 de agosto de 2009, un informe indica: «Patrulla formada por el ejército iraquí y soldados de Estados Unidos fue atacada con armas de fuego de poco calibre cerca de Hawijah. Los dos atacantes eran miembros de los Hijos de Irak».

Y tras una decena más de ataques que tienen teóricamente el mismo origen, ocurre el citado del 31 de diciembre de 2009, atribuido por los informes a una familia entera cuyos miembros eran Hijos de Irak que se habían quedado fuera de los planes del gobierno a la hora de ser contratados para el futuro como miembros de uniforme de las futuras fuerzas de seguridad del país.

Los informes revelan, pese a lo que se transmite a la opinión pública, que esos atentados atribuidos a los Hijos de Irak son algo más que ataques de Al Qaeda —la versión oficial—, ya que se trata en realidad de atentados que tienen por objeto una reclamación social y laboral en un contexto en el cual decenas de miles de hombres estaban perdiendo las perspectivas de futuro granjeadas durante los años

en los que sirvieron como fuerzas paramilitares al servicio de Estados Unidos. Se sentían traicionados, y, en consecuencia, orquestaron venganzas aisladas y sin criterio bélico. Nada de esto estaba previsto, salvo que, en realidad, mantener enfangado al país siga siendo una excusa para prolongar en el tiempo la presencia militar.

El convoy norteamericano circulaba por la carretera de Jalalabad. Los blindados militares tienen libertad de circulación por todo el país y preferencia de paso en cualquier momento. Cuando los Humvees están sobre el asfalto nada los debe detener, y los coches locales deben hacerse a un lado y detenerse en el arcén. Aquel 4 de marzo de 2004, un ataque suicida contra los todopoderosos vehículos norteamericanos desencadenó un grave enfrentamiento entre las tropas norteamericanas y los insurgentes. En un principio, las cifras hablaban de ocho víctimas, luego la cifra subió a catorce. Finalmente, el propio ejército norteamericano admitió diecinueve fallecidos en respuesta al atentado.

Nunca hubo transparencia sobre el incidente. Quedó claro que, en principio, el convoy fue atacado por una furgoneta bomba que hirió a un marine. Varios periodistas se acercaron a la zona, pero las presiones por parte de los soldados norteamericanos sobre los reporteros gráficos impidieron que las imágenes del suceso trascendieran. El cerco fue roto por reporteros de Al Jazeera. Ante las dudas de lo que realmente ocurrió —a todas luces parecía una respuesta exagerada—, se abrió una investigación oficial. En esta ocasión, las autoridades reconocieron que se usó una fuerza desmedida. Los muertos tampoco eran enemigos, como se había dicho en un principio.

La revelación de los partes de guerra de Afganistán ha puesto sobre la mesa el informe del incidente. Y ahora ya se sabe con toda seguridad que, tras el ataque suicida, los miembros del convoy iniciaron la huida del lugar abriendo fuego contra todo lo que se movía (y lo que no también). Los coches que se habían hecho a un lado fueron acibillados, así como los civiles que se encontraban en la zona. Las ejecuciones —no fueron otra cosa; mientras que las autoridades hablan de errores o daños colaterales— ascendieron a diecinueve. Y episodios de estas características se repitieron a cientos mientras duró la guerra.

Hubo muchos casos de estas características. Miles de muertos que eran civiles y que para engañar se dijo que eran combatientes de lado contrario. Otro de los episodios que aparecen en los informes tiene fecha del 3 de diciembre de 2009. Los hechos ocurrieron en Kunduz (Afganistán), cuando un grupo de presuntos insurgentes robó combustible de dos camiones. La operación de vigilancia de los terroristas fue controlada por mandos alemanes, que informaron de los hechos y autorizaron el bombardeo de la muchedumbre de terroristas, que se efectuó por parte de dos F-15 que lanzaron dos bombas guiadas por misiles. Murieron ciento cuenta y seis talibanes. Sin embargo, los informes de Wikileaks demuestran que se trataba de «falsos positivos», es decir, de civiles que fuentes oficiales hicieron pasar por terroristas. Porque los muertos no eran sino afganos desesperados que,

al encontrarse con dos camiones abandonados cargados de gasolina decidieron aprovecharse del hallazgo y hacerse con el combustible.

Los horrores de la guerra también son horrores sobre la verdad. Los informes de Wikileaks demuestran que no sólo muchos civiles murieron acusados de ser enemigos y estar armados, sino que una gran parte de los enfrentamientos que causaron bajas fueron la consecuencia de otros factores que nunca debieron llegar a darse. La guerra en Irak —y en Afganistán— causó de forma paralela conflictos civiles entre diferentes etnias, facciones religiosas o grupos independentistas. Y esos conflictos fueron alentados por las invasiones, con el apoyo abierto, incluso, de las potencias ocupantes, que crearon y armaron batallones y escuadrones que sembraron y aún siembran el pánico.

Semanas después de la publicación de los *war logs* de Irak aparecieron nuevas informaciones reveladas por Wikileaks que implicaban en esta modalidad de guerra sucia a otros países aliados, como es el caso de Turquía, que financió y apoyó, según esos documentos, al PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistan), un grupo armado que reclamaba la independencia de la región kurda, al norte de Irak. Y que, además, según los cables diplomáticos que están siendo publicados, se utilizaba como fuerza de choque contra Irán. Ya los *war logs* incidían en la indulgencia de los ocupantes de Irak con los miembros del PKK, cuyos métodos son exactamente iguales que los empleados por otros enemigos de Estados Unidos. Pero en este caso, la posición ante ellos era bien distinta. Desde años atrás se ha producido ese apoyo al PKK, pero una vez más los documentos venían a demostrarlo con mayor insistencia.

Y Turquía, cuyo gobierno es de corte moderado y está apoyado por Europa y Estados Unidos, a pesar de los desencuentros con Israel, también aparecía en esos cables diplomáticos como un poder con oscuros manejos en la sombra a la hora de apoyar conflictos armados en su periferia. Un Irak partido en tres nuevos países —kurdos en el norte, y por otro lado una nación suní y otra chií— ha sido desde el comienzo de las hostilidades un plan de futuro que ha ido cobrando cuerpo y que reportaría un fácil manejo de los recursos naturales de Irak. El apoyo a los escuadrones de la muerte que enervan ese conflicto civil no parece que vaya a acabar en otra salida.

Pero lo que está verdaderamente claro es que no sólo Estados Unidos ha alimentado este tipo de grupos. Y es que, además de Turquía, el papel de las tropas británicas ha sido notable. Ya se ha mencionado algún caso con anterioridad. Pero en los informes que iban a salir en breve aparecían más. No sólo en Oriente Medio. No sólo en Asia Central. También en Extremo Oriente. Por ejemplo, en Bangladesh, en donde durante años el Batallón de Acción Rápida ha provocado cientos de víctimas. En los informes de los diplomáticos se exponía que ese batallón había sido entrenado en acciones subversivas e interrogatorios con torturas por parte de soldados británicos que recibieron de Londres la orden para

actuar así en favor de un gobierno que beneficiaba ciertos intereses.

Este grupo tenía como objetivo declarado la colaboración con Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo internacional. Según las organizaciones de derechos humanos, el Batallón de Acción Rápida provocó la muerte de mil personas en sus siete años de existencia. Para las autoridades de Bangladesh, esas personas cayeron víctimas del «fuego cruzado». Desde la embajada de Estados Unidos en el país se confirma que el grupo está involucrado en numerosas actividades sospechosas, pero se alude a que «goza de gran respeto y admiración entre la población». El propio embajador, James Moriarty, explica en el informe que le envió a Hillary Clinton que el batallón podría convertirse en el futuro en una especie del FBI a la asiática. Sin embargo, en un extraño ejercicio de hipocresía, Moriarty recuerda que el apoyo que prestan al escuadrón tiene que ver con la formación en asuntos relacionados con los derechos humanos. El líder del grupo, Mejbah Uddin, no recuerda en qué momento recibió ese tipo de asistencia.

Estas son sólo algunas de las informaciones que iban a conocerse en la siguiente gran revelación de documentos. Sin tiempo para digerir —y he ahí uno de los problemas: los *war logs* todavía no han sido estudiados a conciencia, y sin embargo el ritmo de revelaciones no cesa, haciendo casi imposible un escrutinio correcto de todo lo que se está publicando— la penúltima filtración, llegaban otras nuevas. En ellas se encontraban algunas revelaciones a las que he hecho alusión anteriormente. Se trataba del llamado *cablegate*.

El reloj de mi ordenador marcaba las 19.32 horas del domingo 28 de noviembre. Llevaba horas enchufado a todo: radio, televisión, teletipos, diarios digitales, etc. esperando que la noticia se produjera en cualquier momento. De acuerdo a lo que se había anunciado la tarde anterior, la esperada «desclasificación» iba a producirse a las 21.00 horas. Al igual que había ocurrido con los papeles de Irak, algo pasó para que se adelantara la hora del levantamiento del embargo informativo, que es como se conoce a los acuerdos que retienen la publicación de una información hasta una hora y fecha determinada. Pronto se sabría que la causa era mundana: alguien había arrancado de un lote de distribución un ejemplar del semanario *Der Spiegel* en una estación de tren en Basilea (Ginebra) antes de que se pusiera a la venta. La revista alemana era uno de los cinco grandes medios escritos que habían sido seleccionados por Wikileaks para dar a conocer la que sería, sin duda, la noticia más importante del año, de todos los años, de la década...

El primer 11-S ocurrió en el mundo real en 2001. Cambió la faz del planeta, las relaciones internacionales, derribó el pasado y construyó un presente hecho a medida de quienes supieron articular los mecanismos para «defenderse» del mayor ataque terrorista de la historia. «Este es el 11-S de la diplomacia», dijo el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, Franco Frattini. Ahora, el segundo 11-S ocurría en el mundo virtual. Desnudaba el presente, las relaciones internacionales y la verdadera forma de actuar de los diplomáticos de los países más importantes. Se abría un futuro incierto. Quizá un futuro más transparente y, a la vez, más libre. Y eso, para Frattini y muchos como él, significaba que era un futuro peor.

Pocos minutos después de que aquel muchacho cogiera el ejemplar de *Der Spiegel*, él mismo empieza a publicar en Twitter titulares, páginas escaneadas, valoraciones. «Así ve América al mundo», decía aquel anónimo usuario con apenas un puñado de seguidores que pronto fueron varios cientos. A Assange no lo preocupó en exceso. El internauta no obraba de mala fe; además, publicaba todo aquello en alemán, con lo cual el impacto internacional se demoraría algo más que si la información hubiera estado en cualquier otro idioma. Pero la filtración sobre la filtración casi tuvo un efecto positivo. Y es que, en aquellas horas, todos los hombres de Wikileaks andaban realmente angustiados ante los ataques permanentes que venía sufriendo la web. A través de Twitter —herramienta digital que en esas últimas jornadas se estaba convirtiendo en la ventana informativa fidedigna en relación a lo que ocurría en el entorno de Assange— se venía anunciando durante todo el día: «Wikileaks está siendo atacado». No importaba especialmente. Los misiles en forma de DDoS podrían inutilizar la web, pero el grueso de la información que iba a ser desvelada ya estaba en otro lugar. Eso sí, los

ataques impedían a Wikileaks otro tipo de operaciones, que se hacían más complejas debido a que sus servidores estaban inutilizados ante las agresiones, que consisten, básicamente, en activar un programa que hace que la web reciba miles de visitas en un instante. En realidad, es sólo una persona quien lo hace, pero la señal que recibe el servidor se multiplica hasta el infinito. Y si los operadores de las agresiones DDoS son muchos, entonces el servidor se defiende bloqueándose hasta que el temporal amaine.

Assange estableció contacto con los medios de comunicación que tenían la información desde hacía días. Decidieron adelantar el lanzamiento de la exclusiva para evitar cualquier otro problema. Entonces, todo estalló. Se trataba de un escándalo mayúsculo. En las ediciones digitales de *El País*, *Le Monde*, *New York Times*, *The Guardian* y *Der Spiegel* pudieron empezar a leerse los informes suministrados por Wikileaks. De repente, de un momento a otro, como jamás antes había ocurrido, decenas de titulares de primer orden brotaron a la vez en todo el mundo: el gobierno de Estados Unidos había pedido a sus diplomáticos espiar a los altos mandos de la ONU, el presidente italiano Berlusconi y el ruso Putin establecieron alianzas secretas en el mercado del petróleo, Estados Unidos estaba bombardeando en secreto zonas del Yemen cuando en realidad se estaba diciendo que era el gobierno de ese país el que estaba atacando a terroristas, los diplomáticos norteamericanos en medio mundo se burlan de los dirigentes de los países en los que están presentes, tildando de enferma mental a la presidenta de Argentina, Cristina Kirshner, de trasnochado a Zapatero en España o calificando de nuevo Hitler al iraní Admadineyah. Y así uno y otro titular...

Desde casi dos semanas antes había expectación. Muchos rumores, de todo tipo. Algunos hablaban de que se iban a liberar documentos que ocupaban nada menos que cuatro gigabytes de memoria. Una bestialidad. El propio Assange lo puso en Twitter aquella semana: «Próximo lanzamiento será siete veces más grande que los registros de Irak. Intensa presión durante estos meses. Manteneos fuertes». Se había hecho el cálculo en función del peso del archivo que contenía los partes de guerra de Irak. Otros incluso pensaron —y pensamos— que se trataba de tres millones de documentos, más o menos siete veces más que los que formaban parte del archivo sobre la guerra de Irak.

En realidad, el cálculo tenía que ver con el número de palabras que aparecían en los documentos. Muy propio de Assange. De un matemático, físico e informático. Pero también ofreció en Twitter una valoración que no hizo sino incrementar la ansiedad: «En los próximos meses veremos un nuevo mundo, donde la historia mundial será redefinida. Manteneros fuertes».

Siempre acababa así sus mensajes: «Mateneos fuertes».

La presión —como él mismo anunciaba— estaba siendo descomunal. Hubo quien sospechó que había un poco de teatro en todo ello. Pero no. Con el paso de las horas y de los días se demostraría que Assange iba a ser sometido a un ejercicio

de presión verdaderamente inhumano. Además, Hillary Clinton, la secretaria de Estado del gobierno norteamericano ya estaba tomando medidas. Por un lado, sus medidas eran una derrota.

Las tomó en cuanto supo que ya no podía hacer nada para evitar la filtración de 250 000 cables diplomáticos elaborados por los embajadores de Estados Unidos en todos los países del mundo. Había fracasado. Ni el cibercomando de la Agencia de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, ni los ciento veinte hombres que formaban parte del equipo que el FBI dispuso para enfrentarse a Assange pudieron evitar que la gran exclusiva copara la atención mundial.

Desde mediados de semana, la responsable de la diplomacia se había encerrado con parte de su equipo en la *War Room* —sala donde el gabinete de crisis toma las decisiones frente a los peligros— de su departamento para efectuar gestiones entre los afectados, que no eran sino los dirigentes de países amigos sobre los cuales se efectuaban graves afirmaciones en los cables diplomáticos pese a que, de cara a la opinión pública, la hipocresía se lleva el gato al agua. Mientras Obama estrecha la mano de Nicolás Sarkozy delante de las cámaras de televisión, el presidente francés es vejado en los telegramas diplomáticos: «Se cree Napoleón y, sin embargo, es un emperador desnudo», se lee en uno de ellos, mientras que en otros queda de manifiesto que la Casa Blanca lo somete a un firme mareaje ante la creencia de que muchas de sus acciones son un obstáculo en la política exterior de Estados Unidos. Y eso que Sarkozy es el más atlantista de todos los líderes europeos. Así, uno tras otro, Clinton fue hablando con los afectados para ir preparándoles el camino ante lo que iban a encontrarse en esos papeles.

Lógicamente, la Casa Blanca conocía el contenido de los 250 000 cables diplomáticos, pero sabía exactamente cuáles eran los que formaban parte del *dossier* que iba a ser filtrado gracias al periódico *The New York Times*, uno de los diarios que iban a protagonizar la gran exclusiva. Pero no está del todo claro. Y es que en el entorno de Wikileaks existía cierto recelo ante el mítico rotativo, que en 1971 había publicado los también míticos papeles del Pentágono, una colección de 7000 páginas con informes que demostraban las prácticas irregulares que el ejército norteamericano había llevado a cabo en la guerra de Vietnam. Entonces, el responsable de la filtración, Daniel Ellsberg, fue calificado por el consejero de Seguridad Nacional como «el hombre más peligroso de Estados Unidos». Su culpa había sido tener acceso a los informes y darlos a conocer. Por ello, intentaron aplicarle la Ley de Espionaje de 1917, pero el Supremo acabó por reconocer el derecho de *The New York Times* a dar a conocer la información. El alto tribunal también tumbó la acusación de la fiscalía, que le imputaba un delito de espionaje.

Ellsberg ha sido uno de los más firmes defensores de Assange. Sabía que la furia de la Casa Blanca sería cada vez mayor. Que irían a por él. Que lo triturarían. Por eso quiso implicarse desde el principio con su rostro y nombre en la defensa del derecho de Wikileaks a dar a conocer las informaciones a las que había tenido

acceso. Pero aunque Ellsberg era el mismo —a pesar de haber transcurrido cuarenta años desde su gesta—, el periódico que lo había acogido entonces ya no se atrevía a tanto. *The New York Times* había abrazado el conservadurismo pese a respaldar al Partido Demócrata. También había abrazado la timidez. Y se plegaba más veces de las recomendables al poder económico y a Wall Street. Quizá —aunque sobra el quizá— la concentración de medios y la ascendencia sobre los mismos de los millonarios de la lista de Forbes habían provocado esa triste realidad. ¿Radica en esa falta de compromiso y en su alejamiento de las inquietudes de los ciudadanos la crisis de los diarios? A Assange no le cabía duda de que era así. A Ellsberg tampoco. Pero ahora, con la oportunidad que ofrecía Wikileaks, podrían recuperar algo del espíritu perdido. Sin embargo, el tratamiento que habían dado desde sus páginas a los informes de la guerra de Afganistán no había entusiasmado al australiano y había puesto en cuarentena al periódico. Esa losa pesó, como también pesó el recelo del australiano a la prensa tradicional. Pero también valoró otros aspectos a la hora de saber qué hacer con la filtración y cómo darla a conocer.

El *cablegate* era una joya deseada por los grandes medios de comunicación desde antes, incluso, de la aparición de los *war logs* de Afganistán e Irak. Se sabía de la existencia de esos telegramas diplomáticos casi antes de que se diera a conocer el vídeo «Asesinato colateral». Por entonces —allá por abril de 2010— comenzó a planificarse el *cablegate*, aunque tardó en decidirse el método a seguir a la hora de dar a conocer la información. Las revelaciones previas siguieron un método similar: varios medios de comunicación recibían los informes antes que otros periódicos, pero la publicación sería simultánea tanto en la web de Wikileaks como en dichos periódicos, si bien una de las exigencias de Assange es que fueran las ediciones digitales —son nuevos tiempos— las primeras en dar a conocer el contenido. En un principio, el periódico británico *The Guardian* fue el elegido a nivel mundial para las filtraciones. A instancias de su director, *The New York Times* se unió a los beneficiarios. El objetivo inicial era conseguir impacto mediático a cada lado del Atlántico. Para la filtración de los papeles de Afganistán se unió al grupo al excepcional digital *The Bureau of Investigative Journalism*, mientras que en la liberación de los *war logs* de Irak se substituyó a este último por la cadena de televisión Al Jazeera y el semanario alemán *Der Spiegel*.

Casi olvidado por los grandes medios, el papel del portal digital periodístico owni.fr en las revelaciones de Irak y Afganistán ha sido pasado por alto, pero casi podría asegurarse que sin sus programadores nada de todo lo ocurrido habría sido posible. El director del Owni, Kayser-Bril, había asistido a todos los pasos que había dado Wikileaks en sus pocos años de existencia. El espíritu de la web para filtraciones coincidía con el espíritu de Owni: intensos, activos, entusiastas, libres, valientes... Para Kayser-Bril el periodismo es un ejercicio de libertad que deja de ser periodismo —y convertirse en comunicación— a medida que la esclavitud inconsciente del investigador se agranda. Es un francés de los de antes. Como aquellos que combatían en las calles en mayo del 68. Ahora, tocaba combatir contra aquellos que se habían aburguesado tras aquella primaveral revolución. Los periodistas que nacieron de aquella generación —e incluso sus hijos— habían asistido a demasiadas clases en la universidad, a demasiadas ruedas de prensa, a demasiados viajes programados por quienes querían mostrar algo que les interesaba, se habían suscrito a demasiadas publicaciones elaboradas por los pensadores que abrigaban las ideologías vacías de los gobernantes.

En cuanto Wikileaks dio a conocer los partes de guerra de Afganistán, el equipo de Owni elaboró un magnífico programa de búsqueda de información a través de los 77 000 documentos. Cualquiera que lo consultara podía unir unos partes con otros y buscar la relación que tenían con los publicados desde el campo

de batalla en la fecha en la que se escribió el parte correspondiente. Y, a partir de ahí, compartir sus descubrimientos con otros «wikileaksólogos». Descubrieron que personajes anónimos perdidos por el mundo sabían mucho más qué hacer con aquellos papeles que los periodistas especializados de los grandes medios.

A Kayser-Bril le tembló todo cuando recibió un impaciente correo electrónico el 8 de octubre de 2010. Comprobó su origen: The Shunsine Press. Efectivamente, ésa era la empresa que editaba Wikileaks. Respondió de inmediato. Querían su colaboración. Pocos minutos después sonó el teléfono. Al otro lado estaba Julián Assange: «Me dio un vuelco el corazón. Estaba hablando con el alma de Wikileaks. Teníamos pósters de él en nuestra oficina. Es como si a una adolescente la llama Justin Bieber...». Y su admirado Assange le explicó que iban a liberar cantidades enormes de informes de campo de la guerra de Irak. Que necesitaba su colaboración. Que repitieran el trabajo que habían hecho con los informes de Afganistán. Aceptó encantado. Sin la herramienta de trabajo que elaboraron para navegar entre los informes, el impacto de la exclusiva sobre la guerra en la antigua Mesopotamia nunca hubiera sido el mismo.

Tras la exclusiva de los papeles de Afganistán empezó a programarse la última fase para activar el *cablegate*. Julián Assange sabía que para ello tenía que tener presente su situación personal. Hasta ese momento había intentado que nadie le preguntara por nada y despachaba con cajas destempladas —y bien que hacía— a quien le preguntaba por aquellas dos mujeres suecas que lo querían meter en el lío de su vida. Tomó una decisión complicada, que a día de hoy aún resulta difícil de explicar: prescindió de Owni. Quizá Assange es humano. Quizá comete errores. Quizá no llega a todo. Quizá tiene demasiadas cosas en qué pensar. Quizá, entendió, probablemente también con cierta razón, que necesitaba abrir un paréntesis y acercarse algo más a la prensa tradicional. Quizá podía lograr que los medios convencionales se atrevieran a romper su «seriedad». Quizá dejándolos actuar como los únicos dueños de la filtración darían a Wikileaks un plus de publicidad que no tendría precedentes. Y quizá —he ahí el quid de la cuestión— cuando las cosas sobre su vida se pusieran negras de verdad, esos medios se convertirían en su gran defensor y se pondrían de su lado de forma rotunda si pasaba lo que después pasó. Assange es valiente, pero comparte con todo el mundo un sentimiento humano: el miedo. Y él empezaba a tenerlo. Sentía que había ido demasiado lejos, tanto como él quería, pero veía cómo para más de uno su atrevimiento era imperdonable. Quien le había entregado documentación sobre la guerra se empezaba a pudrir en la cárcel. Sobre el estado de salud de Manning empezaban a llegarle malas noticias: estaba débil. Aislado. Enfermo. Y sufriendo un proceso de tortura mental aprendido en los manuales de Mk-Ultra. Y quien dirigía tan pavoroso proceso de destrucción buscaba conscientemente que Assange lo supiera...

La de Owni no era la única baja prevista. La otra era la de *The New York Times*.

Los chicos de Wikileaks estaban algo hartos de la ambigüedad del periódico. Publicaban bombas basadas en los informes liberados, pero ellos mismos se encargaban de desactivarlas. Al mismo tiempo, dejaban que se deslizaran algunas opiniones críticas con el movimiento liderado por el australiano mientras que se dejaba al gobierno manejar las informaciones para quitarles enjundia. Y así, a primeros de noviembre, Assange no estaba por la labor de incluir a *The New York Times* entre los favorecidos por la exclusiva, pero en *The Guardian* intentaron hacerlo cambiar de opinión. Aún hoy —lo desvelará Assange en sus memorias pocos meses después de que se publiquen estas líneas— no se sabe si lo que se pactó es que *The Guardian* pasara el fichero completo a *The New York Times*, o la información fue entregada por *The Guardian* al periódico de la Gran Manzana por su cuenta y riesgo. O si finalmente Wikileaks la entregó directamente a los periodistas norteamericanos para evitar cualquier malentendido.

Lo cierto es que una semana antes de que finalizara el embargo —y mientras los medios elegidos habían puesto a decenas de sus hombres a leer y ordenar las informaciones—, los cables diplomáticos llegaron a la Casa Blanca. Los enviaba un periodista del *The New York Times*. Así lo justifica aquel reportero, David Sanger: «Teníamos que examinar si los cables perjudicaban a individuos o a operaciones en proceso. Tomamos la medida de mostrar unos cien cables al gobierno y les preguntamos si tenían sugerencias que hacer».

Qué pena...

Sanger es reconocido. Viste bien. Al menos lo intenta. Es de esos periodistas para quienes la redacción es un lugar que debe estar en silencio. En donde sólo hay que trabajar. De los que piensan que las épocas de los periodistas que escriben crónicas de lo vivido en las calles y de lo conversado en los tugurios han pasado a mejor vida. Para él, la calle ha dejado paso a la rueda de prensa (incluso peor: a la nota informativa de un gabinete de comunicación) y los tugurios a los salones de reuniones de centros de estudios bien financiados por los gobiernos y las grandes empresas, llámenseles también *think tank* o laboratorios de ideas.

Sobre los *think tank* y el mundo de las ideas al servicio de los poderosos escribí un libro titulado *El gobierno invisible* (Espejo de Tinta, 2007). En ese trabajo —hoy el libro ha desaparecido de las librerías debido a la quiebra de la editorial pero los intentos para la reedición se han visto frustrados a causa del «secuestro» a que ha sido sometido el original— explicaba cómo estos grupos están financiados por algunas grandes fortunas que representan al poder económico y que tienen por objeto diseñar las ideas y políticas que deben imponerse a los líderes políticos. Pero, evidentemente, quien paga sabe lo que quiere para beneficiar a sus propios intereses, y por eso se pone en manos de los «creadores de opinión» que forman parte de los *think tank* para que ellos den forma intelectual a sus ideas. Pues bien, el analista de los informes de Wikileaks en *The New York Times* es miembro de dos de estos grupos: el Consejo de Relaciones Exteriores (CFR) y el Instituto

Aspen.

Respecto al primer grupo, que va camino de los cien años de existencia, puede decirse que ha sido el club privado para que los poderosos hablen allí de lo que no pueden hablar en público. En su seno se desarrollaron ya los planteamientos del Tratado de Versalles tras la primera guerra mundial, con el consiguiente desastre —no poco intencionado— que fue conducir al planeta a otra guerra. Las ideas de este grupo, entre cuyos principales financiadores está la Fundación Rockefeller, que sigue marcando las políticas energéticas del planeta, fortalecen la idea de Estados Unidos como líder único pero con la necesidad de un aliado muy poderoso, como la Unión Europea. En los últimos años, el CFR se ha ido desvinculando poco a poco de las políticas extremistas de George Bush hasta que apoyó firmemente a Barak Obama. Para el CFR hay momentos en los que es necesario abrir la puerta de las operaciones secretas cuando las guerras no acaban de ser el camino más directo hacia los objetivos marcados.

Por su parte, el Instituto Aspen es una de las organizaciones que estaba detrás de la conspiración para acabar con la vida del presunto Tony Blair en la película *El escritor*, de Román Polanski. Se trata de una licencia cinematográfica, pero no es una licencia inocente. Polanski se documentó bien sobre la forma de actuar de estos grupos. Respecto a Aspen, hay que decir que debe su nombre a la estación de esquí del estado de Colorado en donde los miembros del instituto comenzaron a reunirse allá por 1950.

Sus principales financiadores son la Fundación Ford, creada por el fundador de la empresa automovilística, y la omnipresente Fundación Rockefeller. Los miembros del grupo son directivos de alto nivel de algunas de las multinacionales más poderosas del mundo; allí se fomenta el liberalismo económico como la auténtica medida del futuro de la sociedad mundial, pese a que ese movimiento ha sido el causante de la crisis económica mundial iniciada en 2008.

A partir de estos datos —atención, porque Assange también ha confiado de forma inocente en la validez de algunos *think tank*, quizá más seducido por la parafernalia que los rodea que por las intenciones de estos grupos— puede deducirse que la independencia de Sanger respecto a los organismos de poder no es la deseable. Ya en 2005 protagonizó una exclusiva que no deja de ser inquietante. Se trataba de la filtración de una serie de documentos que certificaban que Irán estaba desarrollando un peligroso programa nuclear. Para demostrarlo ofrecía planos y dibujos de los misiles que estaban fabricando los persas con el objetivo de tensar la situación en Oriente Medio. Incluso Sanger ganó algún premio por su primicia, pero no se los retiraron cuando se descubrió que, en realidad, aquellos apuntes databan del año 1990 y formaban parte del material incautado a Irán en ese año por parte de organismos internacionales. Él, en cambio, los vendió como actuales. Fue el Departamento de Estado —al frente, por entonces, se encontraba Condolezza Rice— el organismo que los filtró

malintencionadamente a la Agencia Internacional de la Energía Atómica de la ONU para que se presionara a Teherán con el objetivo de que cesara en sus planes si no quería ser sometido a un bloqueo internacional. Tomando como base esa falsa documentación empezó a hablarse de la carrera nuclear de Irán como el asunto internacional más desequilibrante.

Así, cuando Sanger empezó a gestionar los cables de Wikileaks para *The New York Times*, lo hizo en función de la política exterior de Estados Unidos: el peligro nuclear de Irán, las conexiones con el terrorismo de Venezuela o el belicismo de Corea del Norte. Dicha selección no respondía al grado de importancia del contenido de los cables. E incluso después de unos pocos días tras el estallido de la exclusiva, el periódico comenzó a arrinconar las informaciones y evitó con ello mayor impacto en las revelaciones, que han tenido más eco en Europa que en Estados Unidos, debido, en parte, a la dejación del periódico de la Gran Manzana y a la intensa campaña de desprestigio que se orquestó desde el poder y que caló en la acrítica sociedad norteamericana. En una encuesta del instituto Opinión Research efectuada entre el 17 y el 19 de diciembre entre 1008 adultos desveló que hasta el 77 por ciento de los estadounidenses desaprobaban la acción periodística de Wikileaks. Mientras, en Europa los sondeos ofrecían resultados inversos. En la encuesta que efectué entre los oyentes de Onda Cero, en la que participaron cerca de mil personas, el 82 por ciento se mostró de acuerdo con Wikileaks y hasta el 92 por ciento consideraban que la persecución judicial contra él era un intento por silenciar su actividad.

La idea de que *El País* formara parte de los elegidos surgió del propio Julián Assange. Al menos así lo asegura Javier Moreno, el director de este periódico que tiene una gran repercusión en América del Sur. Precisamente, el editor australiano buscaba impacto en los países hispanos, debido a que decenas de miles de los cables diplomáticos que iba a desvelar tenían como origen, destino o asunto países latinoamericanos. También tenía su importancia el hecho de que desde el verano de 2010 habían intentado entrevistar a Assange. Fue el periodista Joseba Elola quien encabezó los intentos fallidos una y otra vez hasta que, finalmente, recibió al reportero en una de las sedes de Wikileaks en Londres. Elola acabaría convirtiéndose en la sombra de Assange. Aunque el trato entre ambos reporteros no tenía como objeto el contenido de las filtraciones, lo cierto es que se estableció un vínculo que tuvo sus frutos cuando Javier Moreno se entrevistó en los primeros días de noviembre con Assange en Ginebra. Allí se pactó que *El País* formaría parte de los «elegidos».

En esos mismos días, los responsables de los cinco medios agraciados pusieron en común la estrategia. Wikileaks firmaba. Y los periódicos seleccionaban y ordenaban. Entre todos ellos se pondrían de acuerdo; cada uno seleccionaría un puñado de los cables que tenían que ver con su país y, por otro lado, los cables sobre asuntos internacionales relevantes, que se compartirían entre todos los

periódicos, al tiempo que los «locales» también podían referenciarse en cualquiera de los otros diarios. A las pocas horas de publicarse por parte de estos medios, Wikileaks colgaba en su página los cables elegidos, lo que ha provocado un ritmo de difusión lento, ya que en el primer mes de vida del *cablegate* sólo se revelaron dos mil escritos, lo que ni siquiera llega al 1 por ciento del material que compone la filtración. La pérdida de control sobre los 250 000 cables ha sido criticada por algunos analistas. Pero como decía anteriormente, cabe preguntarse si en haberlo hecho así está la razón por la cual todos los periodistas se situaron junto a Assange cuando, finalmente, fue encarcelado. El seguimiento que efectuó Elola minuto a minuto de la odisea del «héroe» resultó emocionante en ocasiones. *El País* aumentó de forma considerable sus ventas y de manera espectacular el número de visitas a su edición digital. Y, realmente, *El País* fue el periódico que durante diciembre de 2010 más entusiasmo mostró por el *cablegate*, pese a que indexó en una lectura de las informaciones capturadas a los diplomáticos que encajaban con la línea tradicional del diario, lo cual también influyó en la selección de los temas a divulgar a la hora de activar los motores de búsqueda entre los 250 000 informes secretos y confidenciales.

Durante la primera noche tras las revelaciones, en el mundo de los medios de comunicación no se hablaba de otra cosa. Miles de jóvenes empezaron a mirar qué nota se pedía en la Facultad de Periodismo. Querían ser como el tipo de la melena blanca. Dar su correctivo al poder por abusar de su posición. Otros tantos miles de periodistas descubrieron que quizá era hora de atreverse a cumplir los sueños —robados— que los llevaron a dedicarse a esta profesión. El *cablegate* podría convertirse en un *tsunami* de periodismo atrevido y valiente.

Aunque no era oro todo lo que relucía...

Durante días, la agenda informativa estuvo marcada por los cables. Pocas veces la historia —a fin de cuentas, casi todos los escritos eran posteriores al año 2004— se había escrito tan rápido. Aun así, en su diario, alguien vinculado a todo este movimiento escribió: «Tengo una sensación extraña. Los documentos están casi secuestrados y se está administrando de forma calculada su divulgación». En ese momento, las 6.14 horas del 29 de noviembre —once horas después del *boom* informativo—, la páginas digitales de Wikileaks, las asociadas, las amigas, las colaboradoras... estaban sufriendo ataques persistentes, como si los ciento veinte *hackers* que contrató el gobierno norteamericano para la vigilancia y control de las filtraciones estuviera trabajando a tiempo completo.

A la mañana siguiente, Assange era un fantasma. Pocos sabían dónde estaba. Hubo quien lo situó en Siria. Otros en Londres. Las informaciones que llegaban desde Suecia inquietaban. Él prefirió entrar en una cueva y, desde allí, asistir al discurrir de los acontecimientos y a la segunda jornada de «desclasificación». Se liberaron algunos cables interesantes, pero los grandes periódicos prefirieron centrar su atención en las valoraciones despectivas y de tono grueso de los embajadores sobre los presidentes de cada país. Esto provocó que algunos comentaristas elaboraran rápidamente su sentencia: «Sólo son chismes y cotilleos de los embajadores». Esa idea ganó adeptos. La realidad era otra, pero parte de la selección efectuada por el cártel de medios podía dar una impresión equivocada de lo que contenían los cables si no se examinaba lo publicado de forma audaz y dejando al margen los titulares de los grandes medios.

Hillary Clinton estaba enojada, no porque se supiera que sus diplomáticos calificaban a Putin despectivamente como un «macho», sino porque al ritmo previsto la liberación iba a tardar muchos meses en completarse. Había telegramas que nadie había leído. Ella tampoco. Era imposible. Eran cientos de miles. Sabe Dios qué cable podría escoger al azar con el objetivo de divulgarlo, cualquier periodista, un día cualquiera, mañana, dentro de unos meses. Hay cables para una eternidad.

El primero en hablar fue Eric Holder, fiscal general de Estados Unidos. Anunció en la mañana del 29 de diciembre que su país acababa de abrir un proceso judicial contra Assange, aunque reconocía que no había nada punible... todavía. Ya debía de estar pensando en la Ley de Espionaje de 1917. Mientras, Hillary Clinton ofreció una rueda de prensa en la que se mostró tensa e intensa. Calificó la filtración como ilegal porque —y de nuevo se volvía a emplear esa calificación como herramienta de presión dirigida a la opinión pública— la publicación de esos informes «pone en riesgo la vida de los americanos en el mundo». Recordó, resucitando expresiones del expresidente George Bush, que Estados Unidos es el faro del mundo en la búsqueda de libertad allí donde están en riesgo la democracia y las leyes. Cómo se podía estar haciendo esto a un país... «Estamos tomando medidas implacables contra quienes han efectuado este robo», sentenció.

Y si bien con los *war logs* de Afganistán e Irak hubo división de opiniones entre los cargos políticos más importantes, esta vez apenas nadie contradecía a Clinton. Incluso en las jornadas siguientes se podrían escuchar verdaderas amenazas. Algunos políticos norteamericanos pedían que se procesara a Assange. Otros se pusieron tan nerviosos que, como en el caso de Sarah Palin, candidata en 2008 a la vicepresidencia de Estados Unidos, calificaron al editor de Wikileaks como «un mal americano». Se había olvidado de que era australiano... Incluso los hubo que se contuvieron menos: «Assange debe ser ejecutado», dijo Mike Huckabee, congresista del Partido Republicano que había sido aspirante a candidato presidencial en las últimas elecciones. Sin embargo, en las relaciones internacionales se abrieron brechas que ya será difícil cerrar: «No esperaba tanta grosería», dijo Vladimir Putin. Él igual no, pero el resto de mortales descubrimos que los 250 000 cables demostraban que las relaciones entre Estados Unidos y Rusia no eran tan buenas como se nos quería hacer ver. Quedaban muchos elementos de la guerra fría todavía presentes en el mundo. Y nosotros que creíamos que tras la caída del Muro todo había acabado...

Al tiempo que Clinton decía lo suyo, el presidente de Irán, Mahmud Admadineyah, acusó: «Las filtraciones son parte de una campaña de guerra psicológica contra nosotros». Y es que entre los primeros cables seleccionados había varios que alertaban —y así confirmaban lo que se decía en la Casa Blanca desde 2005— del peligro nuclear que suponía Irán, e incluso revelaban que presuntos aliados iraníes, como podían ser los miembros de la familia real saudí, habían pedido a Estados Unidos que bombardearan Teherán antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, entre los cables del archivo completo había otros que no matizaban las críticas que se hacían desde Washington a Irán. Era el riesgo —y a la vez lo emocionante— del proceso de liberación de los cables. Y quien hoy respiraba aliviado al ver que su nombre no salía mancillado, no se imaginaba que, a lo mejor, al día siguiente, un cable lo obligaría a reconocer que no había dicho la verdad, que había engañado a la opinión pública, que había hecho cosas

indecentes...

El martes 30 de noviembre la paranoia se extendió al mundo entero. Daba la sensación de que Wikileaks lo sabía todo sobre todos, y que cualquier cosa que se quisiera ocultar podría ser puesta al descubierto por los hombres de Assange. En las reuniones de alto nivel no se hablaba de otra cosa, así como de la necesidad de reforzar la vigilancia sobre las comunicaciones, como si todo se limitara a una gamberrada de alguien que había interceptado aquellos documentos navegando por la red. Pocos se plantearon que la realidad era más grave: los cables estaban demostrando que los diplomáticos son espías, representantes de empresas, unos entrometidos en las políticas nacionales expertos en el arte de presionar para favorecer sus intereses. Lo que mostraban los documentos es que los embajadores se habían convertido en personajes siniestros y soberbios.

Aquel día la NASA convocó una rueda de prensa para el jueves 2 de diciembre con el objeto de dar a conocer un hallazgo que podría tener mucha relevancia en la búsqueda de vida extraterrestre. De inmediato se extendió el rumor de que la NASA había decidido dar a conocer lo que fuera porque Wikileaks había logrado interceptar las comunicaciones al respecto. Así que la NASA no tenía más remedio que adelantarse. Hice mis averiguaciones. Llevaron poco tiempo. Y como publiqué en mi *blog* en la página de Onda Cero, lo que iba a comunicarse en la sede central de la NASA era el hallazgo de una forma de vida que se regía por normas químicas diferentes a las de las especies vivas descubiertas hasta ahora. Aunque esa bacteria estaba en la Tierra, el descubrimiento abría las puertas a encontrar vida distinta a toda la conocida en cualquier parte del mundo. Wikileaks no sabía nada de eso. La gente pensó que sí. El nuevo Gran Hermano había entrado en acción sin pretenderlo. Todo estaba cambiando en el mundo...

Pero a las 23.53 de ese martes 30 de noviembre ocurrió algo que marcaría el futuro. Había gente muy poderosa que se encontraba incómoda. Nadie quería a Wikileaks. Había que cazar al mensajero. Ya seis días antes, la fiscalía de Suecia había comunicado que se reabría —¿casualidad? Faltaban pocos días para la revelación— la causa por delitos sexuales contra Assange. En ese momento llegaba la confirmación y la ficha del editor australiano apareció en la página web de la Interpol: «Orden internacional de busca y captura».

Assange entró en prisión el 7 de diciembre. Aunque había muchos rumores sobre su paradero —incluso algunos lo consideraban el hombre más perseguido del planeta—, lo cierto es que durante los días siguientes a la orden de Interpol permaneció cerca de Londres y su equipo de abogados se mantuvo en contacto con la justicia británica. Lo último que le interesaba a Julián Assange era fugarse. Y no lo hizo. Sus abogados, eso sí, alegaron que en la petición de detención había defectos de forma. Aquello le sirvió para ganar tiempo y comprobar cómo el mundo entero estaba de su lado, pese a que fueron los días en los que se desató una persecución brutal contra Wikileaks por parte de los servidores que albergaban la página web.

Primero fue Amazon en Estados Unidos. La empresa —conocida sobre todo por la venta de libros en Internet, pero que también dispone de un servicio de alojamiento de páginas web— cortó el acceso a Wikileaks.org alegando que no podían mantenerla mientras estaba bajo investigación judicial. La mentira caía por su propio peso: hasta ese momento nadie había abierto contra Wikileaks investigación judicial alguna en ninguna parte del mundo. El proceso de Suecia sólo tenía como «objetivo» a Assange; y por mucho que irritara a los afectados, aunque él fuera un violador y un acosador eso no afectaba para nada a la credibilidad de las informaciones desveladas. Con el paso de los días se descubrió que Amazon había recibido presiones de la misma Casa Blanca. El mundo entero estaba asistiendo a una vergüenza sin precedentes. De entre los dirigentes mundiales, sólo Lula da Silva se había mostrado claramente a su favor: «Estoy espantado ante la falta de manifestaciones de apoyo a Wikileaks. Todo esto que está ocurriendo es un atentado contra la libertad de expresión».

Pocas horas después de que Amazon cortara el grifo, la web de Assange volvió a estar operativa. Desde su «refugio», Assange había logrado contratar un nuevo alojamiento, pero los enemigos reaccionaron rápido y, en cuestión de horas, Wikileaks volvió a quedar en blanco a las tres de la madrugada del viernes 3 de diciembre. En esta ocasión, el apagón se produjo en Francia. La empresa OVH recibió la orden por parte del Ministerio de Industria de que cortara las alas a su nuevo cliente. El ministro Eric Besson fue el responsable de ofrecer la versión oficial: «Esta situación es inaceptable. Francia no puede albergar sitios calificados como criminales y que han sido expulsados de otros países». Tampoco era verdad. Nada de eso había ocurrido, pero todo valía con tal de acallar a Wikileaks. Afortunadamente, los 250 000 informes estaban en manos de los cinco periódicos que gestionaban su publicación. Para entonces, *The New York Times* ya había

empezado a dejar las revelaciones en un segundo plano... Sin embargo, los otros cuatro medios aún se encontraban a pleno rendimiento publicando los primeros cientos de cables del inmenso *dossier*. Y en silencio, sin repercusión, de forma enigmática, se asomaba un nuevo medio. Se trataba del periódico noruego *Aftenposten*, que había logrado hacerse con el archivo completo —para disgusto de Assange— a través de una fuente desconocida y que iba a hacer público en breve su intención de no respetar los acuerdos del cártel de medios publicando informaciones extraídas del *cablegate* que, según lo pactado —así lo entendían los redactores del rotativo nórdico—, aún tardarían meses en darse a conocer. Eran informaciones que hacían todavía más daño a Estados Unidos y que presentaban realidades más siniestras de las conocidas hasta la fecha.

La ciberguerra había comenzado. Y el Partido Pirata de Suecia se puso manos a la obra para que Wikileaks pudiera seguir funcionando. Sus miembros lograron un buen puñado de nuevos servidores con la extensión .ch, .ni o .fi, pertenecientes a alojamientos radicados en Suiza, Holanda o Finlandia. Al mismo tiempo, cientos de irritados internautas comenzaron a crear *mirrors*, es decir, espejos, páginas copiadas de la original que albergaban toda la información. La oleada fue tan grande que ya nadie podría ir página a página cortando el acceso a Wikileaks.

El siguiente paso fue instar a las empresas que servían como canal financiero a Wikileaks para que atajaran la fuente de ingresos del grupo de Assange, y así, impedir también que dispusiera de recursos económicos, que desde hacía meses procedían en su totalidad de las donaciones particulares de miles de personas en todo el mundo. Tales donaciones llegaban a través de PayPal, la ventana de pago por tarjeta en Internet más usada en el mundo. Pero PayPal cerró la cuenta de Wikileaks. Como último recurso, Assange estableció las donaciones a través de una cuenta bancaria en una sucursal de Suiza. También la cerraron. Del mismo modo, las empresas de tarjetas de crédito Visa y Mastercard también bloquearon los canales de cobro y pago relacionados con el «prófugo».

La noche del 6 de diciembre de 2010, las informaciones del entorno de Assange que me llegaron informaban de su inminente entrega. Ya no había podido ganar más tiempo. La Interpol había corregido los defectos de forma. Para entonces, ya estaba completamente embarcado en este libro. Y, como todas las noches, entre escribir, luchar contra los virus, y vigilar las amenazas contra mi trabajo —y menos mal, como decía al comienzo del libro, que yo no iba a revelar nada sino como mucho darle una visión de conjunto que ni siquiera los cinco medios elegidos por Wikileaks parecían dispuestos a realizar— casi se me hizo de día trabajando en esta fascinante historia. Cuando despertara, pensaba, Assange ya estaría delante de un juez en Londres...

Y así fue.

«Assange debería ser asesinado», había dicho Tom Flanagan, todo un profesor universitario... asesor del primer ministro de Canadá. El mundo se había

vuelto loco. La incontinencia verbal de los afectados por las revelaciones se había convertido en auténticas amenazas. Nadie intervino contra quien pidió la cabeza del editor...

Junto a sus abogados se presentó en el Palacio de Justicia de Londres a primera hora de la mañana. Iba vestido con traje oscuro, camisa clara y, otra vez, el pelo más blanco de como lo había lucido en las semanas anteriores. El rostro de Assange era de una preocupación extrema. Era un héroe para muchos, pero quizá todos se olvidaban de que se trataba de un ser humano que sabía que su vida podía dar un vuelco monumental.

A las 16.04 horas se confirmó la peor de las noticias: Julián Assange quedaba detenido. Ni siquiera se habían atendido las peticiones de libertad bajo fianza que habían formulado sus abogados y que, en la totalidad de casos de ese estilo, suelen ser aprobadas. A él la justicia no se le podía aplicar. Había cometido un delito terrible: desnudar miserias entre quienes mandan. No había sido el primero ni será el último, pero quizá la suya sí ha sido la denuncia con más impacto mediático y público de todos los tiempos. Y eso es lo que no se le perdonaba.

Si nada cambiaba —y nada cambiaría para bien en su caso— no saldría de prisión hasta el día 14 de diciembre, que es cuando se determinó que tendría lugar la siguiente declaración ante el juez, que estudiaría la petición de fianza y escucharía a los representantes judiciales suecos que iban a pedir la extradición del «criminal».

Aquella noche, como todas las anteriores, seguí con mi trabajo. Con este libro. Leyendo miles de páginas. Revisando mil archivos, mil documentos, mil notas. Pero no podía dejar de pensar en un hombre inocente que iba a pasar su primera noche privado de libertad. «Me siento terriblemente angustiado», escribí en mi cuaderno de notas a las 4.45 de la madrugada del 8 diciembre. Me encogía el corazón imaginarlo solo, en un calabozo, comiendo cualquier mierda que le darían. En una de ellas había un clavo que le rompió un diente, que después desapareció para no dejar rastro de la humillante «venganza» de algún carcelero. Me encogía al imaginarlo pensando en si merecía la pena todo el trabajo que había realizado, seguramente reflexionando ante una situación en el que las fuerzas se encogen y el lado más vulnerable del más fuerte aflora. Pasaría aquellos días en tres prisiones distintas. En régimen de relativo aislamiento, pero oyendo a otros presos de todo tipo, más criminales que él, gritando sus fechorías. ¿Qué hacía él allí? Alguien, había dicho en una reciente entrevista, se había aprovechado de los recovecos de la justicia sueca para ir a por él, y otros, mucho más poderosos, habían encontrado la posibilidad de, a partir de ahí, crucificarlo. Y me lo imaginaba lamentando el día en que conoció a aquella mujer, a Anna Ardin. «Caí en un avispero de feminismo», diría después en una nueva entrevista a *El País*.

Mientras reflexiona sobre todo aquello, intenté seguir trabajando. Como siempre, con la amenaza del amanecer mientras tecleaba por un lado, escribía por

otro y me documentaba por no sé dónde. Y, a la vez, escuchando todos los programas de radio y televisión que se dedicaban al asunto. Aquella noche escuché la entrevista que el 1 de diciembre, Gemma Nierga, en el programa «La ventana» de la Cadena SER, hizo al diplomático español Inocencio Arias, un personaje pintoresco que tiene buena fama pese a sus pajaritas y a haber intentado ser presidente del Real Madrid, de cuya directiva había formado parte. En esa entrevista, el diplomático en cuestión, que ha sido embajador de España ante la ONU, representante en varias reuniones de la OTAN, cónsul en Los Ángeles o secretario de estado de Cooperación Internacional, afirmó sin rubor ni vergüenza lo siguiente, dejando constancia de su malestar: «Ahora va a haber que actuar con cuidado en nuestro trabajo, porque puede haber algún hijo de mala madre que se puede enterar y filtrarlo todo a la prensa. Habíamos aprendido en nuestra carrera que estas cosas nunca ocurrían... Este es un precedente tremendo. Creo que tarde o temprano a Assange le aplicarán un correctivo». Y es que él es de los que piensan que lo que revelaba el *cablegate* es de lo más normal...

Mientras, miles de personas en todo el mundo iban a empezar una operación de venganza ante el ataque a Assange. Estaban organizándose. Más de uno iba a temblar. Las víctimas serían los enemigos de Wikileaks. Se pusieron máscara: la misma que llevaba el protagonista de *V de Vendetta*...

Inocencio Arias se lamentaba porque la filtración dejaba al descubierto algunas de las actividades de los diplomáticos. Como si esas actividades fueran siempre lícitas... Y es que el *cablegate* demostraba que muchos embajadores se tomaban licencias que no formaban parte de sus competencias de acuerdo al Convenio de Viena de 1961, que regula el trabajo del personal diplomático. El texto está aceptado por todos los países del mundo. Y no se puede ir más allá.

Con Bush primero, y con Obama después, el Departamento de Estado solicitó a decenas de embajadas en todo el mundo que espieran e investigaran a personajes de la vida política y social de los países en los que se encontraban. Desde un principio llamó la atención el caso de Paraguay. La fijación de Bush por lo que ocurría allí resulta casi obsesiva. Al embajador en este país, la Casa Blanca le pidió informes sobre los cargos militares. Y no sólo sobre su trabajo y actividades públicas, sino que lo que se pedía era una labor de espionaje en toda regla: datos sobre cuentas corrientes, biografías íntimas, huellas dactilares, muestras de ADN e incluso imágenes del iris. La solicitud se formalizó en marzo de 2008, justo un mes antes de que se celebraran elecciones en el país. Otra de las solicitudes que se formuló desde Washington era esa misma información «y otras singularidades» sobre los cuatro candidatos presidenciales, entre ellos de Fernando Lugo, que resultó vencedor en las urnas. Respecto a la información añadida que se solicitaba, el equipo de Bush quiso saber qué tipo de relaciones mantenían los presidenciables con países como Cuba, Venezuela, China, Rusia o Taiwan, los países que, junto a Irán, se antojan auténticos enemigos de Estados Unidos en los cables diplomáticos. Además, la petición también está asociada a la triple frontera —Paraguay, Brasil y Argentina—, rica en reservas de hidrocarburos. Precisamente, el interés de Estados Unidos se centraba en el posible asentamiento en la zona de colonias árabes y en la construcción de mezquitas. La relevancia que en el futuro puede tener la zona —también rica en oro azul, es decir, en agua— parece el origen de la obsesión, quizá en previsión del control de la zona sin injerencias sociales, religiosas o políticas que pudieran resultar incómodas a la hora de abordar el «asalto» empresarial a la zona, sabiendo, como sabían, que Lugo era más próximo al sector latinoamericano que se considera en Washington como contrario a Estados Unidos. Lo sorprendente es que algunos de los países que se saben vigilados acabaron por llegar a la conclusión de que no había nada que hacer, y el propio Fernando Lugo acabó sugiriendo a los americanos que le proporcionaran acceso a su sistema de escucha telefónico, y el gobierno de Chile solicitó datos obtenidos mediante el espionaje en Argentina para que se empleara

en los conflictos vecinales entre ambos países. También lo haría el presidente de Panamá, como veremos más tarde.

Nada cambió con la llegada de Obama al poder. El adalid de la libertad emitió el 31 de julio de 2009 un extenso telegrama a decenas de embajadas y representaciones en el que pedía información a raudales sobre todo aquello que se consideraba importante para el dominio estratégico del planeta. El documento secreto establece una catalogación respecto a los intereses de la Casa Blanca. Como enclaves de interés prioritario, el Departamento de Estado listó a Sudán, Afganistán/Pakistán, Somalia, Irán y Corea del Norte. En una segunda división aparecen como asuntos dignos de seguimiento la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU, Irak, el proceso de paz de Oriente Medio, los derechos humanos y los crímenes de guerra, las organizaciones humanitarias de la ONU, la proliferación de armas de destrucción masiva o las amenazas terroristas contra la misiones de la ONU... A continuación, el extenso informe expone una larga lista de objetivos a documentar, y posteriormente especifica qué es lo que se necesita en relación a cada uno de los asuntos cifrados.

De entre todas las peticiones, que según el informe secreto están consensuadas con la CIA y el FBI, la que resulta más asombrosa es la relacionada con los altos mandatarios de la ONU y los representantes internacionales ante el organismo. La osadía de «tocar» lo intocable no provocó ninguna reacción oficial, pese a que se solicitan desde números de teléfono hasta claves informáticas pasando por información sobre las tarjetas de crédito o cuentas bancarias de los espías.

Tampoco causó ningún quebranto en los organismos internacionales el hecho de que en relación al conflicto de Oriente Medio las solicitudes fueran una clara toma de posición a favor de Israel, ya que sólo se pedía espiar a palestinos así como a organismos relacionados con los árabes. Incluso se solicitaba información sobre las actividades de la ONU en asuntos relacionados con los refugiados, así como establecer una alarma sobre posibles contactos con personajes del entorno de Hamás o Hezbolá. También se requieren datos sobre cómo son las labores y hasta dónde llegan los cuerpos de seguridad palestinos y los servicios de espionaje de los árabes. Por si fuera poco, se pregunta a propósito de las capacidades tecnológicas de los líderes, su manejo de Internet, etc. Con respecto a los países africanos, se solicitan datos de todo tipo sobre los dirigentes así como información reservada sobre grandes instalaciones, bases militares o aeropuertos, y, cómo no, explotación de minerales o recursos energéticos. Por si fuera poco, se pide conocer cuál es la posición de esos dirigentes respecto a la política de Estados Unidos. Todo esto, según diplomáticos como Inocencio Arias, es el trabajo cotidiano de los embajadores y cónsules. Así es el mundo libre...

La red de diplomáticos creada por Estados Unidos tiene una fuerza extraordinariamente poderosa. Pero lejos de velar por los ciudadanos de su país en el lugar en el que los embajadores están destacados, y de suponer el puente de

unión entre ambos países, los embajadores que han puesto sobre el tapete el *cablegate* son casi un poder coercitivo en la sombra: tratan de influir en las tendencias de terceros países, apoyan como si pertenecieran a sus consejos de administración a las empresas multinacionales que pretenden porciones de poder allí, presionan a los órganos de justicia, a los legisladores elegidos democráticamente, a los políticos en el poder o en la oposición (a los que patrocinan o inspiran si quienes gobiernan no son del agrado de Washington), etcétera.

Los embajadores tejen redes de informantes que se convierten en «chivatos» y filtradores. Algunas veces son traidores próximos a los gobernantes; otras, agentes de los cuerpos y fuerzas de seguridad que notifican qué está pasando en los entresijos del país en el que se encuentran; también hay periodistas, profesores, miembros de laboratorios de ideas, diplomáticos con mejor acceso al objetivo de interés, etc. En algunos casos, esas redes que fundamentalmente esconden intereses estratégicos y económicos adquieren tintes de guerra secreta. Por ejemplo, en los países árabes —especialmente en Arabia Saudí— altos oficiales del ejército se han convertido, según los cables, en visitantes habituales de las embajadas, en donde departen con la tranquilidad que da la rutina con los agentes de la CIA y otras agencias de inteligencia que tienen a sus hombres trabajando sobre el terreno. Hablan de inversiones petrolíferas, de depósitos económicos, de cómo atajar las ambiciones de algunos jeques...

Uno de los asuntos que desveló el periódico noruego *Aften-posten* y que resulta de sumo interés —a pesar de que apenas obtuvo repercusión en los otros grandes medios mundiales— tiene que ver con el proyecto HiRos, una nueva generación de satélites artificiales cuya misión, además de la científica, tenía que ver con la asistencia en caso de catástrofe natural. Fue en la Navidad de 2009 cuando el gobierno de Alemania dio a conocer la existencia de este proyecto, que sería desarrollado conjuntamente con Estados Unidos.

Lo que entonces no se contó fue... la verdad.

El desarrollo de la nueva generación de satélites artificiales provocó el enfrentamiento de Francia con Alemania, ya que en París se entendía que debía ser desarrollado con más vocación europea que norteamericana. Pero los cables desvelan algo todavía más inquietante: esos satélites tenían como verdadero objetivo el espionaje. El cuento de las misiones científicas y humanitarias era sólo eso, un cuento, una cortina de humo...

Los satélites de HiRos proporcionarían imágenes apenas tres minutos después de ser tomadas. Las características de estas máquinas permitirían fotografiar un objetivo entre tres y cinco veces diarias. Además, los sistemas ópticos de los que disponían estaban capacitados para obtener imágenes en detalle de cualquier cosa que apenas tuviera medio metro de longitud. E incluso esos mecanismos estaban preparados para obtener imágenes de lo que sucedía bajo tierra en el lugar

escogido para ser vigilado. «Nos va a permitir conocer cualquier lugar de la Tierra», se lee en uno de los informes diplomáticos, en donde queda claro que ambos países conocen perfectamente el doble uso de los satélites y se señala la importancia de relativizar las informaciones que pudieran surgir a propósito de las funciones de HiRos para labores de inteligencia.

Estos nuevos sistemas dejan en nada los satélites del proyecto Échelon, capaces de captar cualquier conversación telefónica o comunicación que se esté produciendo en tierra. Aunque la existencia de Échelon fue puesta en duda cuando se conocieron los primeros informes, la Unión Europea tuvo que admitir en un informe que Échelon es real, y puede servir para averiguar cualquier cosa sobre nosotros en cualquier momento...

Pero Échelon, con sus enormes capacidades, ya forma parte de la prehistoria. ¡Como para imaginar qué es lo que está ahora por venir!

Wikileaks ofrece una perspectiva para entender algo más el funcionamiento del mundo en el que vivimos. Puede servirnos para interpretar las noticias del día a día de un modo distinto. Por ejemplo, para entender por qué en Irak pasaron unas cosas que en Arabia Saudí no ocurrieron cuando los pecados de los líderes de esos países podrían ser los mismos. O para entender por qué el mundo más poderoso piensa y actúa de una forma en relación a Colombia y de otra en relación a Venezuela. O por qué no hace mucho Irán era un nuevo amigo y hoy es un enemigo.

La política exterior de Estados Unidos no es política. La Casa Blanca es la oficina gestora de los intereses económicos del país. Casi no hay frontera entre el gobierno y el mundo de la gran empresa. El poder se ha convertido en un tentáculo más de un gigantesco pulpo que lo abarca todo. Los cables revelados muestran el interés de los diplomáticos por favorecer a las multinacionales norteamericanas a cualquier precio. El chantaje llega a límites insospechados, porque el ejercicio de presión de los diplomáticos es intenso al respecto, llegando incluso a poner sobre la mesa las buenas relaciones entre los países por el hecho de otorgar tal o cual contrato a las multinacionales del país aunque sea en detrimento de las nacionales. Una de las empresas que aparece «representada» por los diplomáticos es Chas T. Main. En cuanto descubrí ese nombre, de inmediato recordé la historia que relato a continuación.

El protagonista se llama John Perkins. De su biografía podemos destacar los siguientes datos: nació en Hanover, estado de New Hampshire (Estados Unidos), en 1948. Sus estudios universitarios estuvieron dirigidos hacia la economía y la empresa. Se doctoró por la Escuela Universitaria de Boston. A comienzos de los años setenta entró a formar parte de Chas T. Main, una empresa de ingeniería energética fundada a finales del siglo XIX y que desde entonces levanta y desarrolla proyectos en numerosos países. Pero la llegada de Perkins a esta empresa fue diferente a la de cualquier otro empleado. Y es que su desembarco allí se produjo tras haber sido contratado por la Agencia de Seguridad Nacional (NSA), la mayor agencia de inteligencia del país, para servir a Estados Unidos como socio financiero.

Llevó a cabo su trabajo durante más de dos décadas. Como empleado de Main su misión era implantar y supervisar los proyectos de su empresa en países de Asia y América del Sur. Tales proyectos consistían en la construcción de infraestructuras relacionadas con la energía y los recursos naturales de esos países. Pero la realización de los proyectos sólo era la fase final de un plan que, en

ocasiones, rozaba lo perverso. «Que nadie se entere de tu actividad. Ni siquiera tu mujer. Cuando uno entra en esto, es para toda la vida», le dijo la persona que se encargaría de instruirlo en la que sería su misión, que él define como un ejercicio de gansterismo económico que une bajo un mismo interés a gobierno, diplomáticos, servicios de inteligencia, banca y empresas.

Perkins escribió en sus memorias que hay cientos de gánsteres económicos en las grandes multinacionales. Y que una gran parte de ellos ha recibido la misma formación que él. Cuando sus instructores le explicaron cómo sería su trabajo, lo hicieron con las siguientes palabras: «Tu objetivo será estimular a líderes de todos los países para que entren a formar parte de la extensa red de intereses comerciales de Estados Unidos en todo el mundo. En último término, esos líderes acaban atrapados en la telaraña del endeudamiento, lo que nos garantiza su lealtad. Así, podremos recurrir a ellos siempre que lo necesitemos, y de este modo satisfacer nuestras necesidades políticas, económicas o militares. A cambio, ellos consolidan su posición porque traen a sus países complejos industriales, centrales generadoras de energía y aeropuertos. Y los propietarios de esas empresas, casi siempre estadounidenses o de países de nuestra órbita, se hacen inmensamente ricos».

Uno de los países en los que Perkins trabajó fue Ecuador. Sus actividades y los objetivos de su misión allí dibujan bien a las claras cómo son los ritmos que marcan la realidad del planeta y de una de las más poderosas herramientas de dominio: la deuda exterior. El juego de los gánsteres económicos es proveer a los países pobres de los mecanismos necesarios para poder extraer las riquezas naturales de las que disponen.

En Ecuador se descubrieron enormes bolsas de petróleo en el Amazonas que han convertido al país en uno de los diez primeros proveedores de crudo de Estados Unidos. Pero ese petróleo surgió en zonas donde la pobreza era acuciante. Entonces el país fue apoyado mediante créditos para favorecer el desarrollo. Al mismo tiempo, los gánsteres económicos como Perkins negociaron el reparto de los beneficios una vez que hubieron conseguido que el gobierno local permitiera a la empresa extranjera fabricar torres de extracción y plantas de refinado de crudo. En el caso de Ecuador, las multinacionales extractoras se llevaban el 75 por ciento del dinero generado por el petróleo. Y, del 25 por ciento restante, el gobierno de Ecuador debía abonar dos terceras partes para pagar la deuda exterior. No existía la posibilidad de decir que no a esa propuesta.

Así explica Perkins el funcionamiento de este sistema en su primera fase: «Somos hábiles. Hemos aprendido las lecciones que nos ha enseñado la historia. La sutileza de los constructores de este imperio moderno deja en evidencia a los generales romanos, a los conquistadores españoles o a las potencias coloniales europeas de los siglos XVIII y XIX. No usamos armaduras ni uniformes. En países como Ecuador, Nigeria o Indonesia vamos vestidos como los maestros de escuela. En Washington y París adoptamos el aspecto de burócratas y banqueros.

Inspeccionamos las obras de ingeniería y visitamos las aldeas depauperadas en donde se encuentran las riquezas. Profesamos el altruismo y hacemos declaraciones en los periódicos locales sobre los maravillosos proyectos humanitarios a que nos dedicamos. Somos personajes públicos. Sin nada que ocultar. O por lo menos nos presentamos como tales y como tales se nos acepta. Así funciona el sistema. Pocas veces hacemos nada ilegal, porque el propio sistema está edificado sobre el subterfugio».

Los mecanismos para crear deuda puede fallar por varias razones. Podría ser que los gobiernos no aceptaran las directrices de las grandes corporaciones y decidieran no claudicar ante el sistema de créditos a devolver, con intereses incluidos. Podría pasar que por decisión de los líderes locales el reparto de los beneficios del petróleo no fuera tan provechoso para las empresas extranjeras. Entonces, como explica Perkins, entran en juego los chacales. Y éstos sí que son émulos de los representantes de aquellos imperios antes mencionados.

Los chacales actúan de diversas formas, pero ya no pueden sostenerse sobre la legislación que contribuyeron a crear los gánsteres económicos. Entonces es cuando ocurren «cosas»: atentados, muertes sospechosas, secuestros, revoluciones. Según explica Perkins, en Ecuador los chacales pusieron en funcionamiento su maquinaria de mentiras, amenazas y sobornos. Explica el arrepentido que se intentó transmitir a la opinión pública que el presidente Jaime Roídos, el primer mandatario elegido democráticamente en Ecuador, era un nuevo Fidel Castro. Pero Roídos insistió en su plan: si alguna empresa extranjera quería instalarse en el país, debía poner en marcha proyectos de utilidad para el pueblo y reducir sus porcentajes de beneficios.

Roídos presentó su plan en contra del sistema creado en un mitin que ilusionó al país en el Estadio Olímpico Atahualpa de Quito. No había cedido a las presiones. Tras el acto, ocurrió algo extraño: un miembro de su equipo de seguridad le hizo ver la posibilidad de que su helicóptero tuviera problemas. «Debes viajar en otro», le dijo. Pocos minutos después, ese segundo artefacto estallaba y se incendiaba. Roídos murió.

Su sustituto al frente del país fue Oswaldo Hurtado. Las compañías petroleras que habían sido expulsadas, y otras encargadas de la creación de infraestructuras, pudieron regresar. Se llegó a un acuerdo con la empresa Texaco para la extracción del petróleo. El reparto de dividendos sería el de antaño: casi todo para la multinacional y las minucias para las arcas del Estado. Todo había vuelto a la «normalidad»: los chacales habían triunfado.

En raras ocasiones los gánsteres económicos primero y los chacales después fallan. Pero hay excepciones. Y Perkins cita, por ejemplo, los casos de Afganistán e Irak. Es entonces cuando se envía a la juventud estadounidense a matar y morir, en ejércitos enormes y en nombre de la libertad. Guerras de liberación, invasiones humanitarias, etcétera.

«Los gánsteres económicos somos profesionales generosamente pagados que estafamos billones de dólares a países de todo el mundo. Canalizamos el dinero del Banco Mundial y de otras organizaciones internacionales hacia las arcas de las grandes corporaciones. Entre nuestros instrumentos figuran los dictámenes financieros fraudulentos, elecciones amañadas, sobornos, extorsiones y asesinatos. Este juego es tan antiguo como los imperios, pero adquiere nuevas y terroríficas dimensiones en nuestra era de la globalización. Yo lo sé», sentencia Perkins, que con sus atinadas reflexiones dibuja a la perfección el funcionamiento de este sistema mundial de negocios en el que, como demuestran los cables descubiertos por Wikileaks, los embajadores y diplomáticos tienen un papel trascendental.

Hoy, en Ecuador hay un nuevo Roídos. El presidente Rafael Correa ha sido calificado en Estados Unidos como un personaje de la cuerda de Hugo Chávez o Evo Morales. Los tres son objeto de numerosos ataques por parte de los embajadores norteamericanos en sus respectivos países. Los tres han reducido el margen de beneficio de las grandes multinacionales que extraen recursos naturales, fundamentalmente petróleo y gas. En los tres países es tiempo de chacales. Heather Hodges, la embajadora de Estados Unidos en ese país, elaboró un informe en agosto de 2009 en el que dibujaba la situación económica y política de Ecuador con gran detalle. Este cable pone de manifiesto que, en muchos aspectos, la presidencia de Correa está siendo buena para el país: la pobreza se reduce, el crecimiento no cesa y el producto interior bruto aumenta. El informe sugiere que tales beneficios han sido a costa del gasto público y la influencia del gobierno en la economía. No deja de ser curioso que para Hodges eso parezca un problema, habida cuenta de que estas medidas han revertido en el bien de la sociedad. Pero de cara al mundo entero —y a los medios de comunicación más importantes— Estados Unidos contribuye de forma permanente a la criminalización de Correa. En ese mismo cable se señala que en tiempos recientes hubo una crisis en las relaciones entre los dos países debido a la expulsión de dos diplomáticos. Y aunque la embajadora no lo dice, la salida del país de los dos miembros de la legación se debía a que se trataba de agentes de la CIA que estaban ejerciendo influencia en la Policía Nacional. No deja de ser curioso que un año después, el intento de golpe de Estado contra Correa se gestara y ejecutara en el seno de los cuerpos policiales.

La embajadora también presionó —según los informes secretos— al gobierno de Ecuador para que endureciera el acceso al país, ya que según la Casa Blanca, la laxa legislación al respecto estaba favoreciendo la llegada de africanos que huían de las guerras étnicas, chinos que pretendían establecer negocios en América, cubanos que buscaban salida hacia Estados Unidos desde allí o ciudadanos de Europa del Este que acabarían por contribuir al incremento de la delincuencia. Según revelan los cables, Correa se defendió de las acusaciones de Estados Unidos aludiendo a su concepto humanitario de la inmigración. Pero, finalmente, tuvo

que implementar medidas de control para reducir el número de visados a extranjeros de determinados países. La radical xenofobia es otra de las características del ejército diplomático de Estados Unidos. Además, los informes demuestran que el gobierno de Colombia pidió que se espicara al gobierno de Ecuador.

Pocos días después del estallido del *cablegate*, se extendió la noticia de que Ecuador podría acoger a Julián Assange para evitar su encarcelamiento y traslado a Estados Unidos. En realidad, fue el vicepresidente Kintto Lucas quien efectuó el ofrecimiento, pero el propio presidente Rafael Correa salió al paso asegurando que defendía la filtración de Wikileaks —los presidentes de Ecuador, Venezuela y Brasil han sido los únicos en defender abiertamente a Assange—, pero que su gobierno no podía involucrarse directamente concediendo el asilo al editor australiano. «Eso sí, como consecuencia de lo revelado en los documentos, las relaciones entre los países de América Latina y Ecuador pueden quedar muy lastimadas», señaló. Y es que esos documentos demuestran que Estados Unidos se sirvió de Colombia —cuyo gobierno conservador es el más próximo a la Casa Blanca— para espiar y controlar a los países que en los últimos años habían apostado por la nacionalización de los recursos naturales y el recorte en el margen de beneficios de las multinacionales que los explotaban.

En el caso de España, uno de los más notables ejemplos de presión para beneficiar a empresas norteamericanas tiene que ver con la búsqueda de una ley antidescargas que fuera dura y ejemplar contra quienes facilitaran y consumieran música, cine o libros en Internet. En este aspecto, el gobierno español fue endureciendo año tras año su posición contra la piratería, llegando incluso a considerar como delincuentes a los usuarios que descargaban gratis contenidos protegidos por *copyright*. En varias ocasiones la justicia sentenció a favor de los acusados contradiciendo la información que sobre el asunto difundía el gobierno con las mismas herramientas demagógicas que la propaganda bélica. Al margen de dos realidades indiscutibles: la indefensión de los creadores ante la piratería y la existencia de una insólita «cultura» de lo gratuito y de desprecio hacia los autores por parte de un gran público, lo cierto es que lejos de buscar la defensa de los intelectuales, el gobierno de Estados Unidos se erigió en defensor de las empresas editoras de discos y películas.

El embajador de Estados Unidos en España dibujó una sociedad criminal «a mitad de camino entre el Primer Mundo y el Tercer Mundo». Incluso elaboró una lista de páginas web que eran utilizadas para descargar contenidos protegidos. Trajo a España a empresarios de Hollywood y a la empresa AOL Time Warner para que se reunieran con ministros y altos funcionarios involucrados. Incluso se amenazó al gobierno español en 2007 con aparecer en la lista negra. Y finalmente así fue, pese a que cuando el PSOE ganó las elecciones en 2004, el embajador Eduardo Aguirre se mostró esperanzado debido a que numerosos artistas,

cantantes y actores se habían posicionado del lado del candidato que resultó vencedor, José Luis Rodríguez Zapatero, que entendía sería más favorable a las tesis que querían imponerse contra la piratería desde la Casa Blanca.

La lucha a favor de una red libre siempre ha sido un objetivo de Wikileaks. Assange —sin negar los derechos de propiedad intelectual, pero también los abusos de la comercialización de la cultura— no sólo fue el creador de sistemas informáticos basados en el *software* libre, sino que se convirtió en un activista a favor de esta lucha. Wikileaks lo puso al servicio de aquellos filtradores que quisieran dar a conocer informaciones sobre los organismos que pretendieran un Internet sin libertad y dominado por empresas como Microsoft.

Un informe secreto capturado por Wikileaks y que se dio a conocer antes de los escándalos en los que estoy centrando este trabajo ofrece pruebas de las maniobras de un personaje llamado Jonathan Zick, presidente de ACT, empresa asociada a Microsoft, que habría influido en la modificación de documentos de trabajo de la Unión Europea. El documento es un informe desarrollado por consejeros de la Unión Europea pero que después fue revisado por ACT y otras empresas asociadas con el objetivo de atajar los intentos de implantar *software* libre con la colaboración —rendidos ante el poder económico— de los europarlamentarios que dan la sensación en este informe de someterse a quienes son los dueños del *software* con licencia.

Aunque el gobierno español fue contundente y duro contra la piratería, a Estados Unidos aquello no le pareció suficiente. Alude en los cables diplomáticos a la indefensión en nuestro país de la industria musical y cinematográfica. De hecho, esa dureza gubernamental criticada hasta la saciedad por los internautas fue aprovechada por la oposición del Partido Popular para situarse del lado de los usuarios y en contra del gobierno. A tanto llegó la cosa que, en 2010, el nuevo embajador, Alan D. Solomont, pidió al líder de la oposición Mariano Rajoy que visitara la embajada de Estados Unidos para hablar sobre el asunto y para que modificara su posición al respecto. A veces da la sensación de que son los diplomáticos norteamericanos quienes de verdad deciden las cosas importantes. Por cierto, Rajoy se mostró inflexible: si su postura a favor de los internautas le daba votos, entonces no modificaría su discurso pese a que internamente pudiera estar de acuerdo con las peticiones de Estados Unidos.

La presión en España respecto a asuntos relacionados con la empresa llegó a cotas delirantes cuando se pidió la intervención de una empresa española que vendía material a Siria o a los bancos Santander y Sabadell para que abandonaran sus proyectos en Irán debido a que allí se intentaba desarrollar la bomba atómica. Mayores fueron las presiones sobre Repsol, una empresa que estaba muy bien situada para los contratos que iba a aprobar el gobierno de Irak pero que —pese al apoyo del presidente español Aznar a la guerra— se quedó casi sin nada. A pesar de ello, desde 2007 Repsol pasó a formar parte de un consorcio para la explotación

y refino de gas natural en Irán. Desde la embajada se hizo ver al presidente de la compañía que debía salir de ese país: «Evalúe el potencial impacto sobre la reputación de la compañía y el valor de las acciones». En suma: un chantaje. La embajada también bloqueó la posibilidad de que la empresa estatal Izar vendiera armamento a Irán en 2004. «Seguimos con mucho cuidado las posiciones de España en este asunto». Realmente así era, porque años atrás, el *cablegate* demuestra que algunas empresas españolas no pudieron vender armamento a China debido a la presión efectuada desde la madrileña calle Serrano, en donde se encuentra la embajada de Estados Unidos. Y el embajador decía aquello de vigilar las ventas en nombre del país que más armas vende a regímenes autoritarios en el mundo entero.

El 18 de febrero de 2009, el Departamento de Estado elabora un documento que resulta esclarecedor. Es un listado que bien podría denominarse «el listado de la verdad». Se trata de una exposición de las «infraestructuras críticas y claves» del mundo que deben ser protegidas por Estados Unidos. La excusa es la de siempre: pueden ser objeto de ataques terroristas.

El listado comienza en África. Allí no hay que proteger a las personas, sino que la casi totalidad de lugares señalados son minas de bauxita, cobalto, manganeso, coltán, etc. También en otros continentes aparecen minas de todo tipo como lugares clave, especialmente aquellas que contienen minerales necesarios para la fabricación de equipos tecnológicos e informáticos. También sorprende que numerosos cables submarinos de fibra óptica en diversas partes del mundo aparezcan como objetos sensibles. Así como las sedes de multinacionales norteamericanas en diversos países, con especial relevancia a las farmacéuticas (llama la atención que se señale como lugares de vigilancia especial los centros que fabricaban los medicamentos contra la gripe A) y minerales. Por supuesto, los lugares estratégicos incluyen oleoductos y gasoductos, además de algunas infraestructuras como puentes, canales (el de Panamá o Suez, por ejemplo) o tránsitos fronterizos. Lo dicho: lo importante para los diplomáticos no son las personas.

Una de las cosas que llama la atención es ver cómo los diplomáticos salen en defensa de los problemas de las empresas norteamericanas allá donde se encuentren. Quienes se han quejado por la aparición de los documentos aseguran que éste es el deber de los embajadores y no entienden que se haya publicado toda esta información como si fuera un escándalo. El problema es que, en ocasiones, lo que se pretendía defender al posicionarse del lado de esas empresas no era lícito. Tal es el caso de lo ocurrido en Nigeria con Pfizer, en donde este importantísimo laboratorio desembarcó en 1996, cuando una epidemia de meningitis estaba afectando a miles de niños.

Los dueños de Pfizer, posiblemente una de las principales empresas de fármacos del planeta, pensaron que la triste realidad podía convertirse en un campo de pruebas. Y que si pasaba algo, nadie iba a decir nada. Por eso hicieron lo que hicieron, puesto que estaban ansiosos por probar el Trovan, un fármaco que tenían diseñado para competir con el antibiótico más empleado en Occidente para el mismo mal: el Ceftriaxone. Como consecuencia de las pruebas murieron once niños.

El gobierno de Nigeria descubrió la causa de aquellos fallecimientos e inició acciones legales contra Pfizer. La derrota judicial fue un auténtico golpe en la línea de flotación de la empresa, pese a que se logró contener la relevancia mediática del asunto. Aunque lejos de asumir la carga de la culpa —una culpa vergonzante, frente a la que sólo cabía agachar la cabeza, pedir perdón y pagar los 75 millones de dólares de multa a los que fue condenado el laboratorio—, Pfizer acudió a la embajada de Estados Unidos en Laos. Habían pasado trece años del crimen. Pese a ello, en la reunión entre embajador y empresarios quedó al descubierto que Pfizer había contratado detectives privados para descubrir posibles casos de corrupción protagonizados por Michael Aondoakaa, el fiscal nigeriano al frente de las causas. El objetivo era chantajearlo y así evitar males mayores en los procesos que aún estaban abiertos.

Durante la reunión en la embajada se manejaron las comprometedoras informaciones contra el fiscal. Los detectives tuvieron éxito. Y lejos de apartarse de la trama y denunciar lo ocurrido, los diplomáticos norteamericanos incluso aseguran que el resto de niños a los que se suministró el fármaco salvaron la vida. Por cierto, el fármaco, debido a otros efectos secundarios detectados en su administración, ha sido retirado de Europa y en ningún país se autoriza su uso para el tratamiento de niños con meningitis.

Desde que comenzó su trabajo, Julián Anssange ha insistido en diferentes declaraciones en que además de desvelar informaciones sobre gobiernos y

administraciones públicas, diferentes empresas están en el punto de mira de Wikileaks. Y entre ellas nunca deja de mencionar a la industria farmacéutica. El *cablegate* desvelará —y ya lo está haciendo— muchas informaciones al respecto, pero en realidad lo viene haciendo desde hace tiempo. En diciembre de 2009 se filtraron informes comprometedores sobre el grupo de trabajo de expertos de la Organización Mundial de la Salud, en los cuales se demostraba que lejos de favorecer la liberación de patentes y la producción de genéricos para abaratar el precio de los fármacos y hacer posible que las medicinas lleguen a todos los necesitados, la OMS procuraba articular mecanismos que protegieran a las grandes empresas de la competencia que tendrían en caso de existir medicamentos baratos, en sintonía con la actual tendencia de muchos gobiernos para liberalizar el mercado de patentes y suministrar genéricos, ya que hasta ahora, cuando un laboratorio patentaba el principio activo de un fármaco, nadie más podía desarrollarlo, sometiendo al consumidor —y al no consumidor por razones obvias de falta de recursos— a las normas y precios del fabricante. Los cientos de páginas de informes dados a conocer por Wikileaks «confirman todos los temores» que existían a propósito de la ascendencia de la empresa privada sobre las decisiones de la OMS.

Otro de los asuntos en los que la salud está en juego son los alimentos transgénicos. Pese a que no hay consenso científico sobre el asunto, su uso y abuso podría resultar perjudicial para la salud de los consumidores, además de no haber supuesto ningún avance en relación a la lucha contra el hambre en el mundo.

En los informes filtrados en el *cablegate*, este asunto aparece en numerosos telegramas datados en la primavera de 2009, cuando la producción del maíz patentado con la denominación Mon810 fue vetado en varios países de Europa. En Washington estaban asustados ante la decisión de Alemania, Austria o Grecia, especialmente porque se temía que España se sumara a la prohibición de cultivo, habida cuenta de la notable corriente de opinión en contra de los transgénicos que ya había provocado que los parlamentos del País Vasco y Cataluña aprobaran restricciones a estos cultivos, que también habían sido el *leitmotiv* de varias manifestaciones de ecologistas y agricultores, que veían cómo el avance de los transgénicos ponía en riesgo la agricultura tradicional y las fuentes de ingreso de miles de familias en todo el país. El hecho es que en España se cultiva el 75 por ciento del maíz modificado de toda Europa, si bien los europarlamentarios españoles habían apoyado que cada país de la Unión decidiera de forma independiente el veto o no a este tipo de productos, lo que despertó el temor en los norteamericanos de que el gobierno empezara a oponerse a los intereses comerciales de las grandes empresas.

Alertados ante la situación, los representantes de Monsanto, la empresa más importante del mundo en producción de transgénicos, y en la actualidad una de

las más poderosas del planeta pese a que es una gran desconocida para la opinión pública, viajaron hasta España para reunirse con políticos y funcionarios en una visita coordinada por la embajada de Estados Unidos, que nuevamente actuaba como relaciones públicas de quien tenía el dinero. Necesitaban frenar la ola contra los transgénicos en España, ya que si nuestro país se alineaba con los críticos, el resto de naciones seguirían nuestra senda. A este respecto, la embajada norteamericana encontró en Josep Puxeu, secretario de Estado de Medio Rural y Agua, a su mejor aliado. No se mostraba favorable a las críticas de un sector de la ciencia y de los ecologistas, aunque temía —así lo muestran los cables— que en el seno de los ministerios de Agricultura y Medioambiente siguiera creciendo el número de alineados frente a los transgénicos. Según Puxeu y los diplomáticos norteamericanos, la fusión de ambos ministerios en uno solo aislaría a los opositores. La fusión llegó meses después, aunque, aparentemente, fue como consecuencia de la crisis económica y la necesidad de recortar presupuestos oficiales. Sin embargo, ya en 2008, el embajador Eduardo Aguirre se reunió en varias ocasiones con la vicepresidenta Teresa Fernández de la Vega y la ministra de Medio Ambiente, Elena Espinosa, sobre quienes manifiesta en sus escritos ciertas dudas respecto a su implicación en la causa a favor de los cultivos modificados genéticamente. Aguirre buscó en los miembros del gobierno aliados para la causa, que mueve miles de millones de euros en todo el mundo, hasta el punto de que algunos consideran a Monsanto un auténtico poder mundial en la sombra.

Para saber algo más sobre Monsanto —y se podría escribir mucho sobre esta multinacional que concentra el 90 por ciento del mercado de transgénicos, y que por lo que veremos a continuación requiere de un enorme esfuerzo del poder para expandir sus fronteras comerciales. El gobierno de Estados Unidos, también a través de sus diplomáticos, se ha prestado sin fisuras a colaborar con esta poderosa empresa— podemos remontarnos al 12 de enero de 2010 para conocer una anécdota clarificadora, cuando un terrible terremoto asoló Haití y provocó la muerte de cientos de miles de personas. El país, el más pobre de América, quedó sumido en una catástrofe humanitaria sin precedentes.

Aunque la solidaridad internacional fue mayúscula, los esfuerzos y donaciones de millones de personas en todo el mundo no sirvieron para atajar la crisis. En estos casos, las donaciones privadas quedan atrapadas en unos fondos que son gestionados por conferencias de donantes y por instituciones como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. El dinero se entrega al país damnificado en función de que se garantice un plan a seguir y el pago de la deuda que pudiera tener el país. Incluso hubo quienes vieron en la ayuda a Haití una forma de conseguir un nuevo mercado, tal como quedó al descubierto en la reunión del Foro de Davos, una cita internacional que reúne a algunas de las fortunas más poderosas del planeta y mandatarios políticos de instituciones internacionales.

Allí se aprobó el envío de 475 toneladas de semillas con destino a Haití, con la intención de favorecer el desarrollo de la agricultura en el país. La ayuda sería canalizada por la Agencia Internacional para el Desarrollo de Estados Unidos (USAID) y la empresa Monsanto, que entregaría gratuitamente esa ayuda. Sin embargo, los agricultores de Haití no recibieron tal muestra de generosidad con los brazos abiertos. ¿Por qué? No era desinteresada ni gratuita. Así lo denunciaron en el Foro Social Américas que se celebró poco después. Había una intencionalidad oculta, porque se trataba de semillas híbridas, cuyos frutos no pueden ser reutilizados —tal como ocurre con las semillas naturales— en sucesivas campañas de siembra. Además, los herbicidas necesarios para que la siembra sea productiva sólo pueden ser proporcionados por la misma empresa Monsanto, que tiene las claves científicas para que sólo así sean compatibles. Los haitianos sostenían que la diversidad natural y la soberanía alimentaria no podía pasar por la obligatoriedad de utilizar productos de Monsanto en las diferentes campañas. La primera entrega resultaba gratuita, pero en las siguientes campañas los agricultores se verían en la necesidad de adquirir a través de Monsanto las semillas y los fertilizantes.

A raíz de la polémica, Monsanto emitió un comunicado en el que aseguraba que la intención de la empresa era solucionar el problema alimenticio de Haití y recordaba que las semillas eran híbridas, pero no exactamente transgénicas. A los campesinos no les convenció la explicación y quemaron las semillas «regaladas». Al tiempo, el gobierno de Haití apoyó a Monsanto, lo que terminó por abrir una brecha entre los ciudadanos y el poder, que en su intento desesperado por intentar sacar el país adelante se sometió en demasiadas ocasiones a los dictados de los organismos internacionales, tal y como había hecho durante tantas.

Desde su creación, el grupo de Julián Assange ha efectuado numerosos alegatos a favor de la salud individual y colectiva. Y puso en su objetivo a empresas e instituciones que juegan con el bienestar sin buscar cualquier otro beneficio que no sea el monetario. Eso sí, por encima de esa «obsesión» había otra: desvelar maniobras del poder para ocultar informaciones importantes.

Fruto de ese trabajo fue una de las revelaciones que más impacto tuvieron antes de que Wikileaks se convirtiera en una organización tan importante como es ahora. Me refiero —la fórmula lingüística se ha repetido en numerosas ocasiones— al llamado *climagate*, sobre el que se habló mucho en su momento, aunque la opinión pública desconocía que el origen de aquella historia estaba en una de las filtraciones facilitadas por Wikileaks. Por entonces, el funcionamiento de las filtraciones era distinto a como es en la actualidad. El grupo ofrecía la filtración a la que había tenido acceso al mejor postor, y el medio de comunicación que la adquiriría lo publicaba, lo que hacía que la opinión pública no tuviera una referencia directa de quién estaba detrás de la exclusiva.

La historia tiene como epicentro la Unidad de Investigación Climática de la Universidad de East Anglia, cuyos servidores fueron pirateados por un agente desconocido. Se capturaron 150 megabytes de información escrita. En total se reunieron mil correos electrónicos y tres mil documentos adjuntos. ¿Quién abordó la puerta de atrás de aquellos ordenadores o las cuentas de correo electrónico? ¿Acaso la gente de Wikileaks? ¿Acaso fuentes próximas a los implicados y que no estaban de acuerdo en cómo se estaban haciendo las cosas? ¿O más bien alguien que estaba interesado en suministrar la «verdad» a Wikileaks? Lo cierto es que aquellas informaciones interceptadas habían salido del teclado de los científicos que trabajaban en las instituciones internacionales que se ocupan del cambio climático y que inciden en el origen humano del calentamiento global y la necesidad de reducir las emisiones de gases contaminantes, lo que obliga a los gobiernos a articular normativas para que las grandes empresas reduzcan sus acciones contaminantes, con la consiguiente inversión económica —y la reducción de beneficios— que supone adaptarse a las nuevas normas.

La más importante institución dedicada al asunto, entre cuyos colaboradores están los investigadores de la Universidad de East Anglia, es el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de la ONU, que obtuvieron el premio Nobel de la Paz en 2007 junto con el político Al Gore, que ganó las elecciones del año 2000 en Estados Unidos pese a que su triunfo fue anulado por el Tribunal Supremo en favor de George Bush, que finalmente fue

investido como presidente. El mismo año 2007, Gore obtuvo un enorme impacto internacional gracias al documental *Una verdad incómoda*, que alertaba de los riesgos del cambio climático.

Entre todos aquellos documentos había muchos que demostraban que los científicos estaban exagerando algunos datos de sus investigaciones en relación al cambio climático y presionando para que no hubiera opositores a sus tesis. Tras la publicación de la información se abrió un acalorado debate; los escépticos del cambio climático encontraron en aquellos correos electrónicos una prueba de que todo lo referente al asunto era una conspiración internacional entre científicos y gobernantes. Así, los primeros conseguían becas, ayudas y reconocimiento. Y los segundos, que impulsaban la «farsa», podrían articular mecanismos para introducir un impuesto para gravar a todos los ciudadanos con objeto de paliar los problemas medioambientales.

Dos investigaciones oficiales, una de la Cámara de los Comunes del Reino Unido, y otra de la misma Universidad de East Anglia, no encontraron indicios de actividades ilícitas ni fraudulentas en los científicos de la Unidad de Investigación Climática. Y la realidad es así, pero ciertamente los correos interceptados demostraban que se manejaban con intenciones propagandísticas y económicas las informaciones que se daban a conocer, escogiendo los datos más siniestros y la peor de las opciones de futuro posible para confirmar la tesis del calentamiento global. En ningún caso, pese a todo, quedaba en cuestión la existencia del cambio climático, su peligro para el futuro, y la necesidad de tomar medidas que se cumplan de forma masiva para evitar que el mal vaya a mayores. El problema es que gran parte de los científicos colaboradores de la ONU han hecho del riesgo propiciado por el cambio climático una forma de vida. Y siempre van a intentar que los datos los favorezcan para seguir trabajando, tener repercusión pública — las advertencias tremendistas tienen muy buena salida en prensa— y ampliar la cobertura económica mediante becas y subvenciones.

Los escépticos hicieron de la parte el todo. Consideraron que las informaciones filtradas constituían una demostración de que el cambio climático es un gran fraude. Sin embargo, los intentos para conseguir que esa idea se extendiera no nacieron con la publicación de los «secretos» de la Universidad de East Anglia, cuya actitud —añado a título personal—, lejos de beneficiarlos sólo consigue abrir un debate en el que la salud planetaria —lo realmente importante— queda en un segundo plano.

No hay que olvidar que dos años antes de que se hiciera público el *climagate* se conoció que un *think tank* de Estados Unidos llamado Instituto Americano de Empresa, de entre cuyos socios salieron veinte altos funcionarios del gobierno de George Bush, creó una red de «expertos» que tenía por objeto divulgar informaciones que pusieran en duda el origen humano del cambio climático. Esa red, cuya existencia fue constatada por *The Guardian*, ofrecía abultadas sumas de

dinero a los científicos que cuestionaran en sus declaraciones y trabajos las tesis del cambio climático. No sorprende que la empresa petrolífera Exxon Mobil —según algunas fuentes, la más contaminante del mundo— fuera una de las que financiaban esa operación del Instituto Americano de Empresa.

Son muchos los que piensan que Wikileaks es utilizada para publicar aquellas informaciones que interesan a oscuros poderes. Y aunque, como ya he señalado, ninguna información certifica que eso sea así, lo cierto es que el *climagate* benefició a esos oscuros intereses, ya que se generó una corriente de opinión de escepticismo respecto al calentamiento global, que contribuye, en mayor o menor grado, a que se ralentice la implementación de medidas para evitar la emisión de gases contaminantes que supondrían un perjuicio —eso sí, mínimo en función de sus ingresos— a las empresas responsables del cambio climático.

¿Fue Wikileaks utilizado para divulgar datos que servían a esos intereses pese a que no puede decirse que el comportamiento de los científicos fuera inmaculado? Assange y su equipo tienen una virtud: la transparencia que supone dar a conocer todas las informaciones que desvelan tramas ocultas. Y es que esa virtud pudiera también ser un defecto, ya que permitiría a esos intereses ocultos utilizar a los filtradores en su propio beneficio. Que tal cosa pudiera pasar es una de las dudas que han esgrimido los escépticos, para quienes planea la sospecha de que las revelaciones hayan sido dirigidas con objeto de provocar ciertas reacciones.

No es el caso de Trafigura, la tercera multinacional del mundo en el mercado de los metales. He aquí otra de las grandes revelaciones efectuadas antes de que Wikileaks fuera tan conocido. La historia nos remonta a agosto de 2006, cuando el *Probo Koala*, un buque de la compañía Trafigura, arrojó en Abiyán (Costa de Marfil) quinientas toneladas de residuos tóxicos. Semanas antes, la empresa no quiso cubrir el coste económico que suponía efectuar el vertido en Amsterdam, en donde podría haberse ejecutado de forma ecológica... y cara.

Horas después de dejar los bidones en el puerto, la empresa Tommy se encargó de depositarlos en dieciocho vertederos de la ciudad de Abiyán. Horas después, el olor se extendió por toda la ciudad. Y no era un olor inocente. Los gases afectaron a miles de personas y los hospitales se llenaron de pacientes aquejados por todo tipo de males: náuseas, vómitos, quemaduras en la piel... Incluso se notificó más de un aborto. En total, el número de afectados ascendió a 108 000 personas. Entre ellas hubo diecisiete que no superaron los síntomas y fallecieron. Pero en principio, Trafigura miró para otro lado. No hubo escándalo internacional. Total, aquello ocurría en África...

Wikileaks contribuyó a que las cosas no se quedaran ahí. Tres años después publicó una serie de informes que demostraban la culpabilidad de la empresa en aquel atentado contra la salud de miles de marfileños, que con la publicación de los documentos del *cablegate* sacaron a la luz cómo sus gobernantes hincharon sus arcas mientras gran parte de la población pasaba hambre. En cuanto se divulgaron

documentos internos e investigaciones oficiales hasta ese momento silenciadas, Trafigura se apresuró a negar su responsabilidad en todo aquello. No sirvió de mucho, porque Assange siguió publicando informaciones, una tras otra, hasta que la verdad se abrió paso. Se descubrió que la empresa había firmado con el despacho de abogados que representaba a 31 000 víctimas un acuerdo mediante el cual se comprometía a pagar la irrisoria cantidad de 1150 euros a cada una de ellas. Ese dinero, una cantidad considerable en Costa de Marfil, es una miseria en Europa. Se aprovecharon de la necesidad. Y a cambio de tan ridícula indemnización, los abogados admitieron la envenenada petición de Trafigura: reconocer que las investigaciones no habían podido establecer una relación directa entre la ola de enfermedades y el vertido. Dos años antes, la empresa ya había pagado ciento cincuenta millones de euros al gobierno de Costa de Marfil a cambio de que no prosiguiera con las acciones judiciales en su contra.

Las filtraciones reveladas por Wikileaks incluyen un informe científico encargado por Trafigura —y silenciado por la empresa— en el que se establece el vínculo entre las enfermedades y el vertido, además de que demuestra que se llevó a cabo un tratamiento incorrecto —más bien nulo— de los residuos tóxicos. Otro informe revelado por Assange y que había sido efectuado por encargo de la ONU, concluye: «Las muertes y enfermedades están ligadas al vertido de residuos objeto del estudio». Más grave resulta el hecho de que alguien que entró en los ordenadores de los directivos de la empresa interceptó mensajes de correo electrónico que demuestran cómo los empresarios conocían perfectamente el riesgo potencial del vertido y de sus consecuencias antes de que se efectuara el desembarco en Costa de Marfil.

Trafigura logró que la justicia británica ordenara a la BBC y a *The Guardian* que no dieran a conocer los informes de la ONU entregados por Wikileaks. Ya entonces —estamos en noviembre de 2009, y aún no era tan conocido en el mundo entero el Gran Hermano del pueblo—, un nutrido grupo de internautas se movilizó para exigir a la justicia que fuera... justa. Que defendiera la libertad de expresión. Finalmente, la lógica se impuso, pero Trafigura siguió intentado interponer acciones legales para impedir que se diera a conocer la documentación. *The Guardian* está a la espera de juicio por dar a conocer los informes de Wikileaks al respecto, pero la BBC no se sentará en el banquillo de los acusados... Poco antes de que Assange diera a conocer el video «Asesinato colateral» —el que llevó al primer plano de la actualidad toda su historia y sus revelaciones—, publicó con fecha 12 de marzo de 2010 un informe acompañado del siguiente texto, firmado por el propio australiano, que desvelaba por qué la BBC cambió de posición ante el asunto:

Este documento fue presentado al Alto Tribunal del Reino Unido por la BBC en septiembre de 2009 como defensa contra una demanda por difamación interpuesta por la empresa petrolera Trafigura. Una información de la BBC

sugirió que dieciséis muertes y muchos otros daños fueron causados por el vertido de Trafigura en Costa de Marfil de una gran cantidad de residuos tóxicos. En septiembre de 2009, un informe de la ONU certificó que 108 000 personas se vieron obligadas a recibir atención sanitaria a causa del vertido. Este documento, que no ha sido publicado, describe con detalle las pruebas con las que la BBC justificó su cobertura. En diciembre de 2009, la BBC firmó un acuerdo extrajudicial que podría estar valorado en tres millones de libras. En consecuencia, la BBC eliminó sus informaciones y todo lo publicado hasta entonces en sus páginas de Internet... Al comentar el caso con el director general de Censorship, John Kampfner, éste se lamentó: «La BBC se ha plegado a los intereses corporativos del poder económico. Este documento lo demuestra. Es un día negro para el periodismo, y la publicación del informe demuestra nuestra determinación... Ahora que este documento es de dominio público, éste será capaz de formar su propio juicio acerca de la solidez de los argumentos de la BBC».

Así pues, a cambio de tres millones de libras, unos cuatro millones de euros, la BBC decidió que era mejor dejar el buen periodismo a un lado. Gracias a ello tenían más dinero y la tranquilidad de dejar en paz al poder económico. Se compró el silencio, pese a que el documento presentado por la BBC ante la justicia tras la denuncia contra el medio de comunicación ofrecía todas las informaciones fidedignas que demostraban la responsabilidad de Trafigura y en las que se basaban los periodistas para formular sus acusaciones. Sin embargo, decidieron que era más rentable guardar esos documentos en un armario. Luego, algunos se extrañan de por qué Assange es tan duro con los grandes medios de comunicación. Eso sí, quienes no se extrañan, se sorprenden cuando se aproximó a ellos de forma muy notable con la publicación del *cablegate*. También es lógico, aunque también hay una explicación para ello —obtener respaldo mediático cuando las cosas se complicaran para él—, que he expuesto y que, quizá, con suerte, puede llevar a los grandes medios de comunicación a ampliar su implicación en ciertos asuntos, aunque a algunos les moleste en las altas esferas del poder.

La historia de Panamá y su canal es la historia de una dominación, un ejemplo de cómo el colonialismo ha sido discreto y efectivo, y de cómo lo que demuestran los cables de Wikileaks es cierto: el poder actúa como una empresa y los diplomáticos como la fachada oficial que esconde los intereses del poder económico. La inclusión del canal de Panamá como uno de los lugares estratégicos a proteger frente a las amenazas es una clara muestra de ello.

1 de enero de 1880. Ese día empieza esta historia para la que el *cablegate* ha escrito el último capítulo. Entonces comenzó a construirse el canal de Panamá, que pretendía unir los océanos Atlántico y Pacífico a través del istmo centroamericano. Las obras corrieron a cargo de la empresa francesa Compañía Universal del Canal de Panamá. Al frente de ellas estuvo Ferdinand de Lesseps, el hombre que ya había construido el canal de Suez y que parecía el adecuado para llevar a cabo la proeza, necesaria, eso sí, en un tiempo en el que el mercado internacional ya necesitaba de nuevas vías de comunicación.

Era un proyecto faraónico. Tanto es así que, once años después, con treinta y tres kilómetros construidos, la empresa quebró. Y los derechos de la obra, así como una franja en torno al canal de casi diez kilómetros de ancho, fueron comprados por Estados Unidos, que exigieron a Colombia, el país que era dueño de Panamá por aquel entonces, que la cesión fuera efectiva.

En Bogotá se negaron...

La solución fue sencilla: Roosevelt envió al ejército y alentó un conflicto interno. Y hubo guerra con final conocido: Estados Unidos, que no los panameños, declaró la independencia de Panamá. Se firmó un tratado entre los franceses y los diplomáticos que estaban al servicio del presidente norteamericano que otorgaba autoridad plena —y perpetua hasta el fin de los tiempos— a Estados Unidos sobre una franja de dieciséis kilómetros en torno al canal así como su completo dominio comercial y político. Se impuso un gobierno controlado desde el norte y en 1914, los ochenta y dos kilómetros de longitud del canal quedaron definitivamente construidos y en manos de Estados Unidos, que ya tenía el control de la ruta marítima comercial más rentable del planeta. Además, en aplicación de la doctrina Monroe, dictada en 1823 por el presidente James Monroe, se establecieron bases norteamericanas en Panamá que serían utilizadas como punto de partida de operaciones que tenían por objeto el control de los gobiernos de América del Sur en caso de que las políticas que llevaran a cabo fueran opuestas a las directrices de la Casa Blanca. Durante todo el siglo XX éste ha sido el destino de muchos países del continente, aunque los informes de los

embajadores demuestran que parte de ese control se ha perdido y que es necesario utilizar otras herramientas para ejercer esa ascendencia no escrita.

El estatus de Panamá permaneció así hasta 1968, y todos los gobiernos del país —ninguno democrático— fueron impuestos desde el exterior. Pese a ello, y para evitar situaciones que pusieran en riesgo la integridad de los planes de Washington, hasta entonces se produjeron seis intervenciones militares encabezadas por el ejército norteamericano en este pequeño país de apenas 75 000 kilómetros cuadrados.

En ese año, el dictador Arnulfo Arias, que pertenecía a una de las familias más ricas del país, compró la mayor parte de las tierras que estaban en manos de las dos empresas que hasta ese momento ejercían el control sobre ellos. Se trataba, por un lado, de la Standard Oil de la familia Rockefeller, que controlaba los recursos energéticos, y, por otro, la United Fruit Company, que había adquirido gracias a sucesivos dictadores el dominio absoluto de miles de hectáreas para sus cultivos. Por supuesto, ambas multinacionales controlaban el mercado del canal, que era posesión de Estados Unidos.

Una parte del ejército se rebeló contra el dictador Arias. En aquellos momentos, las enormes riquezas generadas por el canal no habían repercutido en absoluto sobre un pueblo que estaba sumido en la pobreza en más del ochenta por ciento de su población. Un año después, con un gran respaldo por parte del pueblo, el general Ornar Torrijos alcanzó el poder. Y sin manifestar ideología de ningún tipo ni vinculación a ningún gobierno de izquierda ni derecha en el continente, logró mejorar las cosas. Su imagen internacional sirvió para que en Washington se plantearan las cosas cuando el mundo entero empezó a cuestionar el dominio sobre el canal y sobre el país que se ejercía desde la Casa Blanca.

Torrijos llegó a acuerdos con diversos gobiernos norteamericanos en los que eran prioritarias las ayudas al desarrollo para sacar de la pobreza a su país. El más importante de esos acuerdos se estableció entre él y Jimmy Carter. Y, por primera vez en setenta años, el nivel económico, cultural y social del país creció. Hubo ataques mediáticos y campañas internas apoyadas por los servicios de inteligencia occidentales, pero Torrijos resistió y su plan se cumplió, ya que en sus negociaciones fue capaz de satisfacer a unos y otros, gracias a lo cual las empresas norteamericanas pudieron seguir manteniendo su posición.

Carter dejó la presidencia de Estados Unidos en 1980. Ronald Regan ocupó la Casa Blanca en enero de 1981 tras arrasarse en las elecciones. Meses después, el 31 de julio de 1981, un avión panameño sufrió interferencias; se trataba de unas emisiones provenientes de tierra que inutilizaron los instrumentos de a bordo. El piloto perdió el control del avión. No pudo evitar la catástrofe. Se estrelló. A bordo viajaba el presidente de Panamá, Ornar Torrijos.

Tras la muerte de Torrijos, al frente del país apareció la figura de un nuevo dictador. Se llamaba Rubén Paredes. Detestaba a Torrijos. Anuló todos los

acuerdos que había establecido su antecesor y volvió a entregar todos los derechos sobre el canal a Reagan, aunque una nueva rebelión en el seno del ejército hizo que renunciara a su cargo y convocara elecciones. Las ganó el representante del partido de Torrijos. Arriba, en Estados Unidos, volvieron a temblar. Y Arnulfo Arias, que todavía rondaba por allí, y que jamás había creído en el poder de las urnas, denunció fraude electoral. Todos los organismos internacionales lo negaron. Menos Estados Unidos, que logró, además, conseguir el apoyo interno de un hombre llamado Manuel Noriega, un aliado de Estados Unidos que trabajaba para el ejército.

Finalmente, al frente del país se quedó Eric del Valle tras la dimisión de Barletta debido a presiones en todos los ámbitos. Noriega pasó a ser el hombre fuerte del país. Con él, el control de Reagan estaba asegurado, pero Noriega empezó a solicitar derechos a favor de Panamá en relación al dominio del canal. Fue entonces cuando comenzó a alejarse de Washington. Se negó, incluso, a prestar las bases en su territorio y su ejército para la invasión de Nicaragua. Aquello colmó la paciencia de Reagan, que aseguró que Noriega era uno de los más importantes capos de la droga y traficantes de armas en el mundo.

A Reagan lo sustituyó George Bush padre, que había sido dueño de la United Fruit Company, que años atrás había ejercido casi como un gobierno privado en Panamá.

El siguiente gran capítulo de esta historia se escribió el 20 de diciembre de 1989, cuando Estados Unidos invadió Panamá en la que fue la mayor ofensiva militar desde la guerra de Vietnam. Al mundo entero se le narró una versión oficial: el objetivo de aquella campaña militar era Manuel Antonio Noriega, el hombre fuerte de Panamá. Fue capturado. Se dijo de él que era un corrupto, que violaba los derechos humanos, que tenía a Panamá bajo su dominio... Y que había que salvar al país y al mundo entero porque Noriega representaba lo peor de las dictaduras militares. Se lo convirtió en el enemigo número uno, en el personaje más deleznable de la Tierra, en un sátrapa, un tirano...

Con el tiempo se han conocido detalles que sirven para aclarar un poco una verdad que durante mucho tiempo se escatimó al gran público. No deja de ser extraño que, tras la muerte de Torrijos, Noriega fuera aupado a la cúpula del poder por parte de Estados Unidos. De hecho, fue uno de los hombres determinantes a la hora de devolver el control económico del canal a los vecinos del norte. E incluso hoy se sabe que, en las elecciones de 1984, la CIA financió la campaña electoral del candidato próximo a Noriega. Las ganó, sin embargo, la oposición de Nicolás Barletta, miembro del partido que había fundado el asesinado Torrijos...

La inestabilidad, una vez más, se adueñó del país.

Poco después, movimientos rebeldes financiados desde el exterior y campañas internas despejaron el camino a Noriega, pero la colaboración de este personaje con Estados Unidos venía de atrás. Que popularmente se diga que Noriega era

agente de la CIA no es casualidad. Ni siquiera es falso. En 1989, el propio director de la agencia de inteligencia, William Casey, llegó a decir públicamente en declaraciones al periódico *Los Angeles Times* que Noriega estaba prestando un valioso apoyo a las campañas antidroga de Estados Unidos en Centroamérica. Incluso se refirió a él como «mi chico». De hecho, Noriega se había formado como militar en la llamada Escuela de las Américas, una base militar establecida en 1948 en Panamá y en la que se adiestraron algunas de las guerrillas que apoyaron durante todo el siglo XX a los dictadores americanos. Además, durante el juicio que se llevó a cabo contra él quedaron al descubierto sus vínculos con la D-2, el servicio de inteligencia de Guatemala. El objetivo de Noriega, según quedó demostrado, era proporcionar a Estados Unidos guerrilleros para los escuadrones de la muerte que durante esos años actuaron en varios países americanos defendiendo a diversas dictaduras, como es el caso de los siniestros grupos que operaron en El Salvador, que habían sido formados por el mismo personaje que después crearía perversas milicias en Irak sobre las que hablan los *war logs* conocidos en 2010. El círculo se cierra fácilmente. Y, dentro de ese círculo, no hay más que mierda.

Pero he aquí que Noriega se volvió díscolo. En uno de sus cambiantes arrebatos decidió no apoyar a Estados Unidos y reclamar el canal. Tras la invasión de Panamá, el tráfico de estupefacientes en el país aumentó, pese a que se acusaba a Noriega de ser el responsable del narcotráfico. El nuevo presidente, Guillermo Endara, tuvo en su poder un listado de catorce empresas que blanqueaban allí el dinero de la droga procedente de Colombia. Así, durante los años noventa, Panamá se convirtió en el mejor carril para el tráfico de droga. Un agente de la DEA, la Agencia Antidroga del gobierno de Estados Unidos, hizo unas revelaciones sobre lo que estaba ocurriendo en aquellos años en los que Noriega formaba parte de esa agencia. No era un don nadie, sino el director de la DEA en Honduras y uno de los hombres importantes de la diplomacia norteamericana en el continente: Celestino Castillo. En sus memorias aseguró: «En mis informes anoté los nombres de los traficantes y también la trayectoria y destino de cada vuelo. Cada mes, centenares de vuelos llevaban cocaína a los compradores y regresaban con dinero destinado a la gran lavadora del istmo de Panamá. Esta droga se acumulaba en dos hangares de Ilopango, propiedad de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) y de la CIA».

En consecuencia, con el arresto de Noriega no se benefició la lucha contra el tráfico de droga. Por el contrario, la situación fue a peor. Y eso que su teórico líder ya estaba en la cárcel. La invasión de Panamá fue, por tanto, una campaña para eliminar a un amigo que se había vuelto díscolo y se había convertido en un inconveniente para las operaciones coloniales de Estados Unidos. También se supo, gracias a comisiones internas, que el dinero que se usó para financiar campañas electorales de candidatos próximos a Estados Unidos salió de los

diferentes cárteles de la droga de Colombia. Las dudas sobre quiénes están en todas las piezas del puzle del tráfico de drogas siguen vigentes. En 1999, Michael Grasso, el presidente de Wall Street, visitó Colombia. Se adentró en la selva y se entrevistó con el líder de las FARC, que era acusada como narcoguerrilla por Estados Unidos. Se hicieron fotos. Apenas hubo escándalo por ello. Y eso que el interlocutor del economista norteamericano fue nada menos que Raúl Reyes, el hombre que fue abatido en 2008 por el ejército colombiano. En una rueda de prensa posterior, Grasso aseguró: «Pese a su apariencia, Raúl Reyes, con su uniforme de campaña y su M-16 al hombro, sabe bastante de inversión y mercados de capital extranjero en Colombia». Tras la reunión, Grasso los invitó a él y a Manuel Marulanda, alias *Tirofijo*, también muerto recientemente en una operación contra él, a visitar la bolsa neoyorkina. ¿De qué habían hablado? ¿Para qué? ¿Para el proceso de paz? «Un intercambio de capitales», dijo Grasso.

Con Noriega en la cárcel y el país ocupado a la fuerza, el control de Panamá volvió a manos de Estados Unidos, pese a que ya no pudo ser tan férreo como antaño. Desde mediados de la primera década del siglo XXI, la ampliación y modernización del canal fue una necesidad imperiosa. El gobierno sacó a concurso público las obras. Y el embajador se puso a trabajar de forma intensa en conseguir que una empresa de su país obtuviera las licencias oportunas. Esa empresa fue Bechtel, la misma que había sido elegida por la Casa Blanca para construir las infraestructuras más importantes en la reconstrucción de Irak y que, casualmente, estaba dirigida por veteranos líderes del Partido Republicano que estuvieron en el poder en tiempos de Reagan y los Bush.

Una vez más, los diplomáticos norteamericanos saltaron la frontera. Se metieron en donde no debían y, sobre todo, como no debían. La empresa mejor colocada para arrebatarse a Bechtel el contrato —valorado en 2350 millones de euros, según la oferta que realizaron— era la española Sacyr, sobre la cual se inició desde la embajada de Estados Unidos en Panamá una campaña de descrédito con objeto de convencer al gobierno panameño sobre la compleja situación financiera de Sacyr. La hipocresía llegó al punto de que el Departamento de Estado pidió a la embajada norteamericana en España información sobre el posible apoyo a la candidatura de Sacyr por parte del gobierno español. Si realmente era así, se podía intentar impugnar la victoria de la constructora española. No deja de ser curioso que el cuerpo diplomático entendiera como ilícita una presunta acción que ellos cometían de igual modo y de forma permanente. Finalmente, Sacyr obtuvo el contrato, ya que su oferta estaba unos mil millones de euros por debajo que la de Bechtel.

Para los políticos norteamericanos el presupuesto de Sacyr era extremadamente bajo, y, una y otra vez, los embajadores implicados presentaron por escrito sus sospechas de que el gobierno español había facilitado a la empresa apoyo financiero y crediticio. Incluso llegaron a poner por escrito que las

relaciones entre Estados Unidos y Panamá, y entre Estados Unidos y España, podían verse afectadas a causa de la derrota norteamericana.

Cualquier apoyo de España a la independencia gubernamental de los países americanos respecto a Estados Unidos ha sido motivo de irritación entre la clase política norteamericana. En muchos de los informes desvelados por el *cablegate* ha quedado demostrada la vigilancia y control que se efectúa sobre este asunto. Para Estados Unidos, hay dos Américas Latinas. Por un lado, la encabezada por Venezuela, Ecuador y Bolivia (y algo menos por Guatemala, Brasil y Argentina) y, por otro, la encabezada por Colombia, con países más o menos posicionados a su lado, como México y Chile. En principio, Panamá está junto a estos últimos. Sin embargo, el asunto del contrato del canal de Panamá quebrantó ese dibujo, porque en Estados Unidos estaban convencidos de que este país estaba de su lado.

Uno de los informes desvelados, fechado el 22 de agosto de 2009, informa de que el presidente panameño, Ricardo Martinelli, solicitó a Estados Unidos ayuda para labores de espionaje y en la lucha contra la delincuencia. Dicha ayuda la proporcionaría —en la petición del mandatario— la DEA (Agencia Antidroga), que facilitaría los mecanismos de escuchas telefónicas a los sospechosos de estar involucrados en corrupción o que participaran en maniobras que tuvieran su origen en gobiernos izquierdistas.

La maniobra de Martinelli era todavía más siniestra. En esta ocasión, la embajadora de Estados Unidos en Panamá, Barbara Stephenson, no quiso entrar al juego del «aliado», que, al igual que ocurrió con otros en el pasado, estaba en la cuerda floja, y si hoy era amigo, ¿sería mañana enemigo? En la lista de objetivos a ser sometidos a escuchas telefónicas no sólo había narcotraficantes o delincuentes, sino también enemigos políticos. La propia embajadora reconoce que Estados Unidos apoyó su candidatura, para que sirviera de contrapeso a los países del entorno de Venezuela. Sin embargo, en su cable diplomático se dice que le señaló al presidente que eso no significaba que Estados Unidos tuviera una deuda que pagar. Martinelli incluso llegó a sugerir que podría limitar su apoyo a la DEA en la lucha contra la droga en caso de que no lo apoyaran en sus enfrentamientos internos. Y llegó a sugerir que agencias de seguridad de Israel podrían encargarse de las mismas labores que la DEA.

La venganza de Martinelli fue, entre otras, el negar a Bechtel el contrato para la ampliación del canal de Panamá. Son los riesgos de utilizar a personajes de dudosa talla política en una guerra encubierta por la ideología, que es lo que realmente está haciendo Estados Unidos en América del Sur. Hoy, el país presidido por Martinelli se ha convertido en uno de los diez países del mundo con mayores desequilibrios económicos e incluso ha llevado a cabo actos repudiables. Por ejemplo, suspendió el derecho a huelga con la aprobación de la llamada Ley 30, en junio de 2009, apenas un mes después de llegar al poder con un gran apoyo electoral en un momento en que toda la oposición se encontraba envuelta

en numerosos conflictos internos. Tras la aprobación de la norma, llegaron las huelgas, y Martinelli no dudó en utilizar a la policía para ejecutar una brutal represión que tuvo como consecuencia seis muertes.

El *cablegate* provocó un terremoto político en Panamá. Martinelli aseguró que los telegramas de la embajadora reflejaban sólo una interpretación personal que no encajaba con su petición, que únicamente tenía como objetivo la lucha contra la delincuencia organizada. Sin embargo —y he aquí un elemento que ha pasado algo desapercibido en los medios que han publicado los cables—, uno de los informes de la embajadora reconoce la existencia de escuchas telefónicas en Panamá por parte de los agentes norteamericanos, aunque se muestra tranquila por ello: «Nuestro programa de intervención telefónica, que funciona bien y actúa bajo normas legales, podría soportar fácilmente el escrutinio público en el momento que salga a la luz». Más adelante, la embajadora recomienda «estar vigilantes contra el peligro de los oficiales locales que traten de manipular el programa para juegos políticos internos. Debemos ser capaces de defender toda acción que tomemos, y así hacernos inmunes a las amenazas de revelar nuestro programa si no cedemos a las presiones».

Después de los cables llegaron más tensiones. Hubo cambios en la legación diplomática norteamericana. Stephenson abandonó el país, pero las complicaciones en las relaciones entre ambas naciones no han dejado de estar presentes en ningún momento. La detención de un primo del presidente en México acusado de lavar dinero procedente del tráfico de droga no hace sino incrementar la tensión. De no ser por el *cablegate* no se habría descubierto cuan peligrosos son los aliados que busca Estados Unidos en su intento de manejar a los gobiernos latinoamericanos. Los aliados, a veces, son personajes realmente inquietantes que ni siquiera respetan a sus patrocinadores, en este caso Estados Unidos. Tampoco respetan a los ciudadanos del país que gobiernan. A Perú le salió un Fujimori. Y a Panamá un Martinelli. «Se nos fue la mano», dijo Martinelli tras la represión policial ante las manifestaciones de los trabajadores panameños. Casi al mismo tiempo, otros cables muestran cómo se intenta utilizar a elementos de la oposición en Venezuela para perjudicar a Hugo Chávez; incluso en uno de ellos la paranoia llega al punto de creer —o hacer creer, que para eso están los diplomáticos— que la campaña de operaciones a personas con problemas de visión en Venezuela puede ser una campaña de búsqueda de adhesión ideológica, ya que los pacientes llegados de países como México retornaban a su país muy agradecidos a Venezuela, ya que los viajes y operaciones se financiaban desde Caracas. Por la misma época, varios telegramas alertan de que Lula es díscolo porque no beneficia en los contratos oficiales a las empresas norteamericanas.

El 16 de abril de 2009 se produjo en el hotel Las Américas de Santa Cruz (Bolivia) una de las operaciones secretas más inquietantes de los últimos tiempos: un comando especial de la policía, el comando Delta, asaltó el establecimiento y ejecutó en sus habitaciones a tres hombres que, según las informaciones difundidas por el gobierno, tenían como objetivo asesinar a Evo Morales, el presidente del país, e iniciar una revolución armada en Santa Cruz, una región de Bolivia rica en petróleo y gas natural, y la más floreciente en cuanto a agricultura y ganadería. En los últimos años han aparecido varios movimientos separatistas en la región. Al frente del comando terrorista se encontraba un boliviano de origen húngaro llamado Eduardo Rózsa. Junto a él murieron el también húngaro Arpad Magyarosi, y el irlandés Michael Dwyer. También resultaron heridos el boliviano de origen croata Mario Tadic y el húngaro Előd Tóásó.

Desde la presidencia del gobierno se afirma que los movimientos independentistas están financiados desde el exterior y los vincula al interés de Estados Unidos y las grandes empresas petroleras por hacerse con los recursos energéticos, que fueron parcialmente nacionalizados por Evo Morales, el primer presidente indígena en la historia del país —que siempre ha estado gobernado por representantes blancos de las oligarquías—, una de cuyas promesas electorales era impedir que empresas extranjeras dominaran esos recursos y obtuvieran el beneficio de su explotación. Como en otros países de América, las grandes petroleras tuvieron que aceptar la participación estatal en los pozos de hidrocarburos con la consiguiente reducción en el porcentaje de beneficios. Y aunque esas empresas siguen obteniendo dividendos extraordinarios, un porcentaje de los beneficios mucho más amplio que antaño van a parar a las arcas del Estado. Igualmente cierto es que, pese a lo que se señale desde La Paz, el sentimiento separatista en Santa Cruz tiene lejanas raíces en el siglo XIX. En 2008, el referéndum para otorgar autonomía a la región obtuvo el respaldo de cuatro de cada cinco electores. Sin embargo, en la actualidad, los partidos políticos que capitalizan esos movimientos lideran las críticas a Evo Morales en el sentido de asociarlo a una suerte de eje del mal versión latina junto a Venezuela o Ecuador, asunto que está presente en decenas de informes emitidos por las embajadas norteamericanas. Poco antes de que se produjera la operación del hotel Las Américas, el embajador de Estados Unidos en Bolivia fue expulsado del país acusado de interferir en asuntos internos de la política boliviana. Se trataba de Philip Goldberg, que a finales de los ochenta había sido el representante de Estados Unidos en la antigua Yugoslavia; ya entonces había sido criticado por

interferir en asuntos internos al alentar los movimientos separatistas que acabaron por provocar el descuartizamiento del país.

Pocas semanas después de la operación policial, el nuevo embajador de Estados Unidos en Bolivia hizo llegar a Washington un informe en el que señalaba que existen dudas sobre la versión oficial respecto a los planes de Rózsa para asesinar a Evo Morales. Además presume que los terroristas habían sido contratados por los servicios de inteligencia de Bolivia con objeto de organizar una falsa trama y justificar las operaciones contra los opositores de Santa Cruz.

El informe que se encontraba en el *cablegate* no habría sido buscado de no ser porque antes de su aparición en las páginas de *El País* el 29 de diciembre de 2010, se habían presentado cargos contra treinta y nueve presuntos implicados en la operación terrorista. Entre los procesados aparecen empresarios y políticos que se habrían hecho con los servicios de los mercenarios. En la información publicada por la periodista Maite Rico se puede leer: «Según un testigo entrevistado por la embajada estadounidense, quien realmente contrató a Rózsa fue el coronel Jorge Santiesteban, entonces jefe de inteligencia de la Policía, y su segundo, el capitán Walter Andrade. El objetivo era tender una trampa a los grupos separatistas y de paso liquidar políticamente a los principales dirigentes regionales». Según el informe del embajador, la policía ejecutó a los sospechosos —en contra de lo que aseguraron las versiones oficiales— sin que pudieran tener siquiera la opción a defenderse. Además, indica que los dos supervivientes fueron torturados por la policía para obligarlos a declarar según un guión preestablecido para culpar a los opositores de Evo Morales. El borrado de las cintas de vídeo del hotel y de los registros informáticos correspondientes a ese día fortalecen las sospechas, y el embajador señala que se plantaron pruebas incriminatorias en la escena de la operación, entre ellas un vídeo en el que Rózsa hablaba de sus planes para atacar contra Morales y otros documentos que confirmarían la existencia de la trama perpetrada desde los rincones ocultos de la oposición en Santa Cruz.

La publicación del informe provocó un gran impacto en Bolivia, y hubo reacciones de dos tipos: por un lado, los férreos opositores al régimen consideraron el escrito como una prueba de las maquinaciones secretas urdidas por el gobierno, y por otro, se acusaba a *El País* de seleccionar el cable de forma intencionada para arremeter contra Evo Morales y sus políticas, discutidas por el periódico madrileño desde hace años. Los defensores del «nuevo socialismo» señalaban que el embajador había emitido aquel informe sobre la base de un solo testigo próximo a la oposición, lo que confirmaba que el trabajo de los diplomáticos es, en muchos casos, poner sello oficial a los intereses de Estados Unidos, y en este caso, esos intereses eran defender las teorías que acusan a Evo Morales de formar parte de una conspiración comunista en el continente. «La verdad posiblemente nunca se sepa», reconocía resignado el embajador al final del informe.

Lejos de los intereses de unos y otros, los millones de páginas de documentos que han puesto sobre la mesa las acciones de Wikileaks deberían ser piezas que utilizar a la hora de completar el puzle de Historia, aunque ésta sea tan reciente que difícilmente se puede hablar en pasado.

Eduardo Rózsa nació en 1960 en la misma Santa Cruz. Los conflictos armados de América Latina obligaron a su familia a huir del continente rumbo a Europa. Recalaron en Hungría. Allí tenían raíces. Y allí decidieron quedarse. Se dedicó a actividades de las que nada se sabe hasta que desembarcó en el mundo del periodismo. Trabajó como corresponsal en la guerra de la antigua Yugoslavia. Sus crónicas fueron difundidas por la BBC o *La Vanguardia*; en Belgrado se codeó con algunos de los grandes mitos del desaparecido periodismo de guerra. Pero, en realidad, la vocación que llevó a Rózsa a la guerra no fue la comunicación, sino sus ideas políticas, confusas desde un principio. Sentía fascinación por cualquier tipo de revolución, viniera de donde viniera. No era un personaje con miedo. Era más bien un kamikaze y mercenario. Así que se puso al frente de la Brigada Internacional, que tenía por objeto defender la independencia de Croacia respecto al régimen de la antigua Yugoslavia. Tras su participación en aquella guerra, e incluso tras llegar a trabajar como agente secreto en Hungría, en 2001 protagonizó una película de la directora húngara Ibolma Fekete. La cinta trataba sobre su propia vida...

El siguiente actor en este relato es Antonio Salas, periodista español que en los últimos años ha escrito varios libros de gran impacto en los que relata su infiltración en colectivos «peligrosos». Tras haberse convertido en un falso neonazi, publicó *Diario de un skin* (Temas de Hoy, 2003). El impacto internacional de aquel libro fue enorme. Después llegó *El año que trafiqué con mujeres* (Temas de Hoy, 2004), en el que relataba su experiencia como proxeneta tras haber permanecido un año infiltrado en este tipo de redes clandestinas. Nada más publicar este libro, decidió iniciar su siguiente aventura. Sería mucho más compleja...

Estudió árabe, se convirtió al Islam, se codeó con imanes y fieles... Y transformado en un venezolano llamado Muhammad Abdallah, con vocación periodística, empezó a contactar con algunos personales del entorno musulmán que lo llevaron a convivir con grupos terroristas de diversa índole. Guiado por las informaciones que convertían isla Margarita (Venezuela) en un nido de Al Qaeda y Hezbolá, viajó hasta allí. Comprobó cómo muchas de las informaciones que convertían a la red creada por Bin Laden en un pulpo con mil tentáculos eran exageradas y tendenciosas, pero gracias a esa búsqueda simpatizó con numerosos personajes vinculados a los movimientos revolucionarios americanos, que en los últimos años vieron incrementada su nómina de simpatizantes y militantes con musulmanes con los que compartían el mismo sentimiento de odio hacia Estados Unidos, con no pocos nativos, que se convirtieron al islam fruto también de ese

sentimiento que hacía del conflicto internacional contra el terrorismo una guerra de civilizaciones.

La investigación de Antonio Salas, titulada *El palestino* (Temas de Hoy, 2010), tuvo como punto final la ejecución de Rózsa. El periodista había contactado los meses anteriores con el guerrillero, y entre ambos se estableció cierta relación. Muhammad Abdallah le hizo una amplia entrevista para el fanzine *Los papeles de Bolívar*, que creó como carta de presentación durante su investigación. Le dedicó un número monográfico a Rózsa con una muy larga entrevista en la que expone sus planteamientos vitales e ideológicos. Y sus no pocas contradicciones. Rózsa, según recordaría en aquella conversación, formaba parte de los grupos guerrilleros de América Latina que creían en la revolución socialista, pese a que en la conversación mantenía posturas muy críticas con el llamado «socialismo real» de la Europa del Este. De hecho, luchó del lado de los croatas —en donde participaron no pocas facciones mercenarias e ideológicas de extrema derecha— y los bosnios —de origen musulmán; de hecho, su conversión al islam se produjo en una mezquita de Sarajevo, la capital de la región secesionista de mayoría islámica — frente al estalinismo que representaba el gobierno de la antigua Yugoslavia.

Antonio Salas llegó a tener un trato de amistad con Rózsa, quien se sentía de nuevo vinculado a la revolución, en sintonía con Ilich Ramírez, *Chacal*, quien a pesar de estar en prisión como el terrorista condenado con más asesinatos a su espalda, era una suerte de referente moral para parte de aquellos movimientos e incluso para el mismo Rózsa. Aquel 16 de abril de 2009, el día de la ejecución, Salas se encontraba en Toledo cuando se dieron a conocer las noticias de la muerte de Rózsa. En aquellas primeras referencias, el nombre de guerra de Antonio Salas aparecía como el del autor de la última entrevista con el mercenario. La imagen de su cuerpo desnudo, acribillado y ensangrentado lo impactó profundamente. Horas antes le había mandado por correo a la hermana del fallecido algunos ejemplares del monográfico sobre Rózsa en *Los papeles de Bolívar*...

Logré establecer contacto con Antonio Salas con objeto de pedirle su opinión respecto al contenido del cable diplomático en el que se mencionaba que la operación contra Rózsa era una maniobra de los servicios de inteligencia. Éstas fueron sus valoraciones:

Cuando empecé a recibir las noticias sobre la muerte de Rózsa en Santa Cruz, simplemente no podía creerlo. Recuerdo que incluso le escribí un correo electrónico ese mismo día, pidiéndole que diese señales de vida. Lógicamente, nunca me respondió. Ilich Ramírez, Carlos el Chacal, me telefoneó desde su prisión en París al día siguiente. Y al otro, y al posterior... Él tampoco podía dar crédito a los titulares que llegaban de Bolivia. Pero tuvimos que rendirnos al peso de la evidencia. Y durante los meses siguientes Carlos el Chacal me pidió que consiguiese todas las noticias que se publicaban a diario en la prensa boliviana y se las enviase a prisión, y yo obedecí. Como siempre.

Rózsa fue uno de los muchos presuntos terroristas que contactaron conmigo a

través de la página web oficial de Carlos el Chacal, que yo controlaba. Y en cuanto informé a Carlos de ese contacto, me pidió que mantuviese la relación con Rózsa. Y yo obedecí. Según me revelaría Chacal, Rózsa había sido su contacto en Hungría durante años, y se guardaba su testimonio como un as en la manga para cuando llegase el momento de utilizarlo en los tribunales... Quizá por eso se sintió tan afectado con su muerte.

Según el Chacal, y según mi propia experiencia, Rózsa era un romántico y un soñador. Converso al islam y líder de la comunidad musulmana en Hungría, Rózsa tenía publicados varios libros de poesía sufí que tuvo la amabilidad de regalarme. Pero su romanticismo místico no era incompatible con su afición a las armas y su vocación de guerrero.

La información publicada estos días por Wikileaks no desvela, en el fondo, nada que no supiésemos. Una fuente considerada fiable por el embajador norteamericano en La Paz asegura que la «ejecución» de Rózsa formaba parte de un plan urdido por Evo Morales para subirse al carro de la amenaza terrorista, que tan buen rédito político ha generado a muchos gobernantes. Y lo cierto es que sólo horas después de la muerte de Rózsa y sus hombres en Santa Cruz, Morales se reunía con Obama y con otros líderes americanos durante la v.^a Cumbre de las Américas, que se celebró en Trinidad y Tobago entre el 17 y el 19 de abril de 2009. Allí, Morales exigió al mandatario norteamericano que condenase la amenaza terrorista en Bolivia que había representado el comando de Rózsa, como condenaba el terrorismo internacional... Sin embargo, desde el mismo día de la muerte de Eduardo, la opinión pública se dividió en Bolivia en dos frentes apasionadamente enemistados. Por un lado la oposición anti Morales, que defendía la misma versión presentada ahora por el cable difundido por Wikileaks, y por otro quienes mantenían que Rózsa había sido contratado por un grupo de empresarios de Santa Cruz, pertenecientes a la oligarquía boliviana y estrechamente apoyados por EE. UU., para derrocar al principal aliado de Hugo Chávez en la región. Desde ese punto de vista, la información de Wikileaks podría tener una lectura muy diferente a la que aparenta a primera vista...

La evidencia a la que hacían alusión Salas y el Chacal tiene que ver con los extraños «juegos» de Rózsa. Se encontraron entre sus pertenencias varios correos que había intercambiado con otro personaje sorprendente, Istvan Belovai, que aparecía en esos escritos como el asesor de la operación en la que andaba involucrado Rózsa. De este húngaro se sabe que fue agente colaborador de la CIA, lo que daba crédito a la versión oficial. Y hablo en pasado porque fue asesinado en Denver (Estados Unidos) el 6 de noviembre de 2009. Además, hay otro personaje que aparece citado en los cables de la embajada pero sobre el cual no se ha prestado mucha atención. Se trata de Hugo Achá, miembro de la Human Rights Foundation, una organización internacional que defiende los derechos humanos y la libertad de expresión, pero que tiene una postura claramente opuesta a Chávez

y a Morales. Esta ONG ha sido muy criticada por tener una posición demasiado próxima a los gobiernos que más defienden el sistema capitalista en América.

En los informes de la embajada se menciona en varias ocasiones a Achá como informante del gobierno norteamericano, e incluso se dice que no se siente cómodo ante la posibilidad de viajar a La Paz debido a que podría resultar involucrado en tan turbio asunto. En la actualidad vive en Estados Unidos, donde se refugió poco antes de ser acusado por la justicia boliviana de financiar redes terroristas. Junto a él fueron acusados, entre otros, Pablo Costas, hermano del gobernador de Santa Cruz, un firme opositor de Evo Morales, y el general Gary Prado, uno de los responsables en 1967 de la captura del *Che* Guevara, que murió asesinado durante su cautiverio. El fiscal Marcelo Sosa lo imputó por ser uno de los financieros del grupo, y en su *auto* da detalles de cómo incluso era conocido por Rózsa y el resto de ejecutados como «Supermán». Desde Estados Unidos, Achá aseguró que fue el mercenario quien entró en contacto con él, únicamente con el objetivo de obtener información sobre la situación de los derechos humanos en el país. El asunto se complicó aún más cuando se determinó que las acusaciones contra Achá procedían de testigos que habían sido sometidos a tortura y que, por lo tanto, podrían quedar invalidadas.

Rózsa tenía una acentuada personalidad múltiple. Se convirtió al islam tras su paso por el Opus Dei, recomendaba en sus páginas web la visita a grupos de extrema derecha junto a otros de extrema izquierda, tan pronto ensalzaba la personalidad de Hugo Chávez como denostaba la figura de Evo Morales... Y en una misma entrevista realizada en 2008 era capaz de afirmar que viajaba a Bolivia para liberar la provincia de Santa Cruz como amenazaba al gobernador de la región. Quizá ése es el comportamiento contradictorio de cualquier mercenario, que no sabe con quién está hoy ni con quién estará mañana. Seguramente, ni él sabía bien con quién estaba: un mes antes de la ejecución, grabó un vídeo que envió a dos periodistas en el que decía sentirse traicionado por quien lo había contratado, pero no dejaba claro quién lo contrató, ni quién lo traicionó.

Lo cierto es que el perfil de quienes se encontraban con Rózsa en el hotel Las Américas responde al que podrían tener unos enemigos ideológicos de Evo Morales. Perteneían a grupos de extrema derecha de Croacia y Hungría, lo cual no es extraño sabiendo que en la región hay muchos bolivianos con esa ascendencia, incluso entre los dirigentes de la oposición. Y, según se pudo documentar posteriormente, estaba estableciendo en su país de adopción contactos con grupos nacionalistas defensores de la lucha armada. Al mismo tiempo, mantenía contacto con personajes que se encontraban en sus antípodas ideológicas, como puede ser el Chacal. Y tan creíble era que ni unos ni otros se imaginaban que tuviera una doble cara tan... descarada.

Meses después de la ejecución —eso es lo que fue según demostraron análisis forenses que han sido utilizados por el gobierno de Irlanda para solicitar una

investigación de los hechos, habida cuenta de que uno de los fallecidos tenía origen irlandés—, la investigación oficial dio con otro de los miembros del comando. Se trata de un ciudadano español llamado Alejandro Hernández Mora, que había pertenecido a la Brigada Internacional —formada por voluntarios, pero también por mercenarios— que participó en la guerra de Yugoslavia y a grupos próximos a la Falange. Reconoció que Rózsa había entrado en contacto con él para participar en una misión encaminada a derrocar a Evo Morales: «Hay mucho dinero por medio, ganaderos muy importantes y grandes petroleras». Pero él rechazó la oferta de su antiguo compañero de guerrilla en Croacia, en donde se produjeron varios incidentes oscuros, entre ellos la muerte de dos periodistas que habían sido asesinados por orden del propio Rózsa de acuerdo a informaciones del periodista español Julio César Alonso, quien explica que Rózsa se enfadó cuando descubrió que uno de los guerrilleros era en realidad un periodista infiltrado que estaba realizando un trabajo para la BBC. Para que luego algunos duden del coraje de hombres como Antonio Salas... Hernández Mora apenas escuchó la oferta; vivía tranquilo y quería seguir viviendo así. Según la acusación de la fiscalía, iba a unirse al grupo como experto en explosivos una vez que la infraestructura de la organización estuviera establecida. Él lo niega, y ciertamente no hay pruebas de que viajara hasta Bolivia ni volviera a retomar el contacto con Rózsa después de que éste intentara «ficharlo».

Sólo hay una cosa clara: la acción del Comando Delta de la policía boliviana no tiene justificación alguna, ni siquiera en nombre de la lucha contra el terrorismo o como una acción preventiva para evitar un magnicidio. A partir de aquí, hay tantas hipótesis como dudas. Alguien contrató a Rózsa. Y ese alguien podría estar relacionado con fuerzas opositoras —bien sea de Santa Cruz o del extranjero, o ambas cosas a la vez— a Evo Morales: políticos independentistas, empresarios opuestos a las directrices económicas del gobierno que los perjudicaba, agencias de inteligencia del exterior, etc. Mientras, Rózsa siguió manteniendo una doble cara. «Al final, nos tuvimos que rendir a la evidencia», me decía Antonio Salas en relación a que las pruebas demostraban que jugaba a dos bandos. Pero ni siquiera las investigaciones judiciales en las que se basa el gobierno desvelan que existiera un plan avanzado para atentar contra Morales, aunque en un vídeo se ve a Rózsa y a sus colaboradores hablando de la posibilidad de atentar contra dirigentes bolivianos en el lago Titicaca. Por otra parte, la acción policial desactivó los movimientos independentistas en Santa Cruz, que quedaron en entredicho tras conocerse los detalles de las acciones del grupo. Y en relación a las revelaciones de Wikileaks, la lectura del informe elaborado por la embajada no puede tomarse como una prueba de la existencia de un plan urdido por el propio gobierno, al quedar claro que se trata de la «revelación» de una fuente de parte. He aquí que, en este caso, los críticos tienen razón: los cables refuerzan las tesis de la Casa Blanca, pero más bien habría que decir que no son los telegramas en sí, sino la selección

que se hace de ellos, la interpretación de los mismos cuando se extraen de su lectura aquellos fragmentos que interesan para refrendar una posición preestablecida y el momento en el que son divulgados.

A comienzos de 2009, a algunos nos miraban con cara de circunstancias cuando decíamos que a los frentes de Afganistán e Irak había que sumar la guerra en la que Estados Unidos se había embarcado en Yemen. Y no se nos hacía ningún caso, pese a que las informaciones que a algunos nos llegaban desde allí alertaban sobre los ataques secretos que estaba sufriendo la población de una parte del país. En mi programa de radio emití un informe sobre la intrahistoria de ese país, que mucho se parece a la historia, no tan lejana, de aquellos países americanos —el citado Panamá, por ejemplo— a los que Estados Unidos controló promoviendo y apoyando gobiernos dictatoriales a los que pudiera manejar libremente. Yemen, en la región arábiga, en la tierra con más petróleo del planeta, está sufriendo lo mismo —a causa de dictaduras corruptas pero amigas— que sufrieron los países latinoamericanos en tiempos pasados. Controlar los intereses estratégicos y energéticos es más sencillo si allí donde se encuentran esos intereses gobierna una dictadura que puede ser manejada sin tener que sufrir la incómoda presión de la población.

Veamos lo que contaba entonces sobre Yemen, pocos días después del intento de atentado del día de Navidad de 2009 en un avión entre Amsterdam y Detroit. El responsable del intento de atentado era originario de aquel país. Se trataba de Umar Farouk Abdulmutallab, de veintitrés años y raíces nigerianas. Es hijo de un rico banquero que lleva un estilo de vida totalmente occidental, aunque él nunca dejó de ser un musulmán convencido. La suya era una vida de rico, de hijo de rico que fue a las mejores universidades para estudiar ingeniería. Él fue el responsable del intento de atentado a bordo del vuelo 253 de Northwest, que cubría el trayecto entre Amsterdam y Detroit. Llevaba bajo el pantalón una jeringuilla y ochenta gramos de pentrita. Embutido en una especie de pañal, lo que lo hacía indetectable a las máquinas de rayos X que hay en todos los aeropuertos, pretendió, sin éxito, que la mezcla que llevaba a bordo explotara provocando la caída del avión.

Según la versión oficial que de inmediato se transmitió al mundo, el joven actuó solo, aunque lo hizo siguiendo las órdenes de Al Qaeda. En concreto, las órdenes del grupo de seguidores de Bin Laden en Yemen, en donde sus mentores le colocaron el explosivo atado al cuerpo. Quedan muchas preguntas sin respuesta sobre este caso, de cuya investigación oficial no volvió a saberse demasiado. Pese a todo lo que se dijo desde instancias oficiales, no se han ofrecido pruebas convincentes de la vinculación de Al Qaeda en el atentado. Y aunque nos hemos preguntado cómo pudo haber superado los controles de seguridad del aeropuerto, nadie se explica cómo logró llegar a Holanda con aquellos explosivos tras subir en

varios aviones que lo condujeron hasta allí desde Yemen con el objetivo de tomar el vuelo contra el que pretendía atacar. Tampoco se explicó en qué consistía exactamente el explosivo, porque con los elementos que se informó que tenía la bomba, era imposible que aquel artefacto provocara más destrozo que el que provocó: un pequeño incendio en el cuerpo del suicida. Aquél fue otro de los numerosos «intentos» de atentado cuya gravedad no era tanta como se quiso hacer ver a la opinión pública pero que tuvieron una importante cobertura que permitió reforzar la idea de que había una guerra contra el terrorismo internacional en la que se tenía que seguir peleando.

El suceso sirve para profundizar algo más sobre Yemen, un país con una renta per cápita de poco más de un euro al día y una esperanza de vida de sesenta y tres años. Los datos socioeconómicos lo convierten en el país más pobre del orbe musulmán. Sin embargo, es el país más armado del mundo. Hay veintidós millones de habitantes y sesenta y cinco millones de ametralladoras. La razón para explicar esta circunstancia nos remite a finales de los años setenta, cuando desde Estados Unidos se decidió financiar a los grupos de guerreros árabes que iban a luchar para expulsar a los rusos de Afganistán, asunto sobre el que he hablado en capítulos anteriores. Y es que la cantera de guerrilleros que se utilizó para aquella operación orquestada por la CIA y dirigida, entre otros, por Bin Laden, se encontraba en este país, que por entonces estaba dividido en dos: Yemen del Norte y Yemen del Sur.

La reunificación llegó en 1990. Pero no supuso la paz. Al contrario: el país se convirtió en un auténtico polvorín. Una de las zonas más conflictivas está al norte, casi en la frontera con Arabia Saudí. Allí es donde se encuentra asentado el movimiento huzí, que denuncia las violaciones de los derechos de la población por parte del presidente Ali Abdullah Saleh, que está en el poder desde el primer día de existencia del nuevo país. El gobernante ha sido un fiel aliado de las potencias occidentales, a las que permitió el paso de los grandes buques petroleros por las costas en el golfo de Aden, y que es, casualmente, la principal ruta marítima de oro negro del planeta. En cualquier guía sobre geoestrategia viene dictada una máxima: controlar esas aguas es fundamental para dominar el mundo. Es por ello que todas las denuncias efectuadas sobre violaciones de derechos humanos por parte del presidente —denuncias formuladas por diversos organismos, entre ellos Amnistía Internacional— han sido desoídas por unos y otros con enorme disciplina.

En los últimos años, el presidente de Yemen ha vinculado al movimiento huzí con Al Qaeda e Irán. Jamás se ha mostrado una evidencia para sostener esas acusaciones que ahora ha abrazado el presidente de Estados Unidos. De unos años a esta parte, las poblaciones de esta región de Yemen han estado sometidas a ataques por parte del gobierno central. También ha sido atacada por tropas de Arabia Saudí, aunque las informaciones al respecto en los medios de

comunicación no existen, pese a que los muertos, en su mayoría civiles, y especialmente niños, se cuentan por miles.

Algunas voces pidieron la invasión del país tras el frustrado atentado del 25 de diciembre de 2009. Sin embargo, lo que apenas se explicó es que la guerra ya había comenzado varias semanas antes. El diario *The New York Times* informaba que antes del intento de atentado varios agentes de la CIA ya se encontraban en Yemen adiestrando a las fuerzas militares yemeníes que luchan contra los rebeldes huzíes. Además, el 17 de diciembre, ocho días antes del incidente en el vuelo 253, aviones de combate norteamericanos dispararon misiles de crucero contra determinados enclaves de las provincias de Sana y Abyan, en las que según Washington se escondían operativos de Al Qaeda, además del clérigo Amwar al Awlaki, remotamente vinculado a Nidal Malik, el psiquiatra militar que perpetró una matanza —llegó allí y abrió fuego contra varios militares, en una acción que padecía la obra de un psicópata— en el cuartel de Fort Hood. Como consecuencia de ese ataque aéreo murieron sesenta y cuatro personas, veintiocho de ellas niños y diecisiete mujeres. Insisto: el silencio fue absoluto.

Contener esos movimientos rebeldes en Yemen es fundamental para mantener en el poder al presidente, que tan buenas relaciones mantiene con los países occidentales. Y mantener en el poder al presidente es fundamental para sostener el comercio y transporte de petróleo en el mundo. «Días después de ese ataque aéreo aconteció el intento de atentado. ¿Casualidad? Sólo el tiempo nos dará las respuestas, aunque como casi siempre se escribirán en letra pequeña. Lo que sí se sabe es que varios de los pasajeros de aquel vuelo han denunciado que el responsable del intento de atentado no actuó solo, sino que viajaba con un segundo hombre sin identificar. Y que ambos lograron acceder a bordo sin mostrar su pasaporte y tras una serie de irregularidades en el embarque», dije por entonces a la audiencia en «La Rosa de los Vientos».

Los informes dados a conocer gracias a las filtraciones de Wikileaks confirmaban muchas de las cosas que afirmábamos los «conspiranoicos», que es como algunos nos denominan. En uno de los informes, el presidente Ali Abdullah Saleh reconoce que ha dado autorización a Estados Unidos para que lleve a cabo operaciones antiterroristas en el país, pese a que de cara a la opinión pública jamás reconoció que hubiera entregado la soberanía a Washington. Mientras, en afirmaciones efectuadas a Stephen Seche, embajador de Estados Unidos en aquel país, el dictador decía que la Casa Blanca «tiene libertad para llevar a cabo las operaciones que desee con tal de acabar con esta lacra».

A Yemen se desplazó el responsable de las tropas norteamericanas —y de todas las atrocidades que desvelaban los *war logs*— en Irak, David Petraeus, el 2 de enero de 2010, apenas unos días después de los bombardeos norteamericanos y del intento de atentado de Navidad. Se entrevistó con el dictador, y el informe diplomático recoge textualmente lo que le dijo Ali Abdullah: «Seguiremos

diciendo a la población que las bombas son nuestras, no de ustedes». Incluso, durante la reunión, un alto miembro del gobierno se rió de cómo había engañado al parlamento, en donde había dicho: «Las bombas estaban fabricadas en Estados Unidos, pero las hemos utilizado nosotros».

Así son los aliados preferidos de la Casa Blanca...

El embajador transmitió al Departamento de Estado que la cantidad de dinero que había que entregar a Yemen para la lucha antiterrorista —que en realidad no era sino una lucha contra los opositores al régimen en la zona más díscola del país — debería duplicarse, aunque manifiesta que existe el riesgo de que se genere en la opinión pública la idea de que Ali Abdullah está manejado desde Estados Unidos a su antojo, lo cual podría enervar los ánimos de las facciones del país opuestas al presidente, que únicamente ve en la colaboración con Petraeus una forma de anular la oposición interior.

Durante el año 2010, el secuestro de tres cooperantes españoles en Mauritania a manos de presuntos miembros de Al Qaeda del Magreb Islámico mantuvo en vilo a la población española, que asistió con cierta extrañeza al desenlace del caso. El secuestro —oficialmente— habría sido instigado y perpetrado por Al Qaeda a través de un mercenario, que después entregó a los cooperantes a guerrilleros del desierto que fueron contratados por los secuestradores originales. El mismo responsable del secuestro fue quien negoció con los espías españoles el rescate. El mismo personaje fue el encargado de entregar a los dos cooperantes españoles sin importarle que la entrega resultara casi amistosa. Después, sin que nadie le diera el alto, el secuestrador se dio la vuelta y desapareció, eso sí, con el dinero del rescate en el maletín.

Al poco de producirse el secuestro de los tres españoles se han ofrecido una serie de líneas de pensamiento que parece que se han convertido en la versión a seguir. Por un lado, se acusa al grupo Al Qaeda del Magreb islámico de estar tras el secuestro. Y, por otro, se habla de la cooperación del actual gobierno de Mauritania en su lucha contra la inmigración y el terrorismo internacional. Se oyó, incluso, cómo se señalaba que el gobierno de Mauritania «es un gobierno serio que está implicado en las mismas luchas que los poderes occidentales». Nuevamente la historia —y el contexto— nos hace un poco más libres. Es la mejor vacuna contra las realidades impuestas y el antídoto contra el pensamiento único.

Nos situamos en julio de 2003. Ese día, el presidente de Mauritania visitaba España. En su honor se celebraba una cena de gala en el Palacio Real. Hasta esas fechas, Mauritania estaba fuera del mapa. Sin embargo, el hallazgo de reservas petrolíferas supuso que desde altas instancias se pusieran los ojos en este país. Empresas occidentales, europeas y norteamericanas, entablaron relaciones con el presidente...

Y, por supuesto, con buen resultado para las petroleras.

Además, los países europeos también se habían mostrado muy felices en esos tiempos. La Unión Europea había dado créditos para el desarrollo a Mauritania. A cambio, se consiguieron permisos casi ilimitados para la pesca en sus aguas, consideradas como la mayor reserva ictícola del mundo. En quien nadie pensó entonces es en la hambrienta población de Mauritania, cuyos índices de pobreza e injusticia estaban creciendo sin parangón.

Sin embargo, durante esa cena de gala, el jefe del Estado español, el rey Don Juan Carlos I, brindó por la prosperidad del pueblo mauritano. No mucho antes, Amnistía Internacional había denunciado la situación de los derechos humanos en ese país. Seguramente, el rey no había leído aquellas denuncias. O le importó bien

poco su contenido. Pese a ello, en esa cena se dijo que Mauritania defiende unos valores y principios que inspiran todo modelo de sociedad en libertad: la democracia, el estado de derecho y los derechos humanos. Tras oír estas palabras, el presidente de Mauritania, Ahmed Taya, levantó su copa, agradeció esa declaración y escenificó un brindis con todos los presentes.

Ahora conviene contar quién es Ahmed Taya. Para averiguarlo nos situaremos en 1960. Ese año se declaró la independencia de Mauritania. Hasta entonces, Francia ejercía el poder colonial sobre el país. Tras la independencia se nacionalizaron los recursos naturales y se celebraron varias elecciones. En las de 1980 resultó ganador Ould Haidalla. El nuevo presidente profundizó en la independencia. Además, atención a este dato, reconoció la independencia del Sahara como país libre, sin influencias de España ni de Marruecos, que ya se lo había anexionado. Haidalla abolió la esclavitud, que todavía existía en Mauritania. Renqueante, el país progresó. Sin embargo, en 1984 todo cambió: un general dio un golpe de Estado. Ese hombre era Taya.

Taya empezó a gobernar con mano de hierro. Las empresas internacionales volvieron a negociar su porción del pastel de los recursos. Además, la esclavitud retornó de nuevo al país. Hasta un treinta por ciento de los ciudadanos del país volvieron a tener un amo. La pobreza alcanzó al cuarenta por ciento de la población. El analfabetismo azotó al cincuenta por ciento de la totalidad de habitantes. Las rebeliones de la población fueron reprimidas sin piedad y los cooperantes internacionales expulsados y encarcelados. Taya incluso condenó a la cárcel al antiguo presidente, acusado de querer romper la unidad del país al presentarse a unas elecciones que fueron denunciadas por todos los organismos independientes internacionales al conocer el resultado: Taya las ganó con un noventa por ciento de los votos. Nadie aceptó el recuento. El fraude fue documentado. Pese a todo, en su visita a España en 2003, Taya fue calificado como modelo a seguir en su lucha por los derechos humanos y los valores democráticos. Todos aplaudieron al dictador que llevaba veinte años en el poder.

De nuevo, todo volvió a cambiar el 3 de agosto de 2005. Taya acudió al funeral de su amigo y socio, el rey Fahd de Arabia Saudí. Mientras estaba en Arabia, en Mauritania hubo un golpe de Estado. Un grupo de militares próximos a los planteamientos del gobierno democrático derrocado en 1984 tomó el poder. Gran parte de la comunidad internacional condenó el golpe. Como debe ser. Sin embargo, esa misma comunidad internacional llevaba veinte años sin condenar el golpe del dictador Taya, ni sus violaciones de los derechos humanos, ni la imposición de la esclavitud...

En cuestión de semanas, los golpistas dejaron el poder y convocaron elecciones. Mientras, la comunidad internacional seguía condenando el golpe. Volvieron al poder los hombres del gobierno anterior a la dictadura. Se estableció una nueva constitución que limitaba el tiempo de mandato a dos elecciones. Volvía

—aunque de esa forma poco justificable pese a todo— la democracia. De nuevo, la esclavitud fue condenada tras haber retornado hacía veinte años de la mano de Taya. Sidi Abdallahi ganó las elecciones de mayo de 2006 con el cincuenta y tres por ciento de los votos, y sin acusaciones de fraude por ninguna de las doscientos cincuenta organizaciones que examinaron la votación.

Aún faltaba otro golpe de Estado.

Se produjo justo dos años después, el 7 de agosto de 2008, justo después de que el presidente destituyera al líder del ejército, al que acusaba de la reaparición del terrorismo islamista. El golpe lo dieron los hombres del entorno de Taya que todavía ocupaban altos cargos. Esta vez, la comunidad internacional no fue unánime. No hubo condena.

La nueva dictadura recibió apoyo internacional, aunque se pidieron elecciones. Las hubo. Y las ganaron los golpistas por mayoría absoluta, pero sin que se aceptaran observadores internacionales que certificaran que el proceso se había llevado a cabo con limpieza. Todos los implicados, menos los ganadores, denunciaron que había habido fraude. Otra vez, la comunidad internacional llegó a acuerdos con el nuevo y sospechoso gobierno. También se establecieron tropas militares en Mauritania para proteger los recursos naturales y frenar la inmigración. Además, reapareció Al Qaeda, convertida ahora en Al Qaeda del Magreb Islámico. Valga señalar que así se llama ahora el grupo antes conocido como Grupo Salafista de Predicación y Combate, sobre el cual los periodistas franceses François Géze y Salimah Mellah presentaron un expediente concluyente, con informaciones de inteligencia que sitúan a este grupo, que actúa en África, en la órbita de los servicios secretos de Argelia. Tendría el objetivo no declarado de generar inseguridad en la región y de facilitar intervenciones militares extranjeras en la zona para asegurar el negocio de los hidrocarburos y otros recursos.

Todo lo que he explicado lo sabíamos antes del *cablegate*, pero los informes filtrados a Wikileaks iban a ampliar la perspectiva sobre lo ocurrido en esta sucesión de intereses entre golpe y golpe, entre dictadura seguida de democracia y vuelta a empezar.

Un informe de la embajada de Estados Unidos en Mauritania fechado el 23 de julio de 2009 analiza las elecciones que ganaron los responsables del golpe de Estado del año anterior. El escrito reconoce que existen dudas sobre la legitimidad del proceso, pero tiende a considerarlo válido debido a la poca preparación en el análisis de estas circunstancias de los observadores que pudieron examinar los datos. Recordemos que los golpistas no autorizaron la presencia internacional para validar el proceso.

Según la embajada norteamericana, España y Marruecos fueron los primeros países en admitir los resultados electorales, pero otro de los cables, fechado en noviembre de 2008 en la embajada de Madrid, desvela el porqué del tácito apoyo

español al golpe de Estado: interés por un control interno de la inmigración, los beneficios en la ampliación de los derechos a la pesca en las costas, el control de los grupos terroristas que podrían desembarcar en Europa... En resumen: para España es más necesaria la seguridad que la democracia en Mauritania, pese a las carencias democráticas que han retornado al país africano y que cita Eduardo Aguirre, el embajador de Estados Unidos, en uno de los telegramas enviados a Washington y en el que viene a sugerirse que la actitud del gobierno español al validar el golpe de Estado ha servido para que en la Casa Blanca puedan sentirse tranquilos. Y es que no sólo Estados Unidos actúa como un país «dominante» sobre su entorno, sino que también lo hace España con el territorio del Sahel, parte del cual fue de dominio español en tiempos pasados.

A las 13.30 horas del 16 de diciembre, tras nueve días encarcelado, Julián Assange salió de prisión. En la calle lo esperaban decenas de periodistas. Dejó atrás las esposas con las que había entrado para visitar al juez. Durante la vista, el magistrado determinó que el australiano podía salir libre con una fianza de doscientas mil libras. Y, además, quedaría sometido a un régimen de libertad provisional extremadamente duro, puesto que estaría obligado a presentarse todos los días en comisaria a las cinco de la tarde y llevaría un brazalete especial que emite una señal que lo mantendría localizado en todo momento.

«Qué bueno es respirar otra vez el aire fresco de Londres», fueron sus primeras palabras. Parecía, otra vez, la escena de un cómic; y su parquedad bien medida, las palabras escritas en un bocadillo de la viñeta. No se extendería mucho más. Apenas hablaría del caso que lo había llevado hasta allí. Sólo unas pocas palabras: «Son un conjunto de motivaciones. Estados Unidos, ciertas fuerzas políticas suecas, posiblemente celos personales... Todo eso y más cosas juntas».

Y lo más importante para él en ese momento, tras haber sufrido nueve días de encarcelamiento injusto, de privación de libertad, indefensión e injusticia: «Durante el tiempo que he estado en solitario, en el fondo de una prisión victoriana, he tenido tiempo de comprobar las condiciones en las que está tanta gente alrededor del mundo, igualmente en prisión preventiva y en situaciones mucho más difíciles. Esa gente necesita de apoyo y atención. Y con esa esperanza espero poder continuar mi trabajo».

De ahí marchó a la mansión georgiana propiedad de uno de sus protectores, el magnate Vaughan Smith, el fundador del club Frontline, en donde había llevado a cabo en el pasado varias ruedas de prensa, que había manifestado su apoyo a Julián Assange. Allí permanecería hasta su próxima cita con la justicia, que se estableció para el 11 de enero de 2011. Desde allí concedería alguna entrevista, pero se mantendría voluntariamente lejos de los focos mientras su equipo de abogados seguía recibiendo informaciones con la sospecha de que pronto el caso iba a saltar a otra dimensión más complicada: en Estados Unidos preparaban una demanda contra él en virtud de la Ley de Espionaje de 1917.

Durante esos días de libertad vigilada también tuvo tiempo de manifestar un descontento que, lógicamente, alcanzó poca difusión. Algo dijo durante la entrevista que le hicieron en el interior de la mansión los periodistas de Al Jazeera. Lo diría también en otras conversaciones. No se sentía del todo satisfecho con la selección de las informaciones que estaban haciendo los cinco periódicos «galardonados» con la exclusiva, lo que incluso hizo que los más adictos a las sospechas llegaran a publicar que los servicios secretos de Israel habían revisado

los cables antes de ser entregados a los medios para extraer de la colección de 250 000 telegramas aquellos que implicaran al gobierno judío en asuntos turbios. «Los cinco periódicos han hecho su selección de lo que se ha publicado en función de sus propios intereses, pero a nuestro juicio no se ha destacado lo más importante». E indicaba que se planteaba entregar documentos a otros medios o a organizaciones que pudieran requerirlos por una u otra razón. Lo cierto es que, tras aquellos días, los cinco periódicos redujeron su atención —coincidiendo, eso sí, con las fechas navideñas, en las que la tensión informativa es mucho menor— y dejaron de mantener un ritmo alto de publicación de documentos, lo que atascó la página web de Wikileaks, en donde todavía se ralentizó mucho más el ritmo de publicación. También indicó que muchos de aquellos documentos que no se estaban sacando a la luz ensuciaban la imagen de Israel, pero aseguraba que en breve se publicarían.

De forma sorprendente, y sin que ninguno de los otros cinco periódicos dijera nada al respecto, un sexto rotativo recibió los 250 000 cables diplomáticos completos. Se trataba del periódico noruego *Aftenposten*, que desde primeros de enero de 2011 empezó a publicar cables mucho más comprometedores que los editados hasta ese momento. Ahí aparecían documentos que demostraban la existencia de corrupción en Israel, así como la obsesión de Tel Aviv por ahogar a la población de Gaza al tiempo que se preparaban para una nueva gran guerra. Eso sí: *Aftenposten* aseguró que ellos no habían recibido de Wikileaks los informes, sino de otra fuente, y el propio Assange mostró su enojo ante la aparición de un sexto periódico en el cártel que, además, prometía ir por libre, sin seguir agendas, intereses, ni indicaciones de los otros periódicos.

También, durante su estancia en la mansión que le servía de refugio iba a descubrir la revolución que había mantenido en vilo al mundo durante los nueve días en los que estuvo aislado. Nueve días en los cuales se produjo una ciberguerra tras la cual nada volvería a ser igual...

Todo había empezado cuando Assange fue encarcelado tras varios días de presión judicial y económica contra Wikileaks. Fue cuestión de minutos. Como decía capítulos atrás, un grupo de hombre se había puesto la máscara de *V de Vendetta*, y estaban dispuestos a armar un escándalo a conciencia pura. Se hacían llamar Anonymous. Se los recordaba por sus «gamberradas» en Internet cuando protagonizaron ataques a algunas de las páginas web de instituciones oficiales contra las que querían mostrar su descontento. Pero eran mucho más que eso. Y bien que lo iban a demostrar...

Visa y Mastercard fueron atacadas con precisión. Las páginas web de ambas empresas cayeron durante horas. Mientras, desde Londres, el responsable de Wikileaks en ausencia forzada de Assange, el islandés Kristinn Hrafnsson, que dedicaba todo su tiempo a Wikileaks tras haber sido despedido de la televisión pública por haber sido el responsable de desvelar las irregularidades del banco más

importante del país, filtró uno de los cables diplomáticos que demostraban cómo el gobierno de Estados Unidos había presionado al gobierno de Rusia para favorecer a Visa y Mastercard en sus operaciones en aquel país. Quedaba claro con aquel escrito que, una vez más, el cuerpo diplomático de Washington no es sino una extensión de los intereses económicos de las empresas más poderosas del país. Y es que las nuevas normas de Moscú podrían provocar pérdidas de cuatro mil millones de dólares a ambas empresas, además de privar a sus dirigentes del acceso a los datos de los millones de consumidores que las utilizaban, lo que les permitía afinar aún más el control sobre sus vidas. Moscú rectificó, y ahora Visa y Mastercard salían en defensa de sus patrocinadores.

Anonymous se coordinó a través de diversos foros y mediante mensajes en Twitter gracias a un *software* llamado LOIC. La idea era que todos los activistas enmascarados atacaran a las web de ambas empresas al mismo tiempo. Así, Mastercard cayó a las 14.30 horas del 8 de diciembre. Y a las 22.30 Visa siguió la misma suerte. Eran las dos primeras acciones de la Operación Payback: «La primera guerra informática ha empezado: el campo de batalla es Wikileaks».

También le tocó el turno a PayPal, la empresa de pago por Internet que había cercenado la posibilidad de hacer donaciones a Wikileaks. El ataque fue igualmente mortífero y las pérdidas difícilmente cuantificables. Osama Bedier actuó como portavoz de la empresa, como si con sus palabras pagara la fianza para recuperar la normalidad, ya que reconoció en público que el Departamento de Estado los habían presionado contra Wikileaks. Y después cayó la web del banco suizo PostFinance, que había anulado la cuenta corriente que Assange había abierto para hacer frente a la pérdida de acceso al sistema PayPal. También sufrió el ataque el bufete de abogados que representaban a las dos feministas que acusaron a Assange. Y la fiscalía sueca. Y, uno tras otro, todos aquellos que, de una forma u otra, habían intentado silenciar a Wikileaks.

En apenas veinticuatro horas, Anonymous había asestado un severo correctivo a todos aquellos que se habían atrevido a utilizar su poder para impedir que algo de luz iluminara al mundo de la información a partir de las revelaciones de Wikileaks. Habían ganado el primer combate por KO. Habían demostrado que ciudadanos sin rostro visible pero con conciencia —es decir, como *V de Vendetta*— eran capaces de organizarse y provocar en veinticuatro horas pérdidas de millones de euros a empresas poderosas... con pies de barro.

Una de las primeras revelaciones de Wikileaks fueron documentos internos sobre la Iglesia de la Cienciología. En esos informes se desvelaba cómo eran los caminos de dominación psicológica que sufren los adeptos y las diferentes etapas que deben superar los adeptos en busca de su «salvación». Aunque la Iglesia de la Cienciología está prohibida en algunos países que consideran al grupo una secta peligrosa, tal es el caso de Alemania, en otros tiene un enorme poderío económico y mediático, como, por ejemplo, en Estados Unidos. A raíz de ésa y otras

informaciones que desvelaban presuntas irregularidades en el grupo, y aunque desde hacía un año ya se habían producido algunas acciones, Anonymous puso en marcha el 21 de enero de 2008 su primera gran iniciativa: Operación Chanology. Los ataques para anular las páginas web del grupo, el pirateo de las redes internas, el envío de faxes con sus exigencias... Las acciones contra el grupo fueron precisas, intensas y certeras.

Los miembros de Anonymous están en todas partes y en ninguna. «Somos anónimos, somos legión», reza uno de los lemas que utilizaron en la guerra a favor de Wikileaks. Actúan contra aquellos organismos que intentar imponer vetos al uso libre de Internet, pero también en casos del «mundo real», como ocurrió tras las elecciones en Irán en junio de 2009. Entonces, grupos opositores argumentaron que existían —aunque realmente no era así— razones para pensar en que había habido fraude electoral en la nueva victoria del polémico Admadineyah.

Uno de los objetivos —en parte alcanzado— de Anonymous es que cualquiera que en un momento determinado quiera tomar parte en las iniciativas del grupo pasa a ser parte de él. No es una organización jerarquizada. Basta con ponerse la careta y actuar. Si lo haces, te descargas el *software*, te coordinas con el resto de gente como tú, y sigues las «órdenes», eres un anónimo. Y aunque no se sabe quiénes son los que lideran el movimiento, el fenómeno ha conseguido hacerse visible y, sobre todo, impresionar con su poder de movilización a raíz de la detención de Assange, sin que la detención de varios internautas —uno de ellos de dieciséis años, en Holanda— que habrían participado en los ataques supusieran en ningún momento un amedrentamiento para el grupo.

Cuando faltaban sólo veinticuatro horas para que Assange volviera a presentarse ante el juez para que se examinaran los diferentes recursos y peticiones de las partes, y sólo dos jornadas después de que en decenas de ciudades de todo el mundo se produjeran manifestaciones para pedir la liberación de Assange, Anonymous dio a conocer un comunicado precedido por una sentencia del escritor George Orwell: «En tiempos de engaño universal, decir la verdad es un acto revolucionario».

Saludos, somos Anonymous. Mucho se ha dicho en los últimos días; sin embargo, no todo ha sido justo o acertado. Nos gustaría aclarar las cosas.

Anonymous no es unánime. Usamos Internet como una herramienta para congregarse, comunicarse y articular; pero hablamos y actuamos con una variedad de voces diferentes en muchos lugares diferentes. A medida que la Red ha evolucionado, también nosotros y nuestros métodos. Hoy en día, la tecnología permite a los estados ser más intrusivos que nunca, y los gobiernos están aprovechando al máximo estas nuevas habilidades. En años recientes hemos presenciado intromisiones en la privacidad que habrían sido consideradas como una distopía algunas décadas atrás. Sin la vigilancia del control democrático, y sin

restricciones por la soberanía nacional o el respeto por los valores humanos fundamentales, las acciones legítimas de las corporaciones o los gobiernos se pueden convertir fácilmente en abuso.

Sin embargo, las mismas herramientas que facilitan estas acciones nos proveen la posibilidad de responder y resguardar nuestros derechos como ciudadanos. También nos da el poder de exponer el crimen, la corrupción y el abuso gubernamental que de otro modo permanecerían escondidos. Nuestra campaña en apoyo a Wikileaks no se trata de pequeños actos de vandalismo. Se trata de apoyar a los informantes digitales para promover los valores de una sociedad democrática para el beneficio de todos.

Nosotros creemos en la libre expresión, una prensa libre, y, sobre todo, en un Internet libre y abierto; son el alma de una sociedad democrática: ellos nos permiten a nosotros, los ciudadanos, evaluar efectivamente a nuestro gobierno. Si tú también valoras estos derechos, entonces tú también eres Anonymous. Nuestros adversarios no deberían dudar de nuestra dedicación, ni de nuestra resolución. Estamos determinados a continuar la lucha durante el tiempo que sea necesario para lograr nuestro cometido.

1. Quiénes somos

No somos *hackers*. No somos criminales. No somos terroristas. No somos vándalos digitales para ser villanizados, ni héroes con capa para ser laureados. Somos ciudadanos comunes y corrientes, hombres y mujeres del mundo digital preocupados por proteger las libertades básicas. En pocas palabras, somos como tú, somos tus hijos e hijas, hermanos y hermanas, amigos y compañeros de trabajo. Nuestras filas están compuestas de individuos de muchas nacionalidades y razas, unidos por la camaradería digital y la convicción de estar luchando por el bien de todos y no la avaricia de pocos.

Anonymous es la voz de aquellos que creen en la verdad, la libertad y la libre expresión. Anonymous cree que son las pequeñas acciones de un todo unificado las que hacen la diferencia. La libertad de expresión excede los contornos nacionales o partidarios. Nosotros somos aquellos sin rostro ni nombre, separados y, sin embargo, luchando juntos por una causa común. Nosotros te pedimos que nos apoyes, no por nuestro bien, sino por el tuyo. No permitas que gobiernos, corporaciones o cualquier otro poder de esta índole controlen lo que te está permitido ver, escuchar o pensar. La censura no será tolerada.

2. En cuanto a las denuncias

Un conglomerado de estados y corporaciones globales esta tratando de

silenciar o destruir Wikileaks, Openleaks, Indoleaks y paginas similares. Ellos presentan sus acciones como inocuas, o se justifican apelando dudosamente a algún interés nacional; por el contrario, la supresión de la libertad de expresión es dañina para toda nación y todo ser humano. Cualquier institución que busque bloquear, perturbar o atacar estos sitios, ataca al mismo tiempo la libertad de expresión, la libertad de prensa, y otros valores democráticos fundamentales.

No existe ninguna evidencia en absoluto de que alguna persona haya sido perjudicada como resultado de la información difundida por Wikileaks, a pesar de las afirmaciones de algunos gobiernos en sentido contrario.

Wikileaks y sitios similares son parte de la prensa y cooperan con renombrados medios, asociados como iguales. Estos denunciante digitales son una fuerza de bien en un mundo crecientemente interconectado, es nuestro deber colectivo proteger su derecho a existir.

3. Nuestras operaciones

Para mostrar nuestro apoyo y solidaridad por las ideas que respaldan las denuncias digitales, y para extender nuestro respaldo más allá de únicamente crear espejos (*mirrors*), hemos iniciado una campaña que consiste (por ahora) en los siguientes tres (3) pasos:

1. Crear interés público por Anonymous con Operación Venganza:

Algunos de nosotros hemos usado una campaña de Denegación Distribuida de Servicio (DDoS en inglés) para atraer la atención hacia los abusos de poder y la criminalización de estar en desacuerdo. Algunos de nosotros hemos participado activamente en estos ataques, y aunque somos conscientes de la severidad de esas acciones, nosotros creemos que estas acciones fueron en aras de un bien mayor.

La Operación Payback tuvo como finalidad empañar las instituciones que colaboraron en el intento de censura de Wikileaks. Los objetivos, cuidadosamente seleccionados, incluyeron Visa, Mastercard, Postfinance Suiza y PayPal. Estas acciones no causaban ningún daño permanente o daño físico, estas acciones meramente ocupaban el ancho de banda y los recursos de los sistemas, actuando como protestas pacíficas de la era digital.

En una acción de este tipo se perturba la actividad normal de los negocios o gobiernos obstruyendo el flujo del tráfico habitual, como medio para establecer un punto político. Durante la Operación Payback, Anonymous actuó como los manifestantes de la era digital, nada diferente a las manifestaciones de protesta no violenta a través de la historia.

2. Difundir las fugas —Operación Leakspin—:

Operación Leakspin introduce el concepto de «periodismo de masas» a la

investigación del material filtrado. Los informes son posteados, revisados y, si es necesario, corregidos en el sistema de control de calidad. La finalidad es dar a todos la posibilidad de involucrarse con el fin de obtener reportajes totalmente independientes. Por estos medios, el poder de muchos ojos se entrecruza para recorrer los cables de Wikileaks buscando filtraciones poco dadas a conocer, publicitarias y exponerlas al máximo conocimiento.

3. Cimentando un movimiento —Operación *Truth is Revolutionary*—:

Anonymous es un movimiento sin una cabeza rectora. Esto tiene varias ventajas, pero también muchas desventajas: los que quieren conocer más sobre Anonymous no saben adonde dirigirse para obtener información, y la coordinación entre las distintas operaciones es más difícil de lo que debería ser. La Operación *Truth is Revolutionary* aborda estos problemas y actúa como el eje de conexión de las acciones de Anonymous.

Nosotros proveemos una infraestructura para la comunicación y cooperación entre las diferentes ramas de Anonymous, en el mundo virtual y en las calles. Reunimos información y detalles de las diferentes operaciones. Ofrecemos nuestra propia opinión donde consideramos que es necesaria, y archivamos otras voces de Anonymous.

4. Nuestra causa:

Internet es un reducto de libertad en un mundo cada vez más autoritario. Es capaz de conectar y unir a toda la humanidad derribando las barreras del lenguaje y la distancia. Cuando estamos conectados, somos fuertes. Cuando somos fuertes, no tememos la tiranía. Gobiernos y corporaciones se están movilizandando en contra de Wikileaks porque temen nuestro poder global unido; temen nuestra capacidad de exigir la verdad y pedir que se nos rindan cuentas. No olviden esto.

Éste es un momento crítico para el destino de la libertad de expresión en nuestra sociedad constantemente en evolución y dependiente de la información. Si estos ataques a la libertad de expresión no son vigilados, tendrán implicaciones negativas para la humanidad. Nuestro activismo pacífico se enfocará en todo aquel que intente infringir las libertades de palabra, de información y de expresión sin importarnos el poder que detente. Las entidades contra las que hacemos campaña están negando un derecho humano básico de todos. Cualquier persona, corporación, gobierno, u otra entidad que se oponga a este patrón de censura, y más bien promueva la libertad de expresión, se convertirá en nuestro aliado. Anonymous tiende a educar a nuestros oponentes en vez de perjudicarlos; estamos haciendo una campaña por la libertad —la de todos—, incluyendo la de aquellos que nos critican y atacan.

Anonymous hace una llamada urgente a la gente del mundo entero a unirse a nosotros contra toda forma de censura, en defensa de la libertad, tanto en la Red

como fuera de ella. Estamos presentes en todas las sociedades, en las periferias y en el centro. Si buscas, nos encontrarás a tu alrededor.

Somos Anonymous. Somos Internet. Somos tú.

Posiblemente nadie había sido capaz de explicar mejor en la nueva era de la comunicación lo que suponía la aparición de un fenómeno como Wikileaks. No eran periodistas, ni expertos, ni politólogos, ni sociólogos... Eran anónimos. Y con eso les bastaba.

Julián Assange no sólo ha sido perseguido por desvelar documentos comprometedores, ya ha habido otros que lo hicieron antes, lo que no se le perdona al australiano es que, además de haber obtenido una repercusión inédita en la historia del periodismo, una persona que ni es millonaria, ni ocupa un despacho oficial, ni es dueña de una empresa con miles de empleados ni es «nadie», se haya convertido durante meses —y quien sabe durante cuánto tiempo más— en la persona más poderosa del planeta. Y que, además, habiendo llegado desde fuera del sistema periodístico tradicional, se haya convertido en el personaje más influyente y decisivo. Es un «don nadie» que marca ahora la agenda de los grandes líderes y asusta a los hombres más ricos del mundo, que parece ser capaz de saberlo todo, de dominarlo todo, de desvelarlo todo...

Además, la ciberguerra protagonizada por Anonymous ha conseguido demostrar a esos mismos hombres poderosos que ciudadanos de la calle, personas normales, sin más poder que el de la convicción, tienen fuerza para poner en jaque a quien lleva décadas intentando preservar su posición. Y que han demostrado que, si quieren, pueden atacar la línea de flotación del poder más absoluto.

Wikileaks y la ciberguerra de diciembre de 2010 demostraron que los «nadies» pueden ser alguien.

Y eso es lo que muchos no están dispuestos a perdonar.

«La puerta está abierta. Se acabó la era de los asesinos. No hay lugar para ellos es nuestro mundo mejor», dijo Evey cuando se despedía de V. (Del cómic *V de Vendetta*).

Al día de hoy, Julián Assange ha tenido que rendir cuentas ante la justicia. Su entrada en la Corte de Woolwich para que el juez le comunique la apertura del proceso de extradición a Suecia ha sido, nuevamente, un acto multitudinario. Cuando este libro vea la luz, ya se habrán dibujado nuevas viñetas de la historia del fundador de Wikileaks. En las que (hoy) circulan, Assange camina hacia el palacio con las manos en los bolsillos, con un buen puñado de policías detrás, y una expresión más seria que nunca...

Mark Stephens, su abogado, ha presentado un amplio informe para sostener la defensa de su cliente ante un proceso en el que nadie cree, pero que está amargando la existencia de un hombre que jamás imaginó hasta dónde podían llegar las cosas. Cuando era un muchacho revoltoso que descubrió sus habilidades para convertirse en un *hacker*, ya tuvo que vérselas con la justicia en su Australia natal. Después se convirtió en un ingenioso programador informático respetado en el mundo entero gracias a los sistemas que creó, pero no perdió ninguna de sus convicciones para dotar de democracia a la red gracias al *software* libre. Y, finalmente, con errores y aciertos, revolucionó el mundo de la comunicación. En los cien argumentos que ha expuesto en su informe, el letrado de Assange ha ofrecido pruebas suficientes para sostener que la extradición a Suecia puede facilitar a la irritada justicia norteamericana que Assange acabe en Estados Unidos, en donde el proceso que se ha abierto podría dar lugar a una sentencia contra él que podría enterrarle definitivamente.

En estos días todo se ha complicado... un poco más.

Horas antes de la nueva comparecencia de Julián Assange, el embajador de Estados Unidos en Islandia, Luis Arreaga, ha sido llamado a consultas para que explique por qué el gobierno de su país ha iniciado un proceso que tiene entre sus objetivos a una parlamentaria islandesa llamada Brigitta Jonsdottir, que pertenece a un partido denominado El Movimiento y que fue una pieza fundamental para que el parlamento de su país aprobara la Iniciativa Islandesa de Medios Modernos (que tiene, entre otros objetivos, el de desarrollar la ley de prensa más fuerte y libre del mundo).

Gracias a la ley propuesta por Jonsdottir, Assange y su equipo pudieron sentirse protegidos legalmente para concebir el video Asesinato Colateral, aquel en el que desde dos helicópteros Apache se acribillaba a civiles y niños en Bagdad (Irak). Ella había trabajado en la redacción del texto legal junto a Wikileaks, movimiento por el que sentía una especial afinidad. Como consecuencia, hace apenas unos días, una petición del Departamento de Justicia solicitaba a la empresa que gestiona el servicio de mensajes de Twitter todos los datos, escritos y referencias sobre Assange, Manning, otros colaboradores de Wikileaks y la citada parlamentaria...

A la crisis diplomática que se ha abierto con las últimas filtraciones de Wikileaks —el de Islandia no es el único embajador norteamericano llamado a consultas a raíz del fenómeno analizado en este libro, otros han sido invitados a abandonar el país en el que se encuentran, no pocos han tenido que dar explicaciones por el contenido de sus cables secretos, etc.—, hay que sumar movimientos ciudadanos que han desembocado en crisis formidables, como la que por estas fechas está viviendo Túnez. Los informes del cablegate han desvelado el alto índice de corrupción del presidente Ben Alí, lo que ha originado una cadena de manifestaciones y protestas ciudadanas que han sido duramente reprimidas por los cuerpos de seguridad hasta el punto de provocar la muerte de una veintena de personas, pero que es la primera gran revolución a favor de la libertad y la justicia que se produce como consecuencia de las informaciones reveladas por Wikileaks y que, en este caso, eran conocidas por los diplomáticos norteamericanos pero silenciadas por ellos mismos porque, más que la democracia en Túnez, importaban los negocios y tratos bilaterales.

En las últimas jornadas, y como ya he explicado en el capítulo anterior, la adhesión de los grandes medios de comunicación a Julián Assange parece haber tambaleado. Los periódicos que estaban publicando los telegramas de los embajadores norteamericanos ya casi no lo hacen. Quizá ya no vende tanto. Quizá estén celosos porque otros están empezando a acceder a algunos documentos que no están en su posesión. Quizá porque el mundo en el que vivimos crea ídolos y símbolos que dejan de serlo tan pronto como aparecen otros. Quizá por ello, esta misma noche, apenas veinte minutos antes de escribir estas líneas, Julián Assange escribía en su perfil de Twitter un mensaje en el que recordaba las declaraciones del hombre que fue editor del periódico árabe *Al-watan*, Jamal Khashoggi, despedido por haber hecho comentarios críticos sobre el integrista religioso y los gobernantes de su país: «Como periodistas debemos defender a Wikileaks, aunque sólo sea por la valiosa información que nos ha ofrecido». Pero también hay que hacerlo porque está en juego la libertad...

En la mítica obra *V de Vendetta*, el oculto protagonista de la historia decía: «Bajo esta máscara hay algo más que carne y hueso, bajo esta máscara hay unos ideales, y los ideales están a prueba de bomba». Assange es sólo una máscara que

todos debemos ponernos en algún momento. Quizá por eso los Anonymous, aunque en algunas cosas se equivoquen, también la llevan. En cierto modo, la llevamos todos. E identificar sólo con esos ideales a un personaje es lo que puede permitir al poder ejecutar su ira, si no corremos el riesgo de que se cumpla lo que el propio personaje decía: «En el clamor de la insurrección, podemos llegar a olvidar el motivo por el que luchamos». Wikileaks es más que Assange. Y la lucha por esos ideales no acaba con Wikileaks, pero este fenómeno ha contribuido a que se abran huecos. Aunque poco, el mundo es quizá algo más libre que hace unos meses. Ahora, llegarán las nuevas revelaciones. Algunas las darán a conocer los herederos de Wikileaks, entre los que habrá idealistas, pero también no pocos personajes que estorbarán y distorsionarán lo ocurrido durante estos últimos meses; y otras seguirán siendo facilitadas por Wikileaks, ya que aún quedan cientos de miles de cables diplomáticos por revelar, decenas de miles de informes de las últimas guerras esperando que alguien los descubra y miles de expedientes sobre los manejos de los grandes bancos que ya se están anunciando. En el pasado, Wikileaks ya desmontó los sucios trapicheos del banco Kaupthing de Islandia y documentos sobre las cuentas secretas que algunas grandes fortunas tienen en el paraíso fiscal de las islas Caimán a través del banco Julius Baer. Ahora será necesario descubrir si el mundo está dispuesto a seguir asumiendo verdades incómodas o si finalmente dará la espalda a esta nueva era de la información que acaba de inaugurarse. ¿Continuará?

En Madrid, tomando el último sorbo de café en la misma taza que me ha acompañado durante todo este libro, y pensando en las escenas de la obra que ha dado título a toda esta aventura. En una de ellas, V le dice a Evey, la mujer que un día encontró: «Mientras viva, habré conquistado el Universo».

Siendo las 23:44 horas del 11 de enero de 2011, el día en el que el Universo celebró que ella estaba aquí otro año más, para construir un mundo mejor.